

REVISTA
DE
HISTORIA
MILITAR



Año VII

1963

Núm. 13

ESTADO MAYOR CENTRAL DEL EJERCITO
SERVICIO HISTORICO MILITAR

REVISTA
DE
HISTORIA MILITAR

Año VII

1963

Núm. 13

REVISTA DE HISTORIA MILITAR

PUBLICADA POR EL

SERVICIO HISTORICO MILITAR

DEL ESTADO MAYOR CENTRAL

CONSEJO DE LA REVISTA

DIRECTOR: D. Vicente Gómez Salcedo, Coronel de Infantería del Servicio de Estado Mayor.

JEFE DE REDACCIÓN: D. Juan Priego López, Coronel de Estado Mayor.

REDACTOR: D. José Manuel Martínez Bande, Teniente Coronel de Artillería.

» D. Juan Manuel Zapatero López-Anaya, Capitán y Doctor en Historia.

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN:

MARTIRES DE ALCALA, 9 — MADRID — TELEFONO 247-03-00

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN:

España y extranjero: 150 pesetas anuales.

Número suelto: 75 pesetas.

SUMARIO

	Págs.
El pensamiento militar en el Código de las Siete Partidas, por JOSÉ M. ^a GÁRATE CÓRDOBA	7
Los animales en la conquista de América, por JOSÉ TUDELA... ..	61
Carta a un soldado del siglo XVI, por JUAN SOLANO ALVAREZ	75
Síntesis histórica de la fortificación abaluartada, por JUAN MANUEL ZAPATERO... ..	85
Un aporte rioplatense en la guerra de la Independencia española, por BERNARDO N. RODRÍGUEZ FARIÑA	111
La hazaña del Teniente Ruiz Mendoza, por JOSÉ YAQUE LAUREL	133
La guerra de Secesión de los Estados Unidos de América del Norte, por LUIS RUIZ HERNÁNDEZ	141
Bibliografía	189

N. B.— Las ideas expuestas en los artículos publicados en esta revista reflejan únicamente la opinión personal de sus respectivos autores.

Esta revista invita a colaborar en ella a los escritores militares o civiles, españoles o extranjeros, que se interesen por los temas históricos relacionados con la profesión de las armas. En las páginas de la misma encontrarán amplia acogida los trabajos que versen sobre acontecimientos bélicos, destacadas personalidades del mundo militar e instituciones, usos y costumbres del pasado del Ejército; particularmente si contienen enseñanzas o antecedentes provechosos para el militar profesional de nuestros días.

Los trabajos serán retribuidos con generosidad, según la extensión acostumbrada en revistas de este tipo y carácter.

Depósito Legal M. 7.667.-1958.

EL PENSAMIENTO MILITAR EN EL CODIGO DE LAS SIETE PARTIDAS (*)

por JOSE M.^a GARATE CORDOBA
Comandante de Infantería

INTRODUCCIÓN

El contraste entre San Fernando y su hijo, es paralelo al de Carlos I con el suyo. Mientras que los padres son guerreros, los hijos sólo en su juventud alcanzan alguna victoria personal: el príncipe Alfonso, en Murcia; el flamante rey Felipe, en San Quintín, adonde acudió «vestido como un San Jorge». Más tarde, Alfonso no cosechará más que derrotas, y Lepanto no es ya acción personal del rey, sino batalla de organización.

San Fernando presenta claros matices de legislador y moralista, pero es ante todo campeador, hombre de campo. Encuentra a su pueblo en el mayor desorden. Es constante la lucha entre la nobleza, que sostiene sus privilegios, y el estado llano que se le enfrenta apoyado por el poder real con fueros y cartas-pueblas, fortalecido por su organización en Hermandades, Ligas y Cofradías, reforzado con la representación en Cortes de los pecheros. La preocupación del Rey Santo por la unidad legislativa le llevó a escribir el *Setenario*. No debía de pasar del plan y la primera ley, cuando recomendó a su hijo que lo terminase. Pero su interés por reglamentar la milicia se muestra no sólo en aquella obra, sino en el *Libro de la Nobleza y la Lealtad*, cuyos 66 capítulos compusieron por orden suya los doce sabios del Consejo Real que el monarca instituyó. Según monseñor Vega, no quiso extender al Ejército preceptos de las Ordenes Militares, donde se tenían por deberes, ligados con voto, lo que para cualquier cristiano sólo son consejos evangélicos. Tal

(*) La REVISTA DE HISTORIA MILITAR contribuye al actual séptimo centenario de las Siete Partidas con el presente trabajo del Comandante Gárate Córdoba, que muestra una faceta de aquellas que juzgamos del mayor interés.

libro pretendía ser la teoría dictada para reinar bien, mientras que el *Setenario* era la regulación práctica de tal doctrina. Por lo que afecta a lo militar, venían a constituir las primeras Ordenanzas.

El *Setenario* de San Fernando estaba destinado a restaurar la fe religiosa de los hombres de su época, crear buenas costumbres sociales, acostumar a los pueblos al cumplimiento del deber y a los gobernantes a la práctica de la justicia. Alcubilla encuentra en él exageraciones debidas a la ignorancia o a la pasión, por el vivo deseo de moralizar aquella sociedad, destruyendo las malas creencias y encauzando las sanas aspiraciones.

Su hijo Alfonso, por un carácter inverso y un destino adverso, sólo lucha lo indispensable y con poca fortuna. Es eminente poeta, historiador y jurista; aún diríamos que no es ajena a su fama en la Historia y en las Leyes la vena poética que en ellas supo introducir. Como entre todas sus obras destacan *Las Partidas*, y dentro de éstas la Segunda, muy bien podemos calificarle de tratadista militar. Ya sé que no es suya la letra ni el concepto, ni muchas veces la expresión, pero lo son la ilusión y el método, la idea y la intención, el matiz ajustado de muchas frases felices y algún que otro escape de la fantasía.

Se ha dicho que en el siglo XIII hubo cuatro cosas definitivas: la arquitectura gótica, la *Summa Teológica*, *La Divina Comedia* y *Las Siete Partidas*. Cuando el Rey Sabio las dio fin ya había escrito Santo Tomás la *Summa*, que hubiera podido ilustrarle para la redacción de la Primera Partida, y llevaría adelantado el *Regimiento de Príncipes*, que hubiera sido útil antecedente de la Segunda.

Las Siete Partidas son un anticipo prerrenacentista. Lo muestran esa atracción del extranjero, el judío y el moro, para contribuir a redactarlas con la más amplia sabiduría, ese afán de apoyarlo todo en textos del pensamiento clásico y hasta un perceptible sentido humanista y humanístico que late en todo el libro. Jamás la profesión literaria fue tan brillante carrera de fortuna y honor —dice Alcubilla— en extremos vinculados hasta entonces a la nobleza y la ciencia militar, que era la única profesión útil en el país.

Con ellas se elevó España por encima de todas las naciones. Pero su gran valor literario y científico fue el primer obstáculo en aquella sociedad. Era una obra llena de sabiduría para los juriscultos del porvenir. Alfonso había buscado lo mejor, no lo adecuado al momento, por lo cual su Código no fue bien recibido y ni él mismo quiso darle fuerza legal durante su reinado. Terminada su

redacción en 1265, no entró en vigor hasta que Alfonso XI promulgó en 1348 su *Ordenamiento de Alcalá*.

LA PRIMERA OJEADA A LAS PARTIDAS

El lector se enfrenta por primera vez con *Las Partidas*, lee su introducción, las curiososea, busca en el vocabulario final voces que le interesan. Por fin, aunque salteadamente, tiene una visión bastante completa de su contenido y anota sus primeras impresiones:

1. *Preocupación por el orden, la armonía y el método*.— Lo primero que llama la atención en *Las Partidas* es la preocupación del legislador por el orden y la armonía. Cada ley empieza invariablemente por una definición del concepto, para distinguir en él enseguida la división de aspectos que comprende, aclarando con verdadero empeño sus matices distintivos.

2. *Sistemática y sinopsis*.—En cuanto el Rey Sabio se enfrenta con un problema, analiza y subdivide sus distintos aspectos y soluciones, apurando el esquematismo hasta agotarlo. Su norma se muestra en la frecuente exposición sinóptica: «Esto acontece en tres maneras... y por dos razones... de lo que se siguen cuatro bienes...»

3. *Enciclopedia jurídica y filosófico-moral*.—La obra constituye el primer diccionario enciclopédico de los temas jurídicos, y de otros muchos que por ser de orden moral se relacionan con ellos, amén de algunos cuya relación es puramente indirecta. Junto a esto, destaca también el deseo de buscar los conceptos en su origen, acudiendo a la etimología y la lexicología siempre que hay ocasión.

4. *Symbolismos*.—Hay un constante afán por traer lo espiritual a figuras materiales, e inversamente, se acude a éstas a cada paso. Los oficiales del rey son como cabeza, tronco y miembros, o como los sentidos corporales. Las espadas y las espuelas son más que armas, símbolos de virtudes, que sólo como tales nacieron; el manto embozado o suelto, la cabeza cubierta o descubierta y los colores del traje masculino, tienen siempre una significación espiritual.

Lo mismo sucede con los números. El diez es la principal de las unidades. El mil, la más importante, del que viene la voz milicia. El Setenario de *Las Partidas*, se apoya en una raigambre bíblica y casi cabalística para el autor.

5. *Poesía militar y moral.*—Las continuas trasposiciones literarias de la ley once de los Caballeros —título 21—, muestran como ninguna la pluma del Rey Poeta; las alusiones a las penalidades de la guerra en el mar —«Maravillosas son las cosas de la mar», «La guerra de la mar es como cosa desamparada...»— y de los peones: —«ligeros y ardidos y formados de miembros para bien sufrir el afán de la guerra»— son un canto indirecto, aunque intenso, al heroísmo de marinos e infantes. En cambio, la ley cuarta de los Galardones —título 27—, resulta tan intrincada que hace pensar que no anduvo en ella la mano del Rey.

6. *La personalidad externa.*—Atendía el Rey muy cuidadosamente a la valoración de la persona y al cuidado de su apariencia externa, la dignidad, el rango, mostrados en ademanes y maneras, en la medida de palabras y comidas, en la limpieza del cuerpo, el vestido y las armas, en la alegría de los colores del traje de los jóvenes nobles.

7. *Filosofía de la tradición.*—Uno de los términos más repetidos —quizá el predominante en un recuento—, es «según dijeron los antiguos», que no siempre son remotos, sino sencillamente sus abuelos. Con ello muestra el Rey Sabio un espíritu tradicionalista. Hace de costumbres y normas tradicionales la base de su filosofía, y se apoya en ella para imprimir fuerza a sus leyes, como si no quisiera ordenar nada por sí, sino dar estado oficial a lo que ya era ley moral o consuetudinaria.

Parece que el Rey no pone nada nuevo en su Código, pero harta novedad y sabiduría sería formar un cuerpo coherente con la doctrina de Salomón e Hipócrates, Séneca y Aristóteles, Alejandro y Vejeccio, San Agustín, Santo Tomás y San Pablo. Porque sus citas y referencias no son sólo de los antiguos, sino de los «sabios antiguos».

8. *Filosofía de la Historia.*—Los antiguos exigían muchas cosas que el Rey Alfonso recomienda. Los hombres recuerdan el apellido del padre porque el linaje es cualidad esencial, cuya limpieza no se exige más que hasta el bisabuelo, ya que «de aquel tiempo adelante no pueden acordarse los hombres». El hijo del villano no puede ser hijodalgo, aunque lo sea la madre; lo será en el caso inverso, pero ninguno de los dos heredará nobleza. La Historia tiene unas leyes que en vano tratarán de burlarse; a los hijos de héroes «se les supone» el heroísmo, y a los de los traidores, la traición.

9. *Clasismo y crueldad feudales.*—Llama la atención la distinta consideración de delitos y penas, según la clase social del delincuente, que puede pertenecer a los hombres mayores, a los medianos, o a los menores, a la «gente menuda». Para los nobles supone destierro, lo que para los últimos significa la muerte vil. Y aún se observa este clasismo en las pensiones y galardones.

Algunas leyes suponen retroceso en cuanto a las piadosas ideas de su padre San Fernando. Así, matar y herir en la guerra, sin cansancio ni desmayo, ni reparo —algo que recuerda un comentario de Napoleón a escrúpulos de Maquiavelo aconsejando: «acuchillar, aniquilar, hacer añicos...», sin piedad—, imponer penas de mutilación y hoguera, ley del Talión, privación de sepultura, inmersión, destrucción del hogar y otras de verdadero refinamiento cruel, fruto sin embargo de costumbres de «los antiguos», consideradas aún indispensables en la época.

10. *Preocupación moral y doctrinal.*—En *Las Partidas*, contra lo que suele creerse, la consideración moral está por encima de la legal. No es sólo, ni principalmente, un código de leyes como reza su título primitivo: «Este es el Libro de las Leyes que hizo el muy noble rey don Alonso», sino un tratado de doctrina ética y jurídica, donde todo derecho y deber se razona y averigua acudiendo a la sana filosofía y a la moral católica.

Cuando imperaba la arbitrariedad de los grandes y la anarquía de los fueros municipales, el Rey Sabio quiso destruir la ignorancia y suavizar el carácter y las ásperas costumbres de los castellanos llamando en su ayuda a la sabiduría universal. *Las Partidas* constituyen así un monumento literario y científico, pero sobre todo una fuente de justicia y moral social.

* * *

La Segunda Partida es sin disputa la parte más acabada del código —dice el docto Marina—, bien se miré a la gravedad y elocuencia con que está escrita o a las máximas de que está sembrada. Da una idea exacta y filosófica de la naturaleza de la monarquía y la autoridad, de los derechos y deberes de los reyes, de los jefes y oficiales del Ejército y de las relaciones entre el soberano y el pueblo. Los nobles y caballeros llegan a conocer el origen y el blanco de su estado y profesión, lo que fueron en otro tiempo y lo

que deben ser en el presente. Hasta aquí la opinión de Marina. La nuestra se verá en el desarrollo del estudio.

Por lo que toca al militar en concreto, la Partida Segunda no sólo constituye nuestras primitivas Ordenanzas, sino, mucho más que eso, un primer código de filosofía y deontología castrenses. Por ello cabe calificar al Rey Sabio de tratadista militar. (Véase el Apéndice número 1 que acompaña a este trabajo.)

I. SIMBOLISMO Y EFICACIA DE LA ESPADA

Las dos espadas que sostienen el mundo

El Rey Sabio ha empezado sus Partidas por el principio de toda sabiduría y toda ley, tratando de la fe católica en la primera de ellas. Pero como el *poderío espiritual* es todo lleno de piedad y merced, nos explica que puso Dios en la tierra un *poder temporal* para guardar y defender la fe, de los enemigos manifiestos y de los malos cristianos, así como la justicia que quiso Dios se hiciese en la tierra por mano de Emperadores y Reyes.

Y éstas son las dos espadas por las que se mantiene el mundo, aclara el Rey Alfonso. «De ellas habló Nuestro Señor Jesucristo el jueves de la Cena —añade con atrevida exégesis— cuando preguntó a sus discípulos si tenían armas con que lo amparasen de aquellos que lo habían de prender. Y ellos le dijeron que llevaban dos cuchillos. El cual respondió, como quien sabía todas las cosas, y dijo que asaz había». Es una versión libre que tiene sus gotas de humor.

Teoría común en aquel tiempo era ésta de los dos Imperios que se juntan en la fe para dar justicia al alma y al cuerpo, de donde conviene que ambos poderes estén siempre acordes y ayuden el uno al otro.

Así llega a definirse al Emperador como vicario de Dios en lo temporal, del modo como el Papa lo es en lo espiritual. En escalones siguientes, vicarios de Dios son también —según el Rey Sabio— los reyes en su reino, y como en hecho de guerra se deben aconsejar con hombres honrados y caballeros, y deben usar del poderío por su consejo, de ahí se deduce el concepto que llegó hasta Cervantes y leemos en frase de Don Quijote: «Los soldados y caballeros somos ministros de Dios y brazos por los que se ejecuta su justicia». Su razonamiento del principio de autoridad, sencillo

e intuitivo, es paralelo al de Santo Tomás, que por aquellos mismos años lo redactaba.

Por esa misma línea del servicio a Dios en el oficio de las armas, llega rectamente el Rey Sabio a una generalización final, que es como el retorno del concepto a su origen, cuando dice:

«Cierta cosa es que el que muere en servicio de Dios y por la fe, que pasa de esta vida al paraíso. También el que muere por defendimiento de su señor natural, hace lealtad y múdase de las cosas que cambian cada día, y pasa a ganar nombradía y firmedumbre a su linaje para siempre».

Las virtudes cardinales de la espada

Ahora el Rey Sabio busca el origen de la milicia y dice:

«Milicia quiere decir tanto como compañía de hombres duros, fuertes y escogidos para sufrir trabajos y males, laborando en pro de todos comunalmente». Es verosímil su etimología cuando aclara que el nombre tiene origen en «mil», porque antiguamente escogían uno de cada mil para hacer caballeros. Dada la tendencia primitiva a la organización decimal, bien pudo ser que Rómulo hiciese así la elección de sus guerreros, o mejor, como San Isidoro acepta de Eutropio y Barrón, que entre todos los ciudadanos de Roma eligió mil luchadores, a los que «llamó milites»

Tan simple idea sugiere un punto de meditación. ¿Equivale hoy el militar a esa vieja distinción? ¿Es así de selecto el militar civilizado? O mejor aún, generalizando la idea a toda la sociedad occidental, en esta crisis del mundo: si sólo un nuevo Noé pudiera salvarla. ¿encontraría un hombre por cada mil con verdadero espíritu de milicia al servicio de Dios? ¿O habría de conformarse con elegir mil hombres en la tierra?

El Rey Alfonso sigue aportando datos para centrar el concepto moderno de caballería, apoyándose en conceptos de «los antiguos». Porque antiguamente se llamaba así la compañía de los hombres nobles que fueron puestos para defender las tierras. Pero en España no viene de ahí, ni tampoco del andar a caballo, sino que «así como los que van a caballo van más honradamente que en otra bestia, también los escogidos para caballeros son más honrados que todos los demás defensores. Y así, del nombre de caballería vino el de caballero». No cabe más ingenua explicación. La *Crónica de Don*

Pero Niño sintetizaría después con graciosa redundancia, que «no son todos caballeros cuando cabalgan caballos».

Escogían antiguamente los caballeros mirando que tuviesen tres cualidades: que fuesen *sufridos*, para sobrellevar las miserias, fatigas y trabajos que las guerras les deparasen; *diestros* en luchas, para que supiesen mejor y más presto matar y vencer a sus enemigos y no se cansasen fácilmente, y que fuesen *duros*, para no tener piedad de robar lo de los enemigos ni de herir o matar, y también que no desmayasen por golpe que recibiesen o diesen.

Por eso escogían *cazadores* del monte, que sufren grandes fatigas; *carpinteros*, *herrereros* y *canteros*, porque acostumbran mucho a golpear y son fuertes de manos. Y aún miraban que estuviesen bien formados de miembros para ser recios, fuertes y ligeros. Pero como muchas veces, no teniendo vergüenza, olvidaban todas estas cosas y eran vencidos, los entendidos tuvieron por bien que se buscasen hombres que tuviesen *vergüenza* natural. Sabía Alfonso, por su frecuentada lectura de Vegeccio, que «la vergüenza veda al caballero huir en la batalla» y, por tanto, le hace vencer. Después la ponderaría su sobrino, el infante Don Juan Manuel, diciendo que «la vergüenza es la madre y cabeza de todas las virtudes del caballero. Vale más al caballero haber en sí vergüenza e no haber en sí otra virtud alguna, que tenerlas todas sin ésta».

Después fueron elegidos de buenos lugares y «con algo», por lo cual los llamaron «fijos-dalgo», lo que para el Rey Sabio equivale a «hijos de bien». En algunos lugares los llamaron «gentiles», por tener «gentileza» o nobleza de bondad. Eran hombres «nobles y buenos» que vivían más ordenadamente que las otras gentes.

Tal nobleza o «gentileza» la poseían los caballeros por tres caminos: por *linaje*, por *saber*, o por *bondad* de costumbres y maneras. Y si los que la ganan por sabiduría o por bondad son llamados nobles, o «gentiles», con mayor derecho los que la tienen por linaje, porque les viene de antiguo como herencia. Pero deben guardarse de yerro, porque recibirían vergüenza no sólo ellos, sino también sus antecesores.

Así llega a exigirse esa legitimidad genealógica. Por ello deben escogerse los hijosdalgo de linaje derecho de padre o de abuelo, hasta el cuarto grado, que llaman hisabuelos, «porque de aquel tiempo en adelante no se pueden acordar los hombres».

Tras ello, entramos de lleno en el título más emotivo de *Las Partidas*, donde se siente un pequeño estremecimiento ante el simbolismo detenido y el minucioso rito de las ceremonias caballerescas. Las principales virtudes del caballero se identifican fácilmente con las virtudes cardinales que cualquiera recuerda de su catecismo de colegial, por olvidado que esté. El caballero ha de tener por exigencia de la ley cuatro virtudes: Cordura, Fortaleza, Mesura y Justicia.

Tras una pueril explicación de cada una de ellas, nos adentra el Rey Sabio en el simpático mundo de su simbología. Simbolismo retrógrado, pues quiere Alfonso que las armas fuesen creadas como símbolo antes que como instrumento. Así nos dice que los antiguos, por recuerdo de estas virtudes, hicieron armas de cuatro maneras: las que visten, las que ciñen, las que ponen ante sí y las otras con que hieren. Después de analizarlas, las reduce a dos: las que defienden el cuerpo, «llamadas armaduras», y «las que son para herir»; es decir, defensivas y ofensivas, igual que en nuestro actual concepto. Aún progresa esta imaginativa síntesis del armamento, «porque como los defensores no tendrían comúnmente estas armas, y aunque las tuviesen, no podrían llevarlas siempre, decidieron los antiguos hacer una en que se mostrasen todas éstas por semejanza: Y ésta fue la espada».

De tan arbitrario modo llegamos al simbolismo cardinal de la espada. La minuciosa construcción del razonamiento, no deja de infundir cierto respeto al curioso lector de *Las Partidas*. La espada cifra en sí cuatro tipos de virtudes y de armas, con significación dos veces cuádruple, en un alarde de poética facilidad para lo simbólico.

En resumen nos dice: que así como las armas que el hombre *viste* para defenderse muestran *cordura*, eso mismo muestra el *mango* de la espada, que en cuanto el hombre la empuña, en su poder está alzarla o bajarla, herir con ella o dejarla. Y así como las armas que el hombre *pone ante sí* (cubriéndose con ellas), muestran la *fortaleza*, que hace al hombre estar firme en los peligros, así en «la manzana» —el *pomo*— está toda la fortaleza de la espada, pues en ella se sufre el mango, el arriaz y el hierro. Y como las armaduras que el hombre *ciñe* son medianeras entre las que lo visten y las que hieren, como lo es la *mesura* entre lo que se hace más o menos de lo debido, así está el arriaz —el *gavilán*— entre el mango y el hierro. Y así como las armas que el hombre tiene dispuestas *para herir* allí donde conviene, muestran *justicia*, que encierra derecho e igualdad, eso muestra el

hierro —la *hoja*— de la espada, que es derecho y agudo y taja igualmente de ambas partes.

Por todas estas razones, concluye el Rey, establecieron los antiguos que trajesen siempre consigo la espada «los nobles defensores», y que con ella, y no con otra, recibiesen honra de caballería, para que siempre les recordasé estas cuatro virtudes que deben tener, que sin ellas no podrían cumplidamente mantener el estado de defensa que se les confía.

¡Qué lección de sencillez nos dan estos símbolos caballerescos que los guerreros respetaban! ¡Y qué sobrecogimiento espiritual se siente ante el símbolo y pausado rito de sus ceremonias! Mucho más cuando vemos el progresivo apagamiento, sobre todo civil, en que van cayendo algunos rituales y símbolos, en estos tiempos de positivismo, relegados a metáforas literarias o a freudianas interpretaciones del subconsciente en trance de «catarsis».

Tales son las virtudes fundamentales de caballero. Sin conocer esta exposición, hace bastantes años resumía por mi cuenta las características de Rodrigo Díaz en las cuatro virtudes humanas de cristiano. Ignoraba también que Joaquín Costa ya había hecho lo mismo con el mismo personaje, aunque las llamase virtudes «teologales», en uno de esos lapsus tan frecuentes de los librepensadores que se asoman a lo religioso. A tanto llegaba mi ignorancia, que tampoco conocía el simbólico examen de virtudes y armas, muy semejante al de las Partidas, que Raimundo Lulio puso en su *Libro de la Caballería*.

El Rey Alfonso sigue describiendo las cualidades que han de adornar al caballero. Vale la pena un rápido recorrido a través de ellas.

Ante todo la exigencia del *buen linaje*. Después han de ser *sabidores* de cosas de la guerra, con *bondad* de costumbres y maneras; han de tener *entendimiento* y *sabiduría* para obrar, ser *arteros* y *mañosos* en cosas de guerra, ser *fuertes* y *bravos* en el mando ante el enemigo, y así en sus *palabras*. Aún se reitera en otra ocasión el requisito de *fortaleza* y *crueledad*, pero también serán *mansos* y *humildes* en la obediencia para con sus señores y en su trato con las damas; *mesurados* en el comer, beber y dormir; *limpios* de cuerpo y alma, de dentro y de fuera; *apuestos* y *alegres* en actitudes y ademanes; *conocedores* de caballos y armas, *lectores* y admiradores de los grandes hechos de la historia, porque no se consentía a los juglares más que cantares de gesta y «fablas de fechos de armas» durante las co-

midas de los caballeros. Algo que está presente en nuestras Ordenanzas cuando previenen contra «el hablar pocas veces de la profesión militar».

En el minucioso examen de esas condiciones y algunas más que hay en la Segunda Partida, queda todo un tratado de la personalidad militar, moral, física y psicológica, expresada en palabras sencillas, con una sabiduría tan modesta y tan clara, que no parece sino sentido común, y a veces simplicidad. (Véase nuestro segundo Apéndice).

Valdría la pena recordar aquí el ritual caballeresco, visión próxima del que inauguró su padre San Fernando, pero está suficientemente divulgado y hasta vulgarizado por novelistas ligeros. Basta subrayar la extraordinaria fuerza con que se revela allí el sentido teológico de la milicia en la vela de armas de la víspera: el caballero, después que baña su cuerpo y le visten los mejores paños, han de hacerle «otro tanto limpiamiento al alma», llevándole a la iglesia, donde «debe recibir trabajo velando» y pidiendo a Dios la merced de que le perdone sus pecados y le guíe para hacer lo mejor en defensa de su ley y de las otras cosas que convienen.

El título de los caballeros termina así en las Partidas: «Débele venir en mente cómo Dios es poderoso sobre todas las cosas y puede mostrar en ellas su poder cuando quisiere, y señaladamente lo es en hecho de armas; que en su mano están la vida y la muerte, para darla y quitarla y hacer que el flaco sea fuerte y el fuerte flaco». Porque la vigilia —aclara el Rey Sabio— no fue establecida para juego, sino para rogar a Dios, ellos y los otros que allí estuviesen, que los guarde y los enderece y los alivie, «como a hombres que entran en carrera de muerte».

Luego que fuere de día debe el caballero primeramente oír su misa y rogar a Dios que guíe sus hechos para su servicio.

Del motivo simbólico al motivo psicológico

Apenas falta en las Partidas un motivo simbólico en que fundamentar las costumbres y las leyes. Pero muchas veces se refuerza el valor del símbolo con juiciosas observaciones psicológicas. Vale la pena recoger cinco más que se refieren a aspectos externos del caballero: el casco, las espuelas, el caballo, el manto y el color del traje.

Si hemos de seguir el orden del texto, empezaremos por el casco. Recuerda la ley 14 de los Caballeros que, antiguamente, al armarlos, se les ponían todas las armaduras como para lidiar, pero no se les cubría la cabeza, estimando que el que la lleva oculta es por encubrir algo desagradable, que parece mal, o por algún desaguisado del que tiene vergüenza. Lo cual no conviene a los caballeros, pues «no es derecho que entren en la caballería con vergüenza ni con miedo». Tal aspecto, extraño a primera vista, del reparo a cubrir la cara sin necesidad absoluta, recuerda posteriores costumbres basadas en la misma reflexión. Tal era el sambenito de los reos, y podemos encontrar muestras actuales en los penitentes de nuestras procesiones y aún en el pañuelo con que se cubre los ojos al que va a ser fusilado, por evitarle el miedo.

En la misma ceremonia de armar un caballero, el hecho de calzarle las espuelas tiene en sí un valor simbólico, hasta el punto de explicar el autor de las leyes: «Hácenlo de esta guisa por mostrar que así como el caballero pone las espuelas de diestro y de siniestro, para hacer correr al caballo derecho, así debe hacer derechamente sus hechos, de manera que no tuerza a ninguna parte».

La ley 16 atiende a la importancia del caballo. Ella es la que prescribe que los caballeros usen del cabalgar, «que es cosa que les pertenece mucho», pero que han de mantenerse a caballo de modo que sean buen ejemplo a los otros. Recordando normas de los antiguos dignas de imitarse y exigirse, les dice que cuando cabalgasen por despoblado fuesen armados. Los que hayan de cabalgar por villa no usarán otra cabalgadura que el caballo, «en la que van más honrados»: «Porque en los caballos andan más bravos y alegres y adrézanlos mejor y más a su gusto». Pero nunca han de llevar otro caballero a la grupa, porque quitan la vista a éste y porque no parezca que va como talega. Siempre que el tiempo no lo estorbe, han de llevar manto y, en cualquier caso, espada ceñida, «que es así como hábito de caballería».

La ley 18 atiende particularmente a los vestidos y su influencia psicológica en los jóvenes. Explica cómo los antiguos establecieron que los caballeros nobles, mientras fuesen mancebos, vistiesen paños de colores «así como bermejós y jaldes —amarillos— y verdes o cárdenos, para que les diese alegría. Mas negro o muy oscuro, o pardo o de otro color que les hiciese entristecer, no tuvieron por bien que vistiesen». A esto sigue la verdadera razón, que está por encima del

humor alegre o triste: «Esto hicieron para que las vestiduras fuesen apuestas y ellos fuesen alegres y les creciesen los corazones para ser más esforzados».

Quedaba aún por señalar la importancia simbólica del «manto caballeroso», que los antiguos llamaban así porque ningún otro hombre lo llevaba: «El manto acostumbraban a hacerlo grande y largo, que les cubriese hasta los pies». Y dá la explicación, pues fue hecho así «por mostrar que los caballeros deben ser cubiertos de humildad para obedecer a sus mayores». Aún nos señala los motivos por los que se le hacía un nudo sobre el hombro derecho, «que es como manera de atamiento de religión, para mostrarles que sean obedientes no sólo a sus señores, sino más aún a sus caudillos». Para no olvidar nunca tal significación, se mandaba que tuviesen puesto el manto, tanto cuando comían y bebían, como cuando descansaban, andaban y cabalgaban.

Tanta representación se concedía al manto, que en la ley 23 se recuerda cómo los antiguos encarecieron la honra de los caballeros dejando de «tomar prenda» —confiscar— no sólo donde estaban ellos y sus mujeres, sino «aún donde se hallaban sus mantos o sus escudos». El manto llegaba así a alcanzar una personificación del caballero incluso frente a los embargos judiciales.

La filosofía y el arte de la guerra

Ahora la Partida Segunda entra a examinar la esencia misma del fenómeno bélico, y así empieza distinguiendo: «La guerra ha en sí dos cosas, la una del bien, la otra del mal. Departidas éstas en sí según sus hechos, todo es como una sola cosa en el nombre y en la manera de cómo se hace. Que el guerrero, aunque tiene en sí manera de destruir y de poner separación y enemistad entre los hombres, cuando es hecha como debe, trae después paz, de que viene sosiego y holgura y amistad».

«Por eso dijeron los antiguos sabios que era bien que sufriesen los hombres los trabajos y los peligros de la guerra, para llegar después por ellos a buena paz y al holgura. Y pues que el mal que hay en ella trae bienes y por aquella sospecha se mueven los hombres a hacerla, deben los hombres que la quieren comenzar ser muy avisados antes que la comiencen.»

Ello nos lleva de la mano a la consideración de las razones de la guerra justa.

Las razones y el derecho de la guerra

Los sabios antiguos, que según las Partidas hablaron mucho del hecho de guerra, distinguían cuatro maneras de ella:

- Justa, o derechurera.
- Injusta, por soberbia y sin derecho.
- Civil, entre los moradores de algún lugar, divididos en bandos propios de su desacuerdo.
- Pluscuancivil, cuando en la anterior intervienen aun los parientes, unos contra otros.

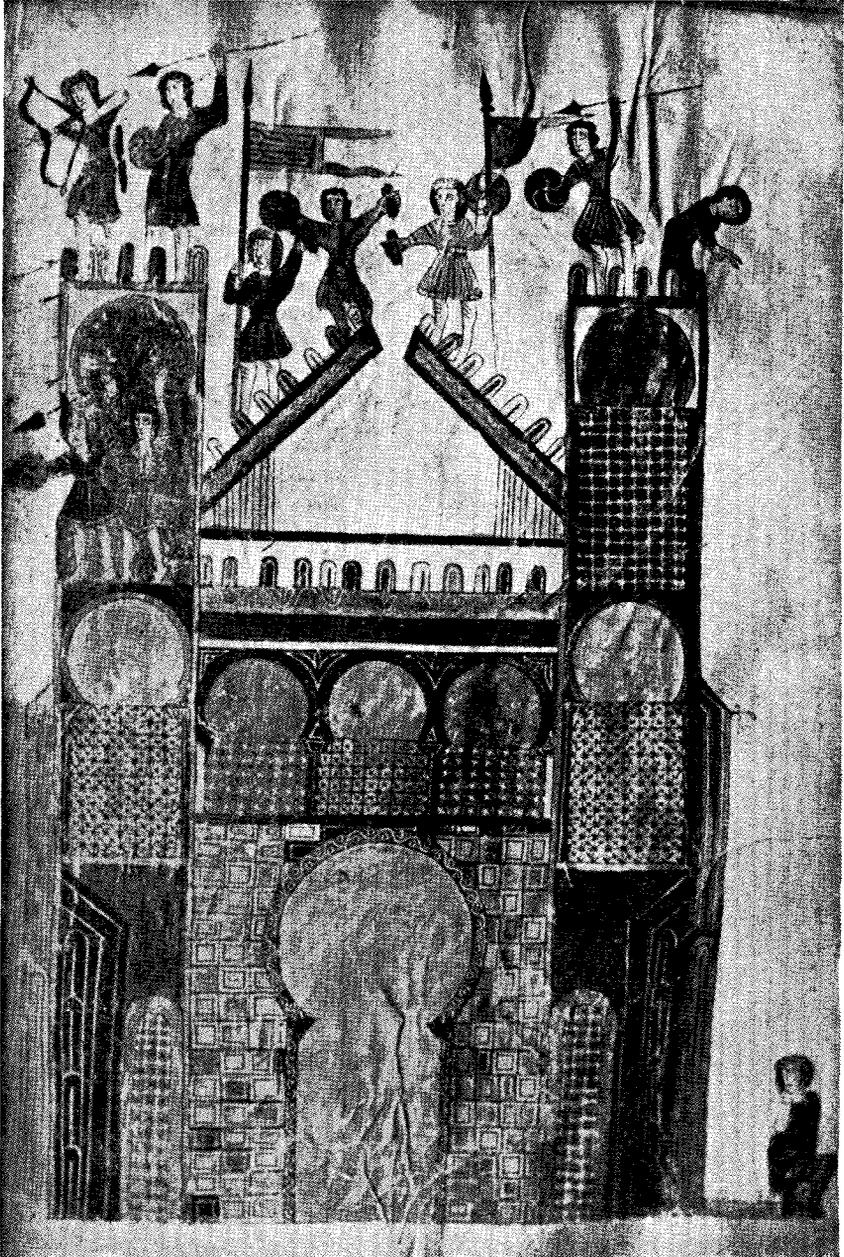
Insistía el Rey en la gravedad de la decisión bélica, como pareciéndole poco las prevenciones anteriores: «Mover guerra es cosa en que deben parar muchos mientes los que la quieren hacer, para que la hagan con razón y derecho». Que de ésto nacen tres grandes bienes:

- Que ayuda Dios.
- Que ellos se esfuerzan más en sí mismos por el derecho que tienen.
- Que los que lo oyen, si son sus amigos, ayúdanlos de mejor voluntad, y si enemigos, recélanse más de ello.

Acudía también Alfonso a la doctrina de los sabios antiguos para deducir las tres razones por las que se debe hacer la guerra:

- Por acrecentar el pueblo su fe y para destruir los que la quisieren contrariar.
- Por su señor, queriéndole servir y honrar lealmente.
- Por ampararse a sí mismos y acrecentar y honrar la tierra de donde son.

La primera razón nos lleva a interpretarla como una incitación a la «guerra santa». No obstante, en la Partida Séptima hay una acla-



LA GUERRA EN TIEMPOS DEL CID

Guerreros defendiendo una fortaleza. (Miniatura del «Beato» de la Catedral de Gerona).



LA VIDA EN LA ALTA EDAD MEDIA

Arriba: desposorios de un caballero y una dama (capitel del claustro de Santa María l'Estany, Barcelona). Abajo: banquete de nobles (Ménsula del palacio Gelmírez, de Santiago de Compostela)

ración muy oportuna al explicar que «la conversión de los moros se ha de hacer por buenas palabras y convenientes predicaciones, no por fuerza ni apremio; que si la voluntad de Nuestro Señor fuese traerlos a nuestra fe y de hacérsela creer por fuerza, El los apremiaría si quisiese».

Américo Castro, al comentar no hace mucho que la «guerra santa» islámica no es contra los creyentes de otra religión; sino contra los malos mahometanos, nos trae un antecedente del Corán que es paralelo de la anterior ley de las *Partidas*: «De haber querido el Señor, en verdad que todos cuantos están en la tierra hubieran creído juntos. ¿Vas tu entonces a obligar a los hombres a que se vuelvan creyentes?» Ello no prueba inspiración coránica de Alfonso X, pues se trata de un razonamiento suficientemente intuitivo como para que surja por sí sólo en cualquier pensador. Poco después lo expresaría también su sobrino el infante don Juan Manuel, posiblemente basado en las *Partidas*: «Que Jesucristo nunca mandó que matasen ni apremiasen a ninguno porque tomase la su ley, que El no quiere servicio forzado».

Queda así claro que no es la «guerra santa» lo que está en el ánimo del Rey Sabio al sentar la primera razón de la guerra, sino que debe interpretarse que en ella están invertidos los términos de la oración principal y la subordinada, siendo el «acrecentar la fe» consecuencia de la defensa de la religión atacada.

Las formas de la guerra

Señálanse primero en la Partida, las dos maneras de enemigos que hay: los de la tierra y los de fuera. No son sino «los enemigos del interior y del exterior», en frase consagrada ya por nuestra Ley constitutiva del Ejército.

Al Rey Alfonso le preocupan especialmente «los de la tierra», que considera más dañosos. «Es así como la *ponzoña*, que si luego que es dada no socorren al hombre, le va derechamente al corazón y máta-lo, por eso los antiguos llamaron a tal guerra: lid de dentro del cuerpo». Aún añade en otro lugar: «Que ninguna pestilencia fuerza más para estorbar al hombre que el enemigo de casa, porque sabe todo su hecho y puédelo estorbar más de ligero». Y al definir las asonadas o motines en la ley 16 del título 26, lleva el hecho bélico interno a su último extremo de condenación, porque «las asonadas

hacen pesar a Dios, privándole de aquellos que serían para hacerle servicio contra los enemigos de su fe, haciendo que se maten unos con otros. Y lo extrañaron tanto los Santos Padres, que la justicia espiritual de la santa Iglesia dió por descomulgados a los que ésto hicieran».

Las dos formas clásicas de la guerra, se estudian en la Partida Segunda, subdivididas a su vez en tres variantes cada una :

- Entrar de pasada.
- Cercar villa o castillo.
- Lidiar a día señalado.

Cuando la guerra es defensiva encuentra el Rey Alfonso que la forma primera se presenta «más arrebatada» y por ello deben acudir todos los que se enterasen de que el enemigo «entra de pasada» en el reino, y mayormente los que están más cerca. No necesitan otros mandaderos ni carta de llamada que ésta, que luego se llamará acudir a «la llamada del cañón», la que Gruchi desoyó haciendo perder a Napoleón la batalla de Waterlloo y con ella su trono.

A la segunda forma deben acudir todos ante la amenaza enemiga, y a la tercera, aún los naturales de la tierra que en ella morasen y pudiesen llevar armas, porque la afrenta atañe a todos.

Cuando la guerra fuese ofensiva «en tierra enemiga», en cualquiera de las dos primeras formas, debe el rey dar plazo a los suyos para que se provean de armas, viandas y otras cosas. Ahora se considera mucho más peligroso el tercer caso, porque si fueren vencidos sería muy difícil que escapasen de muerte o prisión.

Por eso se manda que cuando el rey saliese a lidiar a tierra enemiga en día señalado, «acudan todos y ninguno se excuse sin excusa derecha», que es la de los menores de *atorce* años o mayores de *setenta* —contra nuestra idea de temprana vejez en aquel tiempo— o los embargados por grandes nieves o avenidas de ríos.

Curiosa aclaración la del legislador militar al llegar a éste punto. Sobre la edad de setenta años, aún añade que no se consideran como viejos los que fuesen tan sabidores que pudieran ayudar por su seso a los de la hueste: «Que una de las cosas en que más necesarios son es en hechos de armas». Y por eso comprende que los antiguos hiciesen ingenios y «maestrías para llevar en la hueste a los viejos que no pudiesen cabalgar, por poderse fiar de su seso y consejo».

Insiste el Rey Sabio en la importancia de que nadie se excuse de luchar en tierra enemiga y refuerza sus argumentos recurriendo a la consabida sabiduría de los antiguos que «tan gran sabor tuvieron de vedarlo, que mandaron que si todos falleciesen, las mujeres vinieran para ayudar a tal hecho como éste». Volvería sobre ello al tratar después del «Apellido», que define como «voz de llamamiento que hacen los hombres para reunirse y defender lo suyo cuando reciben daño o fuerza». A él debían acudir todos los que lo oyesen, tanto en paz como en guerra, saliendo los de a pie y los de a caballo en pos de los que hacen daño. El Apellido fue durante larga época una de las empresas de más difícil exención.

El caso del clérigo-guerrero

Aún hay un caso especial. Los motines o asonadas se consideran más graves, por lo que quedó dicho del enemigo interno. Porque cuando alguien *de la tierra* se alzaba, estaba mandado que ninguno se excusase por honra de linaje, ni por privanza que tuviere con el Rey, ni por privilegio, «*ni por ser de orden, si no fuese hombre encerrado en un claustro o los que quedasen para decir las horas*». Todos habían de acudir para ayudar con sus armas, con sus compañías o con sus haberes.

Es la única excepción que menciona claramente a los clérigos actuando por las armas; ya al tratar de los caballeros advertía el Rey Sabio cómo «ninguno puede ser armado por clérigo ni hombre de religión, porque ellos no han de meter las manos en las lides», y ya en la Partida Primera se castigaba por homicidio involuntario al clérigo que lo cometiese corriendo a caballo, alanceando, tirando piedras o dardos, disparando ballesta, «o haciendo otra cosa que no conviene a su estado». Así se cancelaba oficialmente aquella figura del monje-guerrero tan brillante en épocas anteriores.

No obstante, hasta terminar la Reconquista se darán ejemplos de obispos militares, como el de Palencia, don Sancho de Rojas, que al comenzar el siglo xv interviene con sus vasallos en la toma de Antequera y gana el título de conde de Pernía. En la batalla de Toro (1476) intervienen el cardenal Mendoza, el arzobispo de Toledo, don Alonso Carrillo, el obispo de Evora y el de Avila, don Alonso Fonseca. Después, ya en el siglo xvi, el cardenal Cisneros aún montará a caballo y ceñirá armadura para tomar Orán.

Pero son todas individualidades esporádicas, muy distanciadas entre sí. La figura sólo reaparecerá con cierto vigor y muy distinto perfil, siglos después, en las guerrillas de la Independencia y en las guerras Carlistas.

Maravilla y peligro de la mar

Por primera vez se establece y analiza en las Partidas lo concerniente a la guerra por mar. El Rey Sabio vuelca aquí su espíritu poético, sea en calidad de redactor o de corrector de última mano.

Como en una creación de ambiente, antes de definir, lanza su expresión admirativa: «Maravillosa cosa son los hechos de la mar», para explicar luego que al caudillo que se pone como *adelantado* «sobre los maravillosos hechos» lo llaman en este tiempo Almirante. Con ello ya puede entrar a definir, en su poético modo, que «la guerra de la mar es como cosa desamparada y de mayor peligro que la de tierra, por las grandes desventuras que allí pueden venir. Y como la mar no es vagarosa en sus hechos, mas hácelos presto, así los que andan en ella deben ser acuciosos y apresurados en lo que han de hacer, porque cuanto tiempo tuvieren no lo pierdan».

Se entretiene después en analizar las semejanzas de los navíos con los caballos —«cabalgaduras son los navíos»— extremando las analogías y las desventajas que el marino tiene comparado con el caballero.

Observa así que «el que cae del caballo no puede descender más que hasta la tierra y si estuviere armado no se hará mal. Más el que cae del navío, por fuerza ha de ir hasta el fondo de la mar, y cuanto más armado fuere, tanto más de prisa descende y se pierde».

Parece que estamos leyendo aquel brillantísimo párrafo del *Quijote*, que hace ver al marino de Lepanto combatiendo en la tabla donde malamente le caben los pies y «donde apenas uno ha caído donde no se podrá levantar hasta la fin del mundo, cuando otro ocupa su mesmo lugar...».

Además, añade la Partida impresionada por la idea del peligro, los que de tierra puédense tirar a una parte o a otra cuando combaten, mas los de la mar no lo pueden hacer, «que pues los navíos se acercan unos a otros y se traban, no se pueden desviar los que están en ellos a ninguna parte, porque, por fuerza, ha de ser la

lid *a manteniendo*, con todas las armas que trajesen. Y por ello están en gran peligro de los enemigos, porque no hay entre ellos sino las manos y las armas con que se hieren y además, de parte de la mar no hay sino una tabla entre ellos y el agua y a los vientos y a la tempestad están descubiertos de todas partes».

Llégase a detallar en estas leyes de la guerra por mar todo lo concerniente al abastecimiento de los navíos en hombres, armas y viandas, después de delimitar las distintas funciones de los marinos, la infantería de marina, y hasta una incipiente intendencia de la armada. En punto a las viandas previene que han de ser muchas, y cuáles son las apropiadas, sin olvidar los ajos y cebollas, para guardar a los hombres «del corrompimiento de la mar y de las aguas dañadas que beben».

Hay finalmente unas deliciosas razones de la sobriedad militar, insistiendo en la referente a las bebidas. «Porque la sidra y el vino, como quiera que los hombres los aman mucho, son cosas que embargan el seso, lo que no conviene en ninguna manera a los que han de guerrear sobre el mar; porque es la cosa del mundo que más entorpece a los hechos, mayormente a los grandes. Pero cuando no pudiésemos excusar, débense ayudar de ellos de modo que no les haga daño, bebiendo de ellos poco y echando en ellos mucha agua. Que así como es bien de beber los hombres para vivir, también sería mal y gran vileza en codiciar vivir para beber».

Guerra económica

No falta, finalmente, la última llamada a evitar en lo posible el empleo de las armas y hacer la guerra con el menor riesgo. La Partida Segunda dice a este propósito: «Una de las cosas que los antiguos miraban era ésta: que cuando podían vencer a los enemigos con guerra ligera, no se metiesen en cosas de peligro. Así como pudiéndolos conquistar sólo por tirarles los frutos y la vianda, dejarlos de combatir o cosa semejante.»

«Cuando habían de hacer daño a sus enemigos, hacíanselo primero en las cosas que mayor se lo pudiesen hacer, así como en los panes —trigo— y en los frutos que les cortasen, y en los de más cerca, porque no se pudiesen ayudar de ellos. Que de esto vienen dos ventajas: la una que quitan a sus enemigos lo que más falta les hace, y la otra que pueden aprovecharse de ello.»

«Asimismo el agua, que es la cosa del mundo que antes les deben tirar, porque mucho menos pueden los hombres sufrir la sed que el hambre. Y otras cosas, así como tirarles el agua por caño o desviarles los ríos por acequias.»

De este modo quedaba iniciada una reglamentación de la guerra económica, en la que hoy se ha llegado a extremos tan notables de sagacidad.

II. DE LA PALABRA AL HECHO

El sentido común de los caudillos

Advierte el Rey Sabio que los caudillos «tienen lugar de gran honra, pues sin ellos no se puede hacer ninguna cosa acordadamente». Fija su elección en tres cualidades: por razón de *linaje*, la más elevada que se considera en las Partidas para cargos militares; de *poderío*, como en el caso de emperadores, reyes u otros señores que son caudillos por derecho natural; por *sabiduría*, que al decir de la ley tiene mayor fuerza, «porque si los otros no son sabidores, conviene en todas guisas que tomen consejo de aquellos que lo saben hacer».

«*Esfuerzo, maestría y seso*, son cosas que conviene en todas guisas que hayan los que bien quieren guerrear», dice la Partida, y se extiende en consideraciones sobre la conveniencia de estas cualidades, detallando especialmente en qué cosas conviene que sean «sabidores», lo que nos dá una idea de los conocimientos exigidos al caudillo de entonces. Veámoslo:

a) «Deben ser *esforzados* para acometer las cosas peligrosas, y acostumbrados al hecho de armas, a saberlas llevar y obrar bien con ellas.»

b) «Y *sabidores y maestros* de hecho de guerra ha menester que sean, no tan sólo en sufrir los trabajos y los peligros que de ella vienen, sino más aún que sepan mostrar a los hombres cómo lo han de hacer [psicología y moral] y en qué manera se deben acaudillar, [disciplina y táctica] y acostumbrarlos a ello antes que comiencen el hecho [instrucción técnica]. Y no tan solamente lo debían hacer por palabras, sino también por señas [transmisiones], para que los enemigos no entendiesen [cifra].»

c) Pero al *seso* del caudillo le dedica la Partida una extraordi-

naria atención: «También que el caudillo tuviese buen seso natural, porque supiese guardar la vergüenza allí donde conviene, y el esfuerzo y la sabiduría cada uno en su lugar. Porque el seso es sobre todo.»

Esta explicación del esfuerzo, —o valor— la maestría —o competencia— y el seso —o entendimiento—, fácilmente se identifica como un anticipo de los principios del arte militar, que más tarde se formularían. No hay forzamiento alguno en el paralelismo; se trata simplemente de una intuición más de Alfonso el Sabio

Tal se observa al decir que los caudillos «por el *esfuerzo* serán acometedores», aclarando en otro párrafo: «de aquello que entienden se puede acabar». Estamos en plena *Voluntad de Vencer* con sus tres elementos característicos: Impulsión, Audacia y Perseverancia.

La *maestría* o sabiduría que los caudillos necesitan «para guardarse y hacer daño a sus enemigos, mostrándolos cómo se han de acaudillar y acostumbrándolos a ello antes de que el hecho comience», entra de lleno en el procedimiento de la Seguridad, que se completa con el factor Secreto en esa prevención de «acaudillar por señas que los enemigos no entendieren» y con el de Sorpresa, previsto en el «hacer sus hechos encubiertamente, que es el mayor mal que puede hacerse al enemigo». Tenemos reunidos así los tres factores, tácticos, que integran el principio de la *Libertad de Acción*.

El *seso natural*, aplicado a los anteriores principios, dice que «hará que obren de cada uno de ellos en el lugar y tiempo que conviniere, y cambiar de una manera por otra según conviene a los hechos». En ello se resumen los tres factores básicos del principio de *Economía de Fuerzas*: Acción de Conjunto, Concentración de Esfuerzos y Superioridad en el Punto Decisivo. Estaban intuídos también, en cierto modo, en aquel «guardar la vergüenza allí donde conviene, y el esfuerzo y la sabiduría cada uno en su lugar».

Aún hay una última insistencia sobre el seso del caudillo que le da su mayor profundidad moral y hasta un tono ascético: «El seso es sobre todo linaje y poder, por eso lo necesitan los caudillos más que otros hombres. Porque si cada hombre lo ha menester para acaudillarse a sí mismo estando en paz, cuánto más lo ha menester el que está en guerra y ha de acaudillarse a sí mismo y a otros muchos.»

Finalmente en esa *vergüenza* antes apuntada, que según el Rey Sabio deriva del linaje —y para su sobrino don Juan Manuel es virtud única del caballero y base de las demás— está el imponderable factor espiritual, la fuerza moral, que rebasa lo previsto en la *Voluntad de Vencer* y es unas veces el pundonor del Arma o el triunfo de un

sacrificio que parecía absurdo y desconcertó al enemigo —precisamente por lo inaudito—, cuando no queda más arte de la guerra ni más táctica que ese «¡Viva España!», o ese «Ahora, la Marsellesa», que Maurois recordaba como solución de un ejercicio táctico insoluble.

* * *

Aún podría cerrarse todo este análisis con una reflexión que resume y profundiza toda la doctrina:

«El hecho de guerra está todo lleno de peligros y desventuras, y además, el yerro que ahí viene no se puede después bien enmendar. Y por tanto, no se debe emprender, sino por seso y por gran acaudillamiento». (Véase, como resumen de todo lo dicho, nuestro segundo Apéndice).

Cuatro virtudes militares

Había instistido mucho la doctrina del Rey Sabio en la exigencia de linaje, lealtad y esfuerzo, al principio de su segunda Partida. Ahora, entrando ya en el nudo de su estudio para examinar el hecho de guerra, insiste abrumadoramente en que los hombres sean «bien mandados» y «acaudillados», mostrando cierta obsesión en evitar que los hombres «se desmanden», «derramen» o «derranchen», con otras variaciones de la insubordinación, indisciplina, deserción y desobediencia, cuyos caracteres, perjuicios y penas examina. Cuida también de «que no pierdan la vergüenza», que es tanto como decir la moral, el sentido del honor o el espíritu militar. Asimismo, señala la necesidad del «arte del caudillo» —técnica y táctica—, que ha de ser muy entendido en hechos de guerra. Son tres aspectos que constituyen un tríptico de virtudes profesionales del Ejército en cualquier tiempo que se considere, y que ahora exige el legislador con tanto empeño como hasta aquí puso en las condiciones de linaje, esfuerzo y lealtad. Junto a ellas han de incluirse pues la disciplina, el honor y el saber.

Considerando básicas estas virtudes tanto para el caballero, como para el caudillo o el adalid, vale la pena detenerse en considerar algunos aspectos de la lealtad, la disciplina, el honor y una curiosa atención especial a la sobriedad o austeridad militar, donde el Rey Sabio se detiene especialmente, y que son muy dignos de atención para el militar de nuestros días.

Lealtad

Pondera primero la lealtad como cifra de las costumbres caballerescas: «En la lealtad se acaban y encierran todas las buenas costumbres y es como madre de todas». Parece recordarnos frases semejantes con que Villamartín definió la disciplina. Pero el legislador no se conforma con esto, explica porqué es precisa al militar: «Y como quiera que todos los hombres la deben tener, señaladamente conviene a los caballeros por tres razones: porque no podrían ser buenos guardadores; porque no guardarían honra de su linaje, y por no hacer cosas por las que caigan en vergüenza.»

Como se ve, están bien apuradas las razones. Una es profesional y práctica, otra mira a la historia y trascendencia familiar, y la tercera al propio honor.

Pero conviene tener claro concepto de lo que la lealtad sea, para no desvirtuarla viciosamente, cayendo en injusticia: «Es menester que tengan lealtad *en las voluntades*, y que sepan obrar de ella. Porque muchas veces acaece que por guardar lealtad a su señor hacen mal a hombres que nunca se lo merecieron, y daño a sí mismos y a todas las cosas de su obligación, poniéndose en peligro de muerte al ir contra sus voluntades y hacer aquello que no quisieran —pu-diéndolo excusar—, sólo por no menguar su lealtad. Para ello es menester que la entiendan bien y sepan obrar de ella así como conviene». He aquí sugerida la posibilidad de casos de oposición de deberes respecto a una mala interpretación de los límites de la lealtad.

Para los adalides, la lealtad tiene expresiones mucho más simples. Como a hombres sencillos, se les hacen reflexiones que miran más al sentimiento que a la razón, mostrándose una vez más la aguda psicología del legislador: «Sobre todo conviene que sean muy leales, que sepan amar su *ley*, a su *señor* natural y a la *compaña* que guían. Que pues ellos, —los de la *compaña*— *fiándose de su fidelidad*, se meten en poder de sus enemigos o en lugares donde nunca estuvieron, mayor sería la traición y más dañosa que de otro, porque —abusando de su confianza— podrían hacerles todo el mal que quisiesen.»

Con tales observaciones sobre la lealtad a los subordinados se completa el estudio de la primer virtud militar de *Las Partidas*.

Disciplina

No existía este término entre las voces militares del Rey Sabio. Su esencia encaja en la de «acaudillamiento», si bien éste tiene un triple sentido, moral, táctico y orgánico. Aún dentro del moral, abarca la visión desde arriba y desde abajo, como conviene igualmente a la disciplina, con cuya esencia y análisis coincide en su aspecto de virtud militar.

También para el redactor de *Las Partidas*, el acaudillamiento es virtud básica de la milicia, como se ve en la definición de sus condiciones:

«Acaudillamiento es la primera cosa que los hombres deben hacer en tiempo de guerra.» Que si es hecho como debe, nacen de él tres bienes, porque les hace: ser unos, ser vencedores, y tener por bienandantes y de buen seso.

Y por eso le llamaron llave, freno y maestro. Como *llave*, hace a los hombres entrar donde quieren y acabar lo que quieren. Como *freno*, endereza a los hombres y hace que no tuerzan ni se desmanden en la guerra. Es *maestro*, porque en él descansa toda la maestría de cómo los hombres deben vencer los enemigos y quedar ellos honrados.

Una vez más insisten *Las Partidas* en mostrar el doble fin, material y moral, a que debe mirar el hombre de guerra: vencer y ser honrado.

Aún se insiste en esta trascendencia de la virtud del mando: «Que así como el navío no puede navegar si el maestro no lo endereza, también los que quieren guerrear son vencidos y desbaratados muchas veces si no son *bien acaudillados*. Y por el buen acaudillamiento vencen muchas veces los pocos a los muchos y hacen también recobrase y vencer a los que son vencidos.»

Este «ser bien acaudillados» se refiere a la disciplina vista desde arriba, es decir, infundida y exigida por el jefe. *Las Partidas* usan también, aunque menos veces, el término «ser bien mandados». «Los que se hobieren de acaudillar para las celadas deben ser *muy mandados* y a los que así no lo hiciesen, los caudillos o los otros débenlos dar la pena dicha.» Claramente se alude aquí a la obediencia, virtud contenida en la disciplina como elemento esencial, pero cuya vertiente es única, la del subordinado hacia su jefe.

Honor

«Que no sea caballero hombre muy pobre», dice ahora el Rey Sabio. Seguramente le ha impresionado desfavorablemente aquella apetencia de botín que cualquier hombre de guerra manifestaba en tiempo de los godos. Puede ser que influya en su ordenanza el recuerdo fresco de la lectura del *Mío Cid*, cuyo poeta pone en boca del héroe la «razón de necesidad» al iniciar sus campañas —«para ganarse el pan»—, e incluso el imaginario timo del cofre, que el autor del Cantar no juzgó demasiado deshonoroso en un caballero como Rodrigo Díaz.

Ya había dicho el Rey Alfonso cómo no conviene que el alcaide sea muy pobre, «para que no tenga codicia de las cosas que convienen a la guarda y defensa del castillo». Ahora manda que no se dé la honra de caballería a hombre muy pobre, pero que tampoco se pueda comprar, como no se compraba el linaje: ni pobre ni por precio.

«Que no tuvieron por bien los antiguos que la honra de caballería, establecida para dar y hacer bien, fuese puesta en hombre que tuviese que mendigar en ella, ni hurtar o hacer cosa por la que mereciese tener pena.»

Después depura rigurosamente el sentido del honor en la nobleza y la milicia, o en la nobleza de la milicia, como hoy se hace aún con prohibiciones jurídicas de ciertas actividades. Se establecía que cuando los caballeros cometían tales delitos que se penaban con la muerte, antes de ejecutarlos deben perder la orden de la caballería: «Cuando huyen de la batalla, o desamparan a su señor, o su castillo u otro lugar, o si le viesen prender o matar y no le socorriesen, o no le diesen el caballo si el suyo matasen, o no le sacasen de prisión por cuantas maneras pudiesen.» En ese caso la pérdida de la honra de caballería era accesoria de la correspondiente a su delito. Pero en otros casos esta degradación del caballero era pena principal. Casos que iban contra el honor militar, por decirlo con terminología actual: «Cuando estando en hueste o frontera, vendiese o mal metiese el caballo o las armas, o las perdiese a los dados o las diese a las malas mujeres, o las empeñase en tabernas, o hurtase o hiciese hurtar a sus compañeros las suyas. O si, a sabiendas, hiciese caballero a hombre que no debiese

serlo, o si usase públicamente él mismo de mercaderías, o de algún vil menester de manos para ganar dinero, no siendo cautivo.»

Aún detallan *Las Partidas* la triste y siempre bochornosa ceremonia de la degradación del caballero que hubiere caído en una de aquellas indignidades, aunque fuese con la finalidad, hoy tan disculpada, de hacerlo «por ganar dinero». La ceremonia era así: «Un escudero le calza las espuelas y le ciñe la espada, y le corta con un cuchillo la cinta de la espada, por la espalda, y la correa de las espuelas. Y después de ésto no debe ser llamado caballero, y pierde la honra de caballería y no debe ser recibido en ningún oficio del Rey ni de concejo, ni puede acusar ni retar a ningún caballero.»

En estos tiempos de obsesión monetaria, sin que se mire demasiado la dignidad del medio de obtener dinero, resulta buena meditación militar ésta del Rey Sabio en sus exigencias para la honra de caballería, en su concepto del honor militar.

Tan buena como ella es la siguiente, que incluída en otro lugar de la Partida, parece escrita para completarla, y aún para lectores de este siglo.

Sobriedad

Hace apenas unos años que oímos al general Vigón la necesidad de revalorizar en el Ejército ésta clásica virtud, juntamente con su hermana la austeridad, no tanto porque se practique mucho o poco, sino porque se aprecie y se lleve con más orgullo que con resignación. Alfonso el Sabio había hecho ya una bella y graciosa loa de la del marino, dándonos a conocer que era suyo el origen de la máxima «no vivir para beber, sino beber para vivir». Pero el tema tiene su más pleno desarrollo con los hombres de tierra, referido a caballeros y adalides. Es la última virtud militar que conviene destacar por su original enfoque.

«Comer, beber y dormir, son cosas naturales. Pero los caballeros deben usar de ellas en tres maneras: Con tiempo, con medida, con apuestamiento.»

«Los antiguos, cuando tenían guerra, comían una vez en la mañana y poco, y el mayor comer haciánlo a la tarde, y ésto era para que no tuviesen hambre ni gran sed, y porque, si fuesen heridos, mejorasen más pronto. Y dábanlos a comer carnes duras y recias y viandas gruesas, para que comiesen poco de ellas y les hiciesen las

carnes recias y duras. Y *vino* flaco y muy aguado, de manera que no les estorbase el entendimiento ni el seso.»

«Cuando había grandes calores dábanles un poco de vinagre con mucha agua, para que les quitase *la sed* y no les dejase subir la calentura y enfermar —bebiendo durante el día— cuando tuviesen gran sed. Y también bebían agua entre el día, cuando tenían mucha gana de beber.»

«También, que no fueran *dormidores*, porque entorpece mucho a los que han de hacer grandes hechos y a los guerreros. Que en la guerra descansasen en poca ropa y dura, y en sus *perpuntos*, porque durmiesen menos y se acostumbrasen a sufrir mortificación.

«Porque estimaban que ningún vicio que tener pudiesen era tan bueno como ser vencedores.»

Con los adalides siempre se detallan puntos muy concretos de ejecución y aún recetas especiales, muy útiles para quienes tenían más de cerca el cuidado de las tropas. «Los adalides, una cosa que deben mirar mucho es qué vianda han de llevar los que fueren en las huestes y cabalgadas, y para cuántos días. Y que la sepan hacer *alargar* si menester fuere. Por eso los antiguos, que eran muy sabidores de guerra, llevaban sus viandas en talegas y no querían llevar otras bestias para ir más aprisa y encubiertamente y se tenían por mejores en *saber sufrir afán* y *pasar con poco* en tiempo de guerra. Esto hacían por vencer a sus enemigos, pareciéndoles que ningún precio ni sabor de este mundo era mayor.»

Con esta alusión a la importancia de la sobriedad para vencer, se completan las cuatro virtudes de las que Alfonso el Sabio se ocupa detenidamente, fuera de las específicas del caballero y del caudillo, que constituyeron como cuerpo propio de cada uno de ellos.

Palabras, palabras, palabras.

Recordaba el Rey Sabio a sus lectores cómo los antiguos decían que los caudillos han de tener «dos cosas que parecen contrarias». Con ello nos introduce en un interesante aspecto psicológico del mando, el de la eficacia del hablar y el callar. Porque las dos cosas eran: «La una, que fuesen *habladores* y la otra *calladores*. Que razonados y de buena palabra deben ser, para hablar con las gentes y apercibirlos y mostrarlos lo que han de hacer antes que venga el hecho de armas. También deben tener buena palabra y recia para

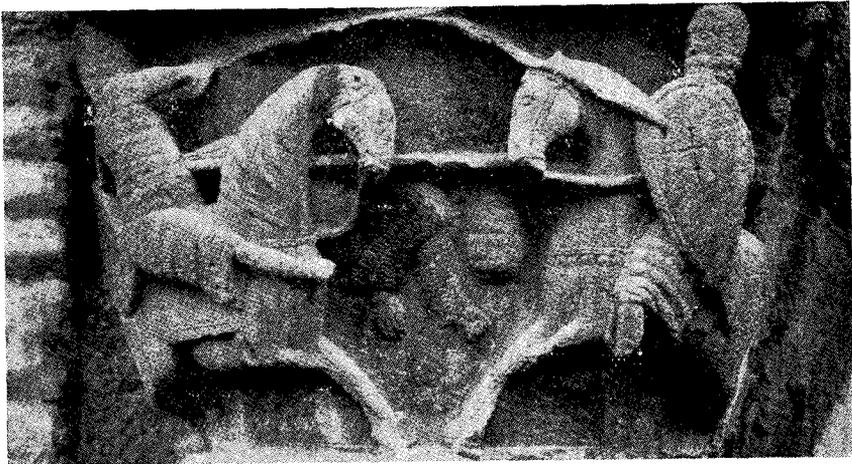
darles confort y esfuerzo cuando en el hecho estuviesen. Y callado debe ser, de manera que no sea cotidianamente hablador, porque llegase su palabra a envilecer entre los hombres, ni debe alabarse mucho de lo que hiciese, ni contarlo de manera que no fuese, que así se pierde la honra del hecho y se envilece y tiénele por mentiroso y no le creen después en lo que le debían creer.» Así quedan centrados perfectamente los conceptos de la prudencia y la eficacia en el hablar y hasta nos recuerda esas palabras que valen por toda una arenga y esos silencios modestos de los laureados cuando les preguntan por su heroica acción.

Ya *Las Partidas* habían exigido al caballero que sus palabras no sean villanas, ni desmesuradas, ni *soberbias*, sino en aquellos lugares *donde les conviniese*, como en hecho de armas, cuando han de esforzar a los suyos. Luego se les exige *veracidad*, «fuera de aquellas cosas en que *la mentira* se hubiese de tornar *en algún bien*, así como desviando daño que pudiera acaecer si no mintiesen, o trayendo algún pro, poniendo sosegamiento entre los hombres que estuviesen movidos a hacer algún gran mal, o poniendo paz o acuerdo entre aquellos que se desamasen o en otra cosa que aquella mentira evitase mal y trajese bien».

Excepciones que no afectan a las palabras que se afirman con juramento u homenaje, como se especifica en la Ley 21, inmediatamente anterior a ésta.

En este punto hay una curiosa coincidencia entre *Las Partidas* y el Corán, donde se lee: «Todo mentiroso será tachado de tal a excepción de tres casos: la mentira que tiende a reconciliar a dos personas que se desaman, la del esposo a la esposa cuando le promete algo y *la del capitán en tiempo de guerra*.» Excepciones francamente heterodoxas, más si se tiene en cuenta la lección de Santa Teresa, que enseñaba cómo «no se debe mentir ni por sacar un alma del purgatorio». Pero son propias del tiempo, ingenuas y hasta ejemplares casi, si se observa que estos restos de impureza medieval se ha ampliado progresivamente hasta el concepto maquiavélico-marxista de la mentira como virtud al servicio del Estado, o el de la guerra psicológica, donde se ensaya científica y estadísticamente el rumor, el bulo, el contrabulo y las campañas de noticias.

Pero volvamos a las observaciones que *Las Partidas* hacen sobre la necesidad del silencio en los caudillos. Ahora atienden al aspecto del mando: «El caudillo debe mandar que los suyos estén *callando* y no hablen sino cuando se lo mandaren.» Y esto por dos cosas: una



LA GUERRA EN TIEMPOS DEL CID

Arriba: Ramón Berenguer I luchando con un sarraceno (miniatura del manuscrito de los «Usatges», de la Biblioteca de El Escorial). Abajo: combate caballeresco (esculpido en un capitel de la fachada del palacio de los duques de Granada, en Estella)



LA AGRICULTURA EN TIEMPOS DEL CID

A la izquierda: campesino entregado a su labor, representando la escena el mes de abril. (Portada del Monasterio de Santa María de Ripoll).

A la derecha: labores agrícolas en el mes de agosto. (Portada del mismo Monasterio).

porque el ruido de las muchas palabras hace que los hombres no se entiendan unos a otros, y la otra, porque los que hablan mucho —«*los que han mucha habla*»— no pueden hacer tanto por sus manos como los que están callados. «*La saña pierden por las palabras que dicen*» y deben advertir que cuando estuviesen en algún hecho «de gran afrenta» digan pocas palabras, y tales «que no enflaquezcan los suyos.»

Con ello el Rey Sabio ha apurado la filosofía militar del callar y el hablar. Ya por entonces tenía un refrán popular luego desvirtuado: «Al buen callar llaman *santo*» —no Sancho— y que en su aplicación al carácter de mando dió lugar a aquella célebre frase de Napoleón: «Yo ordeno o me callo.» Claro es que sabía decir a tiempo esas pocas palabras que levantaban delirios de entusiasmo, acometividad o resistencia.

La muerte, el miedo y el miedo a la muerte

Las prevenciones psicológicas contra el miedo que hoy se explican en nuestras Academias entre los principios de Pedagogía del Mando en Campaña, están expresamente delimitados en la Segunda Partida, donde ya entonces se encuadraban con conceptos conjuntos de Moral y Mando.

La Ley 6.^a del título que trata «De las Guerras», previene así: «Los caudillos deben ser apercebidos de los cuidados en que tengan algún miedo, han de pensar en ellos antes que al hecho vengan, para que se guarden de recibir daño y de caer en vergüenza, que son dos cosas de que los hombres se deben guardar mucho en toda sazón y más en el hecho de armas, que el pensamiento que viene junto con el hecho es dañoso, porque lo uno estorba a lo otro.»

No deja de ser curioso ver cómo préocupa esta idea al legislador, que poco más adelante insiste en ella sin casi otra variación que la puramente formal. Apenas separan tres líneas, en la misma ley, el párrafo anterior de este siguiente: «Y los caudillos deben ser avisados para prevenir las cosas antes que en ellas estén. Y el miedo y el peligro que hay en las cosas deben mirarlo y tenerlo cuando están vagando y olvidarlo cuando están en el hecho. Que el pensamiento que entonces les llevase a recordarlo y el miedo o peligro que les pudiera acaecer les estorbaría de manera que no podrían hacer buena acción y no sacarían ningún provecho.»

La Ley 17 da un paso más: «Porque, según los antiguos, mayor miedo deben tener los de la hueste de la pena que piensan recibir del Señor por los yerros que hicieren, que del peligro o la muerte que los enemigos les puedan dar.» No parece esta idea muy acorde con el tono moral de *Las Partidas*. Este temor como impulso será sólo recurso secundario del bien obrar, aspecto negativo, que siguen manteniendo nuestros códigos cuando imponen la máxima pena, ejecutada sumariamente sobre el campo «al que por cobardía sea el primero en volver la espalda al enemigo». De eso se trata, pues de los estímulos valerosos hablan *Las Partidas* en otras ocasiones

Ya el título que trata «De los castillos» mostraba, en los consejos que la Ley 10 dedica a los alcaides, como un vago anticipo del rumor poético que «La Marcha Triunfal» tiene para los que soportaron el viento y la escarcha, el frío y la nieve: Porque los alcaides «han de tener gran esfuerzo en sufrir todo miedo y toda fatiga que allí les venga, tanto en velar, como sufriendo sed y hambre y frío y todo trabajo que allí apretase. Y por tanto, muerte ni otro peligro que es pasadero no deben temer tanto como la mala fama, que es cosa que caería siempre a ellos y su linaje».

Al seguir leyendo parece sentirse el escalofrío del centinela o el estucha en la Ciudad Universitaria, relevado cada cuarto de hora para descongestionar la tensión nerviosa que produce el repiqueteo o la trepidación que anuncia una próxima mina bajo sus pies: «Y cuando los alcaides viesan armar ingenios y hacer cavas u otra manera de combatir contra los castillos, deben mostrarles a los que estuviesen allí con ellos, como no desmayen, que aunque es cosa natural el tener los hombres miedo de la muerte, pues saben que por ella han de pasar, antes deben querer morir haciendo lealtad y derecho y dar a los hombres ocasión de loarlos después de sufrir, mucho más que cuando eran vivos. Y dejar también a su linaje buena prez y fama y carrera abierta, antes que mostrar cobardía por la que sean tenidos por malos y recibir muerte de traidor y dejar su linaje infamado.»

La observación de ser el miedo cosa natural y fisiológica es el primer principio de psicología de campaña. para asegurar su prevención y la creación de recursos valerosos en la tropa. En el párrafo anterior las ideas van formando ya un cuerpo de doctrina, se escalonan los móviles del valor por su orden, primero los positivos y luego los negativos, y a base de ambos se mira a la trascendencia del propio nombre y a la repercusión del honor o la infamia en los descendientes.

Pero en todas estas reflexiones se observan también algunos recuerdos, incluso textuales del *Poema de Fernán González*, que luego se repetirán muy semejantes en la crónica de Muntaner, posterior a *Las Partidas*.

Todo puede prevenirse a tiempo si se atiende con perseverancia la educación moral del guerrero, que es ante todo educación de la voluntad y el sentimiento. El Rey Sabio lo advierte así minuciosamente: «Y para confortarlos a ello se pusieron hombres señalados que los predicasen.» Es un cuidado que se repite en el *Poema de Fernán González*, con lecciones teóricas o largas arengas que allí, como en el *Libro de Alexandre*, se llaman «sermones»; y como en la crónica de Muntaner se encarga a uno de «decir la palabra» antes del toque para la batalla.

Las Partidas no dejan de considerar cual es el momento oportuno para la lección moral. Es algo que perdura en la lectura de la efemérides del día en las Academias Militares y ahora se extiende a todas las unidades del Ejército. Sólo que su momento es hoy el que sigue a la lista de retreta, último acto de la noche, propicio a la sugestión psicológica, mientras que Alfonso el Sabio tenía sus razones para establecerlo a la diana: «Y ésto deben hacer a la mañana, cuando los hombres están reunidos, antes que se esparzan, estando ayunos, que no coman ni beban.» Hay en la expresión cierto tono de rito religioso y ascético, muy del tiempo, próximo aún a los cruzados y con ambiente de Ordenes Militares.

Pero el caudillo ha de animar a sus hombres por vía inmediata cuando les amenace un peligro. *Las Partidas*, siempre atentas al pormenor, particularizan ahora cuáles han de ser las frases convenientes. Las encontramos en la Ley 22, de «Las Guerras», cuando se está reglamentando la conducción de convoyes: «Débelos el caudillo confortar de dos formas: La primera de palabra, diciendo que no son tantos los enemigos, ni tan buenos como ellos. La segunda, de hecho, mostrándoles lo que deben hacer si a ellos viniesen. Y si fuera poca compañía y trajeren muchas bestias, debe hacer subir los hombres en ellas.»

Aún profundizan en su análisis psicológico: «Y tal es la palabra y el esfuerzo del buen caudillo con su gente cuando tiene miedo, como el médico al enfermo cuando piensa morir. Y les debe guardar más el caudillo al regreso que a la ida, porque al ir van más medrosos y a la tornada vienen más confiados.»

Estas dos últimas reflexiones, la de la fe del tímido en su oficial, comparada a la del enfermo en su médico, y la tropa recelosa al ir y confiada al volver, siguen teniendo la misma vigencia y hasta la misma expresión literal en nuestros actuales textos de psicología militar.

Los principios del Rey Sabio permanecen frescos a través de los siglos, como meditados y escritos ayer mismo.

El heroísmo exigido

Examinan puntualmente *Las Partidas* las cualidades necesarias al alcaide que ha de guardar el castillo de su señor, cosa en la que hay muy gran peligro, «pues si el que lo tuviere lo perdiere, ha de caer en traición».

Aparte de los requisitos más comunes, se avisa aquí, como peculiar, que el alcaide no ha de ser muy escaso en dar, para que los hombres estén en el castillo más a gusto y con mejor disposición. Tampoco debe ser muy pobre —igual que el caballero—, para que no tenga codicia de las cosas que convienen a la guarda y defensa del castillo.

Sobre todo, destacan en este título de los alcaides unas prevenciones que llevan en sí mismo la exigencia del heroísmo, como tantas de los actuales reglamentos militares: «Si acaeciese que el castillo se lo combatesen o cercase, débelo amparar hasta la muerte. Ni por ser él preso, atormentado o herido de muerte o amenazado de matar, ni por otra razón de mal que ser pudiese o de bien que le hiciesen o prometiesen. Ni por atormentar o herir o matar la mujer o los hijos, u otros hombres cualesquiera que amase, no debe dar el castillo ni mandar que lo diesen. Que si ello hiciese caería por traición.»

He aquí expresamente legislado y exigido el heroísmo. Está como adivinándose a Guzmán el Bueno, veintinueve años antes de su acción. En una edición crítica e ilustrada de *Las Partidas*, sería forzoso anotar como colofón aquél ejemplo, seguido del de Moscardó, con unas láminas hirientes para centrar vivamente la narración.

Según la *Crónica General*, posterior al hecho, el traidor infante Don Juan, que en 1294 mató al hijo de Guzmán el Bueno, había tomado antes el alcázar de Zamora, a la mujer del alcaide, ausente, bajo la amenaza de degollarle el niño que criaba en una aldea.

El Rey Sabio añade en *Las Partidas*: «Debe mirar mucho el alcaide que aquellos que allí metiere, si fuesen hijosdalgo, que ninguno venga de linaje de traidores.» Ya Milá señala la tendencia de las Crónicas a formar linajes de traidores y leales. La de 1344 dice del privado de Alfonso XI: «Este Alvar Nuñez era del linaje de Vellido Dolfos, aquel traidor que mató al rey don Sancho sobre Zamora, y se le asemejaba en las costumbres.» En esta prudente creencia se basa la obsesión por el linaje que muestran *Las Partidas*.

Claro que el Rey Sabio llevaba un poco lejos el punto del linaje, olvidando que a propósito de la hidalguía había advertido cómo más allá de los bisabuelos no conservan memoria los hombres. Concedía un valor demasiado rectilíneo a la transmisión de cualidades por herencia y no tenía en cuenta tampoco que, pese a desterrar los hijos nacidos de la traición del padre, llevarían la misma sangre los nacidos antes y los nietos, la cual se mezclaba con las demás del reino.

Tras estos aspectos defensivos se previene también cómo el alcaide debe defender su castillo «con ardimiento y esfuerzo, hiriendo y matando al enemigo lo más recio que pudiese, y de manera que nos los dejase llegar a él». Luego va pormenorizando el legislador toda una casuística de posibles delitos, para terminar: «Y cuando alguno abriese la puerta para hacer espolonada sin mandado del alcaide, y el castillo se perdiese por ello, quedaría por traidor y debe morir la más cruel muerte que le puedan dar.»

III. EL ESPÍRITU ARDIENTE Y LA CARNE QUEMADA

Entre el ganar y el sufrir

Han pasado dos siglos desde que el Cid repartía el botín, cuando el Rey Sabio reglamenta la ganancia en la Segunda Partida. Parece que se ha parado el reloj en aquel momento cidiano en que observábamos el incentivo de la ganancia como uno de los tres primeros móviles guerreros.

Muy importante debe ser tal incentivo en la época de Alfonso X cuando dedica nada menos que treinta y cuatro leyes a regular el título 26, «De lo que se gana en las guerras», haciendo de él el más extenso de la Partida. Sólo le siguen de cerca en extensión títulos

de tanto interés como el de los Castillos, con treinta y dos leyes, y los de la Guerra y los Oficiales, con treinta cada uno.

Apenas era necesario nuestro examen estadístico, porque ya la introducción al título declara, en breve pero intensa frase, lo que creíamos descubrir en el recuento.

«La ganancia es cosa que naturalmente codician hacer todos los hombres y mucho más los que guerrear.» Aún se glosa la idea en la primera ley: «La partición les hace ser pagados de lo que toman, que es, según dijeron los sabios, la más sabrosa vida y holgada que puede tener el hombre en este mundo.»

Todo el mecanismo de la partición del botín está mostrado como de un modo plástico y descriptivo en este título. Los de la hueste no debían robar el campo enemigo hasta pasados tres días, durante los cuales quedaba el botín custodiado por los cuadrilleros y guardas. Si en la batalla estuvo el rey o el caudillo, se reunía todo lo ganado como en cualquier caso, pero no se apartaba nada del botín hasta que regresasen los que habían partido en alcance o persecución del enemigo.

No entraremos en detalles sobre la partición, ni el quinto del botín que se otorgaba al Rey, particularmente curiosos y pormenorizantes. Sólo puede interesarnos un punto de conexión con las ligeras referencias que luego haremos al trato de los presos.

Porque aquí se establece que se hiciese mercado en almoneda de las cosas que se ganan en las guerras, mostrándolas y aún dejándolas tomar, para que cada uno pueda valorarlas y pujar. La primera razón de la almoneda era que se apreciase las cosas lo más posible para que los que las habían ganado «tuviesen pro y sabor de ir ganando más», pero también se buscaba con ella que no se hurtase a los señores su derecho ni hubiese engaño «vendiéndolo escondidamente»:

Mas la ganancia material, con ser mucho, no lo es todo en aquel tiempo. Hay quienes son «bien acaudillados» y hacen los grandes hechos por sí mismos, no por miedo de pena, ni codicia de galardón que esperen, sino por hacerlo mejor, por bondad que tienen en sí naturalmente. Tales son las consideraciones con que se inicia el título 27 para regular los galardones de guerra:

«Que dar galardón es cosa que conviene mucho a todos los hom-

bres. Porque muestran por conocido al que lo hace y, además, por justiciero. Que la justicia no está solamente en escarmentar los males, sino más aún en dar galardón por los bienes.»

Pero queda por resaltar el beneficio que produce a los que lo reciben y la ejemplaridad que traen consigo: «Además de esto nace otro pro: que da voluntad a los buenos para ser todavía mejores y a los malos para enmendarse.»

Las leyes sucesivas señalan tres tipos de merecimiento de galardón: por hecho sin pérdida propia, por pérdida sufrida y por hechos señalados. Analiza especialmente cuáles son éstos: matar al caudillo enemigo o prenderlo, proteger al Rey con el propio cuerpo, desviar el arma que le amenaza, librándole si está en poder enemigo o en peligro, darle el caballo si hubiese muerto el suyo, alzar la señal si el enemigo la hubiese derribado o tomarla por fuerza al que se la hubiese quitado al alférez.

Aún se detallan las tres formas que el galardón puede adoptar:

- loando el bien hecho que hicieron,
- agradeciendo de palabra el servicio que por ellos recibió, y
- galardonándose de hecho y acrecentándoles en su bien y en su honra.

Pero frente a la «sabrosa y holgada vida» que produce el ganar, no olvida el Rey Sabio la consideración de la alternativa que la guerra ofrece al hombre cuando la desgracia se ceba en él y a la gloria se opone el sufrimiento. Está expuesto con todo su valor afectivo en el título 29, que trata de los presos y cautivos:

«Naturalmente, se deben los hombres doler de los de su ley cuando caen cautivos en poder de los enemigos, porque ellos son despojados de la libertad, que es la más cara cosa que los hombres pueden tener en este mundo.» El contraste no puede ser más manifiesto.

Explica luego la Partida qué distinción hay entre cautivo y preso: «Cautivos son llamados por derecho aquellos que caen en prisión de hombres de otra creencia. Que a éstos los matan después que los tienen presos por no ser de su ley, o los atormentan de crueles penas, o se sirven de ellos como siervos, metiéndoles a tales servicios que querrían antes la muerte que la vida. Por todas estas razones y otras muchas que sufren son llamados cautivos, que es la mayor malandanza.»

La ley se ocupa después de las razones por las cuales deben ser liberados los cautivos, que son cuatro: «La primera, porque place a Dios que tenga el hombre piedad de su cristiano, que según El dijo, así le debe amar como a sí mismo en cuanto a la fe. La segunda, por mostrar ahí la piedad que deben tener los hombres de aquéllos que mal reciben, porque son de una misma naturaleza y forma humana. La tercera, por tener galardón de Dios y de los hombres cuando le fuere menester, que así como él quisiera ser socorrido cuando cae cautivo, así debe él socorrer al que lo fuese. La cuarta, por hacer daño a los enemigos, cobrando de ellos los que tienen presos, sacándolos de su poder.»

Así se ve que, por una razón o por otra, «todos deben socorrer a tal cuita como ésta y dar ahí de lo suyo de grado, y no se deben doler de lo que dieren, que el dinero pasa según el mundo y piérase y no queda de él otro recuerdo sino lo que es bien empleado. Y aún sin todo esto, deben los hombres para mucho mientes y tener mucho la palabra que dijo Nuestro Señor, que el día del juicio dará galardón a los que le vieran en cárcel y le socorrieran y pena a los que no lo quisieran hacer».

Acude luego a los antiguos para ver los motivos que obligan más a los hombres para socorrer y redimir a los cautivos: por hermandad en la fe, por relación de linaje, por postura, por señorío o vasallaje y por amor. En ellas se encuentran todos los deberes que tienen los hombres unos con otros para socorrerse «cuando fueren cuitados».

Aún se dedica a los cautivos el título 30 relativo a los alfaqueques, que son hombres de buena voluntad puestos para sacar a los cautivos. «Escogidos muy afinadamente deben ser, pues tan piadosa obra han de hacer como sacar cautivos. Es menester que vengan de linaje bien afamado» y que sean verdaderos y sin codicia y sabidores del lenguaje de la tierra a que van y sin enemistad con los cautivos y esforzados y propietarios de algo.

Pero aún hay otra forma de sufrir los males de la guerra. Al ocuparse de ella, el Rey Alfonso quiere paliar la adversidad con cierto modo de honra y provecho material, que es reparación harto pequeña aunque consoladora. El título 25, al ocuparse de las pensiones de guerra, «por los daños que los hombres reciben en los cuerpos o en lo suyo», razona muy discretamente este consuelo. De ello nacen muchos bienes, pero sobre todo dos: «Que hacen a los hombres

tener mayor deseo de codiciar los hechos de la guerra, no temiendo que caerían en pobreza por los daños que en ella recibieren, y además acometerlos de grado y más esforzadamente. Y quitan los pesares y las tristezas, que son cosas que causan gran daño a los corazones de los hombres que andan en guerra.»

La tabla de pensiones que la ley segunda incluye (véase el Apéndice número 4) se presta a numerosas conjeturas respecto a la sociedad de la época. Quedan sugeridas a la atención de especialistas y curiosos. A nuestro fin interesa más asomarnos a la ley tercera, donde culmina este afán de compensación de daños, que une y contrasta penas con honores.

Al llegar a este punto, el Rey Sabio eleva el tono de su texto para decir: «Reciben muerte muchos hombres en las cabalgadas teniendo voluntad de servicio a Dios y de amparar la tierra de donde son y de honrar a su Rey.» Con ello está manifestado claramente el trilema tradicional de servicio: «Por Dios, por la Patria y por el Rey», que en nuestra Cruzada se limitó al epitafio del combatiente: «Muerto por Dios y por la Patria.» Sigue diciendo el Rey Sabio: «Por eso tuvieron por bien los antiguos que al que así muriese, si fuese caballero, le diese toda la cabalgada, por razón de él, ciento cincuenta maravedís, y si fuese peón, la mitad de esto.»

«Y los que así recibiesen muerte, aunque muriesen los cuerpos, no tuvieron por bien que muriese el bien que hicieron. Y por derecho, a éstos, más se les debe llamar *pasados* que muertos. Pues cierta cosa es que el que muere por servicio de Dios y por la fe, que pasa de esta vida al paraíso. También el que muere por defendimiento de su tierra y por su señor natural, hace lealtad y múdase de las cosas que se cambian cada día, y pasan a ganar nombradía y firmedumbre a su linaje para siempre.» En ello encontramos también el clásico origen y la conjunta antigüedad de dos máximas familiares a los combatientes del siglo xx. Una en lo trascendente: «Ante Dios no hay héroe anónimo.» Otra en lo humano: «A los que mueren por la Patria los recoge la inmortalidad.»

De este modo se enlazan en su más espiritual acepción el ganar y el sufrir del guerrero, que por las armas puede llegar a la Gloria, donde el Dante veía a los que cumplieron limpiamente su oficio militar, con el esfuerzo martirial de combatir por una causa justa.

La suerte del prisionero

Entre las brumas medievales que aún envuelven el panorama del Rey Sabio hay ya claros vislumbres que, encendidos por su fe y su razón, intentan disiparlas. El derecho de gentes, que tanta luz había de dar al mundo más tarde, apunta ya en *Las Partidas* con acertadas consideraciones sobre la suerte del prisionero. Aún es pronto, sin embargo, para pretender aciertos formales definitivos.

La actitud del guerrero ante el enemigo, es en *Las Partidas* la de cargar sobre él todo el rigor de la guerra. Insisten en la crueldad que deban tener los caballeros que han de ser «fuertes y *crudos* para herir o matar». Se repite la idea: «Por eso antiguamente se escogía que fuesen acostumbrados a herir, para que supiesen mejor y más de prisa matar y vencer. Y que fuesen *crudos*, para no tener piedad de robar lo de los enemigos, ni de herir ni de matar.» También los marinos, a sus enemigos, «débenlos matar y prender y hacer cuanto mal pudiesen».

En cuanto al trato a los prisioneros, la Cuarta Partida nos hace una indicación histórica al explicar el origen de los siervos: «Antiguamente todos cuantos cautivaban mataban. Mas los emperadores tuvieron por bien y mandaron que no los matasen, sino que los guardasen y se sirviesen de ellos». Luego, consecuentemente, se señala como primera manera de siervos, «los que se cautivan en tiempo de guerra, siendo enemigos de la fe».

Por eso, aludiendo a estos cautivos de fe no cristiana, se establece en el título 27 de nuestra Segunda Partida que cuando el Rey venciese la batalla se le había de dar el caudillo mayor del enemigo con sus mujeres e hijos —dando por seguro que aquellas eran varias—, y con todas las cosas muebles que le perteneciesen. Tras ello, encontramos una referencia a la almoneda de presos: «Los antiguos, aún tuvieron por bien que todo preso que sacasen de la almoneda por valor mil maravedies para arriba, que lo tomase el rey, dando por él cien maravedis. Y, aún otro cualquiera, aunque no valiese tanto, si pudiese por él conseguir villa, fortaleza o castillo, o recibir tal servicio que acabase su hecho. Esto debe ser, dando por él lo que valiese».

Es preciso volver al título 29, que trata de los cautivos, para encontrar referencias concretas a la conducta que conviene a los prisioneros.

A diferencia de los cautivos, que sufren tantos males por caer en manos de hombres de otra ley —pero que *Las Partidas* estudian sólo desde el punto de vista del cautivo cristiano—, la definición de los presos, se hace así: «Presos son llamados aquellos que no reciben en sus cuerpos otro mal sino aquella prisión en que los tienen, y si se llevan alguna cosa de ellos es en razón de costa que hayan hecho teniéndolos presos, o por daño que hayan recibido de ellos queriendo repararlo así».

Tras este concepto general, se establece claramente el trato que ha de dárseles: «Pero con todo eso no los deben matar luego a deshora, ni darles pena, ni hacerles otra cosa por la que mueran. Salvo si fuesen presos por razón de justicia. Que los antiguos no tuvieron por derecho que después que el hombre tuviesen preso lo matasen, ni lo diesen gran tormento por el que hubiesen de morir, ni le pudiesen vender ni servirse de él como siervo, ni apartasen a la mujer de él, ni a los hijos, para venderlos, partiendo los unos de los otros».

La aclaración que sigue al texto anterior nos da la clave de que la ley no se refiere a los creyentes de otra religión, que ya vimos vendidos en almoneda y pasando a ser siervos. Sin embargo, todas las prevenciones de humanidad en el trato pueden considerarse de carácter general, como después se aclara a propósito de las asonadas en el título 26. Al condenar tal rebelión como contraria al derecho humano y divino, señala penas de Talión para quienes burlasen el respeto al prisionero que allí se establece.

«Ningún hombre se debe atrever a prender a otro para llevarlo a su prisión, aunque lo tuviese en su poder en el campo; ni le ha de cortar la cabeza, ni degollar, ni deshacer miembro alguno, sino hiriéndole mientras se defendiese, ni aún después que lo hubiese muerto no tuvieron por bien que lo lastimasen ni tajasen miembro alguno».

«A los que contra ésto hiciesen, tuvieron por derecho, que si mayores con mayores, o iguales con iguales —alude a la clase social—, los autores de este lastimamiento recibiesen otro en su cuerpo, tal

como ellos hubiesen hecho. Y si fuese de los menores, que muriese por ello».

«Estas penas pusieron a los que lidiasen, lo uno, porque se atrevían contra el amparo del rey; lo otro, porque se atrevían a cortar miembro, lo que ninguno debe hacer, sino el que tuviese cargos de justicia».

He aquí, abreviadamente recogido todo lo que pudo ser base de un derecho de guerra en lo referente a prisioneros, en plena transición, pero con un perfecto sentido de justicia, que no ha mejorado demasiado desde entonces.

Castigos y escarmientos

Cuando al iniciarse la Partida Segunda nos mostraba su autor las dos espadas por las que se mantiene el mundo, ya advertía que la del poder espiritual era suave, toda llena de misericordia y bondad, insuficiente por sí sola para gobernar a los hombres dadas sus malas inclinaciones y la corrupción de muchos. Era preciso por ello la coacción del poder temporal con la espada de su justicia siempre alzada y dispuesta al castigo.

El Rey Sabio suponía en la mayoría de sus súbditos un espíritu ardiente que les impulsaba a ganar honra para su linaje y galardón en la otra vida. Pero conocía también por amarga experiencia la perversidad a que los hombres llegan y la debilidad con que otros se dejan inducir. Para que sirva de freno a unos, castigo a otros y escarmiento a todos, define los delitos y establece las penas con minuciosa distinción de grados de culpabilidad. Se ocupa de ello, específicamente en la Partida Séptima, pero no existe una agrupación de las leyes penales militares, distribuídas por los distintos títulos de la Segunda. Por eso, las reunimos aquí para considerarlas encuadradas en el ambiente general de castigos y escarmientos. Penas rudas, de típica mentalidad medieval, que sacudirían en su sensibilidad al hombre de hoy, si por desgracia no tuviese presente datos frescos de torturas actuales en interrogatorios y prisiones, «chekas» y campos de concentración durante las últimas guerras calientes y frías.

Lo primero que llama la atención del lector moderno es la distinta gravedad de pena que imponen *Las Partidas*, según la clase so-

cial del delincuente, distinguiendo siempre entre los hombres mayores, los medianos y los menores o «gente menuda». En la Partida Séptima hay penas tan graves como la de cortar la lengua y las orejas, señalar los labios con hierro candente, ser decapitado, quemado, echado a los perros, a los leones o a otras «bestias bravas que lo maten», o arrojado al mar en un saco de cuero cosido, que junto con el reo lleve «un can, un gallo, una culebra y un simio».

Junto a este tufo de carne quemada, hay sutilezas de gran clemencia y sentido de la piedad, y curiosidades notables por tratar temas de interés aún vivo. Así es la prevención de que los judíos lleven en la cabeza una señal bien visible para que todos les distingan y el castigo de doce azotes a los infractores, o la exculpación a quienes ofendieron a doncella que vista ropas semejantes a las de mujer pública, o lo mismo que a los clérigos que anden por la calle sin el decoro que debe distinguirles o vayan «en talle» — hoy decimos «a cuerpo» —, prescindiendo del traje talar.

Siete tipos de penas

Siete tipos de penas señalan *Las Partidas*. Cuatro corresponden a los «yerros mayores» y tres a los menores. Las enumeraremos respetando en lo posible la expresividad original del texto.

1. Pena de *muerite* o *pérdida de miembro*.
2. Estar en *hierros* para siempre, *cavando en los metales* o *labrando labores del Rey*, o *sirviendo a los que las hicieren*.
3. *Destierro* para siempre en una isla o lugar apartado, *tomándole todos sus bienes*.
4. Estar siempre *en hierros*, en *cárcel* u *otra prisión*. Sólo a *siervos*, pues la *cárcel* no es para *escarmentar los yerros*, sino para *guardar los presos hasta que fueren juzgados*.
- 5.^a *Destierro sin privación de bienes*.
5. Dañar la fama, *juzgándole por infamado*, o *privándole del oficio* hasta cierto tiempo o para siempre.
7. Ser *azotado* o *herido* secretamente, o ponerlo en *deshonra* en la *picota*, o *desnudarlo*, haciéndolo estar *al sol untado de miel*, para que *lo coman las moscas* alguna hora del día.

La prueba del tormento

Poco antes de establecer las penas, el Rey Sabio ha definido el tormento como prueba judicial y no es una prueba cualquiera, sino de última instancia, hallada por «los que fueron amadores de la justicia». La definición queda fijada así: «Tormento es una manera de prueba para escudriñar y saber por él la verdad de los malos hechos que se hacen encubiertamente y no pueden ser sabidos ni probados por otra manera. Y tiene muy gran provecho para cumplir la justicia».

Surge en seguida la necesidad de establecer excepciones para esta prueba por razón de la edad, dignidad y magisterio. Por eso, en la ley segunda se exime de tormento a los menores de catorce años, a los caballeros y a los maestros de las leyes o de otro saber.

Los demás mortales pueden sufrir tormento por alguna de sus dos formas: «La una se hace con heridas de *azotes*, la otra es *colgando* de los brazos al hombre que se quiere atormentar y cargándole las espaldas y las piernas de lorigas o de otra cosa pesada».

Con esta sencillez se justifica un sistema que durante mucho tiempo dio lugar a enconadas polémicas.

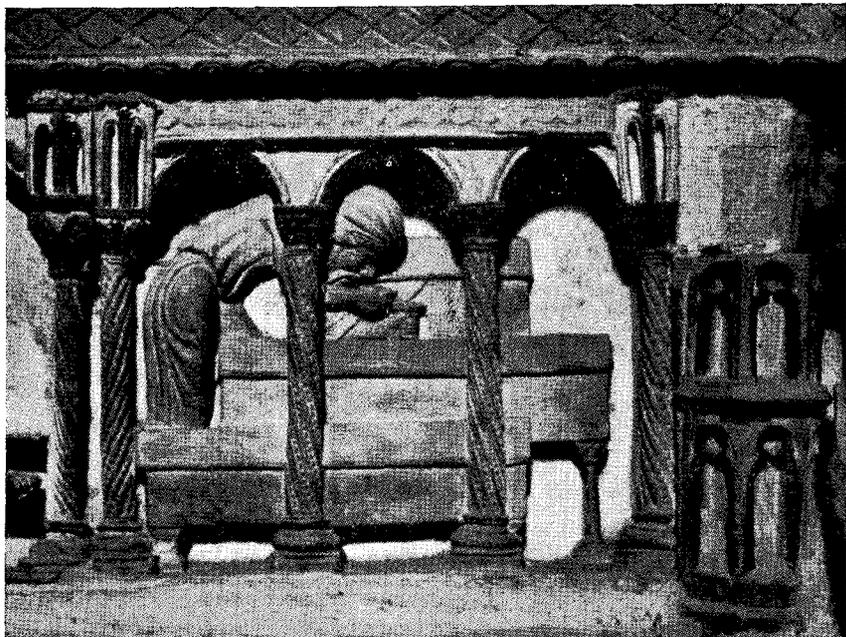
Las penas militares

Las primeras figuras delictivas con que nos encontramos en la Partida Segunda corresponden a delitos contra la seguridad del Estado. En el título 16 se ocupa del homicidio en palacio o en presencia del Rey. Presenta el caso de promover *pelea* o revuelta intencionada en el lugar *donde el Rey está*, de la que resultase algún muerto a consecuencia de las heridas recibidas, en cuyo caso mandaba *matar* a los autores y cómplices *por igual medio* que ellos lo hubiesen hecho ante el Rey. Obsérvase aquí y más en los sucesivos casos, una extraña y bárbara interpretación de la ley de Talión.

Cuando *uno de los que andan* cotidianamente con el Rey *mata* a otro a sabiendas y alevosamente, se distinguen tres casos. Si el muerto fuese «de los mayores» se le dará *muerte según albedrío* del Rey, y si las heridas no fuesen mortales se le *expulsa* del reino.



LA GUERRA EN LA ALTA EDAD MEDIA
Leovigildo, con sus huestes, extermina a los defensores de una ciudad cántabra. (Detalle del arca de reliquias de San Millán, que se conserva en el Museo Arqueológico, de Madrid).



LOS OFICIOS EN TIEMPOS DEL CID

Arriba: un escultor. (Sepulcro de los Santos Vicenta, Sabina y Cristeta, en la Iglesia de San Vicente, en Avila). Abajo: picapedreros. (Claustro de la Catedral de Gerona).

Pero si el matador fuese «de los menores», manda que «*le metiesen vivo bajo el muerto*» y si sólo resultó *herido*, que le *cortasen la mano*. «Todo ello —aclara el legislador—, por la compañía que forman bajo uno, que es como hermandad». Hermoso colofón para explicar un terrible castigo a los que atentan contra el cuerpo y la unidad de la milicia.

También en la ley 17, de los motines o asonadas, rige la misma ley. Fijase allí rectamente el carácter del prisionero tal como hoy lo entendemos: perdida su condición de combatiente, es un hombre inerme a merced del enemigo. Por eso dice el texto que en los motines «no debe prender un hombre a otro, ni matarlo después que fuese vencido» y se condena a los infractores a *recibir en su cuerpo otro tanto* de lo que ellos hubieren hecho.

El abandono de servicio se castiga en una de sus formas por el título 18, recordando que los antiguos acostumbraban a *despeñar* a los que hallaban *durmiendo* en la vela del castillo después que tres veces los habían despertado y castigado.

La desertión al frente del enemigo es objeto de especial atención. Porque no sólo debían morir y perder toda su hacienda como traidores, sino que tradicionalmente se les mandaba derribar las casas. Aún aclara el texto una pena mayor de orden moral. Porque antiguamente tan mal se juzgaba desamparar al señor en la batalla, que mandaron que ni su mujer ni sus hijos morasen con ellos, por la mala nombradía que de ellos cobran.

La muerte del traidor

El estudio de la traición es detenido y minucioso. El Rey Sabio cuida de matizar en el título 28 un número considerable de figuras.

Empieza estableciendo penas por vía sumarisima. Porque si los caudillos supiesen que alguno de su compañía había ido a los enemigos o les había llevado informes —«*sabiduría*»—, de ellos, manda en cuanto lo cogiesen lo matasen vilmente, *rastréandolo* o *desmembrándolo*, lo mismo que a los que sabiéndolo no apercibiesen al Rey o al caudillo.

Si alguno se fuese al enemigo del que podría venir daño y lo apresasen después, habían de tenerlo preso «hasta que acabasen su hecho» y luego «de darían pena por albedrío del Rey o del caudillo

mayor *con consejo de hombres buenos* de la hueste o cabalgada». Y si al prenderles se defendiesen y resultasen muertos, «no habría culpa por ello». Parece adivinarse aquí un antiguo pretexto para la ley de fugas.

Pero si los pasados al enemigo volviesen atacando con él, encontraban el hecho tan monstruoso, que se mandaba *cortarlos la cabeza* en cuanto los cogiesen, si fuesen hijosdalgo, y si «de los otros» (pueblo llano), les dieran «*la más extraña muerte que pudiesen*». Acude aquí el recuerdo de aquella horrible pena del saco conteniendo los cuatro animales juntos con el reo, discurrida para situaciones extremas como ésta.

Aparece ya la figura legal del *desnaturado*, tan estudiada en nuestra literatura jurídica a propósito del Cid, como ejemplo típico. *Las Partidas* lo presentan así: «Si el Rey les hiciese ofensa —«tuerto»—, mientras estuviesen en guerra deben pedirle satisfacción por tres veces y si no se lo quisiera enmendar, pueden separarse de él, desnaturalándose primero. Pero no deben ir a lugar donde *participen en su muerte* o deshonra o desheredamiento, ni con *hombres de otra ley* para ayudarles *contra la suya*. Que esto lo tuvieron antiguamente por tan gran mal que los daban por separados de la fe y por *descomulgados* y por traidores del señor y la tierra. Y mandábanlos matar de *cruelas muertes*, como a hombres viles, *echándolos a las bestias que los desmembren* o *matándolos de hambre*, o echándolos *en el fondo de las aguas*, que los comiesen los pescados, porque no pareciese ninguna cosa de ellos».

Aún se añade otra crueldad de tipo religioso para el caso en que no se les pudiese encontrar y muriesen en el destierro, prohibiendo traerlos a enterrar, pues no tuvo por bien la Santa Iglesia que fuesen enterrados en lugares sagrados, antes mandaron que si los hallasen metidos, *sacasen* sus huesos y los derramasen por los campos o los quemasen».

Se estudia luego la figura de la insubordinación al frente del enemigo. Cuando no se pueda evitar que alguno se «desmande» por cosas que le hagan, «aunque otro mal no viniese a los suyos», «debe ser preso del Rey o del caudillo mientras el hecho durase y tenerlo *en prisión deshonoradamente*», así como en *grandes hierros* o en «*corras*», y yendo *caballero en asno*, o de pie, llevándolo con *cadena a la garganta* o atándolo *con una soga a la cola de alguna bestia* o al

ataharre. Todavía varios siglos después seguían vigentes estas penas, de las que quedó recuerdo en la historia de don Rodrigo Calderón y tantos otros caballeros afrentados. Porque el Rey Sabio coincide con «los antiguos» en encontrar tal castigo peor que la muerte. Una vez más queda al Rey la facultad de cambiar tal pena por la de destierro.

Lo anterior se refería a los «hombres mayores». Porque si «el derramamiento» lo hiciesen «los hombres menudos», débenlos matar, o cuando el Rey quisiera conmutarles la pena, había de ser tomándolos por siervos.

Quedan por ver los últimos aspectos de la traición. Así se manda sacar los ojos al que «sembrase desacuerdo» en la hueste o cabalgadura, y que a todo el que en acción de guerra hiriese o dejase lisiado a alguno de sus compañeros, le cortasen el miembro con que las hiciera y si matase a alguien que lo enterrasen bajo el muerto, y si hurtase vianda, que lo pechase al cuádruple —«a cuatro doble»—, y le cortasen las orejas si fuese por primera vez, pero también las manos si fuese la segunda. Recuerda el Rey Sabio que en tales casos, «los antiguos» también los enterraban hasta la cintura y las víctimas de su robo le tiraban una lanza desde nueve pasos de distancia, pudiendo herirle o matarle impugnemente. Con ello tiene su confirmación el realismo del castigo del traidor Ruy Velázquez en el poema de los Siete Infantes, cuando es blanco humano de un juego de bofondo. Por encima de todas estas penas, el autor de *Las Partidas* prefiere que al reo se le marque la cara con un hierro si es por primera vez, y se le mate a la segunda. Tal dureza en la represión del robo y la misma o mayor en la parte civil, hace pensar en lo extendido que estaría para determinar escarmientos tan extremosos.

Privilegios del caballero delincuente

El título 21, que trata de los caballeros muy por extenso, no descuida el conceder allí los privilegios que por razón de su clase y su servicio les corresponden, aún siendo delincuentes. Así cuando en un juicio contra un caballero aparezcan señales o sospechas suficientes para someterle a la prueba de tormento, no debe dársele

ésta, salvo el caso de traición que tocase al rey natural o del que fuese vasallo.

Pero aunque el delito le fuese probado no se le debe dar muerte afrentosa, «así como rastreándole o destorpándole», sino que le han de «descabezar por derecho o matarle de hambre cuando quisieran mostrar gran crudeza contra él».

A pesar de ello, «los antiguos» consideraron tan mal que los caballeros «se metiesen a hurtar o robar, o hacer la alevosía o traición que hacen los viles de corazón o de bondad, que mandaron que los despeñasen de lugar alto para que se desmenbrasen, o los ahogasen en la mar o en otras aguas para que no apareciesen, o les diesen a comer a las bestias fieras».

Esto hacían cuando el caballero, despreciando su honra, renegaba prácticamente de serlo, al deshonorarse a sí mismo.

CONCLUSIÓN

La Partida Segunda nos revela en Alfonso el Sabio uno de los tratadistas militares más amplios, profundos y polifacéticos de su época, y aún lo sitúa en la primera línea de los de cualquier tiempo. No puede disputársele este mérito pensando que no debió ser redactor material de los textos. Su indudable dirección, sistematización y supervisión, son de por sí mérito suficiente. Pero hay más que indicios para atribuirle correcciones sustanciales en el pensamiento y aún en la expresión, y hay también períodos completos y elegancias de estilo en los que parece indudable la mano del Rey.

Destaca en la esencia de la Partida Segunda un *sentido teológico de la milicia*, que dignifica y enaltece la profesión de las armas al someterla a los principios de una recta conciencia cristiana. Con ello entra en el mundo de la *espiritualidad militar*, cuyo fondo se depura desde los más abstractos términos de las virtudes militares, aureoladas con el valor del símbolo y el rito, hasta el más concreto y casuístico de la conducta castrense y la ética de guerra, aún en términos que apuntan a sus modernas formas económicas y psicológicas.

Así se jerarquizan las virtudes militares de los soldados y los oficiales: Lealtad, Esfuerzo, Maestría, Cordura, Mesura, Justicia, Honor, Disciplina y Sobriedad... con preferencia distinta en cada

empleo. Así se previenen los peligros de desviación y confusión, los extremos viciosos a que las virtudes pueden llegar en una colisión de deberes. Así también se delimitan las cualidades del mando y de la obediencia.

Su plano moral es tan concreto que la Partida contiene un código de *deontología y filosofía militar* disperso entre sus leyes. Toda la obra está presidida por una preocupación doctrinal. En las situaciones difíciles, ante la muerte, cuando el miedo surge y se extiende, o en los duros dilemas que exigen heroísmo, la voz y el ejemplo del jefe, tipificados hasta en frases y detalles, viene a ser no sólo reserva moral, sino recurso psicológico.

La Partida constituye también un agudo estudio de *psicología militar*. Puede extraerse de ella un tratado de la personalidad física, psicológica y moral del hombre de armas, y se encontrará un sentido profundamente humano del mando, del servicio y de la guerra. El autor conoce y atiende la debilidad de la naturaleza humana, a la vez que la grandeza de su espíritu y el imprevisible alcance de su fuerza impulsora.

Junto al conocimiento experimental de las reacciones humanas, se destaca el valor de la palabra en sí misma, por esa especie de fluido magnético que la atribuía el sabio griego, y el valor de la palabra estimulante del Jefe, que unas veces es impulso, otras freno, y otras tiene aspecto profiláctico o terapéutico, como preventivo o remedio de psicosis y neurosis. Más de una vez la fantasía acude al lector de la Partida, llevado de alguna de sus bellezas literarias, y piensa en que el soldado va a morir por un soneto, o que ha de ponerse en acción la epopeya imaginaria. Morir por el ímpetu de una arenga es algo que se creía ya perdido en el tiempo, gracias a la táctica dispersa, pero vuelve a ser posible y ya lo ha sido, cuando la televisión permite que el Jefe de la gran unidad haga llegar su voz y su gesto, hasta el último soldado, en el prólogo de la batalla.

También hay buena parte de *historia del pensamiento militar*, en el continuo recurso que la Partida Segunda hace a ideas y usos de «los antiguos», a los que casi siempre respeta como sabios, y apoya en las antiguas máximas los nuevos argumentos y en sus costumbres cada nueva ley.

Pero sobre todo hay en la Partida *historia del arte bélico*, o más exactamente del *arte militar* de la época. De modo más o menos con-

creto se examinan los principios del arte de la guerra, a veces confundidos entre reflexiones de tipo moral. La organización, la logística, la táctica, la fortificación, la información o los servicios, aparecen en ella más que como preceptos, como expresión de vida y experiencia, acompañados siempre de un matiz ético y psicológico, como en la vida misma.

Está también, y muy principalmente el *derecho de guerra*. El derecho a la guerra, los principios de la guerra justa, sus razones y formas. Pero el aspecto jurídico positivo de *Las Partidas*, que fue en su día su verdadero objeto, apenas interesa al militar actual. No atrae lo que se manda, sino el por qué se manda, la filosofía del derecho de guerra. Ahí está, por ejemplo, analizado el incentivo de la ganancia como móvil del combatiente, que da luz en expresiones vigentes de soldados mercenarios. Las leyes del botín son el reflejo fiel de la victoria, en contraste con las «de sufrimientos por la Patria» —prisión, invalidez, muerte, viudedad— en la tribulación de un resultado adverso.

La figura del prisionero de guerra toma perfil destacado al ser examinada desde el punto de vista propio y enemigo, al considerar su distinta suerte, según sea o no de la misma fe, según se luche por la religión o por la patria.

Finalmente, en un somero examen de *leyes penales militares*, encontramos que los castigos están aún cargados de residuos clasistas, injustos o crueles. Se desprende del texto un tufo a carne quemada y lo tiñe una rubeola de sangre, salpicada de los instrumentos de tortura; pero a veces también aparece depurado en un anticipo de consideraciones humanas y cristianas impropias de la época, en una atención y aún valoración minuciosa de las circunstancias modificativas, que no miran sólo a la clase social del delincuente, sino a su intención, conocimiento y mentalidad. Y asoma tras la ley una inquietud, que se plasma en sutilezas de gran reflexión y clemencia, si se mira a las costumbres jurídicas de entonces.

* * *

Concluamos, pues, que la Partida Segunda del Rey Sabio constituye una deontología y filosofía de la milicia, el mando y la gue-

rra; pero también un importante texto de psicología castrense, tanto como una enciclopedia militar de su tiempo, con sus definiciones, etimologías y clasificaciones siempre a punto.

En ella se sistematizan las bases tradicionales del pensamiento militar cristiano, en su sentido más humanista y amplio, para proyectarlo a través del Siglo de Oro hasta la cumbre del Marqués de Marcenado, y bifurcarse poco después en una rama tradicional que se debilita, y otra liberal que llega hasta nosotros en las ordenanzas de Carlos III, mientras florecen ya junto a ellas nuevos brotes del clásico ideario militar español.

En la Partida Segunda de las de Alfonso X están sin disputa nuestras primitivas ordenanzas. Estas sí que pueden llamarse sin ninguna reserva ni eufemismo «las sabias ordenanzas», por tener en el Rey Sabio su autor y aún el redactor material de muchas páginas.

* * *

Las ilustraciones que acompañan a este trabajo corresponden al libro «La Alta Edad Media», de Enrique Bagüe, Editorial Seix Barral, Barcelona.

A P É N D I C E N Ú M E R O 1

SUMARIO DE LA PARTIDA SEGUNDA

Que habla de los emperadores y de los reyes y de los otros grandes señores de la tierra, que la han de mantener en justicia y en verdad.

- Titulos 1 al 11. Deberes y derechos de reyes, emperadores y señores.
- Título 9. Los oficiales del Rey. Los amesnadores. El Almirante. El Alférez.
- Titulos 12 al 17. Deberes del pueblo para con Dios, el Príncipe, los Oficiales del Rey y los bienes del Príncipe.
- Título 18. Los alcaldes, los castillos, su abastecimiento y defensa por el pueblo.
- Título 19. Los enemigos del Rey y del reino. Cómo y cuándo se constituye el pueblo en hueste, y qué órdenes de combate adopta: Formaciones.
- Título 20. Cómo defiende el pueblo su tierra.
- Título 21. Los caballeros.
- Título 22. Los adalides, almocadenes, peones y almogávares a caballo. (Los últimos omitidos en el texto).
- Título 23. Las guerras. Naturaleza de la guerra. Los caudillos. Las enseñanzas y transmisiones. Formas de la guerra: Combate, Lid, Hacienda, Batalla, Torneo, Espolonada, Cabalgadas, Algaras, Correduras y Celada.
Alojamiento, Campamento, Fortificación y Convoyes.
- Título 24. La guerra por mar.
- Título 25. Pensiones de guerra: Por mutilación, heridas y fallecimiento.
- Título 26. El botín.—Atalayas y escuchas. Espías y toma-lenguas.—Asonada, Apellido, Caballería y Almoneda.
- Título 27. Los galardones.
- Título 28. Delitos y penas militares.
- Título 29. Los cautivos y sus derechos.
- Título 30. Los encargados de liberar los presos.
- Título 31. Los estudios y maestros.

* * *

INTERÉS MILITAR DE OTRAS PARTIDAS

Partida Primera: De la fe católica.

Título 6. Modos de homicidio que impiden ordenarse clérigo. (Leyes 13 a 16).

Partida Cuarta: De los desposorios y casamientos.

Títulos 21 a 26. De los siervos, la libertad, los vasallos y los feudos.

Partida Séptima: De las acusaciones, delitos y penas.

Título 2. De las traiciones.

Título 3. De los restos.

Título 4. De las lides.

Título 5. Del menos valer.

Título 6. De los infamados.

Título 9. De las deshonras.

Título 11. De los desafíos.

Título 12. De las treguas y paces.

Títulos 24 a 26. De los judíos, los moros y los herejes.

Título 29. De la guarda de presos.

Títulos 30 a 33. De los tormentos, penas y perdones.

A P É N D I C E N Ú M E R O 2

CUALIDADES DE LOS CABALLEROS

En un recuento de las cualidades que *Las Partidas* exigen al caballero, encontramos hasta veinticuatro, enumeradas, examinadas y ponderadas cuidadosamente por el Rey Sabio. Aquí tratamos de recogerlas sólo en índice para que su examen pueda ayudar al lector en la comparación con exigencias actuales o en la consulta del original alfonsino, del que respetamos el orden de enumeración.

1. Gentiles, o sea con nobleza de bondad.
2. De buen linaje.
3. Sabidores.
4. De buenas costumbres y maneras.
5. Cordura, fortaleza, medida y justicia.
6. Crueles y piadosos.
7. Entendimiento y ser sabidores para obrar según él.
8. Fuertes y bravos, y así sus palabras. (En otro lugar insiste en la fortaleza y crueldad).
9. Mansos y homildosos, y así sus palabras.
10. Muy leales.
11. Arteros y mañosos.
12. Sabidores de caballos y armas.

13. Limpiedumbre y apostura.
14. Alegres y con humilde obediencia, como les dicen sus vestidos.
15. Lectores y admiradores de los grandes hechos de la historia.

Algunas de estas cualidades que parecen repetirse tienen en el código verdadera distinción, al aquilatar matices muy finos de cada virtud. Tal ocurre al señalar que han de ser «*homildosos*», según se trate de los superiores, los iguales o las damas; de la *fortaleza*, como virtud moral o física en cada caso; de la *sabiduría*, el *entendimiento* o la *bondad*.

A P É N D I C E N Ú M E R O 3

CUALIDADES MILITARES QUE EXIGEN LAS PARTIDAS

El cuadro más completo y perfecto es el que se exige a los oficiales del Rey. Su orden de prelación es el normal, que se observa en los amesnadores, oficiales encargados directamente de la guarda del monarca. El alférez ha de reunir virtudes semejantes, dada su misión y representación, la más alta, pues tiene la seña real, lleva la espada del rey delante de él, hace por él demanda, reto o desafío, es juez y aún ejecutor de la justicia.

En el título correspondiente a los caballeros, se establece un cuadro tan completo de cualidades para ellos, que sería prolijo enumerarlas, aunque no deja de ser aleccionador en nuestro tiempo. Recogemos aquí comparativamente y por su orden las cualidades de los distintos oficiales, atendiendo tan sólo a las que *Las Partidas* establecen con carácter general.

<i>Amesnadores</i>	<i>Alférez del Rey</i>	<i>Almirante</i>	<i>Alcaldes</i>	<i>Caballeros</i>
Linaje	Linaje	Linaje	Linaje	Linaje
Lealtad	Lealtad	Lealtad	Lealtad	Lealtad
Maestría	Maestría	Maestría	Maestría	Maestría
Buen seso	Buen seso	Esfuerzo	Buen seso	Esfuerzo
Esfuerzo	Esfuerzo			Virtudes
Apercibidos				cardinales

Los oficiales que siguen no necesitan el requisito inicial de linaje, indispensable a los anteriores. En sus cualidades se cambia también

el orden de preferencia, según su cometido específico, aunque no deba darse demasiada importancia a ello, pues las Leyes no apuraban demasiado en la comparación.

<i>Caudillos</i>	<i>Cómitres</i>	<i>Adalides</i>	<i>Caudillos menores</i>	<i>Jefes de Parques</i>
Lealtad	Lealtad	Lealtad	Lealtad	Lealtad
Esfuerzo	Esfuerzo	Maestría	Apercibidos	Apercibidos
Buen seso	Buen seso	Esfuerzo	Esfuerzo	Esfuerzo
Apercibidos	Apercibidos	Buen seso	Saber leer, escribir y contar o tener quienes lo sepan.	

APÉNDICE NÚMERO 4

PENSIONES POR DAÑOS DE GUERRA

	<u>Maravedis</u>
<i>Ganado</i>	
Pérdida del caballo o bestia de silla después del año de comprarla	la tasación.
Antes del año	lo que costó.
Bestia mular o caballar de carga, lo que jure su dueño, hasta	20
Bestia asnal, lo que jure el dueño, hasta	5
<i>Heridas en la cabeza</i>	
Sin sacar de ella hueso	5
Si le sacasen hueso	10
Si no la pudiesen cubrir los cabellos	12
<i>Heridas en el cuerpo</i>	
Que pasasen de una parte a otra	10
<i>Heridas en los miembros</i>	
En pierna o brazo, que no pasase de una parte a otra.	2,50
Si pasase	5
Rotura de pierna o brazo sin inutilidad permanente.	12

Maravedís*Mutilaciones*

Pérdida de los cuatro dientes superiores o inferiores ...	40
Pérdida de una oreja	40
Pérdida del dedo pulgar	50
Los demás, disminuyendo por su orden, el meñique.	10
Por los cuatro dedos juntos	80
Pérdida de ojo, nariz, mano o pie	100
Por herida de que fuese mutilado o quebrado	100
Pérdida de brazo hasta el codo o pierna hasta rodilla.	120

Fallecimiento

Hombre de la cabalgada muerto en acto de servicio.	150
Muerte de un peón	75

Nota.—El jornal medio de un albañil era de dos maravedís y medio. Su cambio actual, en función del poder adquisitivo de la moneda, podría valorarse en unas cuarenta pesetas.

LOS ANIMALES EN LA CONQUISTA DE AMERICA

por JOSE TUDELA

Director del Museo Etnológico de Madrid

El historiador mejicano Carlos Pereira clasificó (1) los animales domésticos llevados por los españoles a América, en animales de conquista y animales de colonización.

Entre los primeros incluyó al caballo, al perro de combate y ¡al cerdo! (ya se verá por qué); y entre los animales de colonización al propio caballo, en funciones pacíficas, y a todos los demás ganados importados en aquel continente.

LOS CABALLOS

El caballo ha sido siempre el animal de guerra por excelencia; superior al perro de combate, al tigre amaestrado y al elefante amansado, que fueron utilizados también en los combates de la antigüedad.

Los más antiguos pueblos civilizados: los sumerios, los egipcios, los asirios, los caldeos y los chinos, lo aprovecharon para la guerra; bien montado por guerreros o enganchado en bélicos carros, como los vemos en diversos relieves y pinturas.

Dice con razón Angel Cabrera (2) que «la Historia de la Humanidad, sin el caballo hubiera sido muy diferente de como es; pero de ningún pueblo puede decirse esto, con mayor fundamento, que de los pueblos de América».

Sin el caballo no hubiera podido realizarse la conquista del Nuevo Mundo con la rapidez con que se hizo; pues en poco más de

(1) En su libro *La obra de los españoles en América*.

(2) *El caballo en América*, Buenos Aires, 1945.

medio siglo dominaron los españoles la parte habitable del continente, desde California y Nuevo Méjico a los lagos chilenos y la Pampa argentina.

Los caballos de guerra fueron los animales domésticos que primeramente se embarcaron en el segundo viaje de Colón; ya que aunque, se llevaron también a la Española ganados de trabajo y de renta, fue la elección de caballos la más cuidada, porque de la previa conquista de las Islas dependía luego su colonización.

Con este fin se mandaron de Granada a Sevilla, para embarcar en este viaje, «veinte lanzas jinetas a caballo, cinco con sus dobladuras»; es decir, veinte lanceros de la Santa Hermandad con sus caballos y cinco más de repuesto, o sea veinticinco cabalgaduras, que figuraron en el alarde o revista que solemnemente hizo el Almirante, antes de embarcar, ante las autoridades y el pueblo de Sevilla. Pero los mozos de cuadra, aprovechándose de una indisposición de aquél, que le impidió vigilar la operación, en lugar de embarcar los veinticinco caballos seleccionados los vendieron, metiendo en su lugar veinticinco pencos matalones; de lo que se queja Colón en el Memorial de quejas que dirige a los Reyes Católicos desde la Española en enero de 1494.

A pesar de todo, cumplieron estos jamelgos su misión de aterrorizar a los indios; pues, tanto en las Antillas como luego en el continente, fue el terror lo que en los primeros encuentros con los españoles les hacía huir pavorosamente.

Creían a los españoles, seres sobrenaturales, que formaban con el caballo un sólo ser, una especie de centauro. Pensaban además que los caballos mordían y desgarraban como los perros y les temían más que si fueran tigres.

En todos los viajes que se hicieron después desde la metrópoli a las Islas y a Tierra Firme, se ordenaba llevar plantas, semillas y animales.

En seguida, las caballadas se hicieron cimarronas, y estas yeguas de Patrimonio real sirvieron para proveer de caballos las expediciones de conquista del continente en torno al Golfo de Méjico y al Caribe, desde la Florida a Venezuela.

En 1507, como ya había suficientes yeguas reales en las Islas, se suspendió el envío de caballos desde la metrópoli, aunque aún se mandaron algunos selectos, para remonta o para regalo a los conquistadores.

El caballo y el hierro (espadas, armaduras y arcabuces) fueron las principales armas de la conquista.

En la Historia militar es bien sabido que tienen siempre primordial importancia las nuevas armas y las nuevas tácticas.

La titánica empresa de descubrir y conquistar, en cuarenta años, la parte habitable de casi todo el Continente americano, puso a prueba más que el temple físico de los hombres, la resistencia de los caballos. Y como se trata aquí de los de la conquista, es oportuno relatar los dos episodios más duros de esta épica gesta, según dos notables hipófilos: el profesor Cabrera, de la Universidad de La Plata, y el notable escritor y caballista inglés R. Cuninghame Graham, que tuvo intensa vida campera durante medio siglo en las praderas del Plata.

El primero de estos episodios sucede en la expedición de Hernán Cortés a las Hibueras y es relatado, no sólo por éste, en su quinta carta a Carlos V, sino también por el soldado-cronista Bernal Díaz del Castillo, en su célebre *Historia Verdadera de la Conquista de Nueva España*.

El segundo episodio es uno de los más notables de la fracasada expedición de Fernando de Soto a la Florida, que bellamente narra el inca Garcilaso de la Vega en su *Florida*.

Hernán Cortés salió de Méjico el 6 de diciembre de 1523 y llegó a las Hibueras, en la costa de Honduras, a mediados de junio de 1524, tras seis meses largos de expedición, llevando ciento treinta jinetes, que con dobladuras sumaban en total ciento sesenta equinos, además de los soldados españoles de a pie, indios aliados y, en la retaguardia, una piara de cerdos que seguía, a su paso, a la expedición, pastando sobre la marcha. Ni la duración del viaje —seis meses— ni su recorrido —cerca de dos mil kilómetros—, ni siquiera el que se hiciese a través de pueblos enemigos, constituyen sucesos notables de esta empresa. Merece especial consideración el haberse hecho, gran parte de ella, por las tierras bajas y calientes del istmo de Tehuantepec, de clima ecuatorial más que tropical, a través de la selva virgen que dificultaba la marcha, en época de lluvias, y con ríos y ciénagas que les cortaban el paso. Pero el acontecimiento más saliente de ella fue la subida de la agreste pendiente para llegar a la alta meseta del Petén guatemalteco, en una ascensión de cerca de dos mil metros de desnivel, y un trayecto de unos cuarenta kilómetros, sin pasos accesibles, en cuya subida tardó doce días. «En esos doce días perdió Hernán Cortés sesenta caballos de los ciento sesen-

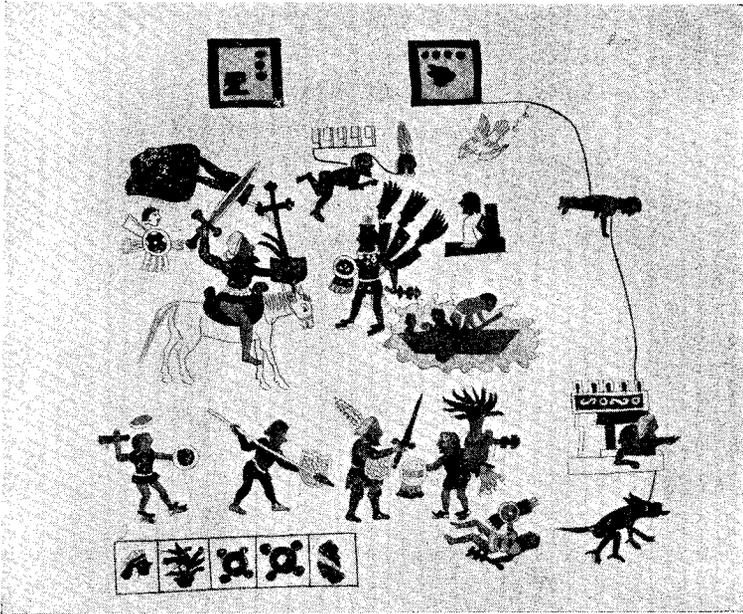
ta que sacó de Méjico: unos despeñados y otros que hubo que sacrificar por habérseles quebrado las patas»; y «(todos los demás —dice Cortés— vinieron heridos y lastimados, que estuvieron más de tres meses sin tornar en sí». El Profesor Cabrera añade que «esta famosa expedición es, tal vez, la más terrible prueba colectiva de resistencia física, así para caballos como para jinetes, que registra la Historia, viéndose los hombres obligados a hacer una gran parte del camino a pie, a paso lento, *por amor de los caballos*, como escribió Hernán Cortés al Emperador.»

Merece recordarse también de esta expedición otro episodio de muy diversa índole del mencionado. Al caballo que llevaba Hernán Cortés se le hincó en una de sus manos una astilla de pedernal, que no pudo serle extraída; y como con ella le era imposible andar, dejó su dueño el caballo a un cacique «itzá», hasta que mandara buscarlo. El caballo debió morir pronto, pues no sabrían cuidarlo los indios, pero al volver los españoles por aquellas tierras, ciento sesenta y dos años más tarde, al conquistar el Yucatán definitivamente Pedro de Ursúa, en una de las entradas que hicieron los misioneros que le acompañaban, encontraron en una isla del lago Peten-Itzá, sobre un basamento, la escultura en piedra de un caballo, sentado sobre sus garrones y de la altura de un hombre. Lo que indica que los indios del tiempo de Hernán Cortés deificaron al noble bruto que éste les dejó herido, levantándole un monumento religioso para adorarle como un ídolo.

No es esta la única escultura de caballo que los indios americanos levantaron en aquel tiempo. Juan de Castellanos relata, en sus *Ele-gías*, que en la conquista de Santa Marta (Norte de Colombia) se encontraron diez jinetes españoles, que iban de caza de ciervos, la figura, de tamaño natural y hecha de algodón, de un soldado español a caballo armado de lanza y llena toda la escultura de dardos y flechas. El poeta de Tunja creyó ingenuamente que esta figura la habían confeccionado los indios para ejercitarse en el ataque a los jinetes españoles; pero, con gran sentido, estima Alberto Mario Salas, en su obra *Las armas de la Conquista*, donde se cita el episodio, que se trata de una operación de carácter mágico, para hechizar a los conquistadores y poderles así aniquilar por artes de la magia.

El segundo heroico e hípico episodio que quedamos en relatar se refiere (3) a la comisión que Soto encargó a dos soldados de su con-

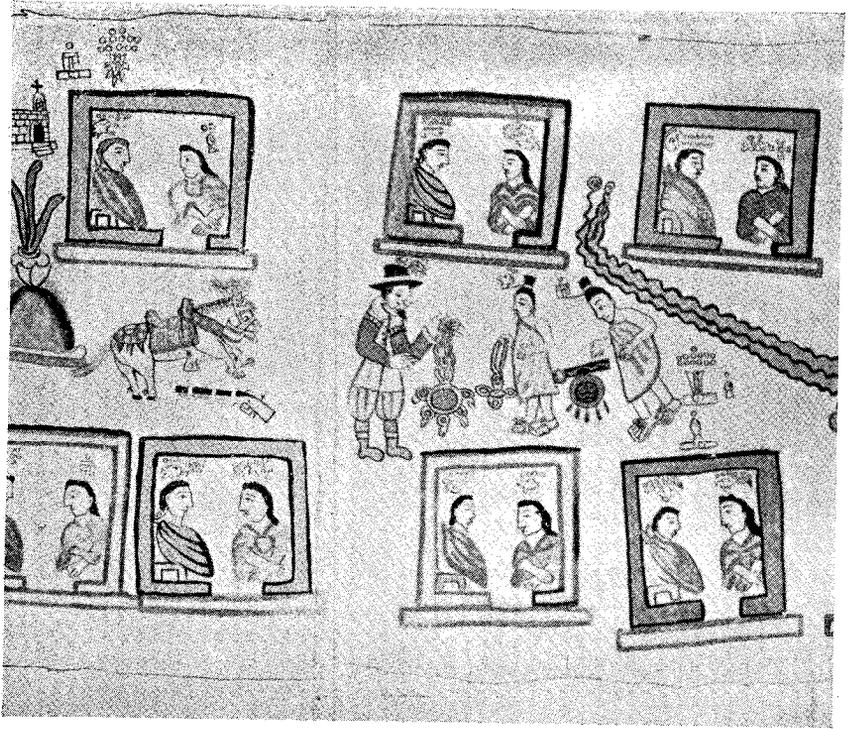
(3) Cap. XIV. Libro II de la *Florida*, del Inca Garcilaso de la Vega.



Dibujo del código Telleriano Remense, de París. (Copia del código Vaticano Ríos, con variaciones).



Tropas españolas con perros que defendían las Misiones de los indios mocabíes. (De la obra del Padre Panfeka.)



Códice Baranda: Pedro de Alvarado recibiendo regalos de los indios del istmo de Tehuantepec.



Lámina de la Relación de Michoacán, en la que se ve al cazonci (rey) con las ofrendas que llevan a Cristóbal de Olid, el cual, con otros dos conquistadores a caballo, se ven al fondo de la pintura.

fianza, Gonzalo Silvestre y Juan López Cacho, tras la rápida exploración de la gran ciénaga, que en tres días habían hecho. Consistía dicha comisión en que, sin descansar ni desensillar, volviesen atrás, para pedir bastimento y socorro a Luis Moscoso, su maestro de campo, de quien se había separado para hacer esta exploración. A estos dos soldados les encargó Hernando de Soto que las tres duras jornadas que acababan de hacer, las realizaran ellos en poco más de una noche, para estar de regreso, con el bastimento, donde él estaba, a la noche siguiente.

Salieron los dos soldados al amanecer y, de noche cerrada, atravesaron la gran ciénaga, que habían acabado de cruzar, sirviéndoles los animales de guía valiéndose del «instinto natural de los caballos, los cuales, como si tuvieran entendimiento, dieron en rastrear el camino, que al ir habían llevado; y como podencos o perdigueros hincaban los hocicos en tierra para rastrear y seguir el camino... así caminaron, sin camino, toda la noche», muertos de hambre y de cansancio jinetes y cabalgaduras. Juan López, menos resistente que Gonzalo, le decía a éste: «O me dejas dormir un rato, o me matas a lanzadas en este camino, que yo no puedo pasar adelante ni tenerme en el caballo, que voy pesadísimo de sueño». Gonzalo, después de resistir dos veces estos lamentos, le contestó: «Apeaos y dormid lo que quisiéredes, pues a trueque de no resistir una hora más el sueño, quereis que nos maten los indios...» Juan López Cacho, sin aguardar más razones, se dejó caer en el suelo, como un muerto, y el compañero le tomó la lanza y el caballo. Sobrevino, entonces, una gran lluvia, que parecía un diluvio, pero no despertó a Juan López. Al despejarse el cielo apareció un día claro y entonces volvieron a correr aún más, por haber sido vistos por los indios, que, con señales, avisaban a las indiadas que podían cruzárseles en el camino; y, para huir de todos, se echaron al agua, en la parte lagunosa de la ciénaga, pasándola a nado, sin que la lluvia de flechas les hiciera daño. Al pisar ya tierra, cerca del real de Moscoso, advirtió desde éste Nuño Tovar el peligro y saliendo con treinta jinetes, logró rechazar a los perseguidores.

Con estas treinta lanzas y el bastimento de galleta pedido por Soto, regresó Gonzalo Silvestre, quedándose en el real Juan López; y dos horas después de anochecer de aquel día, es decir, con sólo dos horas de retraso, cumplió Gonzalo Silvestre la difícil y peligrosa misión que Soto le había confiado.

A semejanza de lo que dijo el zoólogo Cabrera, de la subida de Cortés al Petén guatemalteco, señala el gran caballista y escritor inglés R. Cuninghame Grahame, que «este viaje es quizás la más notable de las cabalgatas registradas en toda la conquista de América».

Uno de los mayores cuidados que tenían los conquistadores con sus caballos fue el de llevarlos siempre bien herrados, sobre todo por los duros caminos de las montañas; pero en estas arriesgadísimas empresas se vieron obligados muchas veces a improvisar soluciones para lo imprevisto. Así al faltar hierro, tanto en la América prehispánica como en la colonial, tuvieron que suplir las herraduras, bien calzando a los caballos con bolsas de cuero o de tejido vegetal, bien confeccionándolas de aleación de plata y cobre en el Perú, y quizás, aunque no lo dicen los cronistas, de oro y cobre en la sabana de Bogotá; pues en el antiguo territorio de los chibchas (hoy Colombia), sólo se conocían estos dos metales, que eran allí abundantísimos. Naturalmente, estas herraduras duraban poco, pero las reponían con frecuencia.

La variedad de climas de los territorios conquistados obligó a hombres y caballos a sufrir los rigores de la naturaleza tropical o ecuatorial, las lluvias torrenciales y los tórridos calores, atravesando unas veces selvas, ríos, esteros y ciénagas, y otras las heladas y desiertas punas, sufriendo siempre los ataques de los indios, de las alimañas y de los mosquitos.

Por todo esto, bien vale recordar y explicar aquí la asociación biológica, geográfica e histórica de hombres y caballos en esta gran empresa de la conquista de América.

El fundamento de esta explicación está, no sólo en el valor del caballo como montura, para caminar grandes distancias, y en el empuje y rapidez de su carrera en las batallas, sino en el poder terrorífico que ejercía sobre los indios. Al principio, porque, como ya dijimos, creían que caballo y jinete eran un solo ser; que los caballos mordían y desgarraban como los tigres y los perros de guerra, y que su relincho era el lenguaje con el que se entendían con los extraños hombres recién llegados; pero aún después de darse cuenta de que caballos y soldados eran seres diferentes, y ambos eran mortales, la presencia de los primeros, aun no acometiéndoles, les infundía pavor. Y así hacían hoyos en la tierra, a modo de trampa para que cayeran; y en el continente Sur los atacaban los indios con boleadoras.

Para defenderse de los dardos y flechas de los indios, no usaron los conquistadores las armaduras metálicas europeas de justa y de guerra, sino sólo algunas piezas sueltas: los soldados, almetes, co-seletes, cotas de malla o de cuero, y los caballos alguna testera. El calor, en las primeras tierras conquistadas, les impedía el uso de las defensas completas, y además imitaron un arma defensiva de los indios, más apropiada para aquellos climas: los *escahupiles*, que eran unos corpiños acolchados rellenos de algodón, protegiendo a los caballos de las flechas y lanzas de los indios con petrales, costados y gruperas, hechos, como los *escahupiles*, semejantes a los petos que ahora se usan en las corridas de toros, aunque más completos y ajustados.

Sólo hemos visto pintados los *escahupiles* de soldados en el Códice Yanhuitlan, pero no conocemos representación de los de los caballos.

En la conquista de los pueblos precortesianos de Méjico y América Central los indios pretendían, ante todo, coger vivos a los españoles y a los caballos, descorazonándolos en vida para sacrificarlos a sus dioses y poder poner luego en sus altares de cabezas humanas, en los altares y en los *tzopantlis*, entre las cabezas imberbes de los indios sacrificados y las barbudas de los españoles, las de los propios caballos, como se pueden ver en las pinturas del Lienzo de Tlaxcala y del Códice florentino del Padre Sahagún.

La superioridad bélica de las armas, de la táctica y de la diplomacia, dieron el triunfo a los españoles, a pesar de su exiguo número. Pero sin los caballos no hubiera podido realizarse esta empresa. Así se desprende de las crónicas de la conquista. Hernán Cortés, en una de las cartas a Carlos V, le dice: «...no teníamos, después de Dios, otra seguridad sino la de los caballos». Bernal Díaz del Castillo, en su *Historia Verdadera* agrega: «poco pudimos hacer hasta que los jinetes no aparecieron en el campo»; y también estas palabras, análogas a las de Cortés: «... porque, después de Dios, debimos la victoria a los caballos». Garcilaso de la Vega, el Inca, en la *Historia del Perú* señala: «Mi tierra se ganó a la jineta».

Se refiere Garcilaso al modo de montar que tenían los conquistadores, con estribo corto, al estilo árabe, «a la jineta», sobre caballos ligeros, y al de alancear, con lanza de poco peso o pica; pues el otro modo de montar era «a la brida», con silla pesada y estribo largo, estilo usado por los caballeros medievales cuando, en guerras o torneos, luchaban defendidos con sus pesadas armaduras contra

otros caballeros armados de modo semejante y con pesadas lanzas, que apoyaban en los ristres de sus petos.

Al comienzo de cada conquista escasearon siempre los caballos. Hernán Cortés inicia la de Méjico con los dieciséis que nos describe Bernal Díaz, con tanta morosidad y cariño; aunque al tomar la ciudad de los aztecas —Tenochtitlán— la antigua Méjico, a los dos años de llegar a aquellas tierras, tenía muchos más. Lo propio ocurre a Francisco Pizarro, aunque éste ya entrara en el Perú con noventa caballos, que era los que tenía cuando da el golpe de mano en Cajamarca; pero ese número crece igualmente en cuanto llega Pedro de Alvarado desde Nicaragua.

Aún así, eran pocos caballos para tan gigantesca empresa; por esto adquieren precios fabulosos de cuatro mil pesos oro, ocho mil y aun treinta mil pesos, como el caballo que desjarretó Diego Agüero para convencer a unos caciques peruanos de que los tenía en mayor estimación que a su caballo; gesto que ellos premiaron con cargas de oro y plata, valoradas en cuatro mil pesos.

Si la historia ha inmortalizado, con justicia, los nombres de los conquistadores, también ha hecho famosos los de muchas de sus cabalgaduras. De ninguna otra gesta histórica se conservan más nombres de caballos que en la de la conquista de América; y también los poetas, en verso, como Santos Chocano, del Perú, y en prosa lírica, como Cunninghame Graham, han honrado dignamente a «los caballos de los Conquistadores». Bien merecen recordarse sus nombres, que han sido consignados en las crónicas de la conquista (4).

De Hernán Cortés, se conocen los caballos *Arriero*, *Romo*, *Motilla*, *Cabeza de Moro* y *Cordobés*; éste, el último que tuvo, está enterrado en el jardín del antiguo palacio, en Castilleja de la Cuesta, junto a Sevilla, donde murió el conquistador de Méjico. También se conoce el nombre de una yegua, *Rabona*, de Juan Velázquez de León, compañero de Cortés.

En cambio, no se tiene el nombre de ningún caballo de Francisco Pizarro, el conquistador del Perú, ni siquiera del que, al llevarle el título de Marqués de los Atavillos, le enviaron desde España. Pero sí se sabe los tres que tuvo Gonzalo Pizarro: *Villano*, *Zamillo* y *Salinillas*, y unos cuantos de otros conquistadores del Perú: como el *Rey*,

(4) La lista más completa ha sido publicada por Alberto Mario Salas en la obra citada, a la cual sólo hemos podido añadir dos nombres: el de *Cordobés*, de Cortés y el de *Deguisado*, de un conquistador anónimo.

de Diego Almagro; *Pajarillo* del «Demonio de los Andes» Francisco Carvajal, que solía usar una mula para sus viajes andinos; y el *Almaraz*, del capitán Almaraz, cuñado de Hernández Girón.

De la conquista de Santa Marta y de Nueva Granada (Colombia) han sobrevivido los nombres de *Matamoros*, caballo del capitán Palomino, y *Ocón*, de Juan del Río, capitán de Benalcázar, sin que haya noticia de los de este último.

De la conquista de Chile quedan tres nombres: *Montalbán*, de Francisco de Villagra; *Zapatilla*, de Alvaro de Núñez, y *Roldanillo*, de Francisco Xofré.

Del conquistador de la Florida, Hernando de Soto, que lo fue también del Perú, gran caballista, pervive el de uno de sus últimos caballos: *Aceituno*. Otro, *Vastidillas*, de un conquistador del Tucumán, Juan de Santa Cruz; *La Perla*, caballo blanco que un vecino de Trujillo regaló al Virrey Cañete, y *Deguisado*, que vivió cincuenta años y perteneció a un conquistador desconocido.

No faltan en los códices ilustrados mejicanos representaciones pictóricas de algunos de los caballos contemporáneos de la conquista (5); hechos por los *tlacuilos* o pintores aztecas, para ilustrar sus códices históricos: como los que aparecen en el Códice Vaticano Ríos, en el Telleriano Remense de París, en el Baranda, en el Durán, en el Lienzo de Tlascalá, en uno de los Códices del Padre Sahagún, en la Relación de Michoacán, y en otros inéditos que se guardan en algunas bibliotecas y museos, especialmente en la del Museo Arqueológico de Méjico.

Estas pinturas son análogas a las que los *tlacuilos* de Moctezuma—sus reporteros gráficos— le llevaron en lienzos y cueros pintados, para que conociese cómo eran los invasores de su reino: los «cierros» (caballos) que montaban, los «rayos y truenos» que lanzaban (con sus arcabuces) y los «palacios flotantes» (los navíos).

También se conservan pinturas rupestres en piedras, hechas por indios que conocían la escritura. En las praderas del Misisipi, al introducirse los caballos y montarlos en seguida, los indios los pintaron en las pieles de bisonte, según su uso.

(5) «El caballo en los códices mejicanos», por JOSÉ TUDELA; en la *Revista Shell* de diciembre de 1962.

LOS PERROS

Los perros españoles eran mucho mayores y más ligeros que los gozques americanos; mayores aún que los perros de los indios de las Praderas y que los de los esquimales. Los que fueron a América debieron ser alanos y lebreles, que son los nombres que emplean los cronistas.

En la caza mayor se empleaba en España esta clase de perros y además los mastines y los podencos, pues éstos pueden confundirse, a veces, con los lebreles.

Acometían a los indios, sobre todo en terrenos fragosos donde la caballería no podía perseguirlos. El terror que inspiraban era semejante al que provocaban los caballos.

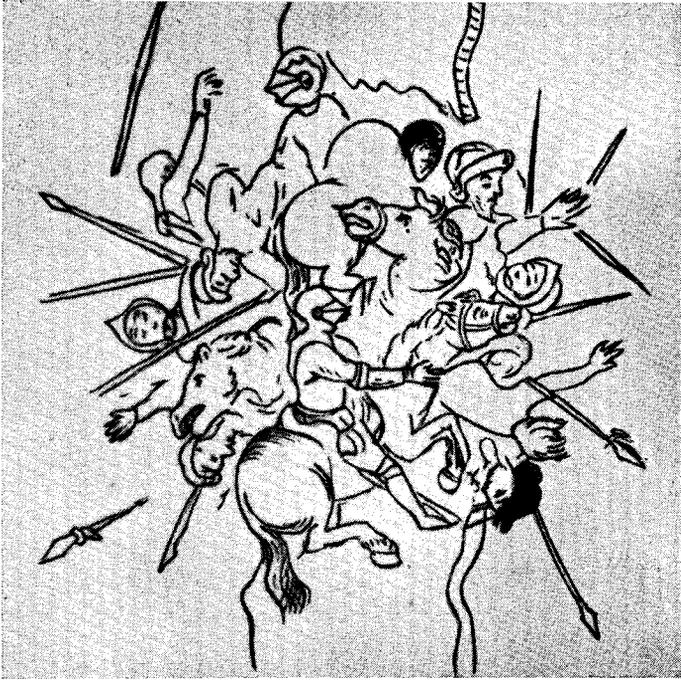
Los perros distinguían los indios enemigos de los aliados, seguramente porque les harían convivir con éstos, para acostumbrarles a su olor.

Aparecen los perros de combate en las primeras batallas dadas por Colón a los indios antillanos, pues en la conquista de la Isabela (Cuba) utilizó veinte perros corsos; y el capitán Sancho de Arango, en la de Boriquen (Puerto Rico), se halló muy apretado luchando con los indios, a pesar de tener la ayuda, dice Antonio de Herrera, del famoso perro Becerrillo, que murió en la batalla, pues al echarse al agua tras un indio caribe, otro indio, que estaba en tierra, le tiró un flechazo y lo mató: «Cosa que fue muy sentida de los castellanos, por la particular ayuda que en este perro tenían.»

Los perros de combate se citan varias veces en las dos crónicas de la Conquista de Méjico referidas por los indios al P. Sahagún y publicada por A. M. Garibay.

En ninguna parte de las tres primeras y fracasadas expediciones a la Florida fueron utilizados los perros, quizá porque las tierras llanas son más aptas para los caballos, a diferencia de las agrestes de las selvas tropicales.

A pesar de esto, Hernando de Soto llevó en su expedición un perro de caza que sirvió en alguna ocasión, también, como perro de guerra y se hizo famoso. Era un lebel al que llamaban *Bruto*. Relata Garcilaso de la Vega, el Inca, en su *Florida*, una hazaña de este lebel, al perseguir y capturar, a la vez, a cuatro indios escapados del cuartel general de Soto: «Anduvo entre ellos (entre los indios) con tanta destreza y maña —dice Garcilaso— soltando al que derribaba y



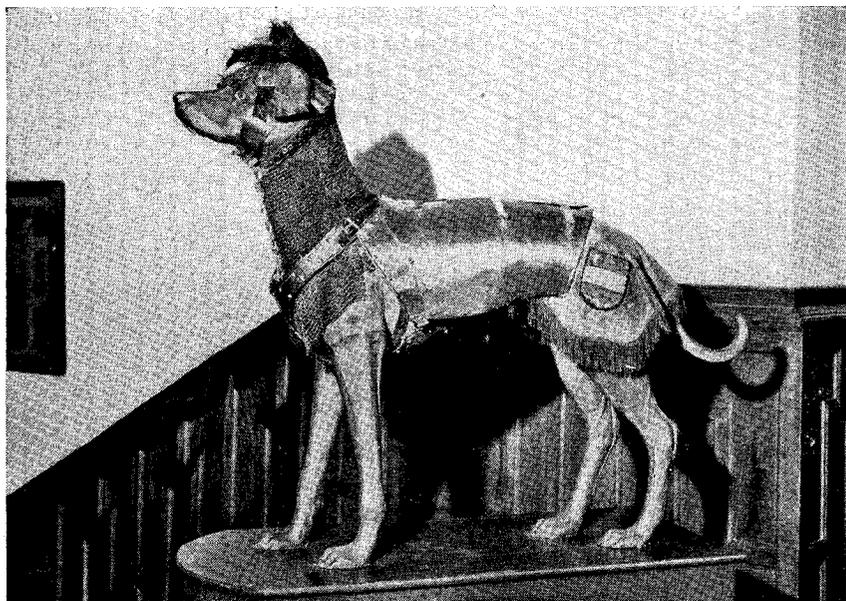
Pintura indígena del Códice florentino del Padre Sahagún, que representa, al modo surrealista, la caída en uno de los canales del antiguo Méjico, en la huida de la «Noche Triste», de jinetes, caballos y una india, acaso Marina.



Vaso funerario: figura de perro con máscara humana (Museo Nacional de Méjico)



Perro de praderas: pintura en piel de bisonte. (Museo de Denver, Estados Unidos).



Armadura de perro del siglo XVII. (Real Armería de Madrid).

prendiendo y derribando al que se levantaba, y amedrantándolos con grandes ladridos, al tiempo de echarles mano, que los embarazó y detuvo hasta que llegó el socorro de los españoles, que prendieron a los cuatro indios y los volvieron al real». El fin de este perro *Bruto* fue el mismo que el de *Becerrillo*, en San Juan, muriendo en el agua persiguiendo a un indio, al ser atravesado por varias flechas que, desde la orilla, le tiraban otros indios; al salir a tierra murió. «Era pieza rarísima y muy necesaria para la conquista —dice el Inca— en la cual, en lo poco que duró (allí) había hecho en los indios enemigos, de noche y de día, suertes de no poca admiración.»

Cuenta el Inca y lo repite Herrera, que al dueño del perro *Becerrillo*, en Puerto Rico, le pagaban parte y media de las ganancias que correspondían a un arbuçero. A un hijo suyo, *Leoncillo*, perro de Vasco Núñez de Balboa, sigue diciendo el Inca, le cupo una partida de 500 pesos oro, de las ganancias habidas en el Darien.

Fueron utilizados los perros de guerra en la conquista de Nicaragua, de Nueva Granada (Colombia), de Venezuela, en la entrada de Coronado, en la Mobiía (Arizona y Nuevo Méjico), en la de Gonzalo Pizarro al País de la Canela (Alto Marañón) y en las conquistas de Tucumán y Chile.

Refiriéndose a la del Nuevo Reino de Granada, dice el P. Agüado, que, en la provincia de Muso los indios se ponían en un alto a dar gritos e insultar a los españoles; y que los perros, por su propia cuenta, «con su natural instinto, echando de ver que eran enemigos, se iban a ellos por partes encubiertas, por no ser vistos, y los saltaban de repente y hacían en ellos el daño que podían». «Han hecho (los perros) tanto provecho en estas provincias, por ser la tierra tan áspera y fragosa y no poder andar por ella caballos...».

En las conquistas complementarias de la de Cortés en Méjico sí fueron usados perros de combate: los empleó el capitán Pacheco en tierra de los zapotecas y, luego, allí mismo, Pedro de Alvarado exigió a los indios le labraran cadenas para sus perros bravos.

Gonzalo Pizarro llevó a la conquista del País de la Canela ciento cincuenta caballos, una jauría de perros y una piara de cerdos: y gran parte de todos estos animales sirvieron para aplacar el hambre de los españoles y de los indios aliados de esta frustrada expedición, en la que llegaron a comerse cocidas las guarniciones de cuero de los aparejos de los caballos.

No es necesario seguir, paso a paso, la intervención de los pe-

ros de combate en la conquista de América, pues con las muestras dadas basta para tener una idea de su valor bélico.

Y es que los perros poseen algunas condiciones superiores a las de los caballos para el combate: tienen una mayor movilidad y ligereza de movimientos, más inteligencia y mayor facilidad de adiestramiento, y más desarrollado el sentido del olfato, sobre todo el de caza. Con este olfato distinguían a los indios aliados de los que no lo eran. Además, por el oído, aún más fino que el de los caballos, servían, como éstos, de vigilantes nocturnos en campamentos y poblados, siendo más sonoros y amenazadores los ladridos de los perros que los relinchos de los caballos.

Carlos Pereira dice de los perros de guerra que tenían un «poder paralizante», por la sorpresa que producía su rápida aparición y acometida, y el pavor que infundían; pues no hay que olvidar el significado religioso y el valor mágico que los perros indígenas tenían, al igual que casi todos los animales, entre los indios.

Como a los soldados y a los caballos, también defendieron los españoles a los perros con escapiles de algodón, ajustados al cuerpo, para defenderles de las flechas y dardos enemigos.

¿De qué raza eran estos perros? Parece ser que la mayor parte de ellos eran alanos, o fueron llamados así, aunque no pertenecieran a esta raza, pues es la denominación más usada por los cronistas. El perro alano, según el *Diccionario de la Academia*, es cruzado de dogo y lebrel (A. Salas dice que de dogo y mastín). «Es corpulento y fuerte: tiene grande la cabeza, las orejas caídas, el hocico romo y arremangado, la cola larga y el pelo corto y suave.»

También se citan en los cronistas los lebreles o galgos, los mastines y los perros corsos (¿de Córcega?) que usó Cristóbal Colón en la Isabela. No aparece por ninguna parte la denominación de podenco, perro muy usado hoy en España en caza mayor y que reunía excelentes condiciones bélicas, sobre todo en terrenos agrestes.

Alberto Mario Salas al final del capítulo dedicado a los perros, en su documentado libro sobre *Las armas de la conquista*, del que hemos tomado no pocos datos, relaciona los nombres de los perros famosos de la conquista, como hizo antes en el capítulo dedicado a los caballos.

Ya se han citado a *Becerrillo*, *Leoncillo* y *Bruto*, a los que añade otros como *Amadis*, *Turco*, *Calixto*, *Turquillo*, *Amigo* y *Menelao*.

Aún son menos frecuentes los dibujos y pinturas de perros de combate que los de perros indígenas de América.

Aquí tan sólo se reproducen unos perros de gran caza y de guerra de la India, tomados del *Dictionnaire des Antiquités grecques et romaines*, de Daremberg y Saglio; las viñetas de la primera edición de las *Décadas*, de Antonio de Herrera, y la única pintura de perro español que trae un recuadro del Lienzo de Tlaxcala.

En la famosa obra del Padre Panfeke, de mediados del siglo XVIII, sobre los indios mocabíes del Paraná, del Paraguay, vemos un perro como auxiliar de las tropas españolas que defendían estas misiones en las fronteras del Brasil.

LOS CERDOS

Aunque Carlos Pereira llamó a los cerdos animales de conquista, no los incluye Salas, como es natural, entre los animales ofensivos, sino que los consideraba tan sólo como bastimento para los conquistadores.

Muerto y vivo acompañó el cerdo a los conquistadores españoles en sus empresas de América; muerto, como tocino salado, sustento corriente en todas las exploraciones marítimas de entonces; y vivo, porque, formando piaras, acompañó en la retaguardia las principales exploraciones; la de Hernán Cortés a las Hibueras, la de Francisco Pizarro al Perú, la de Gonzalo Pizarro al País de la Canela, y la de Hernando de Soto a la Florida.

La alimentación del indio americano fue, en general, muy pobre en proteínas animales, y a ella no se resignaban los conquistadores.

En la carta V de Cortés al Emperador, en la que narra aquél sus expediciones a las Hibueras, y su lucha más que con los indios con la selva tropical, durante más de mil kilómetros de malísimos caminos, cruzando engañosas ciénagas, abruptas sierras y peligrosos y tupidos bosques, atacados por los indios y por insectos y pestilencias, nos dice que seguía a su ejército de españoles y de indios aliados, una piara de cochinos, cuyos últimos cerdos, vivos aún, llegaron hasta Honduras.

Las expediciones de conquista fueron, por lo general, en toda América, mixtas de soldados españoles de a pie y de a caballo, por lo regular pocos y en minoría estos últimos, y de ejércitos de indios amigos y de indios aliados, a quienes habían vencido previamente,

para dominar y derrotar luego a los pueblos enemigos. Seguía, a las tropas mixtas combatientes, la intendencia compuesta de *tamemes* (cargadores), indios amigos e indios sometidos, cargados con toda la impedimenta de alimentos, maíz, frijoles, ají, municiones, ropas, herramientas, cántaros para agua, etc. Detrás de esta impedimenta iban las piaras de cerdos, alimentándose por el camino a cuatro jornadas de la vanguardia, con gran lentitud y cautela, para evitar emboscadas.

Sorprenderá a quien no conozca las cualidades del cerdo ibérico, que un animal de esta especie pudiera hacer tales caminatas:

Este cerdo, de cabeza alargada, negro o rojo, pelón o peludo, que vive en régimen de pastoreo y montanera en las dehesas y encinares del Sur de la Península Ibérica, de España y Portugal, es muy voraz y muy resistente al hambre y aun a la sequía, a pesar de no transpirar su piel, por lo que gusta de revolcarse en agua y en barro los días calurosos. En tiempos atrás eran muy andarines también, pues cruzaban casi toda la Península de Sur a Norte, por los caminos pecuarios, por las cañadas de la Meseta que recorrían también los rebaños de ovejas trashumantes. Pero estos rebaños lo hacían dos veces al año, en viaje de ida a los agostaderos, y de vuelta a «extremos», como se llamaba a los invernaderos; pero las piaras de cerdos sólo hacían el viaje de ida, de Extremadura y Andalucía a las dos Castillas, para ser vendidos los «guarros», al fiado, a los campesinos castellanos, que los engordaban sacrificándolos en noviembre, por San Martín, constituyendo su carne, en distintas formas, la base de la alimentación animal de estos campesinos. Hoy son transportados en ferrocarril como las ovejas.

Esto explica que en el trópico, con clima templado y zonas húmedas, ríos y ciénagas, el cerdo se encontrara en su predilecto elemento y se alimentara de raíces, de frutos, de pequeños reptiles, y hasta fuese invulnerable por su gruesa piel a las picaduras de las serpientes.

Nos faltan representaciones gráficas de este animal en la época de la colonización; por esta razón no se ilustra con ellas este apartado, como se ha hecho en los anteriores

CARTA A UN SOLDADO DEL SIGLO XVI

por JUAN SOLANO ALVAREZ

Coronel de Intendencia

En el Archivo Municipal de Oporto existe una copia manuscrita de carta dirigida por el Adelantado Mayor de Castilla, D. Martín Manrique de Padilla, conde de Santa Gadea, a su hijo, en ocasión de iniciar éste la carrera militar. Es muy grata su lectura a los de nuestra profesión.

Tiene la carta un escrito suplementario del Capitán de Infantería D. Francisco Suárez del Castillo, fechado cuatro meses después; en él expresa su admiración y entusiasmo, dice que la hace estampar, y desea que sea extendida como «ilustre instrucción».

Unido a esta admiración, me puse a investigar sobre los personajes que en el escrito figuran. Fácilmente encontré al Adelantado, gran señor de nuestra Historia, trae el Diccionario Enciclopédico Espasa una breve biografía suya. Dice allí que ocupó en la Armada elevados cargos, entre ellos el mando de dos expediciones navales contra Inglaterra, posteriores a la Invencible. Ambas partieron de Lisboa; la primera, reinando aún Felipe II, en 1597, y llevaba muchos católicos irlandeses, pero los temporales hicieronle perder 16 naves en el Golfo de Gascuña, arribando forzosas a puertos gallegos las restantes. La segunda expedición, realizada en 1601, reinando Felipe III, fue una represalia al saqueo de Cádiz e igualmente se desgració por causa de los elementos, regresando sin haber tampoco podido atacar a los ingleses. Menciona la biografía que el Adelantado escribió varias publicaciones de interés, y cita la carta a que antes hicimos referencia, con el dato de que está incluida en el tomo LXII de la *Biblioteca de Autores Españoles*, de Rivadeneira.

El título de este tomo es *Cartas de españoles ilustres*, colección efectuada por Eugenio de Ochoa, edición 1870. En sus páginas 40 a 43 aparece la carta, modernizado el estilo de su español.

Ochoa dice en la introducción que no ha tendido a seleccionar cartas inéditas o muy raras, sino las de índole familiar, aunque recono-

ce que no todas las del libro reúnen las cuatro condiciones que avaloran estos escritos, que son: «1.^a Ser de un hombre célebre. 2.^a Tratar asuntos interesantes. 3.^a Estar muy bien escritas. 4.^a Ser realmente familiares.» Hay varias del Cardenal Cisneros y del Conde de Cabarrús, a las que encomia especialmente. No podemos creer que opinase que al escrito de Don Martín le faltase ninguna de esas condiciones de valoración, y es seguro que por sólo haber conseguido una carta para la colección no le hizo destacar junto a aquéllas. Pero nosotros añadiremos que por su valor moral y profesional la hace doblemente interesante a los que vestimos uniforme.

¡Qué edificante es su primer presupuesto «Los trabajos y peligros que pasares han de ser a cuenta de Dios...»!, aunque era fórmula acostumbrada comenzar de tan piadosa manera. Ciertamente es que no lo dice por rutina, pues insiste después al encarecer a su hijo que fuese siempre católico practicante; como fueran los soldados de los Tercios, creyentes y orgullosos de ser españoles. Nuestra Patria entonces, con menos de la mitad de habitantes que ahora, dio guerreros para combatir por la fe en Europa y Africa y al mismo tiempo descubrir, ocupar y cristianizar tierras de América y Oceanía. Para su ejemplar formación no puede darle consejo más importante. Sigue el que dice: «Que sin merma de la autoridad fuese cortés con sus soldados», segundo en importancia. Así los entendían aquellos capitanes que usaban la expresión «Señores Soldados». Vienen luego sus diatribas contra los vicios e inmoralidades, los excesos en comida y bebida, la avaricia, pendencias y juramentos; las advertencias para prevenir municionamiento y suministros, servicio de información, justeza en los bandos para eficacia, vigilancia por los bienes del Estado... Larga es la carta, pero no le falta nada sin quedar bien aconsejado, y maravilloso es el retrato que al final hace del «que se llame soldado».

Su actualidad es evidente, como lo son las ordenanzas de Carlos III. El tiempo cambia la forma de las cosas, pero la esencia y el fondo aparecen siempre los mismos.

Es digna de señalar su recomendación: «por los oficios de guerra no pases por ellos como de corrida», donde demuestra su nobleza y equidad el Adelantado Mayor; pues por serlo, podría haber procurado a su hijo nombramientos desde la infancia, como era frecuente en el pasado.

El Capitán Suárez cita en su exaltado entusiasmo a los gran-

des caudillos de la antigüedad. Bien pueden estos consejos, por su elocuencia, parearse con otros discursos célebres de la literatura universal: Don Quijote a Sancho, al marchar a la Insula, y Polonio a Laertes, en el primer acto de *Hamlet*. Y, sin embargo, fueron dados en la vida real, por un gran soldado español a su primogénito.

Uno, pues, mi admiración a la que siglos atrás causó al buen Capitán de Infantería, y bien vale la pena una nueva publicación, animado por el hecho de no haber encontrado datos de que lo haya sido desde 1870, en Rivadeneyra. Sea hecha en homenaje a los españoles que figuran en el documento, a nuestra Armada, y al Municipio de Oporto, que tan bien ha conservado esta joya del siglo de Oro.

* * *

Copio a la letra la carta, porque parece dar mejor sabor a su contenido el español de nuestros tiempos de grandeza en que fue escrita.

Carta e instrucción, que D. Martín Manrique de Padilla, Adelantado Mayor de Castilla, Conde de Santa Gadea y Capitán General en las Galeras de España y del Armada de Portugal, escribió a D. Juan de Padilla su hijo, habiéndolo comenzado a servir a S. M. de soldado (1).

Agradecido estoy de que ayas sabido escoger estado tan honroso del qual se puede reanudar tanta grandeza, si bien te gobernares, porque no hazerlo assi como se va a ganar mucho se aventura tambien a perder mucho: llande tomar estado, porque quien poco tiempo le toma no puede medrar en él y injustamente te quejarías si luego quisieses el premio, que otros alcanxan con largos y señalados servicios mas tales los puedas y debes hazer que poco tiempo sea en ti de mérito que muchos años en otro.

1. El primer presupuesto que has de hazer es que los trabajos y peligros que passares han de ser a cuenta de Dios, a quien has

(1) *Archivo Municipal de Oporto*. Ms. 490, folios 440-51. Antigua numeración cód. 876.

de traer parte en todas tus obras el qual te las encaminará a mucha honra y provecho tuyo.

2. Desde el dia que fueres soldado sea con presupuesto que has de ser General y mira que partes se parexen conveniente para serlo y estas has de procurar tener, y si tu te aseguras el hazerlo assi yo te asseguro el cargo.

3. No te des a entender que quiero dezir que tengas autoridad ni algunos rigores, que conviene que tengan los generales, que aun estos no los han de tener sino en las ocasiones, que lo piden, y assi lo dexaras tu para su tiempo y aora seras muy llano, muy cortés, muy honrador de soldados, muy liberal con ellos, dandole lo que tuvieres, y seras medianero de los affligidos con los Generales mas de tal manera los rogarás que no les seas molesto, porque assi como a ti está bien el rogarles, assi a ellos les está bien el hazer justicia quando lo pide el caso.

4. El ser liberal ha de tener su proporción de manera que no venga a ser perdicion, ni ha de dar a todos igualmente sino considerando las partes del menesteroso, y la necesidad que tiene y la obligacion que tu le tienes.

5. No seas pendenciero, porque en la soldadesca es facha muy notable, y assi tu officio ha de ser ganar amigos, y poner paz entre los que no lo fueren.

6. El juego por si solo no te le quitaria, mas trae tras si tan malas circunstancias que holgaria le desealles, mas si todavia quieres jugar, sea mas por entretener que por otros resppectos, y adviertote que el juego es el crisol donde se tocen los hombres, por esso está con cuydado no hallen en ti cosa falsa ni de menos quilates de los que ha de tener un buen soldado.

7. Aborrece el jurar, y a los que juraren, y si son capaces de razon repréndeles, más, si no lo son, no te pongas en razón de tener disgusto, donde no ha de aprovechar.

8. Huye, y tórnote a dezir que huyas millares de leguas de compañías viciozas y malas, y seras amigo de todos en general, y en particular de los escogidos, y con estos tratta y comunica.

9. Discurre a menudo del estado en que estuvieren las cosas, y juzga con discrecion de las de porvenir que mucho tiene andado el General que ante vee las cosas.

10. Antes de ponerte en la ocasion echa la cuenta de lo que has

de menester y añade la 4.^a en todo, y saldrate la cuenta bien, porque el dinero, las municiones, los bastimentos y la misma gente se consumen por muchas formas.

11. No seas codicioso de lo ageno, porque es cosa indigna de General y la que mas daño puede hacer en su ejército pues te han de querer imitar y assi contentate con lo que fuere justamente tuyo, y guardarlo es para gastar en ocasiones honrosas, nota porque tras liberalidades mal consideradas se siguen baxezas afrentosas.

12. No pongas a tu gente en peligro manifesto, y lo que pudieres acabar con dinero y trabajo y industria no lo hagas con pérdida de un soldado.

13. Admite de buena gana consejo de los que te lo pueden y deven dar, y toma resolución de suerte que ninguno de los consejeros quede offendido, aunque tengan diversas opiniones, y estas y la tuya presente ante Dios en tu rincon, y que El te encaminará a lo mejor.

14. En espías gastarás sin duelo y no te desmaye el engañarte algunos para dexar de aprovecharte de otros, mas vive recatado con todos.

15. Escusa lo possible de echar vandos, y ya que lo echas templa la pena del, porque una vez echado conviene que se execute, cayga sobre quien cayere.

16. Prevente de las cosas necessarias para tu ejército o armada con tiempo porque seran mas baratas, y mejores, y advierte que si una cosa te falte de las esenciales será causa que todo lo gastado sea de ningún provecho.

17. Pon todo tu cuydado en guardar la hazienda del Rey, que por mucho que tengas sera poco según son muchos los que la roban.

18. En ninguna manera te hagas rico apriessa, aunque puedas porque todas las cosas violentas son poco durables y quixás se llevan tras si tu honra, tu alma y tu vida.

19. Siempre el buen soldado deve ser exemplar en su vida, mas con mucho cuydado lo seras quando ayas llegado a official, porque no podrás reprehender en otro, vicio que tu tuvieres.

20. Seras charitativo, y entre otras cosas. lo que has de mostrar es en tener un hospital muy proveydo de tal manera que aunque falte para tu comer no ha de faltar para él.

21. No consentirás que se haga daño, ni en compañía, ni en po-

blado, aunque sea en tierra de enemigos, si no fuera con expreso orden porque evitarás con esto muchos desordenes.

22. Serás templado en el comer y beber, y por ninguna cosa te desordenarás, hora estes con naturales, o extrangeros, tampoco seas melindroso.

23. Comerás de todas viandas tarde, temprano, bien o mal adexado contentarte as con lo que te dieren.

24. Harás camarada con los mas valerosos, y virtuosos, porque los tales te ayudaran con amor y verdad, y no te pondran en ocasiones vergonçosas.

25. No te vestirás costoso quanto luzido, ni traygas invenciones extraordinarias como dezir grandes mostachos, copete, ni avanillos disformes.

26. No tardarás en vestirme, ni te compondrás con espejo, ni te prendes de manos blancas, ni hagas ademanes con el cuerpo, ni gestos, ni pises fuerte, ni traygas espadas muy largas, ni muy cortas: finalmente no seas afeminado, ni parezcas fanfarron.

27. Tus ejercicios ordinarios seran manejar las armas, danxar y tañer, tirar la barra, saltar, correr, y se jugar jugares sea a la pelota, al tejo, a los bolos, y estando en parte que lo puedas hacer, date a la caja y sacarás dello agilidad y el saber reconocer la campaña.

28. Cuando entres en la casa, que te dieren de alojamiento, sea con cortesia, porque con esto ganarás regalo y opinion, que es lo que otros pierden con su sobervia.

29. Gasta conforme a tu caudal, y no te atrases que es baxeza, pero tampoco gastes lo que no tienes, porque dello proxeden muchas trampas, y malos tratos.

30. Si pidieras prestados no tomes plazos cortos, ni de manera que adventures tu palabra.

31. Haz buena acogida y amistad a estrangeros, y procura saber las lenguas dellos.

32. Ora seas corcelete, o arcabucero, seras cuidadoso en tus armas, y procura que sean las mejores, y trae las limpias y enteras, y darte an el mejor lugar, y al marchar no dexes el puesto que te tocara, porque de hacer lo contrario podría padecer tu honra, y el servicio de tu Rey.

33. Por ninguna cosa del mundo harás desorden en la guerra, ni lo consentiras hazer en quanto en ti fuere, antes ser obedentissimo a tus mayores y honrador dellos, porque quien no sabe obedecer no sabra mandar.

34. No te pongas en puntos con los que estuvieren en mayor puesto, porque tras ser muy mal hecho y peligroso, es inadvertencia no honrar al que está en cargo que tu desees.

35. Grangea a los Generales con ser tal que de fuerza grande hayan de echar mano de ti para las cosas de importancia, y quanto más peligrosas sean, y mas trabajosas tanto de mejor gana las haras: que al Gral. tocará el no ponerte en cosas temerarias.

36. Si fueses a reconocer un ejército o una bateria o fosso miralo muy bien y tantealo de modo que no te engañes porque seria gran infamia que se hayase falsa tu relacion: mas no dexará de ser buena si te encomiendas a Dios muy de corazon y procuras estar muy en ti sin género de turbación.

37. El día de pelear estarás en el lugar que te tocare, o como soldado o exerciendo el ministerio del cargo que tuvieres: y está muy bien en ti sin género de turbación, y fia de Dios, y acuérdate de tus obligaciones, que por remotas tierras, que sean adonde estés han de saber en la tuya y entre tus deudos y conocidos dentro de pocos días lo bueno o malo que ally hizieres.

38. Si te hallares en toma de tierra tu, y tus amigos os ocupareis en amparar a los que no tienen defensa y si fuese lugar de cristianos acudiréis a la defensa de los monasterios y Yglesias.

39. Llegado a tener cargo, ni hurtaras plaças, ni consentirás que nadie la hurte, antes abominarás de los que lo hizieren porque van contra Dios, contra tu Rey y contra tu Patria, sin que haya cosa que los descargue ni disculpe.

40. Aunque mi intento es que tengas la mira en ser Gral., entien-de que ha de ser por medios ordenados, y assí holgaria que començases de soldado, y de ally subieses a cabo de esquadra y Sargento, y desde arriba a los demás cargos, y esto ha de ser mas merecido de ti que procurado, y antes te rueguen que ruegues poniendo el cuidado en solo merecerlo.

41. Cuando fuesses subiendo por los officios de la guerra no pases por ellos como de corrida, sino préciate de hazerlo bien, y ser curioso y puntual en lo más menudo, y procura entender el officio d

Sargento Mayor, y Maestre de Campo Gral, y de Comissario de la Caballería, y platica de las cosas de fortificación, y de los que toca al Artilleria, y no te corras de aprender, si no de no haber aprendido que con esto te habilitarás para saber mandar quando seas Gral.

42. Si levantarás alguna compañía, no te des a entender que tu has de hazer mejor con consentir desórdenes en los soldados, porque te affirmo de experiencia que llegado al embarcadero has de quedar sin gente, permittiendo Dios que estos mismos, con quien dissimulaste, sean los que te deshagan tu compañía: desdel principio pon la gente en buena disciplina, y no admittas a rufianes, ni gente de mala vida, y tendrás segura la que asentare, y tu honra y conciencia.

43. Siendo Oficial no des de comer regalado, mas dalo a muchos conformándote con tu posibilidad.

44. Si fueses Gral. mira como hazes las provissiones de los officios, y ventajas, y busca los beneméritos sin que te ciegue afficion, ni valga contigo favor, ni consideraciones particulares.

45. Pudiendo excusar a tu Rey la guerra no seas de consejo que la tenga por los inconvenientes, y varios successos que trae, mas habiendose de hazer serás presto en la execucion, porque en la guerra el diligente por gran desgracia perderá, mas el remiso no es posible axertar, si ya Dios no haze milagro.

46. Evita de tu compañía hombres viciosos, y carnales si no quieres que Dios te dexee, y el demonio te gobierne, el qual te acarreará zelos, pependencias, blasfemias, malos dias y malas noches, y mala salud, y mala bolsa y todo malo.

47. No solo no serás amancebado, mas ten por infame al que lo fuere y indigno de llamarse soldado, y en esta opinion tendrás a cualquiera que se loare de liviandades.

48. No te jactes de los buenos successos que tuvieres, y quando fuere fuerza hablar en ellos sea con humildad, y dando las gracias a Dios de donde procede todo bien.

49. No solo has de ser pacifico en las obras, sino tambien en los pensamientos, porque ay algunos que andan vacilando consigo mismos si fulano dize tal responderle he tal, a darle hé, o matarle: ten ánimo valeroso, y assegurado, y no imagines que nadie te pueda afrentar: que si Dios por tus pecados permittiera alguna afrenta el por su mra (misericordia) encaminará que al tiempo de la ocasión cumplas con tu obligacion sin offensa suya, pues el temor desta ha

de tener en tu corazón el primer lugar, y entretanto quita imaginaciones sin provecho, que acarrean muchos pecados mortales.

50. Todas las vezes que pudieres, ora estes en poblado, o en compañía, oyras missa, y rezarás el Rosario de Nra Sra y confessaras a menudo, como dezer cada mes, y los dias de Nra Sra de quien has de ser muy devoto, si quieres que todo te succeda bien, y demás desso todas las vezes que te pusieras en notable peligro, porque te certifico que si no lo hazes que el demonio te pondrá ánimo para entrar en el peligro sin confessarte en la ocasión te pondrá un yelo en el corazon para que infamante te pierdas.

51. Ve prevenido que no ha de faltar quien murmure de ti diciendo que eres ipócrita, lo que hicieres hazlo por Dios, y no dexes de hazerlo por el que dirán.

52. Tan poco serás ypócrita del Demonio que tales son los que se jactan de offensas de Dios, y peyores los que tienen por bizzarria loarse de maldades, y baxezas que no han cometido.

53. No te precies de dezir donayres, ni por entendimiento, ni de otra manera murmures de nadie, ni gustes de que otro lo haga, y siempre disculpa a todos por buenos medios. mas en tu pecho podrás aborrecer lo malo.

54. Gusta de leer libros devotos y de historias verdaderas, de oyr sermones, y pláticas virtuosas, y si por hazer un pecado mortal ganaste el mundo, o salvaste la vida, no debes comprar tan caro.

55. No andes inquiriendo quien es fulano, de que tierra ni parientes, que si es buen soldado muy honroso te será ser amigo sea su linaje el que fuese, y aunque este sea muy aventajado no te conviene tratar con el sino tiene virtud, y valor.

56. En las cosas de justicia siempre te llegarás a las de misericordia cuando dello no redunde mal exemplo.

57. No seas cruel, ni aun con los enemigos, y a sangre fria teniéndolos en tu poder antes les harás cortesía que daño, y guardarás la palabra que les dieres inviolablemente.

58. Por todos los medios posibles procura q. primero hagan merced a los que tu has visto señalarse que no a ti. Si mostrares esta carta no faltará quien te diga que te doy reglas de religiso, y no de soldado, responde al tal que haze mucha offensa a la soldadesca cuyo estado es tan honroso que no cumple con el ni puede llamarse soldado al que no tuviere lo mejor de todos los estados, porq ha de pare-

cer en la obediencia, virtud, y devoción al religioso: en el valor, largueza y verdad al caballero: en el amor y prudencia al padre de familias: en la prudencia y eloquencia a los muy sabios: en la vigilancia, diligencia y paciencia al buen marinero.

Dios te guarde y haga el que deseo.—De Madrid primero de Mayo de 1596.

* * *

Carta que D. Franc.º Suárez del Castillo, Capitán de Infantería Española escribió a D. Luis Portocarrero, Conde de Palma, remitiéndole la instrucción, y carta arriba escrita del Adelantado (2).

Estando recogiendo la gente de mi compañía vino a mis manos una carta que el Adelantado Mayor de Castilla nro dignissimo Gral havia escrito al Sr. D. Joan de Padilla su Primogénito en que le advierte las cosas, que en los principios, medio y fin de la Soldadesca que ha elegido christiana, valerosa y prudentem.⁶⁶ deve seguir y hame causado tanta admiracion ver el soberano resplandor que la observancia y piedad christiana destacarle da a los precettos militares, que platicaron los Scipiones, Anibales, Cesares y Alexandros, que temiendo no haya quien con mas diligencia la ponga en manos de Vm usando de la q he podido la he hecho estampar, y encaminar a VS para q viendo con ella el vivo retrato xpianissimo animo, valor y zelo de quien VS tan singulares demostraciones va imitando la estienda por los Soldados del exercito, pues sin duda ayudados de tan... (borroso)... illustre instruccion de ntra arte seran los Soldados que las ocasiones tan apretadas destes tiempos han menester.

Guarde Dios a VS muy largos años.—De Madrid 8 de Sbre de 1596.

(2) Archivo Municipal de Oporto. Ms. 490, folios 51 y 51 v.

SINTESIS HISTORICA DE LA FORTIFICACION ABALUARTADA

por JUAN MANUEL ZAPATERO

Capitán y Doctor en Historia, del Servicio Histórico Militar
Correspondiente de la Academia Nacional de la Historia,
de la República Argentina

«Fortificación o Architectura Militar, es Arte que enseña á cerrar, y fortificar una Plaça, para que pocos se puedan defender estando a cubierto de muchos; y si esto es de suerte, que no aya parte en toda ella, que no esté vista y defendida de otra, se dirá que es Plaça fortificada; y siendolo solo con una cerca de Muralla, se le dará título de cerrada; mas no fortificada» (1).

DEFINICIÓN, ORIGEN Y DIVISIÓN DE LA FORTIFICACIÓN

La Fortificación Permanente, constituía en los tratados de la ingeniería militar de los siglos XVII y XVIII, una ciencia o arte que enseñaba a disponer y realizar las obras cuyo fin primordial era la guerra. Aseveraba en 1691, el que fue «Director de la Academia Real y Militar del Ejército de los Países Bajos», D. Sebastián Fernández de Medrano —expresándose en los conceptistas términos de la época— que «... el origen de la Fortificación procedió de la Tiranía, porque pretendiendo la Ambición y Malicia de los hombres usurpar lo ageno, fueron obligados los Pueblos para vivir con seguridad libres de los que intentaban sujetarlos á su servidumbre, á cerrar sus Plaças; siendo esto tan antiguo, que tuvo su principio en la primera edad por Caín, que fue el primero que habiendo fundado una Ciudad en

(1) FERNÁNDEZ DE MEDRANO, Sebastián: *El Architecto Perfecto en el Arte Militar*. Bruselas, 1700; cit. pág. 1.

el Monte Líbano, que llamó Enoc, del nombre de su Primogénito, la cerró de Muralla...» (2).

Sin duda, la necesidad de fortificar nace de las primeras acciones de los hombres, cuando formadas las primeras colectividades, surgen, consecuencia de las mismas agrupaciones, esa «Ambición y Malicia» que Fernández de Medrano declara, siguiendo el criterio de los clásicos historiadores militares como Gutiérrez de la Vega en 1569 (3), Escalante en 1583 (4), Salazar en 1590 (5), Rojas en 1598 (6), Melzo en 1619 (7), Sala en 1681 (8), etc. Es el viejo concepto que apenas sin variantes, lo argumentaban las máximas latinas dictadas por Amiano Marcelino, Cornelio Tácito, Flavio Josepho, Polibio —el general de la Arcadia—, Silio Itálico, etc., en parte recogidas de Demóstenes —el «Capitán Atheniense», de Tucídides y Jenofonte, los grandes generales de los ejércitos griegos (9). Máximas, en fin, que crearán doctrina y sus reglas unidas a la religión y a la política de los hombres, formarán ese conjunto de virtudes militares que integran el campo de la Historia, y serán enseñanza de las generaciones.

Es, por tanto, obligado al pisar los lindes del arte de la Fortificación Permanente, argumentar, aún sucintamente, el histórico cimiento en el que se asienta, ya que su evolución está determinada por el paso de las Civilizaciones, y sus diferentes etapas las registra fielmente el tiempo, gran medidor del progreso de la Ciencia de los hombres.

Generalmente, se acepta la división de la Fortificación en las siguientes tres épocas más caracterizadas:

- 1.ª) La Fortificación Antigua.
- 2.ª) La Fortificación de la Edad Media.
- 3.ª) La Fortificación de los tiempos «Modernos».

(2) Idem, ídem; cit. pág. 2.

(3) GUTIÉRREZ DE LA VEGA, Luis: *Nuevo Tratado y Compendio de Remilitari*. Imp. en Medina, en 1569.

(4) ESCALANTE, Bernardino: *Diálogo del Arte Militar*. Sevilla. Año 1583.

(5) SALAZAR, Diego: *Diálogos del Arte de la Guerra*. Bruselas. Año 1590.

(6) ROJAS, Cristóbal de: *Theorica y Practica de Fortificación y otras Obras*. Madrid, 1598.

(7) MELZO, Ludovico: *Reglas Militares*. Milán, 1619.

(8) SALA, Ventura de la: *Después de Dios la Primera Obligación*. Nápoles, 1681.

(9) LUCUZE, Pedro de: *Principios de la Fortificación*. Barcelona. Año 1772.

1.^a) *La Fortificación Antigua*

La Fortificación Antigua se remonta a los primeros tiempos de la Humanidad, difíciles, prolongados y complejos en los que se debate la primera terrible lucha del hombre contra la naturaleza, al tiempo que tratará de resolver los problemas que él mismo crea en la colectivización, y cuyo lema «Ambición y Malicia» atravesará las fronteras del tiempo y le acompañará hasta el fin de los siglos.

Posiblemente, la más primitiva idea de la Fortificación está muy cerca de los iniciales momentos de la coordinación entre el cerebro, la mano y la utilidad de los materiales que ensayarán las industrias líticas o período del Paleolítico. Las construcciones prehistóricas del Bronce Mediterráneo: «talaiots», «nuraghi» en forma circular, o bien en la de nave «navetes», hechas con grandes losas, son hoy aceptadas como habitaciones fortificadas de los jefes tribales. A ellas seguirá la técnica de las «terramaras», tan extendidas en el Valle del Po (10), que resultan ser fábricas de fortificación, de forma trapezoidal, casi siempre orientadas de Norte a Sur, y que contará con elementos característicos: foso defensivo, lleno de agua con doble canal de entrada y salida; el «argine», muro o terraplén y contrafuerte que ceñía al recinto; habitaciones sobre la plataforma dividida por dos calles perpendiculares —originarias de las mucho más tarde «cardo» y «decumanus», de los campamentos romanos—; el «área limitata» o fortaleza de última situación, de planta rectangular junto al «argine», y protegida a su vez por un muro contrafuerte. La posterior evolución de la técnica defensiva con los «castros» y «citanias» en la Península Ibérica, para servir primero contra los mismos pueblos vecinos, y después frente a los ejércitos de Roma, constituye en la Historia de la Fortificación un capítulo realmente importante, en la que ya aparecen las formas o procedimientos que serán fundamentales en el arte de las obras de defensa permanentes, tales son:

a) Normas defensivas, que requieren elección y disposición de un lugar con ventaja para que «pocos puedan defenderse y resistir a la invasión de muchos».

b) Natural, fortificación que pueda realizarse aprovechando una situación de difícil acceso: rocas escarpadas, islas, etc.

(10) PEET: *The Stone and Bronze Ages in Italy*: cit. pág. 331.

c) Artificial, obra que exige esfuerzos considerables «a imitación de las situaciones naturalmente fuertes».

d) Ofensiva, fortificación de sitio que sirve para atacar o rendir una plaza o lugar fortificado.

He aquí los axiomas fundamentales en el origen de la fortificación. Son los factores naturales y artificiales que combinados con los morales, defensivos u ofensivos, conjugarán diestramente los principios de la técnica y la táctica (11). Argumentos insistentemente repetidos por los autores de Tratados y Sistemas de esta Ciencia, según vemos en las citas de la expedición de Alejandro Magno a la India y en la conquista de pueblos, cercados de empalizadas, de estacas unidas con zarzos, de simples muros con revestimientos de tepes o adobes, formando recintos de murallas. Semejantes fortalezas o «kalai», requerían defensores que a pecho descubierto afrontaban el impulso de los ataques. A la disposición de las «kalai», siguió la muralla de materiales más sólidos, piedras y ladrillos formando muros paralelos unidos por contrafuertes, cuyos espacios se rellenaban con tierra apisonada sacada de los fosos excavados delante. Los muros del Puerto de Pireo, en Atenas y los de Bizancio, pertenecen a esta disposición.

La combinación de la piedra con la madera y el ladrillo permitió la elevación, comenzando a perfeccionarse la disposición vertical de las fortificaciones, apareciendo así la muralla como fábrica que ciñe y cierra la plaza, rodeada o no de fosos, ya que en este aspecto no se presenta unanimidad para todas las fortificaciones antiguas conocidas. No citan el foso ni Julio César ni Polibio (12), pero los ingenieros militares Folard y Zastrow (13) lo consideran como parte fundamental de las primitivas fortificaciones: «...Quant à ce qui était de la conformation des fossés, il existe des manières de voir très-variées; il y a même des auteurs qui prétendent que les murs d'enceinte des anciens n'avaient pas de fossées; ils fondent cette assertion sur la circonstance, que plusieurs grands historiens n'ont pas mentionné une syllabe sur le passage du fossé dans récits de sièges remarquables. Dans ce cas sont César dans sa description du siège de Marseille, et Polybe dans celle de Lilybée. Cette opinion n'est pas entiè-

(11) LUCUZE, P.: *Obr. cit.* v. ref. (9); cit. pág. 8.

(12) ARAJOL DE SOLA, FRANCISCO DE ASÍS: *Estudios de la Fortificación Permanente Abaluartada*. Gerona, 1857; cit. pág. VII.

(13) ZASTROW, A. V.: *Histoire de la Fortification Permanente*. Liège, 1846.

rement dénuée de vraisemblance, car le passage du fossé devait conduire chez les anciens comme aujourd'hui aux opérations les plus dangereuses...» (14).

Sí lo citan Flavio Josepho, al describir la ciudad de Jerusalén con la fortaleza Antonia, rodeada de un foso profundo que la hacía más fuerte; y al relatar cómo los ejércitos de Antíoco fueron detenidos ante los fosos de la fortaleza de Syriux. Tales son los argumentos vistos por los historiadores de la Edad Moderna, faltos de concreción y particularidad.

Respecto a la disposición horizontal, fue sin duda el recinto poligonal de muralla rectilínea pronto superada, al ser advertido fácilmente que el enemigo se acercaba quedando cubierto, cuestión que provocará la necesidad de sobresalir en la vertical, y así aparecerán los «matacanes». Esta aplicación, unida a la ventaja que proporcionaban los salientes de los irregulares recintos, determinará la ejecución de sectores de muralla con partes salientes que flanquearán las entrantes, y será el origen de las «torres».

Las «torres» se convirtieron pronto en parte primordial del recinto fortificado; su uso se generalizó dotándolas de una mayor elevación sobre el resto de la muralla, superándose el defecto de indefensión de la cara más alejada con la configuración en «cubos» o «torreones», posiblemente tras una evolución de las «torres exagonales» u «octogonales». La «torre cuadrada», fue adoptada por Vitruvio, que pretendió darle autonomía adelantando sus caras hacia el exterior e interior del recinto, tal es el sistema de las fortificaciones de Pompeya. De esta disposición pasose a la «torre independiente», no obstante conservar sus adarves con los de la muralla, a veces por arcos o puentes levadizos, precedente claro de las «torres albarranas».

La distancia para conseguir el flanqueo en un recinto fortificado con torres, dependía, naturalmente, del alcance de las armas en uso. Se tomaba como normal la de 188 metros, que podían variar por las características del terreno. También las dimensiones eran distintas; Zastrow consideró ser las constantes al diámetro de 9 a 12 metros y una altura de 13 metros, dando a las torres 3 metros más. Tal es, en línea general, la primera época de la fortificación permanente.

(14) Idem, ídem.; cit. págs. 10 y 11.

2.ª) *La Fortificación de la Edad Media*

Durante el largo milenio que cronoliza esta etapa de la Historia de Europa, la Fortificación Permanente resolverá la situación a que le conduce la aplicación e invento de la pólvora y de las armas pesadas de fuego.

En los primeros siglos, las fortificaciones permanecieron estacionarias: murallas ordinariamente simples con aspilleras y matacanes, refuerzos de torres o cubos, obras, en fin, consideradas como suficientes o ventajosas para realizar una defensa o empeñarse en ella.

En España, la invasión musulímica enseñó la gran importancia que tenían los enclaves estratégicos en el paso de los valles o de campos ricos, excitando el interés por asegurar la inexpugnación de los puntos útiles: Calatañazor, Gormaz, Guadalajara, Talavera, Trujillo, etc., son escenarios y testigos de estas primeras necesidades; sus murallas evolucionan rápidamente. Las torres cuadradas adoptarán en el siglo XI y principios del XII, la figura que siglos más tarde el célebre ingeniero Errad de Bar-le-Duc, considerará perfecta e ideal en el mejor tiempo de la fortificación abaluartada. Esencialmente, por aplicar semejante disposición de «baluarte» ya conocida en las fortificaciones españolas, a Bar-le-Duc le valió en Francia el ser considerado como el «padre de la fortificación abaluartada».

También en el recinto de Toledo, en la fábrica correspondiente al siglo XII, se observan los primeros baluartes antes de la Edad Moderna de este Arte, que llevará, sin embargo, su nombre. Y del siglo XII, constituye otro claro ejemplo, el frente norte del Castillo de Niebla con dos baluartes y líneas de defensa fijantes. Asimismo son ejemplos notables del avance abaluartado, los Castillos de Alcalá de Guadaíra y San Lúcar de Barrameda. Del siglo XIV, el recinto fortificado de Barcelona, obra iniciada en 1364 que presentaba un sector abaluartado de flancos inclinados respecto a las cortinas, con el fin de proteger más rectangularmente la cara opuesta del baluarte inmediato, así era el comprendido entre el ángulo de Atarazanas y la Puerta de Santa Ana (15).

(15) Ya en 1286 y 1287, el monarca Don Alfonso II de Aragón, cedía a los Consellers el importe de los arbitrios, para que se ejecutaran las obras (Cit. del docum.: *El Rey Don Alfonso, recomienda la Construcción de las Murallas de Barcelona*. Arch. del Serv. Hist. Mil. Madrid; signatura: 2-2-3-63). Y

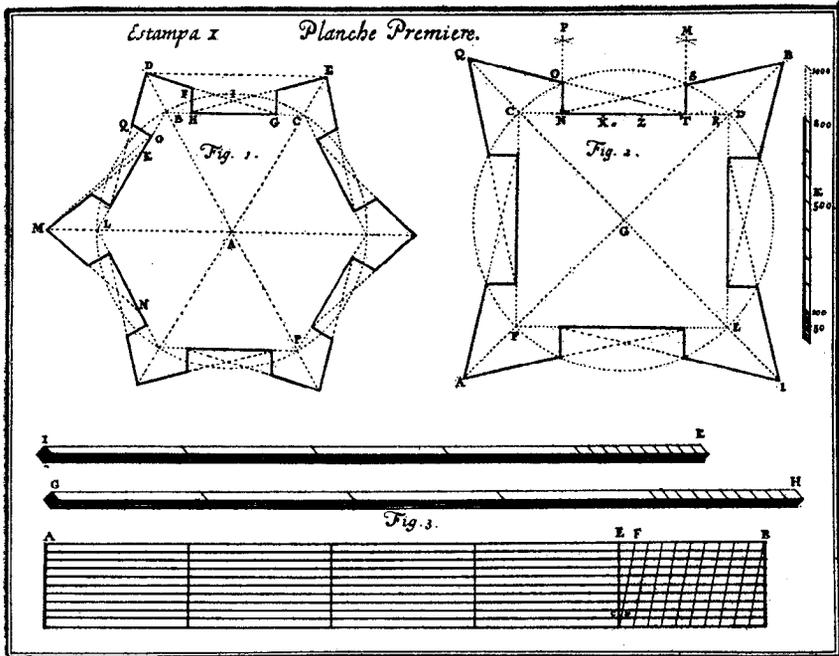


Fig. 1.—Construcción de fuertes de base sencilla, propio para fortificar un Sector de campaña (Siglos XVII y XVIII). De «El Arquitecto Perfecto en el Arte Militar», por Sebastián Fernández de Medrano. Bruselas, 1700.

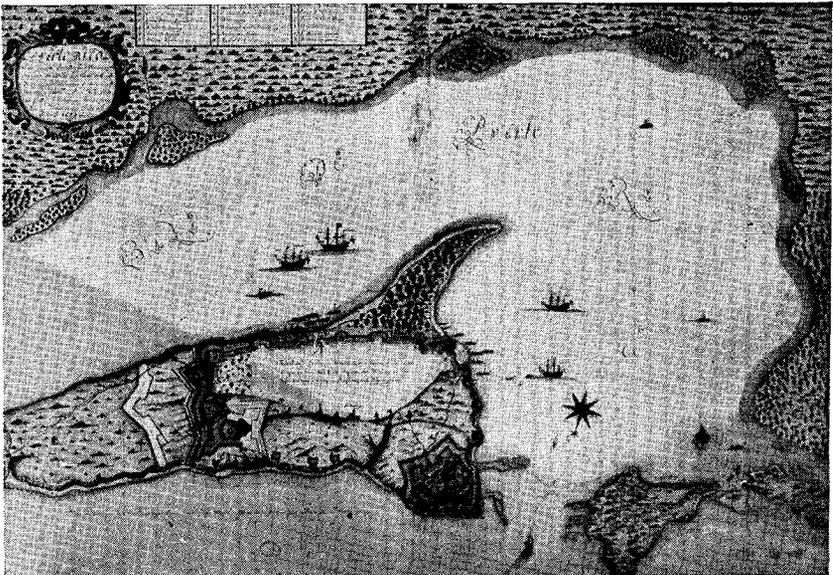
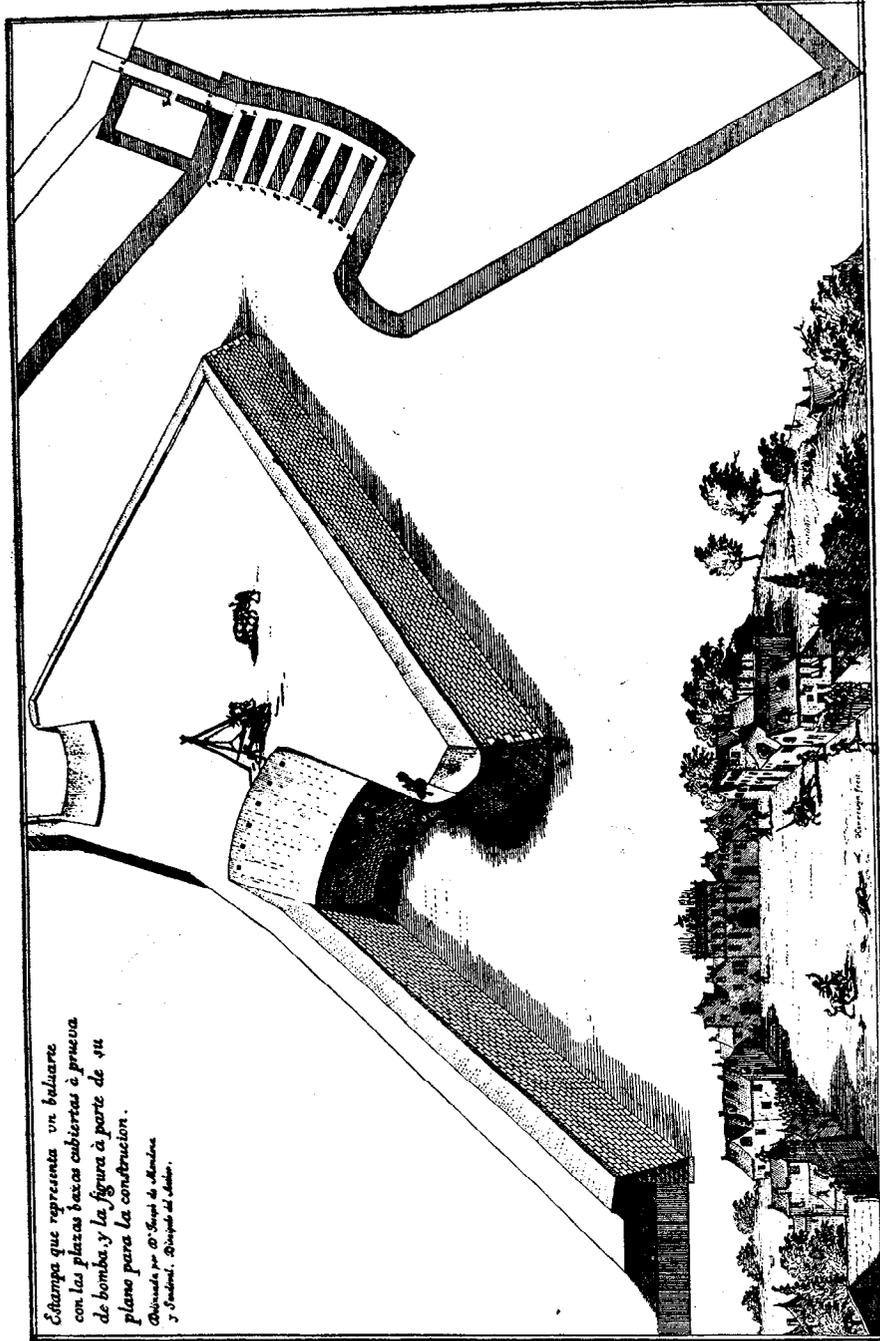


Fig. 2.—La «Ysleta San Juan Bautista de Puerto Rico», declarada por Carlos III, en 1765, «Baluarte de las Antillas, Ante-Mural del Seno Mexicano y Abrigo de las Esquadras de las Yndias».

(Plano existente en el Archivo General de Indias, Sevilla).



*Plaza que representa un balneario
con las plazas bajas cubiertas á prueba
de bomba y la figura á parte de su
plano para la construcción.
Disegnada por el Sr. José de Alameda
y Sureda. Dirigido al autor.*

Fig. 3. — Plaza baja «cubierta a prueba de bomba», en flanco curvo de siete troneras. En el ángulo inferior el delineante José de Mendoza nos ofrece — fuera de formalismos — una corrida de toros en una plaza acondicionada. En el suelo un lidiador mal herido y otro clava un arpón; un caballero lanza en ristre acude a la suerte

(De «El Arquitecto Perfecto»).

Estos antecedentes del gran sistema, constituyen sin duda un «sistema abaluartado originario», fundamental y desconocido incomprensiblemente por la mayoría de los tratadistas militares europeos de los siglos xvii y xviii.

Con la invención de la Artillería, cuyo uso se remonta a la primera mitad del siglo xiv, pero que no tuvo eficaz aplicación contra las plazas fortificadas hasta entrado el siglo xvi, los recintos fortificados se verán obligados a grandes transformaciones. En casi todos los Estados europeos, los recintos amurallados tanto en sus cortinas, como en las torres, eran de corto espesor, imposibles de sostener los emplazamientos de las «bocas de fuego». Ello obligó a las primeras reformas que consistieron en terraplenar la parte interior de las murallas, y en agrandar los reducidos espacios de las torres. Abriéronse aspilleras para facilitar el «batir bajo»; y como en algunas plazas el terraplén no se adosaba totalmente a la muralla, dejaba un espacio o corredor cubierto, origen de los «camino de ronda». Estas disposiciones inspiraron los sistemas de Montalembert (16) y Carnot (17)

La solidez y resistencia de las construcciones comenzaba a equilibrar los efectos destructores de las armas pesadas de fuego. Se redujeron las alturas para ofrecer el menor blanco posible y aumentose, en cambio, el diámetro o proporción horizontal para gozar de ventaja en la instalación de la artillería; son los sensibles cambios que se producen en la fortificación permanente antigua en su paso a la moderna o abaluartada. Difícil es precisar qué nación o por quién, tiene lugar el paso de una a otra época, sin duda fruto de una evolución general amplia. No obstante, Alemania se asigna la invención por la genialidad del famoso pintor y grabador Alberto Durero, que en sus trabajos y escritos refleja semejantes avances de la fortificación.

en el año 1357, Don Pedro IV, confirmaba la autorización de impuestos y ordenaba los trabajos en la «Atarazanas» (Cit. del docum. *Autorizando impuestos necesarios para la construcción de las Murallas*. Arch. Serv. Hist. Mil., signatura: 2-2-12-35). Entre otros muchos que figuran copiados del Archivo de la Corona de Aragón (sección a, grupo VII, subgrupo I, números 2.582 a 2.877). El recinto amurallado de Barcelona, quedó enteramente terminado en 1400; tres siglos más tarde, a principios del xviii se inició la demolición, del que hoy todavía quedan algunos restos aislados en Atarazanas.

(16) ZASTROW, *Obr. cit.* v. ref. (13); cit.: *Systeme du marquis de Montalembert*, págs. 226 a 309.

(17) Idem., *idem.*; cit.: *Systeme du général Carnot*, págs. 332 a 335.

Pero la transformación de las murallas y de las torres, la supresión de los matacanes, etc., etc., medidas adoptadas con lógica y excusable precipitación, dejaba indefensos y al mismo tiempo proporcionaba seguros abrigos a los atacantes de una plaza así fortificada, en aquellos sectores comprendidos entre las caras y los flancos colaterales de los baluartes, espacios, en fin, que pronto serían aprovechados por los minadores al utilizar las ventajas de la pólvora, ya conocida desde fines del siglo XIV.

Una encuesta se anunciaba como origen de los problemas que llevó consigo la fortificación abaluartada, perfilada en la gran aspiración de «descubrir y defender desde los terraplenes el pie de las murallas, en todo el perímetro del recinto»: «—La cuestión de hallar la figura más conveniente a un recinto poligonal cualquiera para que las partes más expuestas de su fortificación fuesen defendidas y flanqueadas por las menos expuestas a la acción de las armas del sitiador, y que estas partes flanqueantes fuesen al mismo tiempo flanqueadas...» (18).

En la figura 1 ofrecemos una obra de planta abaluartada en esquema, sacada de la obra de Fernández de Medrano.

La fortificación abaluartada, precisaba, era natural, desde su principio una transformación profunda de las antiguas concepciones, que habrían de sentar base para que los grandes ingenieros militares, pronto a nacer, viertan sobre el dispositivo general de la fortificación, estudios de sistemas, proyectos revolucionarios en el viejo arte, planes y realizaciones que compondrán el vasto conjunto de una etapa trascendental que más que un capítulo constituye una edad impresionante (19). Tal es la Edad Moderna de la Fortificación Abaluartada; quizás su término de acepción peque, hoy, de incorrecto, ya que es homónimo con la edad de la Historia y a ella pertenece. Además, su perspectiva la cierran o limitan claramente, en su principio y final, los tiempos de la cronología histórica que todo lo metodizan. Ninguno de los problemas técnicos que eran fundamentales en el concepto de la fortificación abaluartada tienen hoy presente; la transfor-

(18) FERNÁNDEZ DE MEDRANO, S.: *Obr. cit.* v. ref. (1).

(19) HERRERA GARCÍA, J.: *Teoría Analítica de la Fortificación Permanente* Madrid, año 1846; cit. pág. 11.

mación de las armas con sus poderes ofensivos, ha podido más que la doctrina de la defensa de las plazas, desmanteladas e impotentes ante el avasallador poder del cerebro del hombre y los supremos designios de la Providencia.

3.ª) *La fortificación de los tiempos «Modernos»*

La honda transformación que va a sufrir la fortificación permanente, al modificar las antiguas torres o cubos y torreones en baluartes» (20), con la consiguiente subdivisión de fuegos y señalamiento de los ángulos o sectores indefensos —a que hemos hecho referencia—, creó una nueva táctica ofensiva con la invención de los «fuegos a rebote», y se estableció entre la técnica y la táctica un terrible pugilato, numerosas veces resuelto a favor de la ofensiva y el ataque.

Los ingenieros militares se esfuerzan y sus avances son impresionantes, abrumadores; descubren variantes y piezas accesorias del sistema: «caminos cubiertos» (21); «revellines o medias lunas» (22); «tenazas» (23); «redientes» y otras «obras exteriores» (24), todo un complejo «mundo» de la arquitectura militar que las diferentes na-

(20) *Baluarde*, parte principal de una fortaleza porque su disposición, figura, magnitud y construcción aseguraban su defensa. Podían ser: «llenos», si el terraplén ocupaba todo el espacio comprendido entre las caras, flancos y semigolas. «Vaco», si el terraplén seguía solamente la dirección de las caras y flancos. «Unido», si sus flancos y semigolas estaban unidos a las cortinas. «Cortado», si presentaba cortaduras, previsoras para detener al enemigo. (Cit. de LUCUZE, *obr. cit.* v. ref. (9), pág. 31).

(21) *Camino cubierto*, corredor al nivel superior de la contraescarpa, ordinariamente de 12 varas de ancho —10,2 m.— incluyendo la banqueta, se cubría con un parapeto de 8 pies de alto —2,22 m.—

(22) *Revellín*, obra delante de la cortina, cubría los flancos. Los había «sencillos», con flancos en ángulo saliente y gola formada por la contraescarpa; «doble o cortado», si en su gola se construía un simple reducto; «media luna», invención holandesa, denominado así por la curvatura de su gola. Etcétera etc.

(23) *Tenaza*, obra exterior delante de la cortina, reforzada en su gola por un revellín que le sirve de cortadura. Las había, «simples», «dobles», en «cola de golondrina», «bonete de clérigo», etc., según las modalidades de sus alas.

(24) Entre las «obras exteriores», figuraron los «hornaveques», «coronas», «contrafosos», «reductos», etc.

ciones europeas tratarán de resolver con sus tratadistas, sellando una disputa técnica que también significará la protección y salvaguardia de sus hegemonías políticas.

He aquí el esquema de la fortificación en las naciones de Europa, cuyo estudio en términos simples o generales vamos seguidamente a exponer:

- a) Fortificación Española.
- b) Fortificación Italiana.
- c) Fortificación Alemana.
- d) Fortificación Sueca.
- e) Fortificación Holandesa.
- f) Fortificación Francesa.

a) *Fortificación Española.*

La enorme actividad de los ejércitos españoles en Italia, Alemania, Países Bajos, el colosal esfuerzo en el Nuevo Mundo y las grandes empresas en Africa durante los críticos siglos XVI y XVII —centurias que correspondían precisamente al despertar y apogeo inicial del arte de la fortificación abaluartada—, darían, era natural, una fortificación de este carácter, genuinamente española, acomodada a tan diversos escenarios de un dilatadísimo dominio territorial del Imperio Español, «en los que nunca el sol se ponía», al menos así lo fue hasta la jornada adversa de Rocroi en 1643, que empezó a oscurecerlo.

En el siglo XVI, aparecen nuestros ingenieros, son los Luis Collado; Cristóbal de Rojas, al que Felipe II designó como profesor de Fortificación de la Academia de Matemáticas y Arquitectura Civil y Militar que se estableció en Madrid, por las Reales Cédulas de 25 de diciembre de 1582 —en opinión de Llaguno, y de Ceán-Bermúdez (25)—, y autor del «Tratado de Theorica y Practica de Forti-

(25) LLAGUNO Y MIROLA, Eugenio y CEÁN-BERMÚDEZ, Juan Agustín: *Noticias de los Arquitectos y Arquitectura de España*. Madrid, 1829; tomo II, cit. página 141.

La Academia, bajo la dirección del célebre arquitecto Juan de Herrera, fue instalada en una casa junto a la puerta de Banaldú, en la calle del Tesoro, junto a Palacio, que pertenecía a las Beatas de Santa Catalina del Sena y por

ficación, dividido en tres partes», Madrid, 1598; y del «Compendio y Breve resolución de la Fortificación», Madrid, 1613. Cristóbal Lechuga; Vicente Mut; el marqués de Buscayolo, autor del «Epítome de las Fortificaciones Modernas», editado en Bruselas en 1669, entre otros muchos que nos han legado preciosas obras de la arquitectura militar abaluartada, ejemplo de tecnicismo y utilidad, véase figura 3 (26). Estos hombres construyen las ciudadelas de Amberes y Groninga —levantadas durante la guerra de Flandes, entre 1567 y 1577—; la de Besançon, en el Franco-Condado, concluida en 1574, etcétera. Es la fortificación que hubo que extender no sólo por las posesiones de Europa, sino también a las de Africa; así se fortifica por el capitán D. Francisco de Medina la plaza de Melilla en 1551, sobre la que vertió un grandioso proyecto el Gobernador de aquella plaza africana, D. Sancho de Leiva, que por cuestiones políticas no llegaría a realizarse. Y las de Bugía, hasta el 1555 en que se perdió en la triste jornada y capitulación que la Historia nos recuerda. La propia Metrópoli será testigo de extraordinarias obras de fortificación: Mallorca, Cádiz, Gibraltar, Málaga, La Coruña y las plazas de San Sebastián y Navarrés, fortificada en 1538 por el ingeniero Pedro de Angulo, con los famosos baluartes en forma de corazón, traza insólita de la que hoy nos quedan vestigios en sus ruinas, pero que será aprovechada por el ingeniero francés Bousmard para los baluartes de su sistema en el siglo XVIII.

La primera mitad del siglo XVI, es la más genuina o clásica de la fortificación española, porque además va emparejada con las grandes empresas de sus hombres. En ella aparece el poderoso espíritu que defenderá a todo trance los dominios ultramarinos de las «Yndias Occidentales», y realizarán las primeras grandes obras. La isla de Puerto Rico, corazón del Caribe, será de las adelantadas a la hora de construir defensas, así levantará sus Castillos: San Felipe del Morro —comenzado en 1539; en 1540 ya contaba con un Cubo o

la que se pagó en concepto de alquiler, 2.500 maravedises, según Cédula de 31 de enero de 1584. Fueron profesores con el capitán Rojas, Firrufino —que explicó a «Euclides»; Juan Angel, el «Tratado de Arquímedes»; Ginés de Rocamora, el «Tratado de la Esfera». Y a sus clases asistieron D. Bernardino de Mendoza, Embajador de España en Francia, y Tiburcio Espanochi, famoso arquitecto militar de Felipe II y de su hijo, Felipe III.

(26) De la obra: *El Architecto perfecto...*; v. ref. (1).

Torreón abovedado (27); en 1587 ya se conoce con detalle el estado del Morro (28), en él trabajó Bautista Antonelli con el Maestre de Campo D. Juan de Tejada componiendo un proyecto admirable, proseguido por el capitán D. Pedro Salazar y por D. Sancho Ochoa en los comienzos del siglo XVII —Figura 2— tras los temibles ataques de Francis Drake y John Hawkins del mes de noviembre de 1595, y del conde Cumberland en agosto de 1598; con cuyas obras se enlazarán las del siglo XVIII, de las grandes transformaciones poliorcéticas (29)—. La Fortaleza de Santa Catalina; el San Cristóbal y el estratégico Castillo San Jerónimo, en el Boquerón, convertido por el Instituto de Cultura Puertorriqueña, en Museo Naval y Militar y recompensado su director, Dr. Ricardo E. Alegría con la «Medalla de Plata» por la Asociación Española Amigos de los Castillos. En Cuba, baluarte natural del seno mejicano, también se levantarán obras fuertes: el Castillo del Moro, La Fuerza Vieja, La Chorrera, Cojimar, San Jerónimo de Matanzas, etc. En Portovelo, estratégico lugar del istmo de Panamá, antigua «Castilla del Oro» (30), y en Cartagena de Indias, la «llave del Perú» por el Caribe. Todo un «continente de piedra», precursor del apogeo gigantesco del siglo XVIII, cuando el rey Carlos III ha de enviar al mariscal de campo D. Alejandro de O'Reilly para que, con un excelente equipo de

(27) Hostos, A.: *Ciudad Murada. Ensayo acerca del proceso de la Civilización en la Ciudad Española de San Juan Bautista de Puerto Rico, 1521-1898*. La Habana, 1948; cit. págs. 165-167. Para Hostos, permanecía desconocida su exacta localización hasta el casual descubrimiento en 1939, por el Comandante Militar de Puerto Rico, Coronel John W. Wrigt, al remover los escombros de un proyectil todavía existente del ataque del Almirante Sampson, en 1898, en el túnel que conduce a la Batería Baja.

(28) *Relación del Capitán D. Diego Menéndez Valdés, 10 de julio de 1587* (Arch. Gen. de Indias, Sevilla); cit. por ANGULO IÑIGUEZ en su obra: *Bautista Antonelli*, Madrid, 1942; pág. 84. Existe una copia en el Archivo del Serv. Hist. Mil. Madrid; signatura: 2-3-5-2.

(29) La evolución técnica e histórica de las fortificaciones de Puerto Rico, ha sido recientemente tratada por ZAPATERO, J. M. en los siguientes trabajos, publicados en Revista «Asinto»: *El período de esplendor en las fortificaciones de San Juan de Puerto Rico*. Año VI; núm. 21. Madrid, 1959. *El deber de una réplica o la verdad en el proceso de las fortificaciones de San Juan de Puerto Rico*. Año VII; núm. 26. Madrid, 1960.

(30) ZAPATERO, J. M.: *Las Fortificaciones y Defensa del Istmo Centroamericano en la contienda anglo-española del Caribe siglo XVIII*. Rev. «Asinto». Año VII, número 25. Madrid, 1960.

ingenieros militares levante el impresionante sistema de las fortificaciones abaluartadas españolas, esparcidas a lo largo de los dilatados litorales del Atlántico y Pacífico americanos (31).

Las fortificaciones españolas de Ultramar durante el siglo XVIII, detuvieron la estrepitosa decadencia de los últimos monarcas de la Casa de Austria, y cuando a principios de este siglo citado, ocupa el trono la Casa de Borbón, sabido es que la suerte de la Corona—hasta poco antes de estas instauraciones auténticamente hispana—, entrará por los cauces políticos, sociales y militares de la omnipotente monarquía del «Rey Sol» de Francia, Luis XIV.

No podía ser extraña a esta intromisión, el arte de fortificar, que se adopta por completo, sistematizándose en la escuela que preconiza el genio de la fortificación de todos los tiempos: Sebastián Le Prêtre, Señor de Vauban y mariscal de Francia.

En el territorio peninsular encontramos maravillosos ejemplos del sistema denominado: «Fortificación Permanente Abaluartada» que podemos con justicia, considerar, precursores de los sistemas de esplendor franceses. Tal fue el caso de las fortificaciones de San Sebastián, que con sus primitivas fábricas de los siglos XIV y XV en el Monte Urgull—Castillo Santa Cruz de la Mota— (32), evolucionó por los trabajos hechos a lo largo del XVI por Pedro Navarro, Alonso de Vera, Gabriel de Marsi, Jacome P. Fratin, Luis Pisano, etc., para llegar a Tiburcio Espanochi con quien da principio el alarde en la edificación de los lienzos de murallas, baluartes, hornabeques, etc., torpemente desaparecidos con la demolición acordada en la mitad del siglo XIX, que nos ha arrebatado uno de los más preciados ejemplos de la «Permanente Abaluartada»— anterior, insistimos a la de Francia, hoy en acertada restauración histórica, cuyo Ayuntamiento ve recompensado su esfuerzo con la «Medalla de Plata» por la Asociación Española Amigos de los Castillos. En la figura 4 (33), ofrecemos una bella muestra del complejo fortificado de San Sebastián a princi-

(31) ZAPATERO, J. M.: *La Guerra del Caribe en el siglo XVIII*. «Ediciones del Inst. de Cult. Puertorriqueña». San Juan de Puerto Rico —próximo a aparecer—.

(32) *Memoria Histórico Militar de la Plaza de San Sebastián*. Arch. docum. Serv. Hist. Mil. Madrid; signatura: 4-4-10-1.

(33) *San Sebastián en Guypuscoa. El Teniente Coronel D. Juan de Landaeta. Gobernador del Castillo de Alconchel lo hisso Año de 1724*. Arch. de planos, Serv. Hist. Mil., Madrid; signatura: O-m-5-2 (hoja 7.^a).

pios del siglo XVIII, en la que se perciben las fortificaciones de la Montaña de la Mota, las complementarias de los siglos XV y XVI, y el recinto o ciudadela de lo que fue la «Nueva Ciudad de San Sebastián», con su Cubo Imperial, baluartes San Felipe y Santiago, y hornabeque San Carlos, obras que ya mostraban el tecnicismo de la fortificación abaluartada en el siglo XVII, y que constituyen, pese a su incomprensible omisión por los autores extranjeros, uno de los más claros y perfectos ejemplos precursores del gran sistema.

Otro extraordinario ejemplo, lo señala la fortificación de Barcelona, que tras la Guerra de Sucesión y por disposición del monarca Felipe V —Real Orden de 1 de junio de 1715—, proyectó y realizó las obras el general D. Próspero de Verboom, ingeniero flamenco procedente de la Escuela de Bruselas, nombrado por el monarca «Yngeniero General de los Exercitos, Plazas y Fortificaciones y Cuartel Maestre General» (34). Verboom fundó en la capital catalana la «Real Academia Militar de Mathemáticas», de donde salieron gran parte de los mejores ingenieros españoles en Ultramar. Los trabajos de reforma de Verboom, se ampliaron con el Castillo de Montjuich, y después en la frontera con Portugal, cerrando en admirable recinto la plaza de Badajoz, de la que desgraciadamente ya quedan pocos vestigios.

Seguidamente, otros lugares señalados como estratégicos conocerán el esfuerzo, así se levanta el Castillo de San Fernando de Figueras, reclamada su construcción por el entonces Capitán General del Principado, marqués de la Mina, al levantar Francia la fortaleza de Belle-Garde, a corta distancia de la localidad española. El Castillo de San Fernando se levantó, no obstante, pese a las intrigas políticas que quisieron impedirlo; su fábrica, maravilla de técnica y táctica defensiva, honrará la memoria de su realizador, el general de ingenieros D. Juan Martín Zermeño, que formó el proyecto en 1743, bien secundado por un magnífico plantel de subalternos, después maestros en los Virreinos de América.

Y Salamanca, con su precioso Castillo de la Concepción de Ciudad Rodrigo —destruido por los ingleses en la Guerra de la Inde-

(34) Sobrè el servicio de los ingenieros militares, hasta la organización de 1711 y posterior, véase el *Resumen histórico del Cuerpo de Ingenieros del Ejército*, Madrid, 1911; cit. tomo I, págs. 3 a 17.



Fig. 5. — Bella perspectiva del Sitio y Defensa de una plaza, de fortificación permanente abaluartada, cuya descripción constituye el Libro 4.º de «El Architecto Perfecto en el Arte Militar», obra del General de Batalla, Fernández de Medrano, editada en Bruselas de donde era Director de la «Academia Real y Militar del Ejército de los Países Bajos», en 1700.

pendencia—. Y Ceuta, en fin, donde el ingeniero Lorenzo de Solís terminará en 1744, la Ciudadela del Hacho, que unos años antes comenzara el capitán Felipe de Tortosa.

Tal fue en términos generales el desenvolvimiento de la fortificación española, dislocada por la grandísima empresa que significaba crear un Imperio envuelto en mil devaneos políticos que precipitarían su caída. Pero sus hombres en el más dilatado panorama del mundo, levantarán las fortificaciones que serán testigo del valor, y que si dichos fuertes o castillos tienen influencia de los «sistemas» franceses —Figura 5—, lo será porque eran útiles enseñanzas con las que completar los propios métodos y salvar las grandes necesidades de la época.

b) *Fortificación Italiana.*

Presenta grandes analogías con la española, por cuanto ambas coinciden en el método denominado: «fortificar al exterior», que tenía la particularidad de tomar el lado interior como base, llevando las dimensiones de las obras hacia el exterior del propio lado. Contrario enteramente al sistema de Errard de Bar-le-Duc, o de la «fortificación al interior».

Atribúyese a los ingenieros militares italianos, sensibles mejoras en el sistema abaluartado como la invención de los «orejones», «dobles flancos en los baluartes» y los «caballeros». Los «orejones» tenían por objeto ocultar el flanco retirado; los «dobles flancos», proporcionaban un flanco bajo y otro de la misma altura que el recinto; los «caballeros», eran las elevaciones de un baluarte cuando se precisaba dominar algún punto o sector de campaña, coaccionaban el ataque del enemigo y deberían flanquear los fosos de los cuerpos de la plaza.

Las principales fortificaciones fueron las de Verona, Turín, Pavía, Milán, que acreditaron a sus ingenieros «á cette époque on considérait les architectes militaires italiens comme les meilleurs» (35), y fueron reclamados por los reyes de varias naciones de Europa. Las de Viena, la «Valette» de la isla de Malta y las ciudadelas de Amberes y Utrecht, con las de Spandau y el fuerte de La Goleta —Africa—, fueron obra de estos excelentes ingenieros dueños de la belleza y del

(35) ZASTROW, A. V.: *Obr. cit.* v. ref. (13); cit., pág. 42.

perfil. Son célebres: Tartaglia (36), Alghisi da Carpi (37), Girolamo Maggi y Jacomo Castriotto (38), pertenecientes a la fortificación de la primera época: «...Après que la croyance dans L'infailibilité de l'ancienne fortification italienne eut d'abord été ébranlée en Allemagne, que les points faibles en eurent été clairement indiqués, et en partie hereusement corrigés, par le célèbre ingénieur allemand Daniel Speckle, on commença, même en Italie, à suivre le chemin une fois ouvert, en cherchant à améliorer l'ancienne fortification...» (39).

En la nueva era, destacaron especialmente, Floriani (40) y Donato Rosetti (41), que con sus escritos, aportaron a la ciencia de la fortificación avances técnicos de alta estima y la perfección del sistema conocido por la «nueva fortificación italiana».

c) *Fortificación Alemana.*

Abre el capítulo de la Fortificación Abaluartada en Alemania, el insigne artista Alberto Dürero; sus sistema conservará los «torreones» que él designa «baluartes redondos». Pero son «acasamatados», disposición que distinguirá el sistema alemán de raíz propiamente española e italiana. Las primeras fortificaciones levantadas, fueron obra de los ingenieros italianos, por ejemplo, el célebre «Maestro Juan», que puesto al servicio del duque Guillermo de Jülich, construyó en 1567 las ciudadelas de Jülich y de Dusseldorf, compaginando los principios de Dürero, sistema de construcciones huecas, con la técnica italiana, como lo demuestran los baluartes con galerías subterráneas defensivas.

No tardaron en aparecer los grandes maestros dentro de la propia Alemania, capaces de superar las influencias latinas y de inculparlas de enormes defectos. El ingeniero Franz, famoso arquitecto militar al servicio del Emperador Carlos V, presentó grandes obje-

(36) TARTAGLIA, Nicolo: *Quesiti e inventioni diverse*. Venecia, año 1554.

(37) ALGHISI DA CARPI, Galasso: *Della Fortificazione*. Venecia, año 1570.

(38) MAGGI-CASTRIOTO. Ambos autores, redactaron juntos *Della Fortificazione*. Venecia, 1584.

(39) ZASTROW, A. V.: *Obr. cit.* v. ref. (13); cit., pág. 51.

(40) FLORIANI: *Difesa et offesa della piazze*. Venecia, año 1630; otra edición en 1654.

(41) ROSSETTI, D.: *Fortificazione á revossio*. Turín, año 1678.

ciones ante sus ilustres generales, entre ellos el duque de Alba, en ocasión de reforzar las fortificaciones de Amberes. Sostenían los generales que las «cortinas largas y baluartes cortos», al estilo del «Maestro Juan», eran muy convenientes en Centro-Europa, pero Franz, sobre el terreno, explicó a Carlos V las desventajas mientras se iban realizando los trabajos.

Otro ilustre ingeniero fue Daniel Speckle, al servicio del archiduque Alberto de Baviera, constructor a fines del siglo xvi, de la ciudadela de Ingolstadt: su fama se difundió con prestigio acrecentado y se le encargaron las fortificaciones de Schelestadt, Colmar, Bale y su propia ciudad de nacimiento, Estrasburgo, donde moriría en el año de 1589, dejando escrita la importante obra: «Architectura de las Fortalezas» (42). En esta época aparecieron escritores que no participaron en la práctica del Arte, pero sus obras técnicas, aunque en opinión del eminente sabio Zastrow no tuvieron influencia en la fortificación, sí constituyen hoy día para nosotros, una preciosa fuente bibliográfica de indispensable conocimiento en la Historia de la Fortificación Abaluartada (43).

Los sistemas de estos grandes hombres en el Arte de la Fortificación: Durero, «Maestro Juan», Franz y Speckle, fueron básicos para los sistemas posteriores de los siglos xvii y xviii, que encabezan Dillich —maestro de los holandeses—; Landsberg I, Jorge Rimpler —famoso defensor de la plaza de Candía ante los turcos, en 1669, de cuya experiencia sacó el sistema de «baluartes centrales» que dio a conocer en 1673—. Y, por último, con Zader y Klengel —el arquitecto de Dresde—, encontramos a Landsberg II, autor del sistema «abaluartado atenazado», seguido de una extensa relación de ingenieros militares, autores de sistemas, dando así la característica de la fortificación alemana: extenso y complicado capítulo de métodos, muchas veces en perjuicio del propio progreso del Arte de la Fortificación.

(42) *Architectura von Festungen, darch Daniel Speckle, der Stadt Strasburg Baumeister*. Estrasburgo, 1589. Reed. en 1599 y 1608; y en Dresden, 1705, 1712 y 1756.

(43) REINHARD: *Grave zu Solms, Kurzer Aussug un Ueberschalag einen Bau anzustellen and in ein Regiment und Ordnung zu pringen*. Colonia, 1556.

FRONSBERGER, L.: *Vam Geschütz und Feuerwerk un von Erbau ung der Bestungen*. Franfort, 1557.

d) *Fortificación Sueca.*

La Fortificación Abaluartada en Suecia, nace con la preocupación militar y esfuerzo de Gustavo Adolfo. Rodeose de ingenieros militares que pertenecían a los métodos de Vauban cuyos sistemas copian variando tan sólo las disposiciones interiores.

Entre sus hombres figura Virgin, que habiendo asistido a los sitios de Mons y Tournay en 1745, a los de Namur y Amberes en 1746, se le nombró por su experiencia «Director General del Reino», dando a conocer su sistema en la obra: «Las Defensas de las Plazas, puestas en equilibrio con los ataques sabios y furiosos de la actualidad» (44). Virgin, fue partidario de que en su patria se levantasen pocas fortalezas, pero sólidas y bien estudiadas dentro de unas proporciones reducidas; su sistema famoso, no obstante ser atenazado, pertenece al abaluartado y fue de gran importancia en el avance de la fortificación moderna: «...Virgin n'a pas, comme Montalembert, pour but de rendre les places imprenables, il ne veut leur communiquer qu'une résistance suffisante pour qu'elles puissent se défendre avec succes contre une armée puissante pendant la durée d'une campagne de 4 à 6 mois. Par l'obtention de ce but il voit en quelque sorte rétabli cet équilibre entre l'attaque et la défense, que le génie de Vauban avait rompu...» (45).

e) *Fortificación Holandesa.*

En Holanda, como en las demás naciones centro-europeas, la Fortificación Abaluartada comienza bajo los preceptos e inspiración italiana del siglo xv y principios del xvi. La Guerra de la Independencia con España, le obligó a cerrar sus ciudades hasta entonces de simples muros y torres, convirtiéndolas en plazas fuertes que pudieran resistir los bien dirigidos ataques de los ejércitos españoles (46).

Los ingenieros holandeses suplieron la falta de material, de tiempo

(44) *La Defense des places mise en équilibre avec les attaques savantes et furieuses d'aujourd'hui*, 1781. Obra rara, fue reeditada en Alemania con el título: «Johann Bernhard Virgins. Vertheidigung der Festungen im Gleichgewicht mit den Angriff derselben. München, 1820 bei Lindaur».

(45) ZASTROW, A. V.: *Obr. cit.* v. ref. (13); cit. pág. 317.

(46) ARAJOL DE SOLA, F. de A.: *Obr. cit.* v. ref. (12); cit. pág. LVII.

y elevados costos que suponían las directrices italianas, con el aprovechamiento de las especialísimas condiciones que su territorio les brindaba. Así surge una «fortificación peculiar», opuesta en parte a la que había servido de método. Las plazas, son rodeadas de fosos llenos de agua con poco fondo, dada la escasa elevación natural del terreno, pero dotados de admirables juegos de diques, combinados con murallas bajas que proporcionaban nuevas disposiciones de protección, sabiamente concebidas y realizadas.

El primer ejemplo fue la plaza de Breda, fortificada por Enrique de Nassau en 1533, antes de la guerra independentista, pero ya utilizando aquellas modalidades que habían de ser base del sistema holandés. Durante la guerra, los ejércitos de Mauricio de Nassau cerraron sus plazas, dificultando enormemente los movimientos de los ejércitos españoles. No tardaron los ingenieros en aprovechar las técnicas, y Antonio Coquel, cerraba en 1592 la plaza de Steenwick, situada por el príncipe Mauricio.

Posteriormente, la red de fosos y diques se perfeccionó al cerrar los muros con revestimiento de mampostería, asegurando la defensa en los duros inviernos, cuyas bajas temperaturas helaban las aguas, permitiendo el paso de la infantería. Los sistemas de «exclusas», regulando corrientes y los procedimientos de inundación a voluntad devolvían la seguridad a la defensa de estas plazas.

El sistema holandés, proporcionaba grandes ventajas y los gastos no eran excesivos; esto le proporcionó una difusión extraordinaria. Alemania copió los principios y Berlín fue motivo de sendos proyectos de una fortificación abaluartada con fosos húmedos y diques, esclusas, etc., realizados por los ingenieros holandeses.

En el siglo xvii, la evolución adquirió gran importancia. Se multiplicaron las obras exteriores; todo el complejo arquitectónico de baluartes, revellines, hornabeques y coronas pasaba a formar parte de un complicado teatro de operaciones defensivas, superando el efectivismo de las tácticas ofensivas. No será extraño que los ingenieros franceses prestaran gran atención al sistema holandés.

Surgieron autores e inventores de sistemas dentro del original abaluartado, muchos en franco desenfreno de los conceptos básicos, desvirtuándolos o entorpeciendo los. Entre ellos figuran Samuel Marolois (47), Freitay, Volker, Cristóbal Heer —autor, nada menos, que

(47) MAROLOIS, S.: *Fortification ou Architecture Militaire*. «Revue par Alb. Girad, á Amsterdam, 1617».

de doce sistemas contenidos en su obra: «Teoría Práctica del Arte Moderno de Fortificar», editada en Francfort, en 1698—

Cuando a fines del siglo xvii, Luis XIV de Francia conquistaba con facilidad las plazas de Holanda, porque se habían estudiado con detenimiento sus «partes débiles», se llegó a la convicción de que la resistencia de las plazas no sólo podía cifrarse en la perfección de su trazado, sino en la experiencia consumada y en el valor de su hombres. De esta circunstancia nace el genio de la fortificación abaluartada holandesa: Coëhorn, conocido por el «Príncipe de los Ingenieros», contemporáneo del gran arquitecto francés Vauban, contra quien luchó en Namur en 1692. Coëhorn fortificaba con prontitud las plazas, ante la acometida de Vauban, que llegó a sorprenderse y a admirarlo. Puede asegurarse que tan ilustre ingeniero militar holandés, marcó un avance y señaló una etapa en la fortificación conocida por la «Abaluartada Coëhorn», comparable a los sistemas de Montalembert. Su patria le reconoció sus grandes méritos nombrándole «Directeur-général de toutes les Fortifications de L'Escaut et gouverneur de Flandre», ascendiéndole a general de Artillería y teniente general de Infantería. Sus métodos y sistemas constituyeron la Edad Moderna de la fortificación holandesa, opuesta al viejo sistema que representaba Freitag, y figuran recogidos en su obra: «Nieuwe Vestingbouw» (48), tan admirada y leída por Montalembert (49).

f) Fortificación Francesa.

Se caracteriza la Fortificación Abaluartada en Francia, por nacer con los métodos de la italiana del siglo xvi, completarse con la holandesa del siglo xvii y conseguir la máxima perfección en el siglo xviii, que la convertirá en «escuela europea y universal». De los maestros italianos tomará la elegancia de los perfiles y trazado; de Holanda, la sabia disposición horizontal con aprovechamiento del combinado sistema de fosos, diques y demás obras exteriores.

Sin embargo, su primer ingeniero fue el general español D. Pe-

(48) «Des Freiherrn von Coëhorn never Festungs bau, welcher auf dreierlei Manier, die inwendige Grösse, oder den Raum des Französischen Royalen Sechsecks zu befestigen, vorstellt, 2, B. de mit Kupfer, Wesel, 1709».

(49) MONTALEMBERT (Marc René, marques de): *La Fortification Perpendiculaire*. Cit. tomo III, pág. 144.



Fig. 7.—Bella portada barroca de la obra «El Arquitecto Perfecto», del General de Batalla don Sebastián Fernández de Medrano, dibujada por Harrewyn, con cartelas, leyendas y dedicatoria al Duque de Medinaceli, con cuya protección se imprimió.

Plancha XXVI Stampa XVI

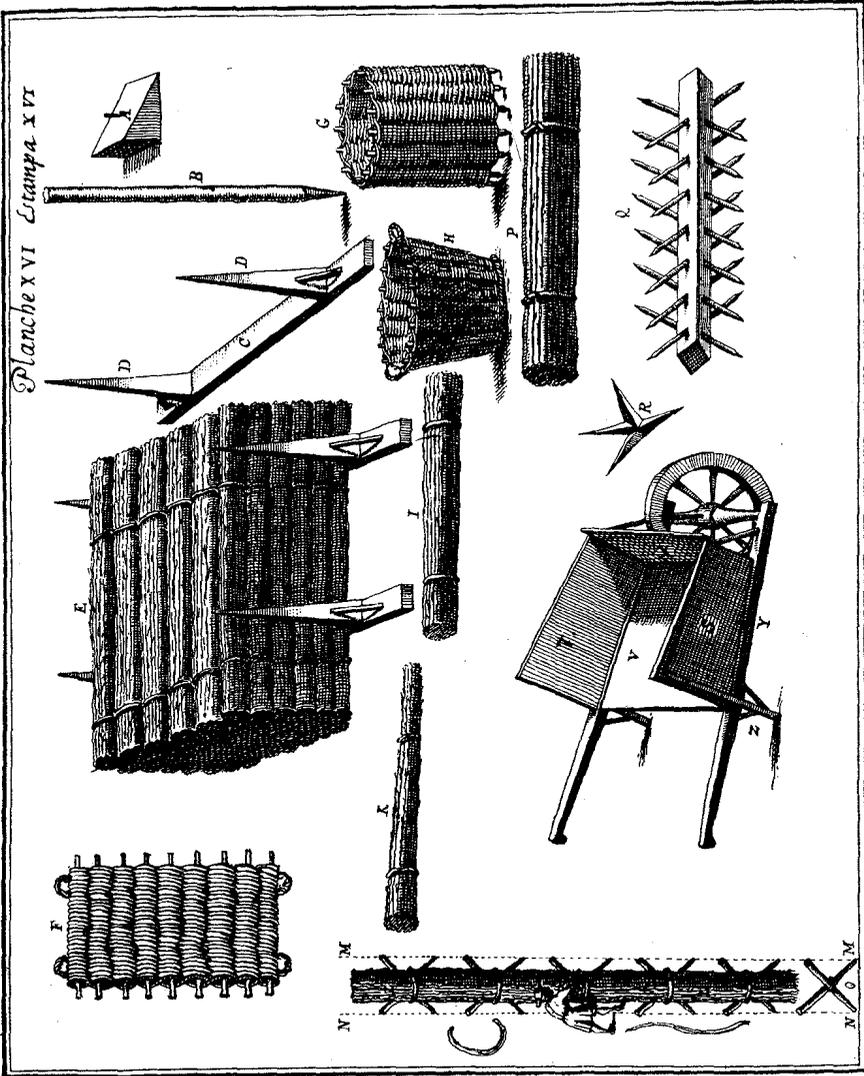


Fig. 6. -- Materiales y utensilios indispensables en las obras de la fortificación abaluartada: (A) tepes; (B) pilotes; (C) candelero; (F) zarzos; (G) cestón; (H) cestón; (I); (K) faxinas; (L) salchicha; (P) salchichón; (Q) «Caballo de Frisa»; (R) abrojo y (S) bruetas. (Del libro «El Arquitecto Perfecto», de Fernández de Medrano).

dro Navarro, conde de Oliveto (50), que caído prisionero de los franceses en la batalla de Rávena, pasó a prestarles sus servicios, quizá ante el poco interés del Rey Católico por su rescate. Más tarde, volvió a ser recuperado en combate, quedando esta vez prisionero de sus antiguos compañeros y conducido a las bóvedas del Castil-Nuevo de Nápoles, donde moriría; sus restos los trajo a España el Príncipe de Sessa, meto del Gran Capitán, depositándolos junto a los del ilustre soldado y maestro que fue de Navarro. D. Pedro Navarro enseñó las primeras aplicaciones de la artillería en las plazas, la instalación en las murallas y torres. Sus enseñanzas las siguieron Miradel y La Fontaine, considerados todavía hombres de la Fortificación de la Edad Media.

Con Enrique II, y especialmente por obra de su esposa la reina Catalina de Médicis, son traídos a Francia arquitectos militares como Campi, Bellannato y Castriotto de Urbino, que inauguran los nuevos sistemas de la abaluartada.

Enrique IV, su sucesor, reúne y asocia a los hombres técnicos y crea un Cuerpo de Ingenieros Militares franceses, fundamental en el progreso del Arte de la Fortificación. Uno de sus miembros, Errard de Bar-le-Duc (51), llegará a ser considerado «Padre de la Fortificación Abaluartada en Francia»; sus méritos, no obstante, están por debajo de los italianos, aunque fue el primer ingeniero francés autor de un sistema, contenido en su obra «La Fortificación demostrada y reducida a Arte», editada en París en 1594, y reeditada en 1604 y 1620.

Otro ingeniero, Pagán, testigo en los sitios de los ejércitos de Luis XIII, concibió la valiosa idea de combinar los métodos italianos y las experiencias holandesas; su resultado feliz fue abrir la primera época de la fortificación francesa que veinte años después culminaría en el genio de Vauban, la más impresionante figura de todas las edades.

Vauban, inspirado en Pagán (52), conocedor de todos los siste-

(50) PRIEGO LÓPEZ, Juan: *Pedro Navarro y sus empresas africanas*. Madrid, 1953.

(51) Por sus alumnos, llamado Gerard de Bois-le-Duc (Gerhardt Von Herzogenbusch), traduciéndole su obra, Teodoro de Bry, con edición en Francfort, 1640.

(52) PAGÁN. *Les Fortifications*. París, 1645; 1654, y Bruselas 1668. Reeditada en Alemania con el título: «Never Festungs-Bau. Frankfurth, 1684».

mas incluido el español, cuyo colosal desparrame conoce, inicia su triunfal carrera fortificando la plaza de Dunkerque que Luis XIV, había comprado a Inglaterra en 1662, y en cuyas obras utilizó efectivos hasta entonces desconocidos: 30.000 hombres en turnos de cuatro horas atentamente vigilados por el propio Vauban. Aquella plaza de Dunkerque, exigiría casi toda la vida del gran ingeniero desde 1662, con alternativas de la fortificación de otras muchísimas plazas hasta el 1706, es decir un año antes de su muerte. Fortificó Vauban las ciudadelas de Lille, Charleroi, colocando «tenazas» delante de las cortinas, enseñanza para sus alumnos que indistintamente las utilizaron.

Las guerras de Holanda proporcionaron a Vauban admirables conocimientos en el sistema de diques, fosos y esclusas, construyendo el Fuerte de Niculai, recién firmada la Paz de Nimega. Fortificó Fribourg, Bayona, San Juan Pie del Puerto, Fuerte Andaya, San Martín de la isla de Rhé, Rochefort, Estrasburgo. Mejoró las ya existentes en Charlemont, Sedan, Luxemburgo. Puede asegurarse que apenas existió en Francia fortaleza abaluartada en la que no interviniera en su ejecución o reforma; es notoria su fama de haber construido 33 plazas nuevas y haber reformado 300. Su gran experiencia en los sitios, en los que participó en más de 53 y en más de 100 combates, dotaron a este genio de tantos conocimientos esenciales, que habían de proporcionarle la supremacía mundial.

Las máximas de Vauban para fortificar las plazas, han sido analizadas y comentadas como esencial doctrina durante el siglo XVIII. Autor de tres sistemas que le hicieron célebre, todos ellos consideraban fundamental la disposición natural del terreno y las circunstancias locales capaces de influir en la construcción de las obras fuertes. De los tres sistemas, es el primero el que presentó a los ingenieros militares, preferente tema de observación y crítica, pues Vauban no admitía la magnitud fija para los frentes (53). Sistema que rectificó al apreciar los defectos, causa de la ruína simultánea de todas las obras de la plaza por una artillería que supiera aprovechar posiciones en una circunferencia, cuyo centro fuera el frente del ataque, la defensa se precipitaba así en un anfiteatro de nula efectividad y un enemigo hábil podía apoderarse con facilidad de las obras exteriores, condenando a la artillería propia, imposibilitada para detener el

(53) ARAJOL DE SOLA, F. de A.: *Obr. cit.* v. ref. (12); cit. pág. 74-75.

asalto a los baluartes. Tanto el primer sistema, como el segundo —excesivo a consecuencia de riguroso tecnicismo—, los modificó Vauban al percibir que el «lado exterior del frente de fortificación del ángulo flanqueado de una contraguarnida al de la otra, no era más que de unos 239 metros, y aún menor en el octógono y polígonos superiores» (54). Tales inconvenientes pretendió rectificarlos con la «Troisième Manière».

Todavía Vauban, aplicó la «Deuxième Manière», que se distinguía del tercer sistema en que «la côté du polygone, les bations détachés, et les demi-lunes, ainsi que les tours, sont de moindres dimensions. De plus le demi-lune n'a pas de réduit, et le corps de place pas de flancs, mais il relie les tours en ligne droite» (55).

Todos los sistemas de Vauban, no obstante su valor de principios y tecnicismo, fueron motivo de estudiada crítica. Para Herrera García ofrecían «clara debilidad en una defensa lejana, y si pueden concedérseles mayor vigor en la defensa próxima, es sólo en virtud del mayor número de obstáculos materiales que presentan, cuyos costos y los consiguientes a las mayores dimensiones de sus obras, son peligrosamente superiores a las ventajas» (56).

Uno de los grandes inventos de Vauban fue el «fuego a rebote» y el empleo de las «paralelas». Además, fue un gran arquitecto para el propio país, al que dotó de excelentes caminos, puentes y tuberías para la conducción de aguas. Al final de su vida, quiso reunir todo su voluminoso trabajo de arquitectura militar, proyectos y enseñanzas en una obra de 12 volúmenes que tituló «Mis ociosidades», tal fue, en resumen, la personalidad del más ilustre genio de la fortificación abaluartada de Francia y Europa (57).

(54) Idem, ídem; cit. pág. 126-127.

(55) ZASTROW, A. V.: *Obr. cit.* v. ref. (13); cit., pág. 133.

(56) HERRERA GARCÍA, J.: *Obr. cit.* v. ref. (19); cit., pág. 37.

(57) Sus métodos de fortificación, nunca fueron —no obstante— escritos por él mismo, pero fueron recogidos en las siguientes obras:

— Du Fay. «Mémoires pour fortifier selon Vauban». París, 1681.

— Idem. «Véritable Manière de bien fortifier de Vauban». Amsterdam, año 1661.

— Cambray. «Manière de fortifier de Vauban». Amsterdam, 1689.

— Herbert. «Manière de fortifier de M. de Vauban». París, 1689.

— Belidor. «La Science des Ingenieurs». París, 1729.

Von Heckenauer. «Vauban S'Methode zu fortifiziren». Colonia, 1704.

— Sturm. «Der wahre Vauban, oder der von den Deutschen und Hollán-

Después de Vauban, sus seguidores: Saint-Berny, Rosard, et-cétera, continuaron sus sistemas con simples variantes, para culminar en otro notable genio, Cormontaigne, inventor de las «dobles coronas» en el Fuerte Moselle. Como su maestro Vauban, asistió a diferentes sitios: Philipsbourg, Iprés y Tournay, y fue uno de los mejores sucesores.

Ya en la mitad del siglo XVIII, destacaron La Chiche, inventor del sistema de su nombre y precursor del nuevo genio, Montalembert (58). También merece ser citado Trincano, ingeniero y profesor de matemáticas que expuso en su obra: «*Elemens de Fortifications de L'Attaque et de la Défense des Places*» —París, 1768—, un proyecto de reforma en los baluartes y revellines con la característica de una disposición de fuegos por los ángulos flanqueantes de amplia dispersión sobre la campaña, su sistema, en Francia no tuvo aceptación —St. Paul— dijo de él: «un homme d'esprit dont l'imagination est en délire» (59)—. Pero en España, nuestros ingenieros de Ultramar lo adoptaron en la isla de Puerto Rico, donde todavía se conserva en perfecto estado el famoso Fuerte del Abanico, hecho entre 1773 y 1783 por los ingenieros Tomás O'Daly y Juan Francisco Mestre (60).

ders verbesserte fronzösische Ingenieur». Nuremberg, 1761. Existe la obra: «*Traité des Siéges et de L'Attaque des Place par le Marechal de Vauban*». París, 1829, que constituye la edición del manuscrito original, presentado por Vauban al duque de Borgoña. Pero no contiene la Defensa de las Plazas, ya que en la fecha de su entrega se debatía la guerra de Sucesión y naturalmente, no interesaba ponerlo al alcance de otras potencias.

(58) MONTALBERT. Ya cit., ref. (49). De ilustre familia (n. 1713 y m. 1799). Comenzó su vida militar en 1731, en el Regimiento de Dragones. Hombre de gran cultura, se especializó en los estudios técnicos de la Fortificación. Fue, muy joven, nombrado Académico de las Ciencias de París. Realizó las campañas de Flandes, Italia y Alemania. En 1761, publicó sus primeros trabajos sobre la teoría y práctica de la fortificación, que culminó en 1776 con su obra: «*La Fortification Perpendiculaire*», ou essai sur plusieurs manières de fortifier la ligne droite, le triangle, le carré, et tous les polygones... Tome premier à Paris, de L'imprimiere de Philippe Denys Pierres, imprimeur du gran Conseil du Roi, et du Collége Royal de France, rue Saint-Jacques MDCCLXXVI. Los volúmenes sucesivos, del 2.º al 11 los editó entre 1777 y 1796. La Revolución le sorprendió al final de su vida, pero no le inquietó. Mirabeau intentó proponerlo para Jefe del Cuerpo de Ingenieros, impidiéndolo la muerte «il mourtu tranquillement dans son hotel à Paris à l'âge de 86 ans»

(59) ZASTROW, A. V.: *Obr. cit.* v. ref. (13); cit pág. 171.

(60) Trabajos ya cit., v. ref. (29).

Bousmard, es el último ingeniero del siglo XVIII. Pertenece a la Escuela de Mézières, y fortificó la plaza de Verdún, donde le sorprendió la revolución que derrocaría a Luis XVI. Opuesto a las nuevas doctrinas, emigró a Alemania y prestó sus servicios al rey de Prusia, en cuyo ejército combatió hasta morir en el sitio de Dantzing, precisamente frente a sus compatriotas.

Tal es, en definitiva, el resumen de la Historia de la Fortificación Abaluartada, con sus escuelas y nacionalidades, en las que aparecieron grandes genios del Arte de la Defensa, que pasaron a la Historia Militar y crearon la Ciencia de la Fortificación.

Todavía en el siglo XIX, Francia persistía con la Escuela de Mézières, de donde saldrán los últimos genios: Carnot, Dufour, Noizet, Haxo, con los que terminará, y ya sin mejor período de esplendor la «Edad de Oro» de la Fortificación Permanente Abaluartada.

UN APORTE RIOPLATENSE EN LA GUERRA DE LA INDEPENDENCIA ESPAÑOLA

EL BATALLON «BUENOS AIRES» Y LOS EJERCITOS GALLEGOS

por BERNARDO N. RODRIGUEZ FARIÑA

Miembro de número del Instituto Bonaerense de Numismática y Antigüedades

Harto conocido es el destino de los primeros refuerzos ingleses enviados para sostener la efímera conquista de Buenos Aires. Desfogando su ardor y su despecho en la vecina Banda oriental, fueron acercándose paulatinamente a Montevideo, la cual, luego de diecisiete días de sitio, batida por la Artillería que consiguió finalmente abrir brecha en el baluarte sur de sus murallas, fue tomada al asalto, a punta de bayoneta, bajo el fuego de flanco de las fortificaciones y a pesar del valor heroico derrochado por sus defensores. Perdieron éstos más de 700 hombres entre muertos y heridos, sufriendo grandes bajas, en especial los cuerpos de línea que habían marchado desde Buenos Aires y a quienes cupo el honor de sostener la brecha (1).

(1) Dice MITRE en su *Historia de Belgrano*. Ed. Estrada, 1947, págs. 199 y 200:

«Al anuncio del peligro que corría Montevideo, y a pedido del Cabildo de esta ciudad, acordóse en Buenos Aires marchar en su socorro con un Cuerpo de ejército de 2.000 hombres. Liniers quiso marchar en persona con tal objeto, pero el Cabildo de Buenos Aires se opuso, y sólo consistió (sic) en ello cuando ya el auxilio era tardío. Marchó, en consecuencia, la primera expedición, compuesta de poco más de 500 plazas veteranas, que logró penetrar oportunamente en la plaza, resistiendo las órdenes del Virrey, que hizo todo lo posible para impedirlo. A ésta debía seguirse otra de 500 patricios y algunos destacamentos voluntarios, todo bajo las inmediatas órdenes de Liniers. Belgrano solicitó formar parte de esta columna, pero don Cornelio Saavedra y la oficialidad del Cuerpo expedicionario se presentó a Liniers diciéndole que su salida importaba la disolución de la Legión patricia; y hubo de quedar a su pesar,

El resto de las fuerzas, algo más de 600 hombres de tropa, con los Oficiales Rondeau, Vedia, los Balcarce, Zapiola y el Gobernador Ruiz Huidrobro a la cabeza, quedaron prisioneros de guerra y fueron

pues su espíritu militar empezaba a despertarse, y ansiaba por distinguirse en la guerra. La segunda expedición, en número de 1.500 hombres, se dirigió a la Colonia bajo la dirección de Liniers. Luchando con grandes dificultades y especialmente con los obstáculos que le opuso el Virrey retirándole los auxilios indispensables para su marcha, recibió, en cambio, la noticia de que Montevideo había sucumbido heroicamente, y tuvo que regresar.»

Según Núñez (*Noticias Históricas de la República Argentina*, Buenos Aires, 1898), las 500 plazas a que se refiere Mitre y que se trasladaron a la Banda Oriental el 20 de enero de 1807, se dividían así:

Regimiento de Buenos Aires	108
Dragones	78
Blandengues	325
<hr/>	
Total	511

Más que tropas veteranas eran en su gran mayoría, milicias-regladas. Los Dragones pertenecían al cuerpo Dragones de Buenos Aires, que mandaba el Comandante Florencio Núñez, cuyo total era de 196 plazas de caballería, y en cuanto a los Blandengues, también de caballería, pertenecían a los cuerpos Blandengues de Buenos Aires, que mandaba el Comandante Esteban Hernández y al de Blandengues de Montevideo, cuyo comandante era don Benito Chain. Como las fuerzas de estos dos Cuerpos era, poco antes del cruce, de 147 y 118 plazas respectivamente, lo que da un total de 265, deben haber sido remontados con voluntarios hasta llegar a los 325 apuntados. En esta fuerza iba el posteriormente General don Antonio González Balcarce y sus hermanos. José murió gloriosamente en la defensa de Montevideo, los demás formaron parte del Batallón «Buenos Aires» luego de ser tomados prisioneros en Montevideo. Después de batirse en España en varias acciones (Río Seco, Ciudad Rodrigo y otras), alcanzaron en América altos destinos militares y políticos en aquellas turbulentas épocas de los albores de la nacionalidad. Antonio fue Gobernador de Buenos Aires, en sustitución de su antiguo compañero del «Buenos Aires», el General Rondeau, en 1815, y Juan Ramón también lo fue posteriormente, al comienzo de la anarquía, 1820, siendo Coronel Mayor.

Hay que recordar, además, que Sobremonte, al ser destituido, se trasladó a la Banda Oriental con parte del Ejército de 3.000 hombres, muy disminuido por cierto, que había reclutado en Córdoba con contingentes de las provincias interiores del Virreynato.

A ese respecto NÚÑEZ (*op. cit.*, pág. 96) dice que Sobremonte conservaba en el Cuartel General de las Piedras, la división de cordobeses que mandaba el Coronel Allende, la de paraguayos que también había hecho salir de Bue-

enviados a Inglaterra en represalia, según se declaró, por la falta de cumplimiento a la supuesta capitulación entre Liniers y Beresford.

¿Cuál fue el destino de estos prisioneros? Poco se lee al respecto en nuestras relaciones históricas.

Los vaivenes de la política, el miedo de algunos dirigentes y la ambición de algunos, llevaron a España a ser enemiga de Inglaterra y aliada del Emperador, que soñaba con la conquista del Mundo. La decisión de otros y la reacción viril de su pueblo, la llevó a cambiar de frente, luchando contra aquél en procura de su libertad, convirtiéndose en aliada de Inglaterra. Al producirse dicha alianza, una consecuencia de ella fue, como veremos, el envío de los prisioneros tomados en el Río de la Plata, que gemían en los pontones que la Soberana de los Mares tenía en el Támesis y que fueron liberados a raíz de la capitulación firmada luego de la derrota de Whitelocke. A raíz de ello, el Jefe. Ruiz de Huidobro, regresó al Plata a bordo de la Fragata «Prueba», para asumir el comando del Apostadero de Montevideo, enrolándose en el bando que actuaba allí en contra de Liniers. ¿Pero el resto? ¿Qué fue de ellos?

En la interesante obra de D. Félix Estrada Catoyra *Historia de los Ejércitos gallegos durante la Guerra de la Independencia*, Santiago, 1916, en pág. 5 leemos:

«Compuesta la Junta de Galicia de valiosos elementos elegidos por sus provincias, aumentada con la cooperación de los Ilustres Obispos de Orense y Tuy, de gran prestigio en el país y de reconocido patriotismo, y del Presbítero don Andrés García, confesor que había sido de la primera esposa de Fernando VII, procedió con actividad al acaparamiento de cuantos aprestos eran necesarios para la Guerra, procurándose la ayuda del Gobierno inglés, cerca del cual enviaron comisionados, como también lo había hecho Asturias, siendo nom-

nos Aires al mando de Espindola y otras tropas que daban un total de unos 2.500 hombres. En las posteriores observaciones que hizo a estas Memorias el General don Enrique Martínez, publicadas por J. Pillado en la Revista Nacional, 1903, éste dice:

«Es un error bien grande el de dar a esa fuerza 2.500 hombres. La división de Córdoba, al mando del Coronel Allende, sólo contaba 400 hombres y la del Coronel Espindola tendría igual fuerza; a más estaban reunidas algunas milicias orientales, por consiguiente, la fuerza sería mil hombres, menos que más.»

Ver, además, V. F. LÓPEZ. *Historia Argentina. La Cultura Popular*, 1934, página 178.

brados para esta misión los oficiales de Marina, vecinos de La Coruña, don Francisco Bermúdez Sangro y don Joaquín Freire de Andrade, recibiendo la Junta pruebas inequívocas de corresponder Inglaterra a aquel llamamiento, pues pronto llegó a La Coruña, representando al Gobierno inglés, Sir Carlos Stuart, con recursos pecuniarios y ecos de amistad, siendo recibido por la ciudad con grandes muestras de afecto por lo mucho que levantaba el espíritu público aquella alianza con Inglaterra.

Mr. Stwar trajo a La Coruña la noticia de haber sido puestos en libertad los prisioneros hechos por los ingleses en el combate de Buenos Aires, que se hallaban encarcelados en los pontones, en Inglaterra, contando entre ellos el Regimiento de «Buenos Aires», que con tal motivo regresó a España.» (2).

En cuanto al General Rondeau, que en su Autobiografía se refiere a este hecho, aportando algunos curiosos detalles (3), luego de relatar los incidentes de la toma de la plaza de Montevideo por los ingleses, dice:

«... fui remitido al puerto de Montevideo con el soldado que me acompañaba y transbordados a uno de los transportes destinados a llevar a Inglaterra los prisioneros hechos en la plaza; en efecto, al día siguiente dio a la vela en convoy custodiado por el navío de guerra «Lancaster», del que ya he hablado en estas memorias con otros motivos. Podríamos ser como el número de seiscientos prisioneros

(2) GÓMEZ DE ARTECHE, que confirma lo anterior, dice: «Con tal motivo partieron de Londres, Sir Tomás Dyer, que debía desembarcar en Gijón acompañando a los comisionados asturianos, y Sir Carlos Stuart, que aportó a La Coruña con la noticia, además de que eran puestos en libertad y conducidos a España todos los prisioneros de Buenos Aires que tenían en los pontones anclados en el Támesis (*Guerra de la Independencia*, Madrid, 1868-1903. T. 1, página 384).

(3) *Autobiografía del Brigadier General don José Rondeau.* («Biblioteca de Mayo.» Tomo II. *Autobiografías, edición especial en homenaje al CL aniversario de la Revolución de Mayo de 1810.* Buenos Aires, 1960), pág. 1.789.

Rondeau, que alcanzó el generalato a poco de llegar a América, fue designado, siendo Comandante en Jefe del Ejército del Norte, Director Supremo de las provincias unidas del Río de la Plata en épocas (1815) de estabilidad política muy precaria. No abandonó su cargo militar y lo reemplazó el Coronel Alvarez Thomas, quien posteriormente tuvo que renunciar y fue reemplazado por el General Antonio González Balcarce, que también había formado parte del «Buenos Aires». Posteriormente fue designado nuevamente Director, luego de la renuncia de Pueyrredón.

de tropa incluso doscientos cincuenta presidiarios (muchas veces los vagos y presos han sido parte principal en levadas de tropa), de que se descargaron haciéndolos pasar como militares y de cuarenta y ocho a cincuenta oficiales, comprendidos algunos Jefes; la tropa quedó a bordo de pontones y los Jefes y Oficiales fueron a tierra y destinados a diversos puntos del interior. Llevábamos cerca de cinco meses de prisión cuando fueron batidos los ingleses en el segundo ataque a la capital de Buenos Aires, y en la capitulación que se firmó entre su Gobierno y el General inglés Whitelocke, fuimos comprendidos los prisioneros que se hallaban en el país y conducidos a la península española en varios buques y a distintos puertos, *pero por último nos reunimos en La Coruña, capital de Galicia*. En esta plaza, bajo la denominación de batallón de Buenos Aires, dábamos alternativamente el servicio de la guarnición, hasta que declarada la guerra a los franceses, salimos a campaña y se uniformó a nuestra tropa sin excepción de los Oficiales y presidiarios, con uniforme inglés, compuesto de casaca corta encarnada, chupetín y calzón blanco, que hacía mucho tiempo que estaba almacenado, como tomado en una presa inglesa hecha por los españoles en otra guerra muy anterior y así es que todo él estaba muy apolillado; de modo que en el Ejército era conocido este Cuerpo más bien por la denominación de colorados que por la de Batallón de Buenos Aires.»

Sería curioso que fuera la que apresó Liniers (fragata armada de transporte «Elisa» de 22 cañones, que conducía tropa de Artillería de Ejército y *uniformes para tres Regimientos*, acción por la que fue promovido a Capitán de Fragata el 21-12-1782.

El General Falangieri, era el anciano Jefe designado por la Junta de Galicia para mandar sus Ejércitos. Los momentos eran de apremio; el General Lasalle había abandonado su campamento, en Burgos, y se dirigía a Valladolid. Era necesario dar forma orgánica al Ejército. Se lo divide en seis divisiones, y en la primera de ellas ya vemos figurar en orden de batalla al «Buenos Aires», junto con los Batallones primero y segundo de Granaderos Provinciales, el Regimiento de Hibernia, los Provinciales de Tuy, Betanzos y Salamanca.

Poco tiempo duró, sin embargo, esta organización y su Jefe. Cuando el Ejército se estaba concentrando con prisa y entusiasmo en Lugo, ciudad designada para ello, preparándose para unirse con los Ejércitos de Castilla, que mandaba el General Cuesta y el de

Asturias a las órdenes del General Acevedo, el anciano y achacoso General Falangieri fue reemplazado por el General don Joaquín Blacke, siendo vilmente asesinado poco después.

Este dio nueva organización al Ejército, el 27 de junio de 1808, pero el «Buenos Aires» continuó integrando la primera División, con medio Batallón de Barbastro, dos Batallones de Granaderos de Galicia (formados por las Compañías de Granaderos de los batallones provinciales), dos batallones del Regimiento del Rey, dos batallones del Regimiento de Hibernia, los batallones provinciales de Salamanca, Mondoñedo, Tuy y Pontevedra, una compañía del Regimiento de Artillería, una compañía de Artillería de Marina y una compañía de Zapadores. Su Comandante de División era el Jefe de Escuadra don Felipe Judo Cagigal, teniendo como ayudante al Teniente de Navio don Pedro Errarte (4).

Unido el Ejército de Galicia al de Castilla, quedando al frente de ambos el General Cuesta, no sin que se produjeran grandes roces entre ambos comandos, comenzaron las primeras operaciones de guerra y éste al frente de las *Divisiones primera y cuarta* emprendió la marcha hacia Ríoseco. La organización de las fuerzas daba la impresión de un verdadero Ejército, en el que, sin duda, sobraban entusiasmo y el valor propio de la raza, acicateados aún más, en este caso, por el deseo de defender no sólo la Patria grande invadida, sino el terruño hollado por plantas extrañas, pero gran parte de las tropas eran reclutas, de instrucción escasa y sin la cohesión de las tropas veteranas, y en esas condiciones, el 14 de julio de 1808 (un día muy especial para los franceses), se dio la batalla de Ríoseco —la más importante de la primera etapa— en la que, como dice Estrada Catoyra, «la superioridad del Ejército francés, su orden y la pericia de sus generales» derrotó al Ejército de Cuesta.

Al «Buenos Aires» le tocó sufrir en carne propia la confrontación con las cualidades a que se refiere Estrada Catoyra, y es de imaginar

(4) Las tropas de Buenos Aires parecían destinadas a tener mandos anfibios. Cajigal mandaba, en Trafalgar, el navío «San Agustín», siendo gravemente herido y tomado prisionero. Canjeado, se retiró al Ferrol, siendo promovido a Jefe de Escuadra el 9 de noviembre de 1805. Cuando el Alzamiento Nacional, se presentó, como voluntario, en el Ejército de Galicia donde, a pesar de su desinterés, se le dio el mando de una división. Ascendió a Teniente General el 23 de febrero de 1809. Falleció en 1823, desempeñando las funciones de Capitán General en El Ferrol. (Ver MARLIANI: *Combate de Trafalgar*. Madrid, 1850).

que no podían pesar en su favor la falta de preparación adecuada, su no homogeneidad (el batallón estaba constituido por prisioneros de cuerpos de diferentes armas, infantería y caballería, aunque se lo hacía figurar «provisionalmente» como infantería), ni el largo tiempo transcurrido en su viaje a Inglaterra como prisioneros y luego en los insalubres pontones-cárcel.

Entró en batalla integrando la primera División (5) con una fuerza aproximada al medio millar de hombres.

Al distribuir las fuerzas para la batalla, el Ejército se divide en varias líneas y reservas. La primera División constituía la tercera línea formada, una parte de ella, en columnas, apoyando a las líneas que la precedían, y otra parte (los Regimientos de Mallorca y del Rey) desplegados de la misma manera que la vanguardia. Pasando por alto los primeros incidentes de la batalla, trasladémonos al instante de la acción en que se produjo el choque con el «Buenos Aires» que inició, según algunos historiadores, el comienzo de la derrota.

Dice al respecto Gómez de Arteche (6):

«El conde de Maceda, que los observaba (a los franceses), comprendió la ventaja de su posición y después de excitar aún más la confianza de los soldados de Merle con el fuego de sus guerrillas, lanzó sobre ellos a la bayoneta sus batallones más próximos y los rechazó por dos veces. Contribuyó al éxito de aquel brillante episodio, la *primera División formada, según dijimos en la tercera línea*, pero muy próxima a la vanguardia, y rebasando su derecha para coronar al borde del páramo en su dirección Sur. Siguiendo los movimientos de Maceda, los soldados de Judo Cagigal impidieron a los franceses la subida a la meseta por el lado que ellos ocupaban e hicieron infructuosa y más cruenta aún, una embestida que, de ser afortunada, hubiera decidido inmediatamente el combate.»

Hasta allí las cosas marchaban bien y en consonancia con el entusiasmo y valor desplegados por las tropas, en especial, las brillantemente conducidas por el conde de Maceda, pero la superior con-

(5) Según detalle dado en el tomo II, apéndice número 6, pág. 654 de la obra de GÓMEZ DE ARTECHE, *Guerra de la Independencia*. Madrid, 1878, que incluye la «Organización y fuerza disponibles de las divisiones del Ejército de Galicia y de Castilla, que tomaron parte en la batalla de Rioseco, el 14 de julio de 1808, a las órdenes de los Generales Joaquín Blacke y don Gregorio de la Cuesta.

(6) *Op. citada*, pág. 288.

ducción francesa iba, desgraciadamente, a dar al traste pronto con aquel primer éxito. En efecto, más adelante leemos en Gómez de Arteche (7):

«... Mientras las tropas ligeras de la extrema derecha de la vanguardia de la primera división sostienen el ataque de los batallones de Sabatier y de Merle empeñados en montar el páramo por sus bordes orientales y meridional, los jinetes sueltos de la caballería francesa —(que se habían acogido al centro de la línea)— y el resto de los cazadores del 22.º a que pertenecían, mandados por el General Colbert, tan distinguido por su valor como por su belleza, acometen la empresa de introducirse por el claro dejado entre los Ejércitos de Galicia y Castilla y atacar la izquierda del primero de ellos. Y corriéndose con la velocidad del rayo por la falda del páramo y flanco de la primera línea y de la vanguardia, atentas a rechazar los ataques de Sabatier y Merle, ganan la meseta por una quebrada suave que mira al Norte y se dirigen al batallón de Blandengues (8), que formaba el primero en la tercera de nuestras líneas.

»No fue, sin embargo, tan de improviso que no tuvieran los nuestros tiempo para romper el fuego sobre los franceses desde que asomaron al borde de la meseta. El Coronel Picton, que iba a la cabeza, y cuantos cazadores le seguían de cerca, cayeron rodando por la pendiente cuando creían ya tocar el objetivo de su carga, y todos hubieran pagado cara su temeridad si en la línea española hubiera habido alguna, aunque ligera cohesión. Pero la cuarta División de Galicia estaba muy lejos para impedir una carga tan repentina; los demás cuerpos de aquel Ejército se hallaban muy ocupados hacia su derecha y los jinetes de Colbert se sucedían con rara actividad y pertinacia para que no llegaran a conseguir su objetivo. Los soldados de Buenos Aires no tenían, por otra parte, fuerza, disciplina ni instrucción para resistir a los cazadores franceses, a quienes iba apoyando Lasalle, mientras la División Mouton y la reserva amenazaban la izquierda española para impedir todo socorro a los que combatían en lo alto del páramo. Así que, a pesar de las pérdidas sufridas en los primeros momentos de la carga, los cazadores de Colbert, llegaron hasta el

(7) *Op. citada*, pág. 297.

(8) Esta denominación de Blandengues, la da GÓMEZ DE ARTECHE al Batallón «Buenos Aires», por ser característica generalizada en las milicias rio-platenses.

batallón americano, se abrieron paso entre sus filas y los desordenaron en un abrir y cerrar de ojos.

»... Aquel suceso produjo en el Ejército de Galicia el efecto que era de esperar. Los Blandengues se dispersan a retaguardia o se acogen a los demás batallones de la División, comunicándose a los reclutas que los formaban el pánico que se ha apoderado de los americanos, y la vanguardia y las tropas ligeras que, por la proximidad de las líneas, se encuentran, puede decirse, envueltos en el desorden iniciado a sus espaldas, vacilan en la defensa que tan bravamente sostenían contra la infantería francesa. Sabattier y Merle observan al instante lo que sucede en la meseta del páramo y haciendo un nuevo esfuerzo, logran llegar al borde de que hasta entonces no habían podido apoderarse. Desde aquel momento es imposible establecer el orden en el campo de los españoles».

No nos extraña lo acaecido por las razones que hemos apuntado sobre el estado de las tropas, pero no estamos muy de acuerdo con lo del «pánico» a que se refiere el señor Gómez de Arteche. El batallón «Buenos Aires» tenía una fuerza aproximada de 500 hombres. Con referencia a las pérdidas sufridas y dispersos tenidos por el Ejército, el mismo autor da en el Apéndice número 8 (pág. 669) del tomo II de su obra, la «Noticia sobre los muertos, heridos, contusos, prisioneros de guerra y extraviados que han tenido los Cuerpos que se expresan en la acción del 14 de julio de 1808, en las alturas de Río seco».

De ella tomamos los datos correspondientes al «Buenos Aires» y a la totalidad del Ejército.

División	Cuerpo	Oficiales y Cadetes					Tropa				
		M	H	C	P	Ext.	M	H	C	P	Ext.
Primera	Buenos Aires	—	3	—	—	—	9	7	—	—	12
Total del Ejército.		27	19	6	19	12	336	401	62	139	2.169

Si tenemos en cuenta que el Ejército en su totalidad tenía unos 22.000 hombres, vemos que la cuota de sangre aportada por el «Buenos Aires» ha sido igual o ligeramente superior a la que correspondía por su fuerza, ya que 19 muertos y heridos representan el 3,8 por 100 de sus efectivos, y el gran total de 783 muertos y heridos para todo el Ejército, es el 3,5 por 100 de su fuerza.

Además llama la atención que, habiendo llegado el número de

extraviados (dispersos) en todo el Ejército al número de 2.169, es decir, un 10 por 100 de su fuerza, el «Buenos Aires» en pánico, sólo tenga 12 dispersos y que no se deje tomar ningún prisionero.

No coincide por otra parte, el Conde de Toreno con que el origen del descabro se produjo en el ataque de la Caballería que cita Gómez de Arteche, pues hablando del desorden de las tropas dice (9):

«En valde este General (Blacke) había querido contener al enemigo con la columna de granaderos provinciales que tenía como reserva. Estos no correspondieron a lo que su fama prometía por culpa en gran parte de algunos de los Jefes. Fueron como los demás envueltos en el desorden, y *caballos enemigos que subieron a la altura acabaron de aumentar la confusión.*»

Entonces Merle, más desembarazado, volvió sobre la cuarta División..., y flanqueándola por la derecha la contuvo y desconcertó. Los franceses luego acometieron intrépidamente por todos lados, extendiéndose por la meseta o alto de la posición de Blacke y todo lo atropellaron y desbarataron, apoderándose de nuestras no aguerridas tropas la confusión y el espanto.»

Es decir, que de acuerdo con esto, la irrupción de la Caballería que atacó al «Buenos Aires» no habría sido la operación origen del desorden, sino contribuyente a él.

Lo que hubo sí, fue falta de necesaria instrucción en las fuerzas que componían la línea, que no pudo ser compensada por el valor de las tropas, como también ocurrió con los reclutas de los Cuerpos gallegos que se batieron, sin embargo, con valor, y cuya sangre se mezcló con la de sus camaradas americanos como se habían mezclado ya en las jornadas de la Reconquista y Defensa de Buenos Aires. Fundamentalmente, la derrota ocurrió, como dice Estrada Cafoya, no sólo por que la mayoría de la gente era bisoña, sino también por las malas disposiciones tomadas por los generales, a quienes se les hace cargo por «haber cedido a las mezquinas pasiones de celo, orgullo y falta de prudencia» (10). Hubo, sin embargo, en esa batalla derroche

(9) Pág. 117 y 118. T. I. de su obra *Historia del levantamiento, Guerra y Revolución de España*. Madrid, 1862.

(10) El CONDE DE TORENO, si bien considera que Blacke no fue prudente, al emprender batalla con una parte reducida del Ejército, ya que conocía la inflexible dureza de Cuesta, habla, en términos muy crudos de éste último, diciendo textualmente, en la pág. 117. T. I (*op. citada*): «Nosotros creemos que hubo de parte de Cuesta el deseo de campar por sí solo y acudir al re-

de heroísmo, sobresaliendo el ilustre Brigadier Baltasar Pardo de Figueroa, conde de Máceta, gallego de nacimiento, que murió al frente del regimiento de Zaragoza, del que era Coronel Jefe. Las tropas navarras sobresalieron en su resistencia.

Después de la batalla, los Cuerpos fueron remontados y de acuerdo con el Estado de Organización y fuerza disponible que da Gómez de Arteche para el 31 del mismo mes, después de la incorporación de los dispersos y nuevos reemplazos, el «Buenos Aires» tenía una fuerza de 500 hombres, siendo su «arma», provisional por provenir de prisioneros de diferentes Cuerpos de infantería y caballería, devueltos por los ingleses, como se aclara en las observaciones. Continúa integrando la primera División, cuya fuerza total sumaba 6.770 hombres.

Dada la idiosincrasia de los americanos, el arma en que mejor podían prestar servicio era en la caballería. Así pareció entenderlo el General Blacke, pues de acuerdo con lo expresado en la autobiografía de Rondeau, aquél dispuso que del Batallón «Buenos Aires» se sacaran doscientos hombres con sus respectivos oficiales para formar un Cuerpo de caballería bajo la denominación de «Dragones del General». A tal efecto, se hizo una selección de la gente más robusta y de mejor talla, con el correspondiente número de oficiales competentes para completar un escuadrón. Rondeau agrega que fue uno de los elegidos en su clase de teniente efectivo con grado de capitán en que se hallaba, y ascendido inmediatamente al empleo de ayudante mayor en el mismo escuadrón. Esta designación tuvo lugar, en realidad, algunos meses después de la batalla de Ríoseco, pues de acuerdo a lo asentado en la misma autobiografía, lo fue en enero de 1809 (11).

Era evidente que gran parte de las tropas necesitaban instrucción y así, al producirse la batalla de Zornoza, según se desprende de los Apéndices 12 y 13 de la obra citada que dan el «Estado de

medio de la derrota, luego que hubiese visto destrozado en parte o muy comprometido a su rival. No era dado a su ofendido orgullo descubrir lo arriesgado y aún temerario de tal empresa.»

(11) RONDEAU, *op. cit.*, pág. 1789. Según NÚÑEZ, *op. citada*, pág. 256, hablando de estos hechos dice: «Allí (en España) organizaron un pequeño cuerpo de caballería compuesto de los prisioneros, vestidos y aperados, según la costumbre de estos países, con chiripás, lazos y bolas, y tuvieron algunos ligeros encuentros con los franceses.»

la organización y fuerza disponible del Ejército de la Izquierda (12), del 31 de octubre de 1808, con expresión de las tropas que concurrieron a la batalla de Zornoza, en el mismo día del expresado mes y año», vemos que una fracción importante de las fuerzas (aproximadamente una cuarta parte) no se encontraron en la batalla por estar en instrucción en Reinosa, Astorga, Sahagún y Burgos. Entre ellas figura el «Buenos Aires» junto con el Tercer Batallón de Zaragoza, una Compañía de Mallorca, dos Compañías de Hibernia, cuatro Compañías de Voluntarios de la Corona, el Batallón del General, el Regimiento de Milicias de Salamanca (1 bat.) y el de Tuy (1 bat.) con un total de 181 Jefes y Oficiales y 5.577 de tropa.

A esta altura de los hechos, el Regimiento número 71, tan conocido de los porteños, formaba en el Ejército inglés de la península a las órdenes del Teniente General Sir Arthur Wellesley con su nueva bandera que le entrega en Cork el General Flayd el 26 de abril de 1808 (13).

Después de la batalla de Zornoza, en la que brilló por su comportamiento el Batallón Literario de Santiago, cuyos cadetes se batieron con bizarría ejemplar, el Ejército de Galicia recibió el valioso aporte de la incorporación de la División del Norte que, procedente de Dinamarca, había desembarcado en diferentes puertos, y de la cual tenía ya aquél algunos contingentes en su seno. El aporte de estas tropas, bien instruídas y acostumbradas a las miserias de las campañas militares, insufló optimismo en sus compañeros menos avezados.

El 5 de noviembre el General Blacke movió sus fuerzas para socorrer al General Acevedo, cuyas divisiones se hallaban amenazadas por los Generales Víctor y Lefebre, empeñándose con los franceses en Valmaseda, donde éstos perdieron un cañón y otros equipos y dejando libre el camino a Bilbao. A esta acción siguió la de Güeñes, donde se encontraban las *divisiones primera y segunda*, que fueron atacadas por los generales Sebastián y Lebal, y en la que nuevamente tuvo brillante actuación el Batallón Literario de Santiago. Iniciada esta noche la retirada del Ejército de Blacke, perseguido por

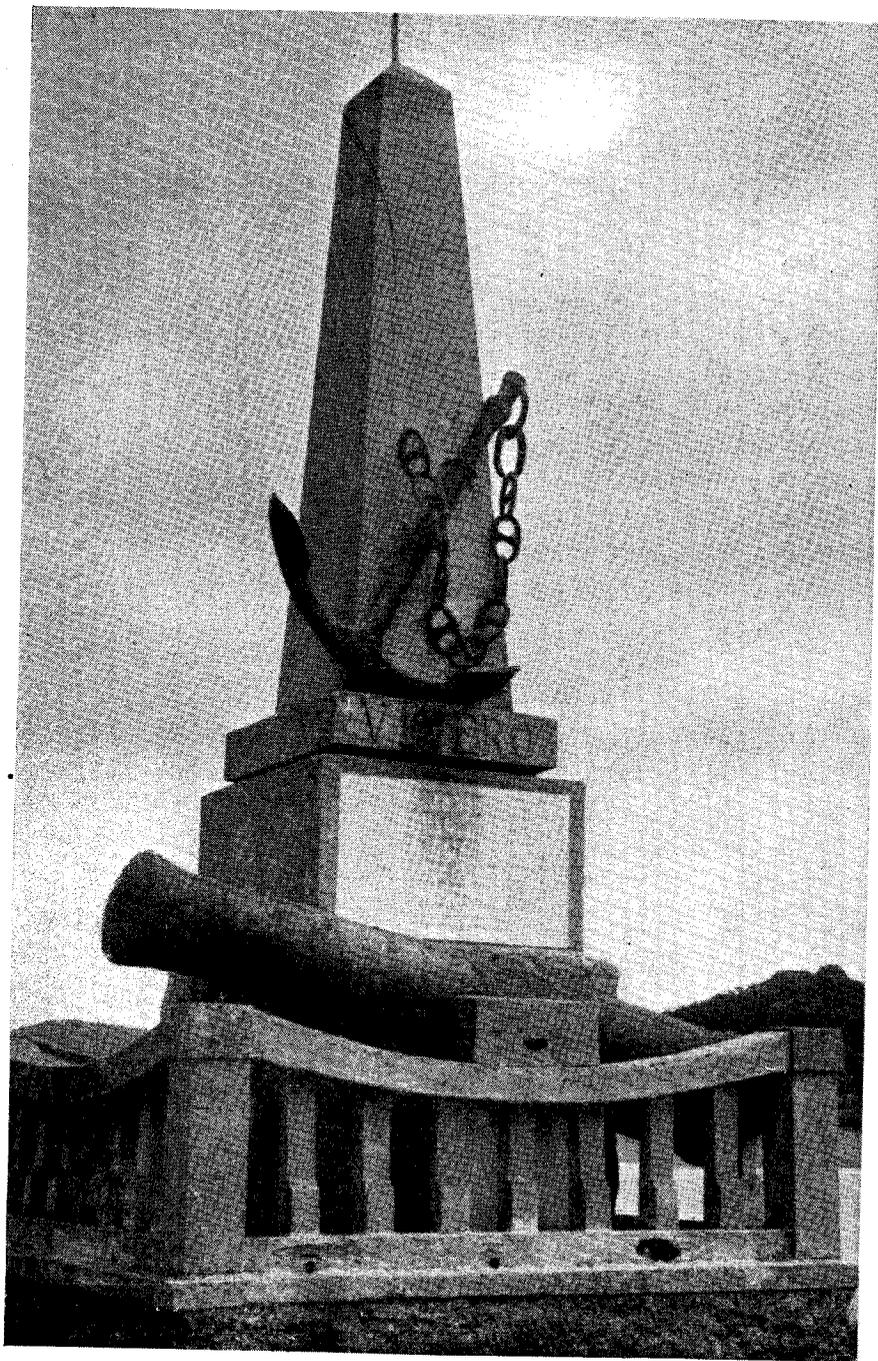
(12) Nuevo nombre dado al Ejército de Galicia.

(13) Ver «Boletín del Instituto Bonaerense de Numismática y Antigüedades», núm. 6: *Aventurándose en Sud América*, y GÓMEZ DE ARTECHE, *op. cit.*, tomo III, apéndice 11. «Estado de la fuerza embarcada en Cork el 12 de julio de 1808, a las órdenes del Teniente General Sir A. Wellesley.



General José Rondeau (Cuadro de Gallino).

(Museo Histórico, Buenos Aires).



Monumento erigido en Vivero (Lugo), en recuerdo de los naufragos de la fragata «Magdalena» y el bergantín «Palomo».

(Foto B. N. Rodríguez).

los franceses, a la mañana siguiente, las *divisiones primera y segunda* tuvieron que sostener un violento ataque en Valmaseda, sufriendo numerosas bajas, continuando luego aquélla el Ejército con gran dificultad para llegar el día 9 de noviembre a Espinosa de los Monteros.

Los franceses los acosaban en su retirada, cargando sobre la retaguardia que mandaba el Brigadier Conde de San Román, Jefe de las Tropas de la División Norte, llegada de Dinamarca, y a las que sus ex-aliados motejaban de traidores, lo que llevó a que se librara una batalla en la que, al principio, los españoles llevaron la victoria, con grandes pérdidas para los imperiales, aunque no menos sensibles para las tropas españolas, que perdieron allí al Brigadier Riquelme y al Conde de San Román. La batalla, empero, no terminó en ese día y al siguiente, tornose la victoria a manos francesas, teniendo el Ejército gallego que emprender su retirada hacia Reinosa con pérdida de un crecido número de Jefes y Oficiales, en especial la ya citada del Conde de San Román. Las condiciones en que quedó el Ejército eran realmente penosas; siendo esta derrota una de las más funestas de toda la Guerra de la Independencia, emprendiéndose la retirada en absoluto desorden, llegando finalmente a Reinosa el día 12.

A esta altura de los hechos, y según algunos historiadores, como resultado de la derrota de Ríoseco, el General Blacke fue revelado por el Marqués de la Romana, quien se hizo cargo del mando en León, hasta donde llegó el Ejército en su retirada (14)

Reunido el Ejército de Galicia, sus soldados fueron víctimas de unas fiebres que causaron estragos en sus filas y en las del pueblo, consecuencia quizá del estado de laxitud y miseria en que se encontraban aquellos valientes. Nuestro «Buenos Aires» sufrió, como integrante de la Primera División, todas estas peripecias, como puede observarse en el estado que se da a continuación, pero sobrevivió a ellas, pues los veremos actuar hasta el final de la Guerra.

(14) Estando el Ejército en León, Rondeau, a quien hemos visto integrando el Cuerpo de «Dragones del General», en formación, fue comisionado por el General en Jefe para que condujese desde este punto al fuerte español de Ciudad Rodrigo, setenta prisioneros de caballería. Para tal comisión, se le facilitaron un cabo y veinte soldados de infantería. Con tan reducida escolta la comisión a cumplir fue difícil, ya que la mayor parte del camino tuvo que hacerse por territorio portugués. Sin embargo, aclara, «ella fue cumplida con exactitud, habiendo entregado los prisioneros, en su totalidad, en el punto indicado» (RONDEAU, *op. cit.*, pág. 1.789).

HOSPITALES MILITARES DE SAN ANTONIO ABAD Y CASA DE LOS
GUZMANES (15)

Ejército de la izquierda.

Estado que manifiesta los enfermos existentes en estos hospitales, con expresión de entradas, salidas, muertos y existentes hoy día de la fecha :

Regimientos	Hospitales							Total
	Entradas	Salidas	Existentes	Entradas	Salidas	Muertos	Existentes	
Buenos Aires	»	»	»	»	2	»	26	26
Total del Ejército	»	»	3	59	40	»	1218	1.221

En el día 7 de Diciembre de 1908. — Luis de Azparren.

Remontado el Ejército, luego de un breve descanso, el Marqués de la Romana excitaba al General inglés Moore, a moverse en defensa de Madrid, e inicia la marcha, en ese sentido, con 8.000 hombres escogidos de sus tropas, pero Moore, temeroso de verse derrotado por las numerosas fuerzas que operaba Napoleón, dispuso la retirada de ambos ejércitos aliados, la víspera de Navidad.

Esta retirada fue un verdadero desastre, y son grandes las críticas hechas a Moore en la emergencia, cuya defección fue calificada como una huida vergonzosa por el Marqués de la Romana (en carta al Ministro de Guerra, de enero de 1809) y cuyo efecto fue provocar el desaliento, el terror y el disgusto en su aliado.

Su conducta en las poblaciones que atravesaba fue, además, deplorable desde todo punto de vista.

El Ejército de la Romana quedó reducido a tres divisiones, y terminó, finalmente, por establecerse en Monterrey, donde se fijó el Cuartel General con algo más de 9.000 soldados, que era lo que restaba de aquel Ejército Gallego, que —como dice Estrada Catoyra—, tan lucidamente había salido meses antes de Lugo al mando del desgraciado Falangieri.

El reducido número de tropas disponibles y la escasez de recursos,

(15) GÓMEZ DE ARTECHE, *op. cit.*, tomo IV, pág. 534-5.

hizo decidir al Comandante en Jefe, a mantener sus fuerzas cerca de de la frontera con Portugal, para reorganizarse y apoyar a la insurrección de los pueblos que, a su vez, debían dar de sí para remontanarlas, pensando siempre en el objetivo de la independencia de su suelo.

Galicia iba quedando, luego de estos reveses, ocupada por las tropas de los Mariscales Soult y Ney, aunque siempre hostigadas por las guerrillas de paisanos armados. Por su parte, el Marqués de la Romana hubo de moverse de Monterrey a ocupar Oimbra, para no ser copado por el Mariscal Soult. Este último, antes de pasar el Miño para ocupar Portugal, de acuerdo con las órdenes del Emperador, quiso acabar con aquel Ejército y le intimó a la rendición, el 4 de marzo, la que, por supuesto, fue rechazada valientemente, pero optando su General, sin embargo, dado el estado miserable en que se encontraban sus fuerzas, por una nueva retirada, no pudiendo evitar que su retaguardia (a las órdenes del General Mahy) fuera atacada, operación que dio lugar a la acción de Trepá, a la que le dan gran importancia los franceses, pero a la que, en cambio, no le dan mucho los españoles, fijando las pérdidas totales en unos 300 muertos y heridos.

Luego de la reunión de Mahy con su Jefe, se continuó la retirada por la Gudiña y Puebla de Sanabria, cruzando las Cabrerías, en penosísima marcha, dado lo escabroso del terreno, entrando recién el 16 de marzo el Ejército en Ponferrada. Desde allí dirigió la Romana un ataque a Villafranca del Bierzo, ocupada por unos 1.000 franceses, que se rindieron luego de hacerse fuertes en el Castillo de los Condes Epónimos, lo que produjo un gran entusiasmo en todo el reino de Galicia.

El Ejército se encantonó en la línea divisoria del Sil y el Guía, en diferentes puntos.

En abril de este año se produjo la entrada de los franceses en Asturias, con el propósito de llegar a Oviedo, a pesar de la resistencia ofrecida por los asturianos. Romana, sabedor de estos hechos, proyectó atacar Lugo con sólo 6.000 hombres que tenía el General Mahy, más 200 de caballería, lo que tuvo éxito en sus comienzos, iniciándose el sitio de la ciudad, pero el oportuno apoyo de Soult a su regreso de Portugal, hizo que Mahy lo levantara a fines de mayo, replegándose por el puerto de Rábade a Villalba y Mondoñedo, a donde se encontró con el Marqués de la Romana. Comenzaron nuevamente las retiradas, y a pesar de que éstas llegaran a despertar la

ironía popular que denominaba a Romana, Marqués de las Rome-rías; parece ser que éstas permitieron salvar fuerzas que, de lo contrario, hubieran sido aniquiladas por los Mariscales Ney y Soult.

Actuaba en otro sector de Galicia, una División llamada del Miño, a cuyo encuentro salió Ney, produciéndose la famosa batalla de Puen-te Sampayo, que tanta gloria dio a los batallones gallegos. Esto con-tuvo a Soult, cuyo objetivo era el Ejército de la Romana, con lo que éste pudo llegar con sus fuerzas a Orense.

Poco después, Galicia fue evacuada por los Mariscales franceses.

El Ejército de Galicia colaboró posteriormente con el de Astu-rias, y habiendo sido nombrado, el 18 de agosto de 1809, el Marqués de la Romana miembro de la Junta Suprema de Sevilla, entregó el mando al Duque del Parque. El Ejército de la izquierda estaba en ese entonces constituido por una División de vanguardia, cinco otras divisiones (1.^a a 5.^a) y una pequeña División de Caballería, además de otras fuerzas afectas al Cuartel General o en guarniciones. El «Bue-nos Aires» debió formar parte de la cuarta División, pues en la rela-ción de fuerzas que da Estrada Catoyra en la página 226 de su obra, figuran todos los Cuerpos que integraban cada División, faltando los correspondientes a la cuarta, que mandaba el General Mahy, que quedó en parte en Galicia y acantonada en el Bierzo, Fucecabadín y Manzanal, con un total de 249 Jefes y Oficiales y 5.912 de tropa. Considerando que el «Buenos Aires» y otros Cuerpos figuran en un estado del 22 de agosto de 1810, publicado por la Tesorería del Ejér-cito por orden de la Junta Superior (16), se deduce por exclusión que debían integrar, como queda dicho, la cuarta División.

Por otra parte vemos figurar una fracción del Cuerpo en el sitio de Astorga (17).

En efecto, según Gómez de Arteché (18), Kellerman, uno de los Generales más espontáneos, «cualidad imprescindible en la guerra si la dirige el talento» —acota—, lanzó al General Carrier con 3.000 hombres sobre la plaza de Astorga, creyéndola como insignificante por sus fortificaciones, desarmada y, sobre todo, desguarnecida. Di-

(16) Transcripta por FERNANDO MARTÍNEZ MORÁS en la pág. 76 de su obra *La Junta Suprema de Subsidios, armamento y defensa del Reino de Galicia*. Editorial Moret, La Coruña, 1955.

(17) Quizá los que estaban destinados al Cuerpo de Dragones a que se refiere RONDEAU.

(18) Ver *op. cit.*, tomo VII, pág. 253 y sig.

cha plaza era gobernada desde el 22 de septiembre por el entonces Coronel don José María Santocildes, a quien tan alto renombre habían de proporcionar aquellos viejos muros, teniendo consigo unos 1.300 infantes, *de ellos, 60 blondengues (de Buenos Aires)* y 30 artilleros para el servicio de 8 piezas, todas de pequeño calibre, de las que algunas eran rehabilitadas, pues habían sido clavadas por los franceses al retirarse de allí en oportunidad anterior.

Carrier llegó a su alcance el 9 de octubre de 1809, con 3.000 hombres y 2 piezas (un cañón de a 8 y un obús, también de campaña). Los españoles se retiraron de los arrabales para hacerse fuertes en los muros de la ciudad e intentar la defensa. Los ataques franceses fueron infructuosos. Cuatro horas mantuvieron los invasores el fuego de cañón, sin poder hacer brecha en la puerta del Obispo, objeto de sus ataques. Luego de nuevos intentos, Carrier hubo de volver a sus antiguas posiciones de León, con 400 hombres de menos para las operaciones sucesivas. Mientras tanto, el Duque del Parque había iniciado las operaciones que debían dar lugar a la batalla de Tamames. Por lo dicho anteriormente, entendemos que el grueso del «Buenos Aires» no debe haber participado en dicha batalla, que comenzando por una derrota terminó en una gloriosa victoria para el Ejército de la Izquierda, que mereció por ello un escudo de distinción con el lema «Venció en Tamames».

En cambio, figuró en ella nuestro conocido Rondeau, con los voluntarios de Ciudad Rodrigo, pues en su autobiografía expresa (*op. cit.*, pág. 1.789):

«Omito relacionar otros muchos servicios y acciones parciales de guerra que frecuentemente había entre las tropas de este Ejército y las de los franceses, habiéndome encontrado en algunas de ellas, y me contraeré a relacionar lo que hice después de haber entrado en la plaza de Ciudad Rodrigo, verificada que fue la entrega de los prisioneros (a que nos hemos referido anteriormente en la nota 14) y que acreditan los honrosos certificados señalados con los números 4 y 5 así de la Junta Superior de Castilla la Vieja, como de los Jefes del Regimiento de Voluntarios de Caballería de Ciudad Rodrigo, creado en la misma ciudad, en el que obtuve el empleo de capitán en propiedad y mando de una de las doce compañías de que se componía, dividido en cuatro escuadrones. (Según la autobiografía, su designación lleva fecha 1 de septiembre de 1809).

»Después que este Regimiento estuvo en estado de hacer servicio

fue llamado en esta circunstancia al Ejército, que lo mandaba el Duque del Parque y Castillo, el cual y a poco más de un mes atacó en un lugar nombrado Tarrares (sic) al Ejército francés, fuerte de 18.000 hombres, bien que el Ejército español pasaba de 20.000, consiguiendo éste sobre aquél un triunfo completo, por el cual se dio en premio a la clase de Jefes y Oficiales el uso de una medalla de oro con geroglíficos alusivos a este triunfo.» (19).

Según el mismo Rondeau, al poco tiempo de haberse obtenido este triunfo, se publicó una resolución de la Regencia del Reino, ya disuelta la Junta Suprema, por la que se ordenaba al General en Jefe que se diese pasaporte para los pueblos de La Coruña y Cádiz a todos los Jefes y Oficiales que fueran procedentes de Cuerpos establecidos en las Colonias españolas o destinadas a ellas y que se hallaban sirviendo en el Ejército de su mando.

En cumplimiento de tal resolución, que fue oportunamente comunicada a todas las divisiones del Ejército, se presentaron los que pertenecían al Regimiento de Buenos Aires, y dice Rondeau, «se nos despidió». Quedó sólo el personal subalterno en la Península.

El grupo que llegó a Cádiz, fue embarcado en dos buques mercantes listos a darse a la vela con destino a Montevideo. Según el mismo autor, la medida tenía por objeto desembarazar al Gobierno peninsular «de alguna parte de los infinitos Jefes y Oficiales que había supernumerarios y que no podía sostener por la pobreza del Erario». Uno de los buques era la fragata «La Estrella», comandada por D. N. Vega, vecino de Cádiz.

Luego de esta victoria, sufrió el Ejército de la izquierda una grave derrota en Alba de Tormes, siendo sus pérdidas grandes y a pesar de que durante el combate se luchó con valor, la retirada revistió las

(19) GÓMEZ DE ARTECHE, en el tomo VII de su obra ya citada, da en página 554, apéndice núm. 11, el «Estado de la Organización y fuerza del Ejército de la Izquierda, en 28 de noviembre de 1809, con expresión de las tropas del mismo Ejército que se hallaron en Alba de Tormes en la misma época». Si bien, esta acción fue posterior a la de Tamames, en el mismo tomo (pág. 252) al hablar del Ejército de la Izquierda se refiere al mismo apéndice número 11, con respecto a su constitución en Tamames. No hemos encontrado en este estado un Cuerpo de Voluntarios de Caballería de Ciudad Rodrigo, aunque sí uno de Tiradores de Ciudad Rodrigo, que si bien no figura específicamente como de Caballería, podría ser al que se refiere RONDEAU en su autobiografía.

También citada por F. E. CATOYRA en su obra citada, pág. 226.

características de un desastre por el pánico que se infiltró en las tropas, que sembró la indisciplina y el desorden entre ellas. Por ese entonces, el Duque del Parque fue relevado y reemplazado nuevamente por el Marqués de la Romana, quien se dedicó a reorganizar sus fuerzas. La cuarta División, continuaba en el Bierzo guardando las entradas de Galicia, produciéndose poco después la muerte del Marqués (23 de enero de 1811), cuya pérdida —según comentario de Lord Wellington— era irreparable en las circunstancias reinantes, e ignoriéndose quién podría reemplazarlo.

A principios de 1811 se dio cumplimiento al Real Decreto de la Regencia de 16 de diciembre del año anterior, en que se disponía una nueva división militar en distritos, que alcanzaba a los Ejércitos de operaciones; el sexto era el de Galicia, comprendiendo además Asturias, León y la parte de Castilla a la derecha del Duero (20).

Su mando se dio al General Mahy, que se atuvo a la defensa del territorio asignado a su jurisdicción amenazado por los franceses. La 4.ª División continuaba acantonada en el Bierzo.

En agosto de ese año el General Renovales preparó una expedición a Cantabria, para la que facilitó tropas la Junta de Galicia, de acuerdo con Mahy y cuyo embarque fue protegido por el Comodoro inglés Mends. Se componía de 1.200 voluntarios gallegos y 800 marineros ingleses.

La Junta le proveyó 18 cañones de a 24 y 6 de a 8 procedentes del Ferrol; 6 obuses y 4 cañones violentos de a 4, de La Coruña, y obtuvo a su vez, que los ingleses le proporcionen 20 obuses de a 24, así como cartuchos, balas y metralla. *Pone a su disposición 30 hombres del Regimiento «Buenos Aires»* (21) para tripular la fragata «Magdalena», que con las «Providencia» y «Esperanza» y bergantines «Victoria» y «Palomo» y Goleta «Liniers» (el destino se complacía en unir nombres), se pusieron a disposición de aquél. La «Magdalena» (22) y los bergantines «Victoria» y «Palomo» naufragaron en el mes de noviembre en Vivero, donde actualmente existe un monumento recordatorio (ver fotografía). El General Renovales en su

(20) Ya hemos visto en nota anterior que el «Buenos Aires» formaba parte de dicho Ejército a esa fecha.

(21) Ver FERNANDO MARTÍNEZ MORÁS, *op. citada*, pág. 84.

(22) En los papeles del Archivo Bazán figura en «Corso y Presas» la carpeta 401, que se refiere a la destinación de la Fragata «Magdalena» al corso por la J. S. de Galicia, con fecha 4 de mayo de 1810.

parte sólo se refiere a la «Magdalena» y al «Palomo», que son los que figuran en la inscripción del monumento.

Dice al respecto, en su comunicación a la Junta :

«... y colocada toda la gente por dicho Comandante (el de las fuerzas navales, don Joaquín de Zarauz) en la fragata «Magdalena» y bergantín «Polomo», en la noche de ayer que apuró el temporal... fueron arrojados a la playa estos dos buques de S. M., encontrándose en el día de hoy con el desconsuelo grande de verlos estrellados en tal disposición que horroriza la vista, pues sólo existen de sus cascos pequeñas astillas. Sin omitir medio alguno, di al intento, con la celeridad que pide un asunto tan delicado, las disposiciones necesarias a la salvación de cuanto fuera posible, pero no se han logrado los efectos que deseaba ni es factible se logren más que el haberse libertado del naufragio el Comandante del «Palomo», don Diego Calonge y 21 hombres de su tripulación, que pudieron salvarse, con auxilio de tablas, bastante estropeadas. De la «Magdalena» sólo existen unos 30 hombres por accidentes bien raros.»

¿Qué habrá sido de los 30 hombres del «Buenos Aires»?

Volvamos a tierra y a las operaciones del 6.º Ejército.

El General Mahy fue reemplazado por el General Santocildes, cambio que se hizo notar por hábiles operaciones realizadas que dieron como consecuencia que los franceses evacuaran Asturias. Fue, sin embargo, separado del mando —en agosto de 1811— reemplazándolo el General D. Francisco Javier Abadía, quien, según Mariana (23), tuvo la discreción de dejar la dirección de las operaciones a Santocildes y su Jefe de E. M. Moscoso.

Hubo algunas operaciones en las que no intervino la 4.ª División y en las que los franceses fueron escarmentados, razón por la cual, abandonaron la empresa de entrar en Galicia.

El General Abadía, a quien le faltaban cualidades para el mando y que sólo originó confusión y desorden en el Ejército, se trasladó pronto a Coruña, dejando a cargo del mismo a otra persona de capacidad limitada, el Marqués de Portago y quedando el 6.º Ejército en la más absoluta inacción.

En octubre del 11, le llega al General Abadía la orden traída desde Cádiz por el Teniente de Navío Caamaño de organizar en Vigo

(23) Historia General de España compuesta por el P. Mariana y completada por Eduardo Chao, Madrid, 1853. Tomo III, pág. 238.

la expedición destinada a América, en ayuda de los mejicanos, según disposición del Supremo Gobierno. La Junta Superior de Galicia recibió la orden de auxiliarla, pero no tuvo buena acogida en su seno. Nada se acordó sobre ella, pues no veía con complacencia que abandonasen el Reino tropas que creía necesarias en él, y como dice Fernández Martínez Morás (24), «ni los pueblos miraban tampoco con satisfacción esta empresa, ni aún a los mismos soldados agradaba mucho el que se los obligara a abandonar la Patria, donde si el presente era negro, esperaban hallar un porvenir tranquilo, en su hogar, con sus familiares, pobres y afanados pero contentos».

El 6.º Ejército permaneció inactivo, lo que originó la nueva invasión de Asturias por los franceses, aunque reducida a la línea Pajares-Oviedo, pues lo constreñían las fuerzas de Losada y Barcenó por el Oeste y Porlier por el Este.

Durante el mando de Santocildes, el 6.º Ejército favoreció las victoriosas operaciones que venía realizando el general Wellington (Duque de Ciudad Rodrigo), bloqueando a Astorga, Toro y Tordesillas y logrando la rendición de la guarnición francesa de la primera de estas plazas el 18 de agosto de 1812.

A mediados de septiembre se incorporó al Ejército de Lord Wellington, tomando parte en el ataque al Castillo de Burgos, que a pesar de los esfuerzos realizados no cayó, iniciándose la retirada del Ejército aliado, aunque en orden, con el incidente del combate de la Venta del Pozo, en que sufrió grandes pérdidas la caballería francesa. Las fuerzas españolas se dirigieron a Galicia por Portugal, acantonándose nuevamente en el Bierzo el 6.º Ejército. El 22 de septiembre Wellington era designado por las Cortes, Generalísimo de sus Ejércitos.

En enero de 1813, por Decreto de la Regencia, los siete ejércitos españoles se refundieron en cuatro, y el 6.º, junto con el 5.º y el 7.º formaron el 4.º Ejército a las órdenes del General Castaños. En febrero de este año se subdividiría este Ejército en tres Cuerpos, de la derecha, centro e izquierda. De estos Cuerpos, el centro representaba al antiguo Ejército gallego y estaba integrado por tres Divisiones, 3.ª, 4.ª y 5.ª.

Los primeros tiempos del 13, no tuvieron importancia para este Ejército, hasta que el Generalísimo, luego de la partida de Napoleón para Alemania, comenzó la Campaña de Castilla para continuarla a

(24) *Op. citada*, pág. 85.

través de los Pirineos en el territorio francés. El centro del 4.º Ejército concurre al movimiento general por Castilla hasta cruzar el Ebro, sustituyendo en su mando a Castaños, el General D. Manuel Freire de Andrade. La difícil marcha realizada con éxito llevó a éstas a concurrir luego a la batalla de Vitoria (21 de julio), donde fueron completamente derrotados los imperiales, lo que permitió, además, el recuperar objetos de arte, armaduras, alhajas, etc., que los franceses intentaban llevar fuera de España.

Puso Wellington, luego de otros triunfos, sitio a San Sebastián, en el que tomó parte el 4.º Ejército, siempre a las órdenes de Freire (25), participando en la famosa batalla de San Marcial, el 31 de agosto, en que las Divisiones gallegas se llenaron de gloria, lo que motivó la conocida proclama de Lord Wellington ensalzando al 4.º Ejército.

El empuje de Wellington lo llevó a cruzar al otro lado del Bidasoa, iniciándose el avance de todos los Ejércitos el 6 de octubre, y el 9 todos los puestos de la frontera estaban en su poder, ejecutando la parte principal el 4.º Ejército, que sufrió grandes pérdidas, pero mereciendo el honor de ser las Divisiones gallegas, las que primero pisaron territorio francés. Sigueron las victorias, y el 16 de febrero del 14 entró el Ejército en Tolosa. Las tropas españolas, con excepción de la División Morillo por considerar Wellington que ya no era necesario su auxilio, volvieron a España, y el 4.º Ejército se dirigió a su acantonamiento en Irún.

El armisticio firmado en Tolosa el 18 y 19 de abril, dio fin a la guerra, sangrienta y gloriosa para España, y el principio del fin para las ambiciones de Napoleón.

(25) Al tiempo que San Martín invadió Perú, era Comandante General de Caballería del Ejército de Pezuela y mandaba en Guayaquil.

LA HAZAÑA DEL TENIENTE RUIZ MENDOZA

por JOSE YAQUE LAUREL

Coronel de Infantería, del Servicio Histórico Militar

Correspondiente del Consejo Superior de Investigaciones Científicas

El nombre de Jacinto Ruiz Mendoza, defensor, con los Capitanes Daoiz y Velarde, del Parque de Monteleón, el día 2 de mayo de 1808, si no llegó a ser olvidado, fue por lo menos poco conocido de la subsiguiente generación a la memorable gesta madrileña, en la que el joven Oficial de nuestra Infantería dio señaladas pruebas de su temple y bravura. Pasaron los años y la simpática personalidad del héroe permaneció en la penumbra, sin apenas destacarse de los anónimos defensores del Parque, cuando su intervención en aquel hecho había sido del mayor realce. En las postrimerías de la pasada centuria se reparó este olvido, y lo mismo en la prensa que en la tribuna pública el nombre del Teniente Ruiz logró entonces ser objeto de elogios, siéndole tributados diversos homenajes a su memoria, y entre ellos la creación de una estatua que hoy luce su broncea efigie en la Plaza del Rey de la Villa madrileña.

Nuestro héroe era ceuti de nacimiento, y pertenecía a una noble familia de la ciudad en que viera la luz el año 1779; y cuando apenas contaba dieciocho de edad, lucía los cordones de Cadete en uno de los Cuerpos de mayor solera de la hispana Infantería: el «Fijo» de Ceuta. Allí adquiere Jacinto Ruiz la práctica del oficio, siendo después destinado a un Regimiento de la Corte, «Voluntarios del Estado», que manda un veterano Jefe curtido en las Campañas del Rossellón, Portugal e Inglaterra: el Marqués del Palacio, rígido, pero comprensivo cuando el caso llega. «Sirve bien su empleo», reza la nota de concepto estampada en la hoja de servicios de Ruiz Mendoza. El público testimonio de sus compañeros llega más allá: «Jacinto Ruiz es un joven de talento, valor y firmeza». «Se le pueden encomendar difíciles misiones». Sabemos además por un autor anónimo, que nuestro héroe era alto de cuerpo, de delgada pero de gallarda

da estatura, aspecto notable y majestuoso, faz morena y ojos expresivos y centelleantes.

Por lo expuesto se colige que su mente era exaltada y soñadora, y que sobre ella ejercía un total dominio el imperio de la imaginación. En temperamento tan nervioso e impresionable no pueden menos de hacer mella las frases que un papel volandero esparce sobre un cambio de dinastía en España, papel que profusamente se reparte por las calles madrileñas en la mañana del 1 de mayo de 1808.

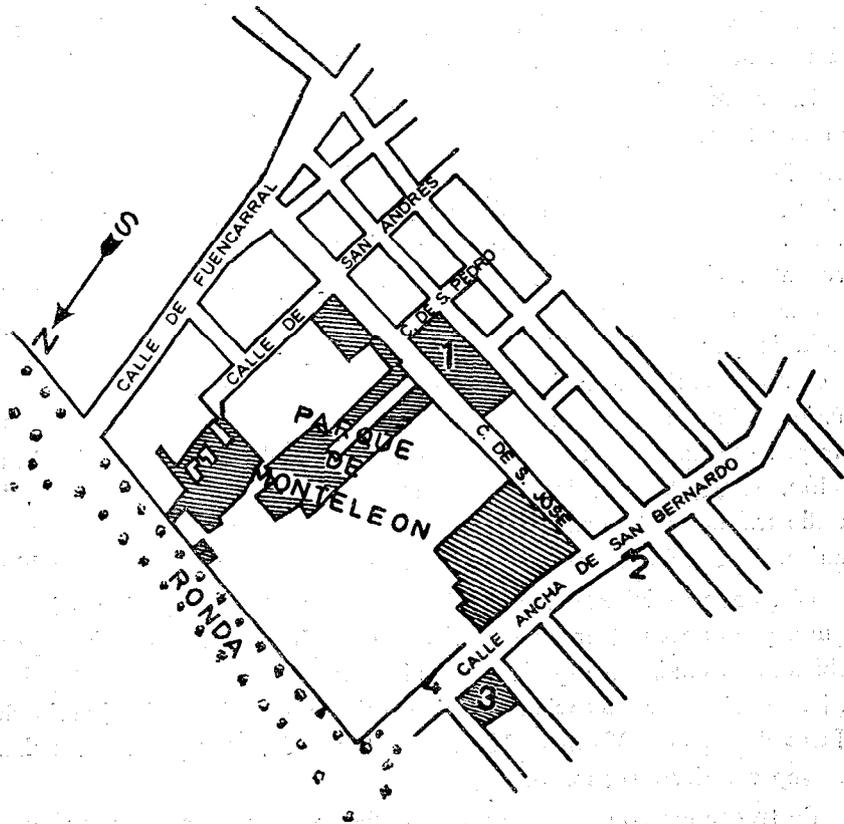
La opinión apercebida ya, y con claro instinto de las cosas, y lo vidrioso de las circunstancias, promueve en aquella ocasión repetidas y ruidosas manifestaciones contra la actitud provocadora de los invasores, que capitaneados por el Gran Duque de Berg quieren adueñarse de la capital y de sus cantones.

La irrupción alevosa del extranjero, la orfandad del trono, el aturdimiento de los Ministros y la claudicación del Poder, despiertan en el espíritu popular la tentación de un general levantamiento. Cuando da comienzo la sangrienta jornada del día 2, el vecindario no ceja en su propósito, ya decidido, y se lanza a la calle blandiendo toscas armas, mientras los Ministros disponen en silencio las medidas más convenientes con el fin de privar a la explosión popular de los elementos para su defensa. De nada valen tales medidas. Los ecos de una multitud vibrante que solicita armas llegan al lecho del dolor donde yace el joven africano, atacado por unas pertinaces calenturas. Al oír Ruiz Mendoza el clamor de los patriotas se levanta diligente y se viste nervioso, ciñe su espada y encamínase al cuartel donde se alojan los Voluntarios del Estado, un viejo caserón situado en la calle de San Hermenegildo, cercano a la de San Bernardo. Casi al mismo tiempo que Ruiz, llega al edificio el Capitán Velarde, que ha abandonado presuroso su oficina de la Junta Superior, donde prestaba sus servicios, situada en la misma calle de San Bernardo, frente al Noviciado. Algunos paisanos y soldados quieren participar en la exaltación patriótica común, solicitando de estos militares tomar parte en la contienda.

En el patio del cuartel está formado el Regimiento de Voluntarios con su Coronel al frente. Desea este Jefe cumplir fielmente la Orden General de la Plaza, «que se reducía a hacer retirar las tropas a sus cuarteles, y no permitirles juntarse con el paisanaje». Y aunque el veterano Coronel se niega enteramente a prestar fuerza ninguna para reforzar el Parque, son tan poderosas las razones que

le exponen, que inclinan su ánimo, y ordena que la 3.ª Compañía del 2.º Batallón, con 40 plazas de fusil y al mando del Capitán Goicochea, acuda al mismo con la orden terminante de no cometer sin nuevo aviso acto alguno de hostilidad contra la fuerza francesa que lo ocupa. En la Compañía de apoyo figuran los Tenientes Hontoria y Ruiz Mendoza, el Sub-teniente Burguera y los Cadetes Pacheco y Rojo.

El Parque de Artillería en aquel tiempo se reducía a un vasto edificio, antiguo palacio de los Marqueses de Monteleón, que abarcaba un extenso perímetro limitado al Norte por la llamada Ronda —hoy



El Parque de Monteleón y sus alrededores el Dos de Mayo de 1808.

- 1.—Convento e iglesia de las Maravillas.
- 2.—Fuente de Matalobos.
- 3.—Cuartel del Regimiento de Voluntarios del Estado.
- 4.—Puerta de Fuencarral.

calle de Carranza—; al Este por la calle de San Andrés, sin salida entonces a aquella; al Oeste por la calle Ancha de San Bernardo, que llegaban hasta la Puerta de Fuencarral; y al Sur por una calle recta y dilatada, la de San José, hoy llamada del Dos de Mayo, en cuya esquina se levanta la antigua Iglesia de las Maravillas. Rodeaba el Parque un jardín y un gran patio de entrada, al que tenía acceso una puerta de arco que todavía se conserva en nuestros días como reliquia histórica de aquella fecha gloriosa, en el centro de la Plaza del Dos de Mayo. No existía en el dilatado perímetro del edificio más defensa exterior que una cerca de tapial, y en el interior había algunas habitaciones donde se almacenaban armas y municiones, no en crecido número. El material de Artillería allí depositado se reducía a seis cañones de a 8 y dos de a 4.

La compañía de Infantería enviada como protección encuentra cerrada la puerta principal del edificio, y sólo es practicable un postigo por el que resueltamente penetra Goicoechea, seguido por Velarde y Ruiz. Dentro del patio se pasea nervioso y ensimismado un militar joven: es el Capitán Daoiz, el más caracterizado de los allí presentes. Contesta con monosílabos a las preguntas que se le hacen, ya que debían sostener en él terrible lucha el deber y el patriotismo excitado por las fogosidades de Velarde, que trata de convencerle. Y como su compañero de armas poseía audacia de carácter y de lenguaje, hubo entre los dos algunas réplicas momentáneas, desafinadas y de cierta viveza, aunque inspiradas por el celo y la noble emulación. El Capitán Daoiz, mientras oía a su compañero, estrujaba con la diestra mano la orden que poco antes le fuera entregada, en la cual se le mandaba abstenerse de hacer causa común con el pueblo.

El rumor de la calle llegaba hasta el Parque, provocador e imponente, y entonces el bravo Capitán rompiendo en mil pedazos la prohibición, desnuda su espada y manda franquear las puertas al paisaje, en el que se mezclan también animosas mujeres del barrio de Maravillas, como Manuela Malasaña, Clara del Rey y otras muchas de impercedero recuerdo.

Pertrechados con las armas que pudieron encontrar salen los hombres a buscar en las encrucijadas el combate solitario, logrando Velarde, y no sin dificultad, retener a unos cuantos patriotas, cerrando las puertas y desarmando antes al destacamento francés que custodiaba el edificio.

El Teniente Ruiz acoge con entusiasmo la decisión adoptada, y

ante el anuncio del ataque enemigo coopera a la organización de la defensa. Para ello divide en dos secciones la fuerza de Infantería, una para la observación y defensa del sector que daba a la Ronda, y la otra en las ventanas correspondientes a la calle de San José; Daoiz ordena sacar, limpiar, cargar y disponer en el patio los cañones; cuatro para las tres bocacalles y dos de reserva, en la entrada principal del edificio. Los centinelas anuncian que por la calle de Fuencarral y a paso acelerado avanzan tropas enemigas: es el Batallón de Wesfalia, de brillante historial en las contiendas napoleónicas. Forma un grupo la oficialidad española, y entonces el Teniente Ruiz tiende su brazo y la espada desnuda, que cruza con la de los otros militares, y jura con ellos morir en aras de la libertad de la Patria.

La compañía atacante es recibida a tiros, cuando los apuestos y barbudos borgoñones caen sobre las puertas, con el decidido propósito de derribarlas con sus hachas de zapador. Tres disparos de cañón y un nutrido fuego de los fusileros hacen desaparecer casi instantáneamente a los wesfalianos, que emprenden desordenada fuga por las calles adyacentes. Acertó entonces a desembocar bullicioso por la calle de San Pedro Nueva el grupo que desde Palacio acaudillaba Molina Soriano, y que en largo trayecto que había lentamente recorrido cogió armas y gran número de prosélitos. Con este refuerzo se ayudó a sacar las piezas de Artillería y emplazarlas enfilando cada una de las calles del desemboque, con lo que simultáneamente quedaron vigiladas y amenazadas las de Fuencarral y Ancha de San Bernardo.

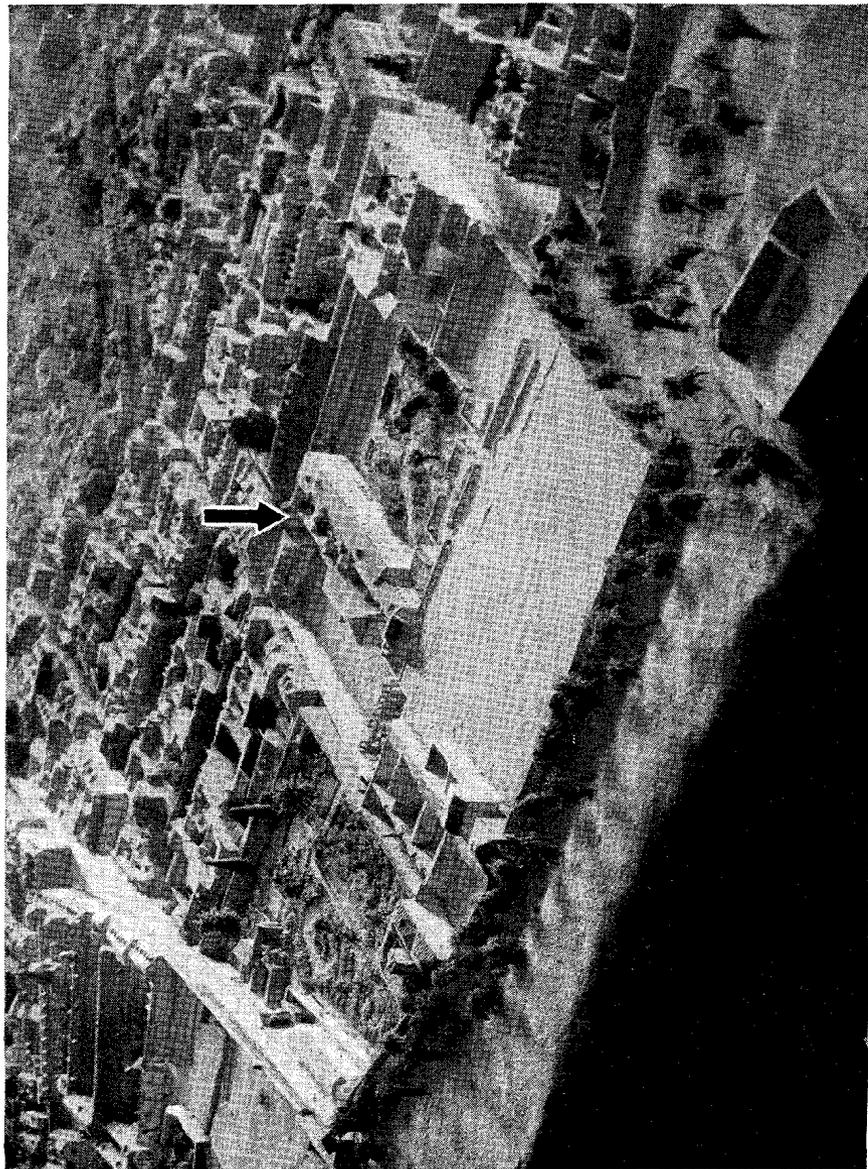
Se entabló luego una porfiada lucha, cuyo único objeto era cansar las fuerzas españolas, mientras que el adversario en las plazuelas y puntos dominantes contiguos concertaba un ataque simultáneo por distintos frentes. La compañía de Infantería, con el nutrido fuego de su fusilería, esparcía la muerte e impedía los esfuerzos de los sitiadores para asaltar el edificio por la espalda. En esta escaramuza, que duró más de una hora, sufrieron los defensores una de las pérdidas más dolorosas en aquella ocasión tan apurada: la del Teniente Ruiz Mendoza.

Había recibido este bravo Oficial una herida de consideración en el brazo izquierdo, en el cual el exento de Guardias de Corps, don José Pacheco, que se hallaba presente a la sazón, le ató un pañuelo para restañar la sangre que brotaba abundante. Con este improvisado

apósito volvió aquél inmediatamente a la lucha, más enardecido por el furor que le exaltaba, para contestar al cañoneo iniciado por el enemigo desde el asentamiento de la batería de la calle de San Bernardo y de la fuente de Matalobos, inmediata a la hoy calle de Daoiz. Una de las piezas españolas del Parque le había sido designada a Ruiz Mendoza, en consideración a haber estado agregado algún tiempo al Cuerpo de Artillería del Campo de Gibraltar.

Al parecer iba languideciendo el combate, cuando de súbito volvió a empeñarse en proporciones de mayor intensidad: el castigado Regimiento wesfaliano había sido reforzado poderosamente con el 4.º Regimiento Provincial, que entró a la carga, no por un solo punto, sino por tres a la vez. A la cabeza de la nueva columna venía sudoroso y jadeante, enarbolando en la punta de la espada un pañuelo blanco en señal de armisticio, el Capitán de Voluntarios don Melchor Alvarez. El General Conde de Montholon, jefe de las fuerzas, se adelantó con tres oficiales, como para entrar en explicaciones con los defensores. El parlamentario dijo a Daoiz «que era el encargado enviado por nuestro Gobierno para hacerle sentir la indignación con que habían sabido la locura con que estaban precipitando al pueblo, y exponiéndole a las consecuencias desastrosas...». Entonces Ruiz Mendoza advirtió que el Comandante que había quedado al frente de la fuerza francesa, la hacía avanzar disimuladamente a paso lento. Pero cuando ya casi tocaba la boca de los cañones, al pretender adueñarse de ellos, el disparo seco de una de las piezas, cargada con bala rasa, abrió ancho boquete en la masa enemiga, que, sobrecogida de espanto, se desordenó. Un segundo disparo hecho a quemarropa la barrió como el huracán a las arenas hacia la calle de San Bernardo, dejando en el camino muertos, heridos y prisioneros, entre ellos un Coronel francés y varios oficiales.

La noticia de la porfiada defensa enciende en ira al Gran Duque de Berg. Le explican la derrota sufrida por la columna de Montholon, y sin pérdida de tiempo dispone que su Ayudante, el General Lagrange, se ponga a la cabeza de la brigada Lefranc, perteneciente a la División Goblet, y con estas fuerzas dé un decisivo ataque al Parque madrileño. Los franceses colocan algunos cañones en asentamientos adecuados, y seguidamente rompen un fuego graneado sobre Montealeón, entablándose rudo combate. Los tambores con sus redobles, y con sus toques las trompetas, marcan al adversario el



El barrio de Maravillas en 1830, según la maqueta construida por el teniente coronel de Artillería Gil del Palacio y existente en el Museo Municipal de Madrid. Puede considerarse válida para representar el Madrid del «Dos de Mayo» (La flecha indica la entrada del Parque de Artillería de Monteleón).

Yo por este mi testamento reboco y anulo
 qualquiera otro que antes de ahora haya
 hecho por escrito o de palabra, y quiciera
 y ninguno como suyo, sin embargo de
 qualquiera clausula que contenga, sino es el
 presente, el que sola m. te quiciera q. e valga
 en la vida y forma que me son contenida
 Asi lo otorgo siendo testig. el Pro. D. Man.
 Labrador Carmona, el teniente Coron. D. no
 Juan Cesolinis, y el Lic. D. Fran. Co. Ortiz
 y Flores, y con los referidos testig. lo firmo
 en Trujillo a once de marzo de mil
 ochocientos nueve

Juan de Bobadilla Ruiz
 D. no

Manuel Labrador Carmona
 Coron.

Juan Co. Ortiz
 Flores

Ultima hoja del testamento del teniente de Infantería Ruiz Mendoza, otorgado en Trujillo (Cáceres) el 11 de marzo de 1809 (Archivo Municipal de Madrid).

paso de ataque. Una columna de 2.000 hombres es contenida en su avance por nuestra débil artillería, que no cesa de arrojar metralla.

La lucha se generaliza, y los Voluntarios del Estado, desde los balcones del ala derecha del Parque, esparcen la muerte, contrarrestando las medidas que el adversario toma para, por retaguardia, hacerse dueño de la situación. En ese momento el Capitán Daoiz cae mortalmente herido. Al golpe recibido se siente vacilar, límpiase el sudor que baña la frente y no pudiendo mantenerse en pie, y menos aún conservar la atención del mando, se recuesta sobre una de las piezas, con una pierna completamente destrozada.

El Capitán Velarde que había notado momentos antes la pérdida del equilibrio en las fuerzas, trató de reforzarlas con algunos hombres de la Infantería, y cuando salía del patio trayendo el socorro deseado, al parecer en la puerta del edificio, recibió un balazo que le atravesó el corazón, dejándole instantáneamente muerto. Se dijo entonces que el autor de la agresión había sido un Oficial de la Guardia polaca, que le disparó un pistoletazo a quemarropa y por la espalda.

Solamente Jacinto Ruiz, aunque lisiado, continuaba batiéndose en el interior del edificio, dispuesto a continuar la defensa hasta el último trance. En este supremo momento —dice uno de sus biógrafos— «en que escaseaban también las municiones, rodeado de cadáveres, envuelto por el humo, exaltado por las descargas y los lamentos de los heridos, con el blanco uniforme salpicado de sangre que trasudaba su mal ligada herida del brazo, la cabeza descubierta, la mirada fulgurante, la boca contraída, el pecho dilatado y el acero vigorosamente empuñado, parecía lanzar un reto a la muerte. Una segunda bala le penetró por la espalda y saliéndole por el pecho, dio con él en tierra, casi exánime...».

La lucha había terminado. En el suelo yacían bastantes muertos y muchos heridos que se retorcían por el dolor de sus lesiones. En derredor no reinaba sino el terror silencioso, la temerosa confusión de los vencidos, el bullicio jactancioso y la arrogancia insultante de los vencedores.

Poco después de haber sido herido Ruiz Mendoza, era trasladado a su domicilio casi moribundo, ya por la gravedad de sus heridas, ya por las grandes pérdidas de sangre que había sufrido. Le reanimaron los solícitos cuidados de don José Rives, distinguido profesor del Colegio médico de San Carlos, que dicen le visitó ocultamente en su

morada. Es posible que los cuidados que se le prodigaron le hubieran curado de sus graves lesiones, pero el ambiente de Madrid en aquellas circunstancias era poco favorable a los patriotas que intervinieron en los sucesos contra Murat y sus secuaces. Corría el rumor de que luego que sanasen los heridos del Parque, serían fusilados, y en vista de ello unos amigos del héroe, prepararon su fuga para Badajoz, saliendo de Madrid el 30 de aquel mes disfrazados de arrieros.

La herida de la espalda, que en estas expediciones había sido mal curada, fue empeorándose. Temiendo lo peor, fue Ruiz trasladado a Trujillo, mas de nada sirvió esta medida. En dicha localidad falleció el héroe el día 16 de marzo de 1809, siendo enterrados sus restos en la Parroquia de San Martín de la ciudad, y luego, con gran solemnidad trasladados a Madrid el día 13 de marzo de 1909, para quedar depositados al lado de los de sus compañeros Daoiz y Velarde y demás víctimas, en el obelisco del Paseo del Prado, donde habían sido fusilados por los franceses muchos españoles que tomaron parte en el levantamiento contra el invasor.

Para perpetuar la memoria de aquel infante africano, el Ayuntamiento de la Villa y Corte, dio el nombre de Ruiz a una de las calles del antiguo y popular barrio de Maravillas, y el 5 de mayo de 1891 se descubría solemnemente la estatua del héroe. El bronce con que el insigne escultor don Mariano Benlliure ha representado la furia patriótica de aquel militar, fue índice elocuente del sentir unánime de la Nación, habida cuenta que para su erección en la Plaza del Rey se interesaron todos los elementos populares y las más altas jerarquías de entonces, así como el acogimiento caldeado, fácil y eficaz del pueblo de Madrid. Su presencia dio al acto del descubrimiento la mayor solemnidad, como testimonio de admiración y cariño al joven Teniente de la valerosa Infantería, héroe esclarecido del Parque de Montealeón el famoso 2 de mayo de 1808.

LA GUERRA DE SECESION DE LOS ESTADOS UNIDOS DE AMERICA DEL NORTE

por LUIS RUIZ HERNANDEZ

Coronel de Intendencia

El pasado año 1961, se cumplió el primer centenario de la guerra de Secesión de los Estados Unidos; guerra larga, pues duró, como es sabido, cuatro años, en los que se luchó tenaz y ardorosamente por parte de ambos adversarios y que señaló, por todo ello, un hito de excepcional valor en la historia de dicha nación, que celebró tal acontecimiento histórico con la importancia que merece. A este efecto son innumerables las publicaciones de todo género, incluyendo en primer lugar la multitud de artículos y reportajes en periódicos y revistas, así como actos públicos de toda índole, exposiciones y visitas a los diferentes museos y campos de batalla que, convertidos en parque de interés público por las autoridades de aquel país, se conservan, promordialmente cuidados, en número que llega a los tres cuartos del centenar.

En el presente trabajo pretendemos conmemorar por nuestra parte tal centenario de una importante guerra poco estudiada y conocida en España (1), no obstante existir sobre ella superabundante literatura (2).

(1) La bibliografía española, sobre el particular, es bien escasa. Sólo hemos encontrado dos obras que se ocupan de ella: el capítulo XXIV de la *Historia Militar*, de Aureliano Alvarez y Juan de Castro (4.ª edición, Madrid. Imp. de J. Murillo, pág. 300-10) y el estudio del General F. García Rivera, publicado en 1942 con el título de *Secesión de los Estados Unidos, Lee (1778-1865)* (Editorial Juventud, Barcelona, 156 páginas, 22 x 14 cm.).

(2) El CONDE DE PARÍS en su *Histoire de la guerre civile en Amerique*, tomo I, pág. 529, dice que en 1886, esto es, tan sólo un año después de acabada la guerra, apareció un grueso volumen en 4.º, denominado *Barlett's literature of rebellion*, que catalogaba más de mil obras relativas a la Guerra civil; y que seis años después este mismo número quizá se hubiese duplicado.

Dividiremos este ligero estudio, diríamos mejor bosquejo, en tres partes principales: I, Causas de la guerra; II, Desarrollo de la lucha; III, Consecuencias y resultados de la misma.

I. CAUSAS DE LA GUERRA

Aunque la lucha que nos ocupa es conocida generalmente con el nombre de Guerra de Secesión, se la denomina también frecuentemente Guerra Civil y, en algunos casos, Guerra entre Estados. Más exactamente fue una guerra de la independencia del Sur, pues el sentido y finalidad de la misma fue establecerse estos Estados del Sur como Estados independientes, fuera de la Unión, como se desprende de los hechos que brevemente hemos de relatar. Es el acontecimiento central de la historia de los Estados Unidos y decidió la existencia y el futuro de la Unión.

El conflicto armado tuvo origen en una serie compleja de motivos o causas que, para su más fácil estudio y comprensión, clasificaremos en tres grandes apartados: a) políticos; b) económicos, y c) sociales.

a) *Causas políticas*

La principal de ellas, fuente y origen de las demás de esta índole, se encuentra en la propia Constitución de los Estados Unidos, que tiene el mérito y el defecto de su extremado laconismo y que fue redactada por los «coloniales» del Congreso de Filadelfia de 1787, con vaguedad que se prestaba a varias interpretaciones. Creían que se iría precisando al crecer la Unión y que los cambios políticos y sociales que trajesen los tiempos podrían incorporarse con simples enmiendas, cosa sumamente peligrosa, ya que las antiguas colonias tendrían intereses encontrados que tratarían de defender con diferentes interpretaciones de la Constitución.

Sobre todo quedaba indefinido un punto de capital importancia: ¿dónde radicaba la soberanía? La Constitución parece establecer que las colonias inglesas, en cuyas constituciones particulares se decía que eran soberanas y que, en adelante, se llamarían Estados, continuaban siendo árbitros de sus propios destinos y que sólo se confederaban en unión temporal para su «tranquilidad y defensa».

Pero cabía también la interpretación de que la Unión era una nueva persona jurídico-política con plenos derechos y autoridad com-

pleta sobre las antiguas colonias o Estados que habían transferido a aquélla su independencia propia.

Estas dos interpretaciones correspondían a las opiniones de los dos más calificados artífices de la Constitución; Jefferson (3), el personaje más conspicuo, después de Washington, que representaba la primera, y Hamilton (4), que acaudillaba el bando defensor con encarnizamiento de la segunda. Jefferson, durante su presidencia, pudo frenar la tendencia unificadora.

La huella de esta duda ha quedado de manifiesto en el propio nombre que se dió a la Unión. En la Constitución se la llamó y se llama oficialmente aún «Estados Unidos de América» y no se la designó con un nombre personal o geográfico, como Colombia o Chile. Esto da un especial interés a la historia de la Unión, porque ha sido y es todavía «a nation in the making»; esto es, una nación que se está haciendo.

Con altibajos continuó esta controversia, que alcanzó proporciones alarmante durante el gobierno del séptimo presidente, Andrew Jackson (1829-37), hombre sencillo, de origen humilde, enemigo acérrimo de especuladores y financieros, enérgico y tenaz, que introdujo y practicó el llamado «spoil system»; o sea, el considerar los cargos y empleos públicos como un botín a repartir entre la gente del partido triunfador en las elecciones; siendo acérrimo nacionalista y centralizador.

En cambio, el vicepresidente John C. Calhoun (5) sostenía la doctrina llamada de la *nulificación*. Siendo la Unión un acuerdo entre

(3) JEFFERSON (Thomas). Nacido en Virginia en 1743. Hijo de propietarios, estudió leyes, hizo la Guerra de la Independencia como secretario de Washington; redactó la Constitución de su país natal en 1776. Embajador en París de 1785 a 1789. Secretario de Estado con Washington desde 1789 a 1794. Vicepresidente de la República en 1797 y tercer Presidente de ella en 4 de noviembre de 1801. En 1803 adquirió la Luisiana de Francia, por ocho millones de dólares. Murió en 1826.

(4) HAMILTON (Alejandro). De origen escocés, nacido en 1757; huérfano y pobre. Hizo la Guerra de la Independencia, que defendió de palabra y por escrito. Fue secretario y confidente de Washington. Secretario del Tesoro en 1789. Hizo salir del ministerio a Jefferson. Muerto en duelo por el jeffersoniano Burr, en 1804.

(5) CALHOUN (John Caldwell). Nacido en 1782 y fallecido en 1850. Ministro de la guerra bajo la presidencia de Monroe (1817-1825) y dos veces vicepresidente de los Estados Unidos desde 1825 a 1832. Partidario de la esclavitud; que calificaba la institución doméstica, y de ideas librecambistas. Trabajó con

Estados soberanos, cada uno de ellos tenía el derecho de decidir si un acto del Congreso era o no constitucional. Era Calhoun tan apasionado de esta doctrina, que decía que nada deseaba tanto como que sobre su tumba se escribiera la palabra *nulificación*. Varios Estados del Sur la compartían y confiaban en el apoyo de los Estados de Occidente (los sitos al otro lado del Mississipi), disgustados con el Gobierno federal a causa de las ventas que hacía, a bajos precios, de las tierras disponibles de aquéllos.

El dilema que se planteaba con estas controversias era Libertad y Unión o Unión y Libertad.

b) *Causas económicas*

Grave e importante causa de las diferencias y el antagonismo entre los Estados del Norte y los del Sur era el diverso y aun opuesto carácter de sus respectivas economías.

El Norte, especialmente Nueva Inglaterra (6), por su clima templado y frío y la abundancia de fuerza motriz, producida por sus numerosas corrientes de agua, era predominantemente industrial. Sus manufacturas, incipientes en gran parte, exigían que se les protegiese con elevadas tarifas aduaneras, para poder, a su amparo, dar de lado a la competencia de los productos europeos y vender los suvos propios en el ámbito de la Unión. Estas condiciones hacían posible el sostener una población, blanca en su gran mayoría, más del doble de la de los Estados del Sur (22 y 9 millones, respectivamente, al comenzar la guerra).

El Sur, en cambio, era predominantemente agrícola, con grandes fincas explotadas en régimen de monocultivo, y dada su escasa población blanca y lo cálido y húmedo de su clima, venía empleando para el trabajo de sus plantaciones gran número de esclavos negros desde los primeros tiempos de la colonización. El cultivo principal, fácil y barato, sobre todo después de la invención de la desmotadora de Whitney, era el algodón, excepto en Virginia, donde lo era y lo es aún el tabaco. También se recolectaba algo de caña de azúcar

ahínco la anexión de Texas, cuyo tratado firmó como ministro de Estado del presidente Tyler (1843) y se opuso a la guerra con Méjico de 1846-47.

(6) Se denominaba así entonces, y aún hoy, a la porción nórdoriental de los Estados Unidos, formada por seis estados: Maine, Vermont, Massachusetts, Connecticut, New Hampshire y Rhode Island.

y arroz, éste en Carolina del Sur y aquélla en los Estados más meridionales. Pero el producto más importante de todos, con mucho, era el algodón, que era exportado en ingentes cantidades a Europa, siendo la principal fuente de ingresos y la base de la economía del Sur.

Así las cosas, el Sur tenía legítimos agravios contra «las abominables tarifas». El aumento creciente de la producción de algodón hacía bajar los precios, en tanto que las tarifas, elevadas sin cesar por las exigencias de los manufactureros del Norte, aumentaba el coste de los objetos fabricados, y los «planters» (literalmente plantadores, los dueños de fincas de algodón), agoviados, amenazaban sublevarse. Si la Unión se convertía, para el Norte y el Oeste, en un medio de «xplotar al Sur, muy bien: el Sur anularía las leyes injustas y, caso necesario, se separaría de la Unión.

En 1832 Jackson firmó un nuevo arancel proteccionista. Entonces una convención de Carolina del Sur declaró que esa ley era nula y que no obligaba al Estado, ni a sus funcionarios, ni a sus ciudadanos. Si el Gobierno federal pretendía emplear la fuerza, Carolina del Sur se consideraría desligada de todo vínculo con la Unión y libre para obrar como Estado soberano; se empezaba a acuñar medallas con la inscripción: «J. C. Calhoun, primer Presidente de la Confederación del Sur».

A esto replicó el presidente Jackson ordenando armar los fuertes, que estuviese lista una escuadra para ir a Charleston (puerto principal de Carolina del Sur), y lanzando una enérgica proclama en la que declaraba la nulificación incompatible con la existencia de la Unión y contraria a la letra de la Constitución.

Medió Henry Clay, político hábil y conciliador (7) e hizo votar una ley estableciendo, por diez años, un arancel decreciente, que aceptó el Sur. Los dos campos cantaron victoria, prueba de la bondad del arreglo. Pero Jackson creyó que lo único conseguido era un retraso de la cuestión, y escribía a un amigo: «El arancel no es más que un pretexto; el verdadero objetivo es una confederación del Sur. El próximo pretexto será la cuestión de la esclavitud.»

(7) Nació en Richmond (Virginia) en 1777. En 1803 diputado por Kentucky; senador en 1806; en 1808 nuevamente diputado por Kentucky y presidente del Congreso. En 1824 candidato de la presidencia de la República, ministro de Estado con Adams. Senador en 1844, presentó en dicha Cámara el proyecto de ley en el que se aplazaba la cuestión antiesclavista.

c) *Causas sociales*

Como acertadamente decía Jackson en las frases que acaban de citarse, la cuestión de la esclavitud, árdua y difícil, pero no de imposible resolución, ni mucho menos, como se verá, fue el pretexto, no la verdadera causa del terrible conflicto que se cernía.

Ya Washington y Jefferson, propietarios de esclavos, eran hostiles a la esclavitud. Entre los adversarios nordistas de esta institución, había dos clases: los antiesclavistas y los abolicionistas. Los primeros, hostiles sólo al principio y a la extensión de la esclavitud; los segundos iban más lejos y pedían la liberación de todos los esclavos. Otros personajes, en cambio, eran propicios a ella, como el ya citado vicepresidente Calhoun que, recordando la democracia griega, basada en la esclavitud, la estimaba como un bien. O el profesor Thomas R. Dew, presidente del Colegio William and Mary, quien preconizaba la desigualdad como fundamento de las sociedades. O como Daniel Webster (8). Hostiles a la esclavitud, pero razonables, reconocían que éste era un problema económico y político que no podía ser resuelto por medio de frases brutales. Era necesario plantar y cosechar algodón; la esclavitud era «una calamidad y no un crimen» para el Sur; y si se emancipaba a los negros había que indemnizar a los «planters».

Esta prudencia exasperaba a los virtuosos abolicionistas. Si se les decía que era necesario respetar, por lo menos, la Constitución, la cual garantizaba el libre disfrute de toda propiedad, respondían: «La Constitución es un pacto con el demonio y un acuerdo con el infierno».

Así, pues, los «planters» nada odioso veían en la esclavitud; eran, en general, caritativos; y numerosos entre ellos sentían afecto por sus negros y se esforzaban en instruirles. Acaso el «Standard» de vida de estos esclavos agrícolas era, a veces, superior al de un obre-

(8) WEBSTER (Daniel). Jurisconsulto y político, nacido en Salisbury y muerto en Marshfield (1782-1852). Procurador en Portsmouth. Consejero del Tribunal Supremo, su fama de abogado le llevó al Congreso en 1813-26. Senador en 1828; ministro de Estado de 1841 al 43. Dotado de gran facilidad de palabra y de una clara y profunda inteligencia, se le consideró el mejor orador del país en su época.

ro del Norte. Pero el Norte lo ignoraba y, si se le hubiera dicho, se hubieran negado a creerlo.

El negro vivía en un régimen, en general, paternalista: cuando un esclavo estaba enfermo se le cuidaba; si era demasiado viejo para trabajar, se le mantenía hasta su muerte. En cambio, decían los del Sur a los del Norte; ¿qué pasa con vuestros blancos «esclavos asalariados», en Nueva Inglaterra, cuando están viejos o enfermos? ¡Les dan ustedes un puntapié y que se mueran de hambre!

Autor tan poco sospechoso a este respecto como el profesor Pi-joán, dice: «En la inmensa mayoría de los casos el propietario esclavista del Sur, que pintaban como un monstruo los folletos abolicionistas del Norte, era un caballero de modales distinguidos, manirroto sólo para su hacienda. Los tres o cuatro esclavos que mantenía (9) eran su vieja nodriza, el cochero de su padre, un muchacho huérfano adoptado, la cocinera negra orgullosa de sus guisados. Todos se habían de tal modo identificado con la casa y familia de su amo que, separados de ella, hubieran perecido.»

«Todavía hoy ciertas haciendas o plantaciones del Sur de los Estados Unidos conservan medio arruinado el departamento donde estaban alojados los esclavos. Lugar siniestro y malsano, aunque no peor que los barrios de obreros de Lille, Mulhouse y otras ciudades industriales de Europa en aquella época... Más que continuar manteniendo esclavos, lo que defendían los sudistas era su derecho a tenerlos» (10).

En el ánimo de todos estaba el que la esclavitud era una institución, además de anacrónica, antieconómica. Ya Varrón, en la antigua Roma, recomendaba a los propietarios rústicos de su tiempo que para las faenas que precisaban rapidez empleasen obreros asalariados, en lugar de esclavos. Y los trabajos que se efectuaban entonces en los Estados Unidos (carreteras, ferrocarriles, telégrafos) no podían conferirse a esclavos. Hubo que importar multitudes de obreros europeos (sobre todo irlandeses e italianos), cuyo trabajo demostró a los esclavistas que era mucho más eficiente y productivo, y, por ende, más económico.

Para resolver la cuestión, propuso el propio Lincoln también la emancipación progresiva de los esclavos mediante indemnización a sus

(9) Al estallar la guerra había en el Sur únicamente 2.000 amos que poseían más de 100 esclavos, por 1.400.000 que sólo poseían de 1 a 10.

(10) J. PIJOAN, *Historia del Mundo*, tomo 5.º; págs. 272 y 273

amos en un plazo de bastantes años (la operación hubiese terminado hacia el año 1900); pero no llegó a cuajar la idea en disposición legislativa alguna.

Al fundarse la Unión estaban equilibradas las tendencias abolicionistas y esclavistas; el número de Estados que permitían la esclavitud era igual al de los que la prohibían. Cuando entraba en la Unión un Estado nuevo esclavista, se tenía cuidado de ascender a la categoría de Estado a un territorio del Norte donde no se permitía la esclavitud. Con este expediente se fue tirando hasta el año 1820 en que el Congreso (11) aprobó el llamado compromiso de Missouri. Con arreglo a él no se permitiría la esclavitud por encima de los 36° 30' de latitud Norte y quedaba autorizada por debajo de dicha línea. Los esclavistas habían perdido, ya sin remedio, la dirección de la Cámara de representantes, que era y es elegida en proporción a la población; aún contando a los esclavos por $\frac{3}{5}$ de su número, como la había acordado el compromiso de 1787, estaban en minoría. Pero en el Senado podían conservar sus posiciones, siempre que se mantuviese la paridad entre los dos grupos de Estados.

En 1849 prodújose una ardiente controversia a causa del reconocimiento de California como Estado libre. Creyóse que se aplicaría el convenio Missouri, pero no fue así. Los Estados antiesclavistas tendrían, pues, mayoría. Entonces, para que subsistiese la paridad, pensaron los Estados Unidos en anexionarse Cuba. El presidente Polk (12) pidió a España la venta de la isla, ofreciendo por ella cien millones de pesos. España rehusó. Intentaron entonces los Estados Unidos apoderarse de la isla ayudando a los separatistas cubanos. Como fracasase el intento de Puerto Príncipe (1851), organizaron

(11) El Congreso (poder legislativo) se compone del Senado, formado por dos senadores por cada Estado de la Unión, elegidos por seis años, y la Cámara de representantes, formada por diputados, elegidos por sufragio universal, por dos años.

(12) POLK (James Knox) (1795-1849). Undécimo presidente. En 1825, jefe del Partido demócrata; presidente de la Cámara en 1835-39; gobernador de Tennessee en 1839-41. Durante su presidencia hizo contra Méjico la guerra por la posesión de Texas, que pasó a Estados Unidos junto con Nuevo Méjico y California, en virtud del tratado de Guadalupe-Hidalgo de 1848. La guerra con Inglaterra por la posesión del Oregón terminó con el acuerdo de 1846, en virtud de la cual la frontera entre los dominios ingleses y norteamericanos se fijó en el paralelo 49 latitud Norte.

la expedición que, al mando de Narciso López (13), salió de Nueva Orleans y desembarcó en Cuba el 12 de agosto de dicho año, siendo batida por las tropas españolas, aprehendido López y ejecutado en La Habana.

En 1854 volvió a plantearse la cuestión con motivo del llamado «bill» (proyecto de ley) Kansas-Nebraska. Estos territorios solicitaron entrar en la Unión como Estados libres por estar encima de la línea Missouri (36° 30'); el senador Douglas presentó un «bill» para decidir si en dichos Estados había de haber esclavos o no. Esto dividió a los partidos. El «bill» se aprobó en 1857.

Otros acontecimientos vinieron a complicar aún más, por aquellos años, esta ardua cuestión. Uno de los más notables por su significación e importancia, fue el «caso Dred Scott», ocurrido en 1857. Scott era un negro a quien su amo llevó a territorio libre en el Norte y después volvió a llevar a Missouri. Algunos años más tarde mu-

(13) LÓPEZ (Narciso). Este triste personaje nació en Venezuela en 1798. Ingresó en el ejército español y pasó a la Península, ascendiendo al empleo de mariscal de campo durante la primera guerra carlista, en que se distinguió por su valor e intrepidez, ya que no por sus dotes de táctica ni estrategia. El 30 de agosto de 1836 la brigada que mandaba fue copada por el general carlista don Miguel Gómez, en Matillas (Guadalajara), quedando prisionero con toda la fuerza (2.800 hombres y dos cañones). Sólo se salvaron dos lanceros que llegaron a Madrid con la noticia. Perteneció al partido progresista, muy afecto a Espartero y, al ser derribada la regencia de éste, el 1843, le fueron anulados los empleos y recompensas que tenía, siendo destinado a la isla de Cuba como simple soldado, donde se puso en relación con los separatistas. De allí escapó a Nueva York, preparando un alzamiento, de acuerdo con los yanquis, para la independencia de aquella isla. En 1850 intentó un desembarco, que fracasó, y, en 1851, hizo otra expedición, embarcando en Nueva Orleans con 500 «filibusteros» (la mayor parte angloamericanos) en el buque «Pampero». Desembarcó el 12 de agosto en Bahía Honda, parte septentrional de Cuba. Fue batido por tropas españolas (con muerte del general Enna), hecho prisionero en La Candelaria y ejecutado en La Habana en 1 de septiembre del mismo año. Este traidor se atrevió a calificar de enemigos de la Patria a los carlistas en una proclama dirigida a la población de La Mancha (de la que fue comandante general) en 8 de septiembre de 1835. Aunque liberal y masón, murió cristianamente, después de haber abjurado de sus errores. Juntamente con López fueron juzgados y condenados a muerte 50 yanquis por flagrante delito de piratería. El populacho de Nueva Orleans saqueó, por ello, la casa del cónsul de España y varios establecimientos españoles. Ante las reclamaciones del Gobierno español, el de los Estados Unidos dio explicaciones en nota de la Secretaría de Estado, fecha 13 de noviembre.

dió su amo y Dred demandó a su viuda reclamando su libertad, alegando que había sido emancipado «de facto» por su permanencia en territorio libre. La verdad es que el asunto había sido fraguado por los antiesclavistas para lograr una sentencia en favor de su tesis; pero no ocurrió así.

La audiencia de Missouri negó a Dred Scott el derecho de comparecer, porque no era ciudadano norteamericano; sentencia confirmada por el Tribunal Supremo, que establece jurisprudencia, condenando a Scott, considerando a un esclavo como un bien mueble, y el que la Unión no tiene derecho a desposeer a nadie de sus bienes. Esta sentencia revalidó las pretensiones de los Estados del Sur.

A la producción de este ambiente de tensión y luchas y a la agudización de las mismas contribuyeron en una buena parte la literatura y las violentas campañas de palabra y por medio de la prensa y folletos de todas clases.

En los Estados del Sur la lectura de las novelas de Walter Scott creó un período de exaltación caballeresca; se formó la imagen de un Sur romántico y feudal, que era necesario defender de la barbarie de los yanquis (14).

A la lectura de una innecesaria publicación abolicionista titulada «The Liberator», se achaca la espantosa matanza de 60 blancos por negros de Virginia, ya en 1820. El editor del tal publicación, Harrison, de Boston, ciudad destacada por su antiesclavismo, estuvo a punto de ser ahorcado varias veces por sus propios conciudadanos, a causa de sus trapisondas. De él dijo Summer, antiesclavista notorio, «que una carretada de antiesclavistas de Boston había producido más daños a su causa que todos sus enemigos».

Proliferó un grupo de escritores antiesclavistas que dieron origen a un verdadero movimiento literario, el cual influyó enormemente en la marcha de los acontecimientos, según se ha dicho. Fue su jefe el ya nombrado Harrison, y descollaron, entre otros, el citado Summer, orador famoso además, y el poeta John Greenleaf Whittier, el «bardo predilecto de América».

(14) Aunque la palabra «yanqui» se creó por los sudistas para designar despectivamente a los del Norte, su significado no es injurioso. Proviene del término «yanokie» con que los indios del Oeste nombraron a los primeros hombres blancos que con ellos se relacionaron y que significa mudo o que no habla. Esta voz se transformó en «yankee».

Todos quedaron, sin embargo, oscurecidos en popularidad universal por la que acaso era la figura más mediocre del grupo, Mistress Harriet Beecher Stowe (15), autora de *La Cabaña del tío Tom*, aparecida en 1852; novela de escaso mérito literario e incluso muy inferior a las otras producciones suyas, pero que alcanzó un éxito increíble, hasta el punto de que en un año se habían vendido en América más de 150.000 ejemplares, y los editores de Londres, ya en 1855, suministraron en un solo mes 250.000 ejemplares más. Es la novela en inglés más leída universalmente y se ha traducido a otros 22 idiomas.

Las grandes masas de lectores del Norte, creyéndola pintura fidelísima de lo que ocurría en el Sur con los esclavos negros, leían *La Cabaña* con creciente indignación. La obra exasperó al Sur y precipitó el conflicto armado. Así lo pensaba Licoln, quien, cuando más tarde encontró a su autora, la saludó como «a la mujercita que había comenzado una guerra».

Con el ambiente de este modo predispuesto no es de extrañar se produjeran incidentes como el de las campañas de John Brown, fanático antiesclavista, hombre fracasado en su vida (a los cincuenta años había ejercido hasta diez oficios distintos), piadoso, pero que se creía enviado de Dios y autorizado por ello a toda suerte de fechorías. Con sus cinco hijos se dedicó a liberar esclavos negros por la fuerza, llegando incluso al asesinato. En 1859 asaltó el arsenal del Estado de Harper's Ferry (Virginia) con el fin de distribuir armas a los negros. Se defendió desesperadamente contra las fuerzas del ejército enviadas a recobrar el arsenal; fue condenado a muerte y ahorcado. Naturalmente, los abolicionistas hicieron de él un mártir y una bandera (16).

Con todo, las fuerzas de ambos adversarios estaban equilibradas (15 por 15). Pero la entrada en la Unión de dos nuevos Estados es-

(15) Nacida en Lichtfield (Connecticut) en 1811; hija de un pastor protestante; casada en 1825 con el destacado teólogo Calvino Stew, también pastor. En 1856 publicó otra novela antiesclavista titulada *Dred*.

(16) Thomas Brigham Bishop escribió la célebre canción, que tanto contribuyó a enardecer los ánimos de los abolicionistas:

John Brown's body lies a — mouldering in the grave
His soul goes marching on...

(El cuerpo de Juan Brown's yace deshaciéndose en la tumba; su alma está marchando).

clavistas, Minnesota (1858) y Oregón (1859), rompió la paridad y contribuyó al triunfo del republicano Lincoln en las elecciones presidenciales de 1860.

En dicho año los dos grandes partidos que se disputaban las elecciones eran el demócrata (jeffersoniano) y el republicano (hamiltoniano).

Los demócratas se dividieron y presentaron a dos candidatos: el ala moderada del partido proclamó a Douglas (17) y los extremistas, abandonando la convención, eligieron a Breckenridge (18).

Las elecciones se celebraron el 6 de noviembre de 1860 y el elegido no tomaba posesión de la presidencia hasta el 4 de marzo de 1861. Los votos se repartieron de la manera siguiente:

Demócratas del Norte ...	Douglas ...	1.400.000	} 2.200.000
Demócratas del Sur ...	Breckenridge.	800.000	
Republicanos ...	Lincoln ...	1.800.000	} 2.400.000
Republicanos ...	Bell ...	600.000	

Como se ve, si bien el total de votos de los republicanos era superior al de los demócratas, reunidos éstos hubieran vencido a Lincoln por gran mayoría.

Fue una gran falta de táctica por parte de los del Sur, donde no obtuvo Lincoln (19) más que 24.000 votos. Nueve de estos Es.

(17) DOUGLAS (Stephen). Nacido en 1813, muerto en 1861. Fiscal general del Estado de Illinois, Senador, Secretario de Estado y magistrado del Tribunal Supremo. Se distinguió en los debates sobre la esclavitud, conteniendo con Lincoln. Su gran energía y extraordinaria robustez, dada su escasa talla, le valieron el sobrenombre de «pequeño gigante».

(18) BRECKENRIDGE (John). Nació en 1821 en Lexington (Virginia). Fue elegido vicepresidente de la República en 1856 y presidió el Senado en 1857. Tomó parte en la guerra de Secesión como general de los confederados y en 1865 desempeñó, por corto tiempo, la cartera de Guerra.

(19) LINCOLN (Abraham). Nació en Hodgeville (Kentucky) en 1809, de familia humilde de cuáqueros; su padre fue un pobre «pionero»; en su juventud no pudo adquirir más que una instrucción rudimentaria. El mismo decía que cuando llegó a la mayoría de edad sabía bien poca cosa. Pronto quedó huérfano de madre; su padre contrajo segundas nupcias y su madrastra llevó a su casa cinco libros: la *Biblia*, las *Fábulas de Esopo*, *Robinson Crusoe*, *Pilgrim's Progress* y *Simbad el Marino*. Los leyó tantas veces que se los aprendió de memoria. Más tarde añadió la *Vida de Washington*, de Pearson Weems, y *Scott's Lessons*, que era una recopilación de los discursos de Cicerón, Demóstenes y

tados votaron unánimemente contra él, sin un solo voto a su favor. Este resultado demuestra bien a las claras el mito de las «democracias». Lincoln subió a la presidencia tan sólo con el 40 por 100 de votos.

En medio de una atmósfera tan cargada, como acaba de verse, iba a comenzar su mandato el nuevo presidente. Así que nada tiene de particular la rápida sucesión de los acontecimientos que breve y sucintamente vamos a relatar.

Sin esperar a la toma de posesión de Lincoln, Carolina del Sur votó por unanimidad solemnemente la *secesión* de la Unión el 20 de di-

de los héroes de Shakespeare. Otra de sus lecturas favoritas fue la *Geometría* de Euclides, lo que le enseñó a hacer sus demostraciones claras y breves.

Pobre y desgraciado en su matrimonio (su mujer fue de un carácter terrible), buscó refugio en los ensueños.

Experimentaba cambios bruscos de humor, pasando súbitamente de una depresión hipondriaca a una elocuencia exaltada. A los cuarenta y nueve años sólo había sido diputado. Ejerció la abogacía en Illinois, destacando por su buen sentido, humorismo, su lógica, y también por su extraordinaria fuerza física. Era hombre de elevada estatura, huesudo, delgado, anguloso, desgarrado, con brazos largos, desproporcionados a su talla, pero vigoroso, como de hombre que en su juventud había trabajado en rudas faenas, manejando mucho el hacha, como leñador.

Amaba a los hombres de buena voluntad, pues él se consideraba como uno de ellos. Estaba orgulloso de proceder del pueblo. Sus partidarios le llamaban cariñosamente «Honest Abe» (Abrahamcito el honrado).

Como prudente realista, no era abolicionista fanático, ni cosa parecida. Tardó mucho tiempo en decidirse por la emancipación. No predicaba el odio a los poseedores de esclavos, pues reconocía las dificultades de la cuestión:

El el discurso electoral, pronunciado en Springfield, en julio de 1858, dijo:

Creo que este Gobierno no puede vivir de manera permanente mitad libre y mitad esclavo». «No espero ver disuelta la Unión... Pertenecerá a unos o a otros». Frases que expresan ya claramente su pensamiento; mantener la Unión, con hegemonía yanqui, naturalmente, sometiendo a los Estados del Sur. Se vea claramente que lo que se ventilaba no era precisamente el problema de la esclavitud, sino el de la independencia de los Estados del Sur, que no querían seguir sometidos al yugo «yanqui». Es decir, que, en el fondo del asunto, estaba la vieja división entre jeffersonianos y hamiltonianos.

Pero aún fue Lincoln más explícito en 1861, empezada ya la guerra, en las declaraciones que hizo a un periodista inglés: «Mi objetivo supremo en esta lucha es la salvación de la Unión y no la protección o aniquilamiento de la esclavitud. Si yo supiera salvar la Unión sin libertar un esclavo, lo haría. Lo que hago con respecto a la esclavitud y a la raza negra lo hago porque creo que contribuye a salvar la Unión. Y lo que dejo de hacer, lo dejo de hacer porque no creo que pueda contribuir a salvar la Unión.»

ciembre de 1860, invitando a los demás Estados del Sur a que le siguiesen. Siguieron inmediatamente Carolina del Norte, Mississipi, Florida, Alabama, Luisiana y Georgia en el mes de enero de 1861; poco después, Virginia, Texas, Tennessee, Arkansas y Mississipi; o sea, 11 de los 34 estados que comprendía la Unión. Los otros cuatro estados esclavistas: Missouri, Maryland, Delaware y Kentucky permanecieron en la Unión después de muchas luchas interiores.

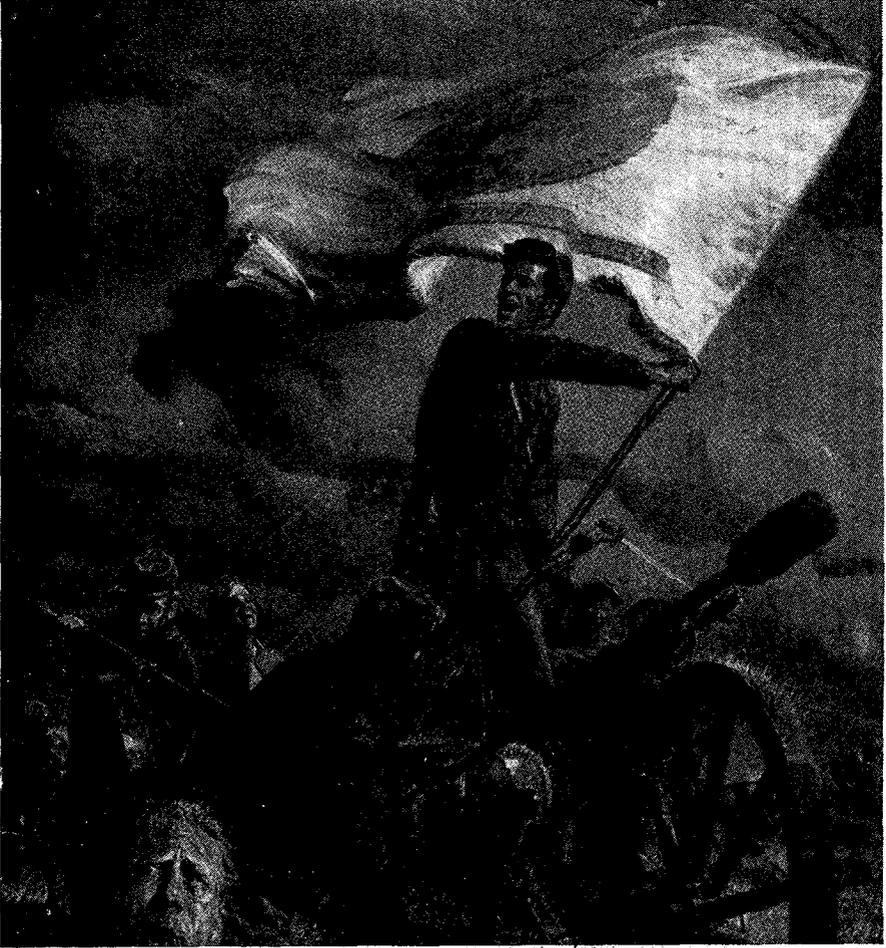
Los Estados así separados se llamaron Confederados, unidos en una Confederación, a diferencia de los del Norte, o Unión, que se llamaban federales o unionistas. Los confederados tuvieron como primera capital a Montgomery, que lo era del Estado de Alabama, trasladándola en 1862 a Richmond. El 18 de febrero de 1861 eligieron como presidente a Jefferson Davis (20). Adoptaron la misma Cons-

(20) JEFFERSON (David). Nació en 1808. Era un «planter». Ingresó en la academia de West-Point. Hizo la guerra de Méjico, donde se condujo valerosamente y llegó a coronel de Caballería, retirándose seguidamente para dedicarse al cultivo de sus tierras en el Estado de Mississipi. No era un aristócrata del Sur, sino hijo de un «pionero», nacido en una pobre cabaña de Kentucky y cuya educación le costó su hermano Joseph, que era un «planter» rico. Era gran aficionado a la lectura.

Enviudó, y un segundo matrimonio le dio entrada en la aristocracia local. Su hermoso rostro, su dignidad, su voz grave y su inteligencia contribuyeron a su éxito; pero, cuando fue nombrado Presidente de la Confederación, era ya un hombre prematuramente gastado. Una neuralgiá facial y una enfermedad de la vista le hicieron de carácter irritable. Como había sido militar, se inmiscuyó persistentemente en las operaciones militares, en daño, a veces, de ellas. Creyó que le nombrarían general, más bien que presidente. En Montgomery, al tomar posesión de su cargo pronunció un discurso grave y comedido del que son las frases siguientes: «Poniendo nuestra confianza en Dios, en la pureza de nuestros corazones y en la fuerza de nuestros derechos, defendéremos el Derecho lo mejor que podamos.»

Quiso hacer la paz con Lincoln, en 1865; éste no aceptó, porque Jefferson Davis insistió en el reconocimiento de los Estados confederados como condición preliminar.

Fue hecho prisionero en Irwinville (Georgia), el 10 de mayo de 1865. Marchó al Canadá y después a Europa, regresando a los Estados Unidos, donde murió en 1899. En sus últimos años escribió la historia de los grandes acontecimientos en que estuvo mezclado, en dos obras tituladas «Rise and fall of the confederate Government» (Ascenso y caída del Gobierno confederado) y «A short history of the confederate states of América» (Breve historia de los Estados confederados de América).



Asalto de una batería de los unionistas por los cadetes de la Escuela Militar de los confederados (15 de mayo de 1864)



Generales federales: Grant, Mc Clellan, Sherman y Meade.

titución de la Unión con ligerísimos retoques, amén del artículo que autorizaba la esclavitud (21).

El día 4 de marzo de 1861, en medio de una atmósfera de gran tirantez, se celebró la ceremonia de la jura y toma de posesión de Lincoln, a quien entregó el cargo Buchanam. Se guardaron grandes precauciones y el general Scott (22) hizo ocupar por fuerzas del ejército todos los puntos que pudieran ofrecer peligro, ya que Lincoln había recibido varias amenazas de muerte. Pero nada sucedió.

Al declararse los Estados del Sur independientes del Gobierno de Washington, ocuparon todos los fuertes, arsenales, astilleros y demás edificios públicos situados en su territorio, con las dos únicas excepciones de importancia del fuerte de Sumter, en la entrada de la bahía de Charleston, el más importante del Sur, y el fuerte Pickens, en la costa de Florida (Golfo de Méjico).

Los confederados consideraron como empeño de honor el que los federales abandonasen estos puntos, sobre todo Sumter y, a tal efecto, enviaron emisarios a Washington para tratar con Seward, Secretario de Estado de Lincoln. Este les prometió formalmente, por dos veces, que Sumter sería evacuado, pero les engañó. La guarnición yanqui no sólo continuaba ocupándolo, sino que el Gobierno federal intentó abastecerlo en varias ocasiones, la última en 9 de abril de 1861; no pudiendo hacerlo por el mal estado del mar. Esto colmó la paciencia de los confederados, cuyo Gobierno ordenó al general

(21) Las constituciones de la Unión y Confederación, expuestas paralelamente, pueden verse en las páginas 169 y siguientes del tomo 8.º de «History of American people», de W. WILSON.

(22) SCOTT (Winfield). Nació en Virginia en 1786 y falleció en 1866. Tomó parte, como capitán de artillería, en la guerra de 1812 contra Inglaterra, en la que se distinguió y fue herido varias veces. Luchó contra los indios en 1832, 1835 y 1838. En 1841 fue nombrado general en jefe del ejército. Hizo la guerra de Méjico; en 1947 tomó a Veracruz, derrotó a los mejicanos en varios combates y en 15 de septiembre se apoderó de la capital, Méjico. El 2 de febrero de 1848 firmó el tratado de Guadalupe-Hidalgo, que aumentó el territorio de los Estados Unidos en 1.650.000 kilómetros cuadrados. A pesar de todo, no pudo llegar a la presidencia de la República, puesto que ambicionó muchos años.

Aunque tenía la confianza de Lincoln, era demasiado viejo y achacoso para batallar y se retiró en 1 de noviembre de 1861.

Publicó sus *Memorias* (Nueva York, 1864, dos tomos).

Beauregard intimase por última vez la rendición del fuerte; añadiendo, si no se rendía: «Proceda usted como le parezca para reducirlo» (23).

Estas vacilaciones y falta de honradez del Norte en las negociaciones referidas fueron la causa de que Virginia y Missouri votasen la inmediata secesión, prueba de que si Lincoln hubiese dado tiempo suficiente para detener la crisis de Sumter, la Confederación se hubiera derrumbado bajo su propio peso.

Entretanto había ofrecido el Gobierno de Washington al coronel Robert E. Lee (24) el mando de las fuerzas del Norte, caso de que hubiese guerra. Lee rehusó.

(23) BEAUREGARD (Pierre-Gustave Toutant de). Nació en Nueva Orleans en 1818. Hijo de un rico plantador de Luisiana. Por su madre procedía de los duques italianos de Reggio. Teniente de artillería en 1839. Hizo la campaña de Méjico, donde fue herido tres veces. Capitán en 1853. Nombrado general de brigada por Jefferson Davis; ascendido a teniente general por la primera batalla de Bull's Run (21-7-1861). En 1862 recibió el mando del ejército del Missisipi. El 22 de octubre de 1862 batió al ejército federal en Savannah. Cuando ya la guerra estaba en su última fase, se hizo cargo del mando en Petersburg, derrotando a Grant el 31 de septiembre de 1864, quien tuvo 10.000 bajas. Poco después marchó contra Memphis, pero tuvo que ceder ante Sherman, a quien se rindió. Después de la guerra vivió en el más completo retiro. Fue hombre extraordinario y buen táctico.

(24) LEE (Robert Edmund). El indiscutiblemente mejor general de esta guerra; nació en Virginia en 1808, en Arlington, cerca de Washington; en dicho lugar, hoy famoso cementerio nacional, se conserva la casa en que nació, convertida en museo, solícitamente cuidada. Por parte de su esposa estaba emparentado con la familia de Washington, ilustre virginiano también. Estudió en la academia militar de West Point, de donde salió teniente de ingenieros en 1829; algún tiempo después hizo un viaje a Europa, ascendiendo a capitán en 1838. En 1847 fue nombrado jefe de las fuerzas de ingenieros del Ejército expedicionario para la guerra de Méjico. Su comportamiento en esta campaña, donde fue herido, le valió los grados de teniente coronel y coronel. En 1852 fue nombrado director de West Point. Fue enviado con Mc. Clellan a la guerra de Crimea para seguir las operaciones del sitio de Sebastopol.

De carácter noble y generoso (su gente le llamaba «el noble Lee»), era enemigo de la esclavitud. Había emancipado a sus esclavos y, en alguna ocasión, dijo que aunque hubiese poseído cuatro millones de ellos (esta cifra era la de la población negra de Estados Unidos entonces) los hubiese manumitido también.

Al estallar la guerra era jefe del primer regimiento de Caballería, cargo que dimitió en carta dirigida al secretario de Guerra, fechada en Arlington el 20 de abril de 1861. Como más tarde escribió: «No he podido resolverme

II. DESARROLLO DE LA GUERRA

Quedó el territorio de la Unión dividido en dos partes: el Norte y el Sur. Pero, como es natural, había hombres del Norte en el ejército del Sur y hombres del Sur en el del Norte. Tres hermanos de la mujer de Lincoln lucharon con el Sur. La división geográfica no correspondió con la ideológica.

El teatro de operaciones formaba un pentágono irregular, cuyos lados eran, empezando por el Norte: la línea que desde Pittsburg, en el Estado de Pensilvania, se une al río Potomac, hasta su desembocadura en la bahía de Chepaseake; la costa del Atlántico desde dicha desembocadura hasta Jacksonville; la línea imaginaria que uniese este último punto con la desembocadura del Mississippi (costa del Golfo de Méjico); el río Mississippi hasta la confluencia del Ohio, en Cairo; y este último río hasta Pittsburg. Quedaba fuera de este pentágono la península de Florida, que también fue escenario de algunas acciones terrestres y navales, si bien tan sólo de relativa importancia; teniendo en cuenta que el lado correspondiente al Ohio tiene unos 1.000 kilómetros de longitud y 700 el correspondiente al Mississippi, la Península Ibérica cabría holgadamente dentro del pentágono y aún sobraría terreno. Pero también se luchó, aunque esporádicamente, en otros puntos fuera del teatro expresado: tanto hacia el Oeste como hacia el Norte, en cuya dirección hubo algún combate en puntos próximos a la frontera con el Canadá (Vermont, a 25 kilómetros). Los frentes principales fueron dos: el del Este (Virginia) y el del Oeste (zona del Mississippi principalmente).

a levantar la mano contra mi Estado natal, mis hijos y mi hogar.» Nadie más digno que él. Por su genio militar, por su paciencia, cortesía y su constante generosidad, recordaba a los grandes capitanes del siglo xvi. Su única falta era el temor de ofender a sus subordinados, hasta el punto de llegar a parecer débil; pero era una debilidad nacida de un exceso de virtud.

Al terminar la guerra, pensó Lee, al principio, retirarse a algún lugar de los bosques; pero respetado y estimado por todos, llegó a ser presidente del Washington College que, en su honor, denominóse en adelante «Washington and Lee». Se ha dado también el título de «Fort Lee» al campamento permanente en el que están los centros de instrucción de Intendencia (Quartermaster) del ejército norteamericano, situado cerca de Petersburg (Virginia), en lugar muy próximo al que fue teatro de sus últimas hazañas en la guerra civil.

Al día siguiente (15 de abril) de la caída de Sumter, lanzó Lincoln un proclama llamando a filas a 75.000 hombres de la milicia, por un plazo de tres meses. Cuando una semana después de este llamamiento un batallón de voluntarios de Massachussets llegó a Baltimore, gran parte de la población, que simpatizaba con el Sur, abucheó y apedreó a la flamante tropa. Hubo disparos de un lado y otro, resultando cuatro soldados y doce paisanos muertos. Este episodio, conocido con el nombre de «motín de Baltimore», de poca entidad por sus proporciones materiales, la tuvo grande porque en él se inspiró el poeta James R. Random para escribir la famosa canción que tanto contribuyó a enardecer el entusiasmo de la población y los ejército del Sur:

The despot's heel is on thy shore,
Maryland!
His torch is thy temple door
Maryland
Avenge the patriotic goze
That flecked the streets of Baltimore
And be the battle-queen of yore,
¡Maryland, my Maryland!

(La planta del déspota huella tu tierra —¡Maryland!— Su tea está en la puerta de tu templo —Maryland—. Venga la sangre patriótica —Que manchó las calles de Baltimore—, y sé la reina de las batallas como antaño— ¡Maryland, mi Maryland!).

A pesar del ardor que denuncia este himno, Lincoln consiguió asegurar Maryland para el Norte por medio de maniobras políticas.

La guerra que comenzaba cogió mejor preparados a los Estados del Sur. Estos, viéndola venir, había organizado algunas tropas que, de suyo, tenían mejor calidad que las de los Estados del Norte; pues el soldado sudista, de procedencia campesina, en general, era más resistente y habituado a la vida de campaña que el yanqui, procedente en gran proporción de la masa obrera de las ciudades industriales. Y, además, disponía también el Sur de mejores mandos que el Norte; ya que la mayoría de la oficialidad profesional del ejército se pronunció por el Sur. Lo que no ocurrió en la Marina, de cuya oficialidad la mayor parte fue con el Norte. Hecho que tuvo gran

importancia para la decisión de esta guerra, la cual, por otra parte, todos temían, aun creyendo que sería de corta duración; cosa de una o dos grandes batallas, sin hacer caso de las opiniones de sus destacados generales; Lee, que predijo que la guerra podría durar años, y Scott, quien afirmó que si un buen general con un ejército de 300.000 hombres la terminaba en tres años, podía darse por satisfecho.

Para su mejor estudio, podremos considerarla dividida en cuatro fases que, poco más o menos, coinciden con los cuatro años de su duración, a saber: 1.^a, 1861-62, ejércitos improvisados en las primeras batallas; 2.^a, 1862-63, luchas encarnizadas hasta el equilibrio; 3.^a, triunfos de la Unión, 1863-64; y 4.^a, luchas finales y rendición, 1864-65.

Primera fase (1861-62)

W. Scott organizó las tropas disponibles en seis Cuerpos, distribuidos en la siguiente forma: dos en los «bordes states» (Estados fronterizos) de Missouri y Kentucky, otro para marchar directamente de Washington a Richmond, otro para operar en el valle central por la derecha y otro para operar en la Virginia occidental. De todos ellos el único que tuvo éxito fue este último, mandado por el general Mac Clellan (25), quien logró vencer a las tropas confederadas, inferiores en número, que ocupaban Virginia occidental (combate de Rich Mountain, 11 de junio), consiguiendo con ello el dominio de dicho Estado, el cual siguió durante toda la guerra afectó a la Unión.

Ante la presión de la opinión pública, enardecida por este triunfo, y de los políticos, que pedían un combate antes de que los voluntarios de tres meses regresasen a sus casas, Scott, de mala gana, envió el general de brigada Irwin Mc. Dowell al frente de unos 28.000 hombres «para tomar Richmond» (18 de julio de 1861). Acompa-

(25) Era oficial de ingenieros, procedente de West Point, conocedor de los clásicos de la estrategia. Fue enviado como observador a la guerra de Crimea, en unión de Lee. Al estallar la guerra, había dejado el ejército y se encontraba como presidente de una compañía de ferrocarriles, puesto en el que demostró notables cualidades de organizador; era técnico, metódico y trabajador; por su pequeña estatura y por su juventud (treinta años) le llamaban Little Mac (el pequeño Mac). Aficionado a las letras, llevaba la mano en la casaca, al uso de Napoleón.

fiando a este ejército una abigarrada multitud de gentes de Washington, en plan de excursión, para merendar y ver «el espectáculo». A los tres días de marcha tropezaron con el ejército confederado que, a las órdenes de Beauregard (unos 25.000 hombres), se había situado cerca del empalme ferroviario de Manassas, a unos 40 kilómetros de Washington, detrás de un riachuelo fangoso, llamado Bull-Run. Trabóse el combate (21 de julio de 1861) y mientras Mac Dowell atacaba de frente, acudió el general confederado Jackson (26), que operaba en el valle del Shenandoah (formado por las dos cadenas de montañas del sistema de los Alleghany's llamadas Blue Ridge y Cumberland) y, atacando el flanco derecho del ejército federal, éste fue completamente derrotado, huyendo vergonzosamente de la desbandada hasta refugiarse tras las defensas de Washington.

Los federales tuvieron 2.708 bajas por 1.881 de los confederados.

La estructura de sus fuerzas impidió a Beauregard aprovechar su éxito para llegar a Washington.

Hubo durante el resto del año 1861 una pausa, aprovechada principalmente por la Unión para hacer preparativos bélicos y planes de campaña. Estos consistían en bloquear por mar y tierra a los Estados confederados, aumentando gradualmente la presión hasta ahogarlos, a semejanza de una serpiente que oprime a su víctima con sus anillos (operación anaconda) (27). El bloqueo de las costas del Sur fue ya decretado por Lincoln en 19 de abril. Esta medida fue tomada a burla, al principio, por la Confederación, que no creía llegase a efecto por la escasez de escuadra del Norte y porque, además, esperaba que las potencias europeas, sobre todo Inglaterra y Francia no lo tolerarían, ya que les impediría recibir el algodón del Sur, materia de vital importancia para su industria. «Cotton is king»

(26) JACKSON, llamado Stonewall (muro de piedra) desde este combate, por su inquebrantable resolución de resistir impávido. Había nacido en Lewis (Virginia) en 1824. Fue alumno de West Point desde 1841 a 1846; hizo la guerra de Méjico, siendo ascendido a capitán y comandante por su valor. En 1852, profesor de táctica en el Colegio militar de Lexington (Virginia); de pequeña estatura, delgado, tenía un aire tímido y hasta místico, pero aquella mezuquina envoltura encerraba un verdadero genio de la guerra, por lo que sus paisanos le calificaron de Bonaparte americano.

(27) La anaconda es una gigantesca serpiente de hasta 10 metros de longitud, común en los bosques tropicales de América.

(el algodón es el rey), decían los sudistas, haciéndose eco de una vieja canción.

Segunda fase (1862-63)

Al comenzar 1862 disponía el Norte de unos 650.000 hombres y el Sur de unos 300.000. La actividad bélica había aumentado; no obstante, ninguno de los dos contendientes podía decidirse a una resolución rápida, dada la contextura de sus fuerzas. La Unión se disponía a cortar todo el comercio del Sur, tanto marítimo como con los Estados del Oeste del Misissipi. La Confederación desaprovechó la disposición de las fuerzas del Norte.

El general Grant (28) tomó los fuertes Henry, sobre el río Cumberland, en Kentucky, el día 6 de febrero y el Donelson sobre el Tennessee, en el Estado de este nombre, el día 16 de igual mes. Acu-

(28) ULISES SIMPSON GRANT, nació en Pleasant (Ohio) en 1822 y murió en 1885. Fue una revelación en la guerra. Alumno de West Point, fue el último de su promoción. Hizo la campaña de Méjico y, por su desmesurada afición a la bebida, hubo de dejar el servicio en 1854. Se dedicó a varias empresas: granjero, comerciante de pieles, fracasando siempre.

Al comenzar la guerra se incorporó al ejército de la Unión y fue nombrado coronel de un regimiento de voluntarios de Illinois, ascendiendo a general de brigada tras algunos combates afortunados.

Cuando tomó el fuerte Donelson y el enemigo pidió condiciones para capitular, contestó: «Unconditionnal surrender» (rendición sin condiciones), lo que le valió el apodo de «Unconditionnal surrender Grant».

Pasaba largos períodos de inactividad mental, pero cuando salía de ellos era para tomar una decisión que desarrollaba con toda energía.

Por ello, cuando sus enemigos pidieron al presidente que lo destituyese por su afición a la bebida (que dejó por completo algún tiempo después), Lincoln contestó: «No puedo prescindir de este hombre; se bate.» Y «quisiera saber qué clase de wisky bebe, para enviar un barril de él a cada uno de los otros generales».

Como recibiese quejas sobre la conducta de alta traición que observaban los judíos que seguían a su ejército, vióse obligado a publicar la siguiente orden general en 17 de diciembre de 1862: «Ningún judío deberá hacer acto de presencia dentro de una zona de 60 millas del frente». El general victorioso en tantas batallas, fue esta vez derrotado por los judíos, quienes consiguieron la anulación de aquella orden antes de veinte días.

Si no ganó realmente muchas de sus batallas, es lo cierto que no perdió finalmente ninguna, aunque ello fuese con la superioridad de medios habitual en las fuerzas de la Unión y a costa del empleo sin consideración que hacía de sus soldados, con pérdidas a veces espantosas; lo que le valió también el remoquete de «Grant, the butcher» (Grant, el carnicero).

dieron los confederados al mando de A. S. Johnston para contener el avance de las fuerzas nordistas combinadas de Grant y Buell, librándose la sangrienta batalla de Shiloh (día 6 y 7 de abril).

Johnston fue muerto en el campo de batalla el día 6. Beauregard tomó el mando. Grant perdió 14.000 hombres y los confederados 11.000. La parte cruenta de la batalla ocurrió en un huerto de melocotoneros en flor y estaba tan cubierto de cadáveres que Grant dijo más tarde: «Habría sido posible atravesarlo pisando los cuerpos sin que un solo pie tocase el suelo». Los muertos se encontraban materialmente cubiertos de pétalos de las flores de los melocotoneros. Grant se vio obligado a retirarse hacia el Norte.

Este mismo día 7 de abril el general yanqui Pope tomó el fuerte Island número 10 sobre el Mississipi, cerca de New Madrid.

Beauregard se sostuvo durante más de mes y medio contra el nuevo general en Jefe yanqui del Oeste, Halleck, con fuerzas notoriamente inferiores (47.000 contra 90.000), retirándose por fin hábilmente a fines de mayo. A pesar de este magnífico trabajo, este caudillo, a quien Jefferson Davis no quería, fue relevado por Bragg (29), que pudo sostenerse en la posición de Chatanooga.

El 25 de abril se rindió Nueva Orleans a la escuadra del almirante Farragut (30). La Confederación había sufrido duros golpes en el Oeste.

(29) BRAGG (Braxton). Nació en 1815 en Warren (Carolina del Norte). Alumno de West Point, de donde salió, en 1837, con el grado de subteniente de Artillería. En la campaña de Méjico se condujo valerosamente, ascendiendo hasta teniente coronel. En 1856 se retiró. Al estallar la guerra se ofreció a Jefferson Davis, quien le nombró general de brigada y le confió el mando de las fuerzas confederadas reunidas en Pensacola (Florida). En febrero de 1862, general de división. Tomó parte importante en la batalla de Shiloh, reemplazando a A. S. Johnston, cuando éste fue muerto. Derrotó a los federales en Perryville y Chickamauga (19-10-1863); pero derrotado aquí por Grant, se retiró a Georgia. Este revés concitó contra él la opinión pública y Jefferson se vio obligado a quitarle el mando, sustituyéndole por el general Joseph Johnston. Con grandeza de alma que le hace honor, pidió Bragg servir a las órdenes de su sucesor; pero el presidente le nombró consejero sin cometido especial. A fines de 1864 se le confió el mando de las tropas concentradas en Wilmington (Carolina del Norte). La actual escuela de paracaídas y sede de la XVIII División aerotransportada estadounidense, lleva su nombre. Fue hábil táctico.

(30) FARRAGUT (David Glascoe). Nació en 1801 en Knoxville (Tennessee). Su padre era menorquín, emigrado a América en 1776; luchó por la indepen-

Mientras tanto Mac Clellan había propuesto a Lincoln un vasto plan para su gran ejército del Potomac (160.000 hombres perfectamente armados y equipados, incluso con globos para observación). Desembarcarían entre los ríos York y James, que forman una península, y por ella avanzaría contra Richmond (que está a orillas del último) para atacarla de costado, mientras otras fuerzas lo hacían de frente. Los confederados disponían de unos 50.000 hombres

El día 8 de marzo el buque blindado y con espolón, sudista, «Virginia» (que era la fragata de la Unión llamada «Merrimac», abandonada en Norfolk al comenzar la guerra y reconstruida por los confederados) atacó decididamente en Hampton Road a la escuadra de la Unión, compuesta de 15 buques y que bloqueaba la desembocadura del río James. Echó a pique, incendiados, a dos buques, e hizo encallar a otro. Cuando al día siguiente volvió para continuar sus ataques, hubo de enfrentarse con el pequeño buque blindado «Monitor» (obra del famoso inventor Ericson), llegado a toda prisa desde Nueva York; el combate quedó indeciso; pero, al atardecer, el «Virginia» marchó a la dársena y ya no volvió a actuar en toda la guerra. Este suceso fue de incalculable trascendencia en la historia naval, pues con él comienza la época de los buques de hierro.

Pasado el miedo (los de Washington temían que el «Merrimac» remontase el Potomac y bombardease Washington), el 27 de marzo comenzó Mac Clellan a desembarcar su ejército en Fort Monroe, comenzando un avance lentísimo a causa de las dificultades del tiempo y el terreno y de la firme resistencia de los confederados, mandados por J. E. Johnston, quien libró su última e indecisa batalla en Fair Oaks Seven Pines, ya muy cerca de Richmond, los días 31 de mayo y 1 de junio; en esta lucha resultó gravemente herido, siendo reemplazado por Lee, a quien se le confirió el mando del Ejército de Virginia.

Entre tanto «Stonewall», Jackson, destacado en el valle de She-

dencia de las colonias inglesas. Algunos años después del nacimiento de su hijo ingresó en la Marina de los Estados Unidos. En 1810 ingresó también David en la Marina; fue el guardia marina más joven, con nueve años. Tomó parte en las batallas navales de 1812 a 1814. Capitán de navío en 1855. En 1860 se le consideraba el mejor marino de Estados Unidos. Almirante en 1866, el único de su época. En 1867 fue nombrado jefe de la escuadra norteamericana en Europa. Falleció en 1870.

nandoah, con 6.000 hombres, había luchado con su pericia y valor característicos y había derrotado a fuerzas muy superiores en cinco encarnizadas batallas, libradas en menos de tres meses.

Lee vio en seguida su oportunidad; el flanco derecho de Mc Clellan estaba «en el aire». Hizo venir secretamente a «Stonewall» desde el valle, sacó tropas de los defensores de Richmond, envió al intrépido Stuart (31) a efectuar un «raid» por la retaguardia del ejército de Mac Clellan y —en una semana furiosa del 25 de junio al 1 de julio— batió a Mac Clellan en Oak Grove, Mechanicsville, Gaines Mill, Savage's Station, Frayer's Farm y Malvern Hill.

Es el episodio conocido bajo el nombre de «la batalla de los siete días». La primera gran ofensiva de la Unión había fracasado con pérdida de 20.000 hombres, 35.000 fusiles, 50 cañones y abundante material. Mac Clellan se acogió a la protección de los buques de la escuadra en Harrison's Landing, de donde saldrían en agosto para Washington.

Lee, sin consideración al ejército de Mac Clellan, acudió a batir a otro nuevo de 70.000 hombres, mandado por el general Pope (32), el vencedor de Island número 10. Su misión era defender a Washington. Manióbró hábilmente Lee, secundado por Stonewall Jackson, consiguiendo atrapar a Pope en Manassas, donde fue completamente derrotado, en 30 de agosto, teniendo 14.500 bajas y retirándose a las líneas fortificadas de Washington con los restos de su maltrecho Ejército. El atacarle allí excedía de las fuerzas de los confederados. Esta batalla se conoce con el nombre de «Segundo Manassas o Bull Run». Pope fue destituido y enviado al Nordeste.

Mc. Clellan, que había recuperado el favor, fue encargado de la defensa de Washington, amenazada de nuevo; si bien Lee no se

(31) STUART (Jacobo). Nació en Virginia en 1835, muerto el 10 de mayo de 1864 en el combate de Arhland. Alumno de West Point, de donde salió en 1854 subteniente de Caballería. Capitán en 1855.

El 29 de junio de 1857 fue herido grave en combate con los indios. Nombrado general de brigada en 13 de septiembre de 1861 por su triunfo en Lewisville (Virginia). Se hizo famoso por sus «raids», modelo de audacia y pericia. Se le llamó el «Murat de los confederados». Murió sin haber cumplido los veintinueve años.

(32) POPE era hombre violento y fanfarrón; decía, por ejemplo, que su cuartel general estaba en la silla de su caballo, que no conocía del enemigo más que las espaldas, etc. Lee le aborrecía de manera especial por los muchos atropellos y expropiaciones que había cometido en su amada Virginia.

dirigía a la capital, sino a Maryland, con la esperanza de ganar a este Estado para la causa del Sur. Había, además, una razón importante, externa, para la invasión. Los Gobiernos de Europa, sobre todo los de Francia e Inglaterra, que estaban perdiendo dinero por el bloqueo creciente, y desfavorablemente impresionados por el pobre poder militar demostrado por el Norte, empezaban a tomar en consideración el reconocimiento de la Confederación. Si Lee conseguía ocupar Baltimore, el reconocimiento sería un hecho. Así, pues, aunque fatigado y desnutrido, su ejército avanzó a través de Potomac, entusiasmado por el «Maryland, my Maryland» que entonaban sus bandas de música, apuntando hacia el Norte, a la rica ciudad industrial de Harrisburg, en Pensilvania. Envío a Jackson a Harper's Ferry y a Longstreet a Hagerstown (Maryland), quedándose tan sólo con 19.000 hombres. Lee había planteado muy bien sus movimientos, pero tuvo la desgracia de que llegara a manos de Mac. Clellan una copia de sus órdenes en tres cigarros puros que «casualmente» se encontró un sargento de la Unión. Así, pues, Mac. Clellan conocía perfectamente la situación e intenciones de Lee; pero éste desconocía dónde andaba Mc. Clellan, por falta de su caballería, que se encontraba en un «raid». En estas condiciones, chocaron ambos ejércitos. Lee ocupó posiciones detrás del arroyo de Antietam, sosteniendo contra las tropas de Mc. Clellan, los días 16 y 17 de septiembre, la más sangrienta batalla de toda la guerra. El infatigable Jackson se había unido a Lee en la tarde del 16. El combate quedó indeciso, pues los federales no pudieron expugnar a Lee de sus posiciones; pero éste no podía continuar la lucha por falta de reservas y sobre todo de municiones. Aquella misma noche repasó el Potomac sin ser molestado para nada por Mc. Clellan. Lee había perdido 14.000 hombres de sus 39.000 y Mc. Clellan 13.000 de los 46.000 con los que habían luchado.

Aunque realmente no se tratase de una victoria de la Unión, Lincoln aprovechó la repercusión de la batalla de Antietam para su juego político, pues su situación se iba haciendo difícil. Así que el 22 de septiembre publicó su proclama preliminar de emancipación en la que advertía que si las regiones entonces rebeladas no volvían a la Unión para el 1 de enero de 1863, publicaría una segunda proclama declarando «libres para siempre» a los esclavos de aquellas regiones.

En octubre realizó Stuart otro de sus famosos «raids». Esta vez

en tres días, desde el 10 al 13 de octubre, dio la vuelta por completo a las posiciones de Mc. Clellan, destruyendo caminos y ferrocarriles, ocupando pueblos, cobrando contribuciones y adquiriendo información sobre el enemigo. Recorrió 241 kilómetros; o sea, 80 kilómetros diarios.

Mc. Clellan fue destituido del mando del ejército de Potomac a primeros de noviembre. Le sucedió Burnside (33), que se había distinguido en Antietam. Su ejército ascendía a la cifra de 140.000 hombres. Tras un descanso decidió avanzar hacia Fredericksburg (en dirección a Richmond), donde Lee ocupaba fuertes posiciones detrás del Rappahannok. Contaba su ejército unos 30.000 hombres. El 12 de diciembre atacó Burnside repetidas veces, fracasando. Tuvo 12.500 bajas por 2.000 de los confederados, retirándose. Si Lee entonces le hubiese perseguido le habría destruido completamente. Consecuencia de este fracaso de Burnside fue su destitución, en enero siguiente y el nombramiento de Hooker para sustituirle. El ejército permaneció al Norte de Fredericksburg, debilitado por las deserciones en masa y las enfermedades.

Al Oeste de los Allenghanies habían pasado los confederados a la ofensiva en este otoño de 1862. Bragg avanzó con 40.000 hombres hacia el Ohio; pero hubo de ceder en Perryville (8 y 9 de octubre) ante la superioridad numérica del ejército del general unionista Carlos Buell (60.000 hombres). Fracasó un intento de Grant de cortar a los confederados, atacando los puntos fortificados de Vicksburg y Port Hudson, en el Mississippi (noviembre y diciembre).

Tercera fase (1863-64)

El descanso invernal lo emplearon ambos contendientes en preparativos apresurados. Las fuerzas del Norte llegaron a los 750.000 hombres y los del Sur hasta 250 ó 300.000. Sobre todo esforzóse el Norte en aumentar y mejorar su insuficiente caballería.

(33) Nació en Liberty (Indiana) en 1824 y murió en 1881. Procedía de West Point, de donde salió oficial de Caballería. Hizo la guerra de Méjico. Realizó la notable hazaña de atravesar una región poblada de indios sin más escolta que tres hombres, recorriendo 1.930 kilómetros en diecisiete días; esto es, a 113 kilómetros diarios.

Al hacerse cargo del mando tenía, pues, treinta y ocho años. Su nombramiento fue bien recibido, pero él mismo no se consideraba capacitado para mandar un ejército.

Las primeras empresas bélicas de este año fueron realizadas en la zona del Mississippi, donde actuaban los ejércitos de Grant (50.000 hombres) en Corinth y Memphis, y de Banks (30.000 hombres) en Luisiana, protegidos ambos por flotillas de cañoneros mandados por Farragut y Porter, respectivamente. Grant comenzó en febrero sus ataques a Vicksburg, ciudad situada en una meseta escarpada sobre el río, muy bien artillada y fortificada, guarnecida por 30.000 confederados al mando de Pemberton. Perdidos Memphis y Nueva Orleans, era Vicksburg el último punto importante de tránsito del Sur hacia el Oeste; lo que explica la obstinada defensa que de él hicieron, así como la insistencia de Grant en expugnarlo. Fracasaron dos ataques que lanzó contra la plaza, a la que, finalmente, puso sitio. Acudió Johnston a levantar el bloqueo, pero fue rechazado (Champion Hill, 15 de mayo).

Faltos de municiones y de víveres (el hambre había sido espantosa), capitularon los confederados el 14 de julio. Grant se condujo magnánimamente; dio libertad a los prisioneros bajo palabra. El 9 de este mismo mes se rendía Fort Hudson al ejército de Banks.

Con estos rudos golpes a la Confederación, habían conseguido los federales el objetivo de la campaña del Mississippi.

Bragg venció a Rosecrans, con la cooperación de Longstreet, en la batalla de Chickamauga, Georgia (19 y 20 de septiembre); pero fue batido por Grant en Chattanooga, Tennessee (23 al 25 de noviembre) y tuvo que retirarse a Dalton (Georgia). Kentucky y Tennessee estaban definitivamente perdidos para el Sur.

En el teatro oriental de operaciones (Virginia) las hostilidades comenzaron a últimos de abril. Hooker, Jefe del ejército del Potomac, a quien llamaban «fighting Joe» (Pepe, el batallador), disponía de 143.000 hombres de Infantería y 10.000 de Caballería, por los 53.000 y 10.000, respectivamente, de que disponía su rival, Lee.

Hooker quiso copar el ejército de Lee, pero éste, maniobrando con su denuedo y pericia característicos y con la cooperación de «Stonewall» Jackson, batió por completo a los federales en la sangrienta batalla de Chancellorsville (2 al 4 de mayo); Hooker tuvo 16.000 bajas por unas 7.000 de Lee. La victoria se pagó cara por la muerte de «Stonewall» Jackson, a consecuencia de haberle herido uno de sus propios soldados, que le tomó por enemigo en la oscuridad de la tarde, en medio del bosque. Hubo de amputársele un brazo y, de resultas de una pulmonía traumática, falleció ocho días después.

Fue tal el sentimiento de Lee, que exclamó: «Valiera más para nuestra causa que hubiera sido herido yo en lugar suyo.» Tenía sólo treinta y nueve años cuando la muerte cortó su brillante carrera, legando no sólo al Sur, sino a todo el país, una reputación de heroica bravura y de genio militar que ninguno otro había alcanzado. Chancellorsville es considerada como la obra maestra de Lee.

Para explotar la superioridad moral y táctica de sus tropas, Lee dirigió, a primeros de junio, un envolvimiento estratégico del ejército de Potomac. Hooker había enviado su caballería (10.000 jinetes al mando de Pleasanton) a vigilar los movimientos de Lee, tropezando con la de éste, mandada por Stuart (otros 10.000 caballos). El 9 de junio, en Brandy Station, se libró la mayor batalla de caballería hasta entonces conocida. Tras violentas y encarnizadas cargas, durante todo el día, quedó el campo por los confederados. El movimiento envolvente de Lee no se terminó.

A fines de junio atravesó Lee el Potomac más arriba de Harpers Ferry sin ser molestado. Sus vanguardias llegaron a penetrar en Pennsylvania, rico Estado industrial donde Lee pensaba encontrar cuanto precisaba su ejército necesitado de todo, víveres, calzado, caballos.

El Gobierno de Washington destituyó a Hooker el 28 de junio sustituyéndole con Meade, nacido en Pennsylvania y resuelto decididamente a defender el suelo de su Estado madre. Desgraciadamente para Lee, su caballería se distrajo tanto para capturar un convoy federal de suministros, que perdió el contacto con su ejército y no pudo informarle de que el del Potomac se le venía encima.

Así, pues, inesperadamente, el día 1 de julio de 1863, los dos ejércitos chocaron cerca de Gettysburg, en una batalla extremadamente sangrienta (28.000 bajas de Lee y 23.000 de Meade) de tres días de duración, que quedó indecisa. Pero Lee, escaso de efectivos y falto de municiones, optó por retirarse, repasando el Potomac, sin que Meade le molestase. Con su nobleza y magnanimidad acostumbradas, Lee se echó toda la culpa de este fracaso, a pesar de las graves faltas cometidas por sus tenientes, sobre todo Irwin y Longstreet.

Al invadir Pennsylvania, el Sur había contado también con otros factores políticos que debían contribuir al éxito de la operación. Era éstos el cansancio que la guerra había producido en el Norte,

la falta de voluntarios para sus filas y los motines que por todo ello se produjeron en varias ciudades, sobre todo en Nueva York. Al faltarle voluntarios, el Norte dio primas de enganche, mas ésto no fue suficiente. Hubo que acudir a la conscripción. Pero el conscripto podía redimirse por 300 dólares o poner un sustituto. Esto indignó a las masas, que decían que era «una guerra de ricos hecha por los pobres». En este verano de 1863 hubo tumultos, gritos de «abajo la guerra y la conspiración», «abajo los ricos». Se incendiaron casas e iglesias, se levantaron barricadas, se cortó el telégrafo. El populacho mató a treinta negros, a cuya raza hizo responsable de la guerra declarada para libertarla. Hubo que enviar a Nueva York 2.000 hombres del ejército del Potomac, que llegaron a disparar contra la multitud. Pero Gettysburg dio al traste con las esperanzas puestas en estos sucesos.

Gettysburg señala el punto de inflexión de toda la guerra; demostró que no era suficiente la fuerza del Sur para una ofensiva decisiva en el corazón de la Unión.

Al terminar el año, ambos ejércitos ocuparon casi los mismos cuarteles de invierno del año anterior, a ambos lados del Rapidán y del Rappahannock.

Lucha final y rendición (1864-65)

En febrero de 1864 Lincoln nombró a Grant teniente general y jefe de todos los ejércitos de la Unión. Grant fue a Washington el 8 de marzo, por primera vez en su vida, para hacerse cargo de su nuevo cometido.

Se trazó un plan de operaciones conjunto. Se atacarían las dos bases principales de los confederados. Grant iría contra Richmond, y Sherman (34), avanzaría por Georgia contra Atlanta, su capital, pro-

(34) WILLIAM TECUMSEH, SHERMAN nació en Lancaster (Ohio) en 1820 y murió en Nueva York en 1891. Alumno de West Point. Había hecho la campaña de Méjico y se retiró del servicio. Fue director de una sucursal de Banco y más tarde director de una Escuela militar de Luisiana, cargo que desempeñaba al comenzar la guerra. Enérgico, de ideas claras y voluntad firme. Tenía un pelo rojo que le preocupó mucho en su juventud; quiso teñírselo por sentirse con un complejo de inferioridad. Activo, no quería distraer tropas en posiciones.

En 1869 sustituyó a Grant en el mando del ejército. Publicó sus memorias en 1875.

siguiendo su marcha hasta el mar y girando después hacia el Norte por ambas Carolinas para enlazar, en Virginia, con las fuerzas de Grant, cerrando la tenaza sobre Lee.

Al comenzar esta última fase de la guerra, las fuerzas de la Unión sumaban, en conjunto, 683.000 hombres, para un total de 240.000 confederados. Los principales ejércitos eran: los federales del Potomac, al mando de Meade, con efectivos de 120.000 hombres, y el de Sherman, en el Mississipi, con 99.000 hombres. Frente a éstos disponían los confederados del ejército de Virginia, al mando de Lee, con 64.000 hombres, y, frente a Sherman, J. E. Johnston (que había relevado a Bragg), con 60.000.

En el transcurso de la guerra había ocurrido un cambio de armas que haría mudar de táctica. En efecto, la introducción del rayado en los fusiles, daba a éstos un alcance triple y mucha mayor precisión, cuadruplicándose su poder mortífero. Así, pues, los ataques de la Infantería en grandes masas, tal como se venía realizando, resultaron demasiado costosos. Contra esto hubo que defenderse, parapetándose y atrincherándose en modo tal como no se conocía desde la época romana y que hacía presentir lo que ocurriría en la primera guerra mundial. Así se explica el carácter que revistieron las luchas de los últimos diez meses de la guerra en el frente de Virginia.

Comenzó el año con el intento de los federales de apoderarse de Florida. A principios de febrero, una parte del Cuerpo de observación yanqui estacionado en Charleston, apoyado por la flota, fue batido completamente en la batalla de Olustee por fuerzas confederadas al mando de Beauregard.

Con sus casi 100.000 hombres, repartidos en tres ejércitos, comenzó Sherman sus operaciones de invasión de Georgia, a cuyo efecto salió de Chattanooga a primeros de mayo. El viejo y experimentado general sudista Johnston le puso tenaz resistencia en varios duros combates defensivos, pero el 9 de julio, acosado por las fuerzas prepotentes de Sherman, terminó por encerrarse en Atlanta, capital del Estado y base de operaciones del Ejército confederado del Sur, que había sido fuertemente fortificada. Había prestado un excelente servicio, conteniendo y cansando a un enemigo que le doblaba en número. Pero Richmond estaba descontento con su táctica dilatoria (escápate para luchar otro día) y le reemplazó por el general Hood, hombre valeroso, gran luchador, herido en un brazo en Gettysburg y que había perdido una pierna en Chiskamauga. A pesar de la debi-



Escena de la primera batalla de Manassas (21 de julio de 1861).



Generales confederados: Lee, Jackson, Stuart y Beauregard.

lidad de sus tropas intentó la ofensiva, librando dos sangrientas batallas, en las que perdió 15.000 hombres. Resistió en Atlanta, pero, rodeada la plaza por el Sur por fuerzas de Sherman, hubo de evacuarla en 1 de septiembre, tras destruir abundantes elementos acumulados en ella.

Sherman se condujo entonces (como también durante toda la guerra, con la única excepción de la rendición, al final, de Johnston), con su característica y fría crueldad. En efecto: ordenó al alcalde de Atlanta que evacuase la ciudad todo el mundo, porque la necesitaba para que descansasen sus hombres y ganado. Así que hombres, mujeres y niños, ancianos y enfermos, hubieron de cobijarse en unos bosques, donde muchos murieron de pulmonía por no poder soportar la intemperie.

Hood intentó, con 40.000 hombres, la invasión de Tennessee; empresa, aunque audaz, desproporcionada a sus escasas fuerzas; por lo que acabó siendo batido por el general nordista Thomas, el 16 de diciembre, en Nashville. Con los restos de sus fuerzas, Hood se unió a las fuerzas confederadas, que luchaban en las Carolinas.

Continuó Sherman su campaña, saliendo de Atlanta el día 15 de noviembre de 1864, con 62.000 hombres y, avanzando en un frente de 80 kilómetros, hizo en 21 jornadas los 482 kilómetros de distancia hasta Savannah, que ocupó el día 21 de diciembre, cayendo en sus manos respetable botín de armas y provisiones; pero sin conseguir apresar a la guarnición, que huyó a Charleston la noche anterior.

Ocioso es decir que esta famosa marcha de Sherman se caracterizó por las despiadadas expoliaciones y desvataciones que llevó a cabo, destruyendo y quemando cuanto no aprovechaba a la subsistencia de sus tropas. Utilizó más de 540 kilómetros de vía férrea y devastó propiedades por valor de más de 40 millones de dólares.

Reanudó su marcha Sherman a mediados de enero de 1865 y, superando las dificultades que le oponían la caballería sudista y el mal tiempo, llegó a Durham, en Carolina del Norte, donde el día 18 de abril capituló J. G. Johnston. Sherman aceptó la rendición en las mismas honorables condiciones con las que había capitulado Lee ante Grant nueve días antes.

En el teatro principal de operaciones del Norte de Virginia, el general Grant había reunido hasta la primavera de este año 1864 una fuerza de 165.000 hombres para el ataque contra Richmond. Instruí-

do con gran cuidado y compuesto en su mayor parte de veteranos, era el ejército de mayor capacidad combativa de que habían dispuesto los federales hasta entonces. No tenía que atacar en masa única a Richmond (ya que este camino estaba asignado al ejército del Potomac al mando de Meade, al frente de 120.000 hombres estacionado en la Rappahannock), sino que debía realizar también ataques simultáneos contra ambos flancos del enemigo, a saber: Sigel, con 14.000 hombres a través del valle del Shenandoak, y Bulter, con 30.000, en la península de Virginia.

Así, pues, con sus 64.000 hombres en la Rapidan podía operar Lee por líneas interiores contra sus enemigos divididos entre Richmond y Gordonsville. Pero, dada la limitación de sus elementos, tanto en hombres como en material, tenía que administrar cuidadosamente sus fuerzas.

Meade atravesó el Rapidan, intentando rodear el ala derecha de Lee, quien le batió los días 5 y 6 de mayo, en Wilderness, que un año antes había sido teatro de la batalla de Chancellorsville, haciéndole 15.000 bajas (Lee tuvo 8.000) y obligándole a retirarse (croquis número 8).

Comenzó entonces el ejército federal un deslizamiento hacia el Suroeste, pero siempre se le anticipaba Lee en movimientos sabiamente concebidos y diestramente ejecutados.

Así batió sucesivamente a las fuerzas de Grant en Spottsylvania, los días 18 y 19 de mayo (17.000 bajas de Grant por 9.000 de Lee), en North Anna el 23 del mismo mes de mayo, y en Cold Harbor el 3 de junio. Batalla esta última que fue una terrible miniatura de Gettysburg y en la que Grant tuvo 7.000 bajas en sólo una hora de ataque. Tras este fracaso, se le ocurrió a Grant alcanzar a Richmond por la orilla Norte del río James, que consiguió pasar, por un gigantesco puente flotante el 9 de junio, burlando a Lee, que le esperaba para batirle en Malvern Hill, y uniéndose a Butler en City Point, cerca de Petersburg.

En mes y medio había perdido Grant 55.000 hombres por 30.000 de Lee. La moral del ejército del Potomac se hundió ante pérdidas tan enormes. Se alzó fuerte griterío contra la sangrienta táctica de Grant, que alcanzó incluso a Lincoln, quien, el 8 de junio, había sido vuelto a elegir candidato para la Presidencia. Además, el partido de la paz, contrario a Lincoln, le acusaba de haber abusado de sus poderes de comandante en jefe, de haber suspendido el «habeas corpus»

sin contar con el Congreso, y de celebración de juicios ilegales por tribunales militares. Alguien le llamó César.

Lee pudo llegar a tiempo para contener a Grant al Este de Petersburg, dejándolo inmovilizado el 23 de junio. La guerra en Virginia se calmó, convirtiéndose en una nueva manera de luchar extraña y estática, en que los ejércitos vivían separados sólo unos metros en trincheras fangosas y escribiendo a sus hogares entre salpicaduras producidas por las granadas que estallaban detrás de sus líneas.

Durante el verano hubo dos interrupciones de esta tediosa guerra de trincheras. Fue la primera la brillante expedición del general confederado Early. Este fue enviado con 20.000 hombres por Lee el 2 de julio de 1864 a limpiar el valle de Shenandoah. Pero Early no se contentó con esto, sino que pasó el Potomac, invadió Maryland y venció, el 7, al enemigo en Monocacy y el 11 llegó a la vista de Washington, sembrando la alarma y el miedo en la capital. Los federales lanzaron en su persecución tres columnas con un total de 57.000 hombres, lo que le obligó a retirarse el día 12, repasando el Potomac con rico botín de ganado y pertrechos de guerra, logrando mantenerse en el Shenandoah, hasta que, incapaz de resistir más por haber tenido que enviar parte de sus fuerzas en ayuda de Lee, fue batido en Cedar Creek (19 de octubre); acabó por incorporársele en Richmond.

La segunda interrupción consistió en un fuerte ataque a la línea de defensas confederada y que formó parte de una serie de ellos, frustrados, durante todo el verano. El ataque en cuestión comenzó al amanecer del 30 de julio por la explosión de una mina cargada con 3.600 kilogramos de pólvora bajo las fortificaciones confederadas, que produjo en éstas una brecha («el cráter») de 460 metros. Acudió rápidamente Beaupard (que era el comandante militar de Richmond) con refuerzos, batiendo enérgicamente a los desganados federales, que tuvieron que retirarse, dejando 4.400 bajas, dentro y alrededor del agujero.

Mientras tanto, en la retaguardia política, Mc. Clellan, el adversario democrático de Lincoln, hacía campaña electoral sobre la plataforma de que la guerra era un error y había que acabarla.

El frente quedó inactivo hasta la primavera del año siguiente, 1865, que había de traer el fin de la lucha. En 9 de febrero había sido nombrado Lee, finalmente, comandante en jefe de todos los ejércitos

del Sur. Demasiado tarde. La mayor parte de lo que quedaba de aquéllos yacía inmóvil y hambriento en sus trincheras de Petersburg (35).

Las líneas de Lee se hacían a la fuerza más débiles por las deserciones y por los efectivos que hubo de enviar, en diciembre de 1864, para defender a Wilmington, uno de los dos únicos puertos de mar que le quedaban a la Confederación. El 22 de febrero llamó a Johuston y le ordenó conducir contra Sherman sus fuerzas, formadas por los supervivientes de Hord y los refugiados de Georgia.

Al final de marzo de 1865, ambos bandos tomaron decisiones que conducirían al final de la lucha. Para escapar al cerco que le amenazaba por los avances de Sherman en Carolina, el animoso Lee quiso dejar las largas líneas (de 120 kilómetros) que le ataban a Richmond y, unido con Johuston, llevar el grueso de sus fuerzas a un ataque decisivo contra Sherman. Para ello pasó a la ofensiva, atacando el 24 de marzo, por sorpresa, el extremo Norte de la línea unionista en Fort Stedman, con el fin de cortar la línea de abastecimiento de Grant; pero el ataque, admirablemente planeado, fracasó por escasez de fuerzas. Lee no pudo emplear más que 15.000 hombres y eran menester 40.000.

Grant, que había decidido otro fuerte movimiento a la izquierda para entretener a Lee, avanzó el 29 de marzo hacia Dincoide. Otra vez Lee había llevado a tiempo todas sus fuerzas disponibles a la línea Five Forks-Petersburg (36).

El combate comenzó con éxito (31 de marzo) por los confederados; pero al día siguiente (1 de abril), el general sudista Pickett fue rechazado por Sheridan, reforzado por tropas de refresco. Este éxito movió a Grant a ordenar un ataque general sobre Petersburg para el día siguiente, 2 de abril. Cayeron en su poder las líneas exteriores de defensa de la plaza y, por la tarde, tuvo Lee que ordenar la evacuación de Richmond y Petersburg. El día siguiente por la

(35) Petersburg está situada en la orilla meridional del Appomattox, a 34 kilómetros al Sur de Richmond, y es puerto fluvial en el río citado. Su importancia era decisiva por ser el punto de confluencia de tres líneas férrreas; la del Oeste hacia Lynchburg y Danville; la del Atlántico hacia el Sur, y la del Norfolk hacia el Este, y base, por tanto, de abastecimiento de Richmond y de operaciones del ejército confederado.

(36) Five Forks no dista más que 22 kilómetros de Petersburg.

mañana (3 de abril), las tropas federales ocuparon ambas ciudades y comenzaron la persecución.

Toda la energía y habilidad de Lee y la abnegación de sus soldados no pudieron impedir que los federales, que le rodeaban con su gran superioridad numérica y en mejores condiciones físicas, hiciesen prisioneros algunas de las fracciones de las agotadas y hambrientas tropas sudistas (8.000 hombres) a lo largo de cinco días de extenuante retirada. Combatiendo hacia el Oeste, único camino de posible escape, Lee se dirigía hacia Amelia Court House, en busca de provisiones para sus famélicas gentes.

No las encontró allí y siguió adelante. Pero al llegar a Appomattox Court House halló el camino bloqueado por el flanco, frente y retaguardia. Los oficiales le decían: «Peleemos». Lee se encaró con la triste realidad: «Aquí no me queda más que ir a ver al general Grant».

El Domingo de Ramos, 9 de abril de 1865, Lee se dirigió a caballo hacia Appomattox a ver a Grant. Ambos se estrecharon las manos y discutieron los términos de la rendición, que fueron equitativos, dadas las circunstancias. Ambos sufrían; Lee por capitular, Grant ante el dolor de su contrincante. «Siento cualquier otra cosa menos regocijo por la caída de un adversario que ha luchado tanto y tan valientemente», dijo Grant.

Firmaron los documentos y se estrecharon nuevamente las manos. Lee salió al porche de Mc. Lean House, donde se había celebrado la reunión, y pidió su caballo. Cuando montó Lee, salió Grant al porche y se quitó el sombrero. Lee devolvió el saludo.

La fuerza que capituló ascendía tan sólo a unos 25.000 hombres. Los oficiales quedaron en libertad, bajo palabra de honor, y los regimientos fueron disueltos, tras de deponer las armas. Grant ordenó la distribución de raciones a los hambrientos soldados sudistas. También permitió que se llavasen cierto número de caballos y mulas para que reanudasen cuanto antes el cultivo de sus tierras.

Así terminó la guerra de Secesión, aunque, como es lógico, la lucha se prolongó por más o menos tiempo en otros lugares. El último representante del Gobierno Confederado, Jefferson Davis, fue hecho prisionero el día 15 de mayo en Irwinville (Georgia), cuando se dirigía a Texas para continuar la lucha.

La guerra marítima y fluvial

Diremos ahora breves palabras acerca de ella, ya que tuvo una gran importancia en esta lucha.

Al estallar el conflicto los Estados Unidos disponían tan sólo de una marina débil, que, en mayo de 1861, contaba con 62 buques de guerra; a saber, 27 vapores y 35 buques de varios tamaños; de ellos, 42 en servicio y los restantes desmantelados. Casi todos quedaron en poder de la Unión. Mediante nuevas construcciones y arreglos de buques de comercio, los federales poseían, en diciembre de 1861, 264; a los dieciocho meses unos 430 y hacia el final de la lucha 680; entre ellos unos 70 blindados (la mayor parte monitores para la costa) y cañoneros y balsas para los ríos. En 1861 la Unión gastó en la Marina 13 millones de dólares y, en 1865, 123 millones.

Como a los confederados les faltaban los elementos para la creación rápida de una Marina (flota mercante, establecimientos industriales y dinero), su flota no adquirió importancia alguna. Su fuerza nunca pasó de 16 buques blindados y 50 de madera; muchos de ellos eran sólo guardacostas o remolcadores. Se dió extraordinaria importancia a la construcción de cruceros ligeros para molestar el comercio enemigo.

Por primera vez en la historia, los sudistas emplearon los torpedos; más tarde se sirvieron los Estados del Norte de este medio de lucha.

Como se dijo anteriormente, el Norte bloqueó casi por completo al Sur, cuyo comercio siguió realizándose, no obstante, durante toda la guerra por una pléyade de vapores ligeros y rápidos contruidos «ad hoc» por la Confederación, dentro de su territorio y en el extranjero: los «blockade-runners», que cumplieron su misión con los riesgos y sacrificios que es de suponer. La historia de sus hazañas constituye un capítulo apasionante y novelesco de esta guerra. Muchos de estos fueron buques echados a pique o apresados; pero uno que conseguía pasar equilibraba la pérdida de cuatro, pues el precio de los productos de los Estados del Sur en Europa subió enormemente. Y además el Gobierno de la Confederación exigía que por lo menos la cuarta parte de la carga de todo buque que entrase fuese material de guerra. Las principales bases de estos buques eran las Bahamas, las Bermudas y La Habana; en estos puertos se cargaban y descargaban las mercancías para y de Europa.

Los Estados del Sur hicieron una guerra de corsario contra el extenso comercio de la Unión, no sólo en las costas, sino también en aguas lejanas, empleando para esto último grandes y rápidos vapores, en parte armados en el extranjero, y que iban allí continuamente para su preparación. El más famoso de ellos es el «Alabama», que no fue destruido hasta el 24 de junio de 1864, delante de Cheburgo, por el buque de guerra de Kearsarge.

El Ejército de tierra y la Marina cooperaron en esta guerra de modo poco común hasta entonces. «Si los Estados del Sur —dice un documentado estudioso de esta guerra—, hubieran dispuesto de fuerzas navales abundantes, quizá hoy existieran dos potencias que se dividirían las extensas regiones del Sur del Canadá. Pues a pesar de las fuerzas superiores del Norte en hombres y dinero, difícilmente hubiese podido superar la capacidad guerrera de los confederados y de sus magníficos generales, si su flota no hubiese bloqueado el Sur y hubiera podido situar sus tropas, por mar, en los flancos y retaguardia de los sudistas y si no hubiese ayudado a las operaciones terrestres sobre los grandes ríos y en lo profundo de las bahías que penetran en tierra» (37).

La Marina de la Unión llevó a cabo su cometido con sacrificios muy moderados. Sus bajas en muertos y heridos ascienden tan sólo a 4.647, entre oficiales y marinería.

III. CONSECUENCIAS Y RESULTADOS DE LA GUERRA

Es difícil calcular con exactitud el número de encuentros habidos entre ambos bandos durante tan larga y encarnizada guerra; pero puede fijarse, sin exageración, en unos 10.000, incluyendo, naturalmente, desde la batalla de grandes proporciones, hasta las escaramuzas de las guerrillas, que tuvieron una actuación de cierta entidad, sobre todo por parte del Sur.

Las pérdidas de vidas (esto es, muertos en el campo de batalla y a consecuencia de enfermedades y heridas) se elevan a 325.000 federales y 200.000 confederados. En el espacio de la guerra armó el Norte 2.656.000 soldados y el Sur 1.100.000. Se emplearon todos los auxilios de la técnica moderna, incluso la aerostación. La telegra-

(37) *Georg von Alten*. Handbuch für Heer und Flotte; Berlín, Deutsches Verlagshaus Barg & C.^o, 1912. Tomo IX, pág. 657.

fia y los ferrocarriles demostraron su gran importancia en las operaciones. Se usaron por vez primera, como queda dicho, los fusiles rayados y de repetición. Ambos contendientes utilizaron también artillería montada de todos los calibres, principalmente de avanzada. (También se emplearon grandes atrincheramientos y obras de fortificación de campaña, como queda indicado, lo que se explica si se tiene en cuenta que la mayor parte de los generales y oficialidad procedían de la Escuela militar de West Point, cuya especialidad era la formación de oficiales de Ingenieros y que siempre se disponía de la mano de obra de los negros que se brindaban a realizar estos trabajos.

Fenómeno digno de atención son las audaces empresas realizadas por masas considerables de caballería contra los flancos y retaguardia del adversario, o sea los llamados «raids», que, a veces, penetraron profundamente en territorio enemigo. Fueron posibles dado lo escasamente poblado que se encontraba el país en aquella época y los largos trayectos de ferrocarril sin protección. La audacia desplegada en los «raids» se explica teniendo en cuenta que la mayor parte de los oficiales de Caballería habían hecho la guerra contra los indios, recorriendo distancias enormes a través de territorios enemigos. Y estas distancias que, en Europa resultan tan grandes, no lo son en América, dada la inmensidad de su extensión. Los «raids» fueron, además, muy favorecidos por la lengua común a los dos adversarios, y las diversas relaciones con la población, que beneficiaban principalmente a los sudistas; quienes, además, tuvieron excelentes jefes, entre los que sobresale notablemente Stuart. Los jinetes, que a un tiempo eran zapadores e infantes, combatían casi siempre a pie.

Los «raids» no ejercieron, sin embargo, influencia decisiva en las operaciones y, como se ha visto ya, hubo ocasiones en que se echó de menos, en los días de batalla, a la Caballería, enviada lejos.

Esta guerra de Secesión difiere mucho del carácter que tuvieron las de Europa durante siglos. En el Nuevo Mundo no se conocían el ejército permanente y el servicio militar obligatorio. Hubo de hacerse la guerra a base de ejércitos de milicias. No podía conseguirse una decisión rápida con bandas reunidas apresuradamente, sin instrucción, ni disciplina ni equipo.

Sacrificios, enormemente desproporcionados en sangre y dinero, causaron profundas heridas a la economía. Los 32 millones de la po-

blación de aquel tiempo tuvieron que aportar casi cinco mil millones de dólares del coste inmediato de la guerra (compárese esta cifra con los 450 millones de dólares que costó a Alemania la guerra franco-prusiana, reñida en aquella época). La deuda estatal de la Unión que ascendía, antes de la guerra, a poco más de 50 millones de dólares, aumentó a 2.400. Quedaron sin valor los 2.000 millones de papel moneda emitidos por el Sur. Son incalculables las pérdidas mediatas que sufrieron la agricultura, la industria y el comercio. El crédito del Estado del Norte vaciló fuertemente durante la guerra. El agio del oro llegó hasta 185 en 1864. En el Sur dicho agio, en 1865, llegó a 6.000, signos elocuentes de la inflación producida.

En 1910-11 las pensiones a los soldados inválidos de la guerra de Sección, huérfanos y viudas, ascendían aún a 120 millones de dólares.

Hasta este año los Estados Unidos habían pagado 3.686 millones de dólares de pensiones resultantes de la guerra.

* * *

La recuperación material de tamaños estragos fue relativamente corta. Había tierras abundantes, inmensas en el Oeste, libres de hipotecas ideológicas y prácticamente despobladas. Ya en 1862 había hecho votar Lincoln el «Homestead bill», en virtud del cual todo jefe de familia que hubiese servido en las fuerzas armadas, recibía 160 acres (38) de tierras de dominio público, con la única obligación de cultivarlas, al menos, durante cinco años. Hubo, de consiguiente, un enorme movimiento migratorio hacia el Oeste, donde se asentaron muchas gentes, sobre todo del Sur, arruinadas por la guerra. Por su parte, el Norte aumentó sus industrias e intensificó notablemente su producción.

Con todo esto, la nación norteamericana se desliga casi completamente de Europa y se concentra en sí misma. Después de esta guerra de Secesión, que evidenció los grandes recursos militares de los Estados Unidos, la doctrina de Monroe no era ya solamente un deseo, era más bien una barrera que no se saltaría hasta más de treinta años después, o sea, hasta que terminaran las actividades de

(38) Equivalentes a 64,77 Ha. (un acre $\langle \rangle$ 4.047 m²).

Jos espíritus aventureros en la «nueva frontera» que la guerra había abierto.

El día 4 de marzo de 1865 tomó posesión Lincoln de su segunda investidura presidencial. Con este motivo pronunció un discurso, del cual son estas famosas palabras: «Con malicia para nadie; con caridad para todos; con firmeza en el derecho, tal como Dios nos hace ver el derecho, demos cima al trabajo que nos ocupa para resañar las heridas de la nación; para cuidar de aquel que haya muerto en la batalla —y por su viuda y sus huérfanos— para hacer cuanto pueda conducir a concluir y cuidar de una paz justa y duradera entre nosotros mismos y con todas las naciones».

Estos eran los plausibles propósitos de Lincoln que ni siquiera pudo iniciar, ya que en la noche del 14 de este mismo mes de marzo, encontrándose con su esposa en el teatro presenciando la representación de una pieza cómica («Our American cousin»; Nuestro primo americano), le fue disparado un tiro de revólver por un actor fanático (J. Wilkes Booth), quien, una vez cometido el atentado, saltó al escenario diciendo las conocidas palabras que se atribuyen a Casio cuando asesinó a César: «Sic semper tyrannis.» (Así sucede siempre a los tiranos).

Las arduas tareas de la pacificación y de la reconstrucción del Sur pasan entonces a otras manos. De momento esas fueron las del vicepresidente Andrew Johnson (39). La situación era peligrosa, a pesar de la victoria.

(39) Decimoséptimo presidente de los Estados Unidos; nació en Raleigh (Carolina del Norte) el 29 de diciembre de 1809. Quedó huérfano de padre a los cuatro años. A los diez comenzó a trabajar como aprendiz de sastre, y a los quince aún no sabía leer ni escribir; cosas que aprendió por sí mismo en menos de un año, robando horas al sueño. Era tan ávido de saber y tan laborioso que pagaba para que le leyeran mientras trabajaba. Casó en 1827 y su mujer fue, al propio tiempo, su profesor. Diputado, senador, gobernador del Estado de Tennessee en 1853. Pertenecía al partido demócrata, pero era anetiesclavista, aunque tuvo algunos esclavos, y enemigo de la secesión. Había sido elegido vicepresidente en 8 de noviembre de 1864. De carácter enérgico y rudo, se ganó la enemiga del Sur por mantener la Unión, y la de ésta por intentar la reparación de los males del Sur.

Riñó con Sherman por haber pactado éste directamente la capitulación del general Johnston. Tuvo continuos choques con las Cámaras; y, por vez primera en la historia de los Estados Unidos, llevado ante el Senado, constituido en tribunal, acusado de once infracciones de las leyes. El juicio duró

¿Qué se iba a hacer con los negros emancipados? ¿Cuál sería la naturaleza de la Unión sobre vencedores y vencidos? El Sur estaba arruinado; mujeres, ricas antes, mendigaban ahora para sus hijos. Los negros creían que se les iba a repartir las fincas y el ganado. Y había entre éstos quienes pensaban que «no podía considerarse a nadie libre si tenía que trabajar para mantener su vida».

En el Norte, radicales histéricos, enloquecidos por el odio, pedían el castigo de los «rebeldes», la confiscación de sus bienes y la pena de muerte para sus jefes. Entre estos energúmenos republicanos destacaba el anciano Thadeus Stevens, amancebado con una linda joven mulata, que se hacía conducir al Capitolio de Washington en litera, a hombros de negros. Pastores presbiterianos, que se decían cristianos, mandaban al infierno a todos los confederados.

Como es lógico, con tal actitud, el problema negro no se resolvía, ni mucho menos. En el Sur había más de cuatro millones, de los que tres quedaban aún en las plantaciones y un millón libres. Aquellos no sabían qué hacer con la libertad; no tenían amo, pero tampoco ocupación ni cobijo. La emancipación los había dejado a la intemperie, desnudos y hambrientos. La mayoría eran dóciles, ingenuos. Al decirles el amo que eran libres, ellos habían respondido: «Amo, queremos quedarnos con vos».

Si se hubiese dejado solos a los liberados y a los «planters», hubiesen llegado a un acuerdo, pero los agitadores (40) decían a los negros que debían afirmar su independencia separándose de sus amos, negándose a trabajar, maltratando a los blancos y apoderándose de sus iglesias. Tales prédicas hubieron de producir sus amargos frutos; hubo excesos sangrientos por parte de los negros. Los «plan-

mes y medio, saliendo, por fin, absuelto, aunque tan sólo por un voto de mayoría.

Siendo gobernador de Tennessee confeccionó un magnífico traje, que envió como regalo al gobernador de Kentucky, su vecino. Este, que era fumista, correspondió enviándole una estufa hecha por él.

En vísperas de una elección le preguntaron: ¿Qué haría usted si perdiese? «Abriría un taller y volvería a coger las tijeras», fue su contestación.

(40) Estos aventureros agitadores se dividían en dos clases principales, según proviniesen del Norte o fuesen de los propios Estados del Sur. A los primeros se les denominaba «Carpet-baggers» (literalmente, «los de la maleta de alfombra»), por llevar generalmente su pobre equipaje en un bolso o maleta hecho con un trozo de alfombra. A los segundos «Scalawags» (tuno, bribón), por proceder, como los anteriores, de las capas abyectas de la sociedad.

ters» no negaban la igualdad de los hombres ante Dios; sin embargo, la primera vez que un negro de Richmond se acercó, en la iglesia, a recibir la Comunión, hubo un movimiento general de retroceso de los blancos. Entonces el general Lee, con su dignidad y nobleza características, se colocó junto a un negro, dando así un ejemplo que siguieron los demás.

Las gentes del Sur pensaban, muy acertadamente, que la igualdad sólo sería posible gradualmente, por lenta habituación.

En el mes de mayo de 1865 Johnson promulgó una amplia amnistía que comprendía a todos los sudistas que habían tomado parte en la guerra.

El desorden, corrupción y miseria en los Estados del Sur era enorme. «El profesor Fleming calcula la mortandad de negros en 1865 en número igual a las bajas de los sudistas en los cuatro años de la guerra» (41). Fueron colocados los Estados sudistas a las órdenes de cinco mayores generales (uno por cada dos Estados); aunque el Sur se quejaba de los «sátrapas» que les envió el Norte, los juzgó menos peligrosos que a los políticos radicales.

Bajo la influencia del rencor y de las turbias maniobras de los agitadores, resultaron elegidos negros ignorantes, juguete de los politicastos republicanos. En Alabama, por ejemplo, tan sólo dos diputados negros sabían escribir. Así que se dictaron leyes tan estrafalarias como una de Carolina del Sur, que consideraba delito el llamar a cualquiera «yanqui» o «negro».

La gestión financiera de los desgraciados Estados sudistas, sometidos al régimen de «reconstrucción», fue desastrosa. Se dilapidaron grandes sumas en gastos inútiles, o en malversaciones; con ello contrajeron deudas enormes. Reinaba la mayor inmoralidad pública; cosa que ocurría también, en grado igual o más bien mayor, en el Norte.

Los radicales del Norte crearon escuelas y colegios para negros; éstos, ávidos de saber, en seguida los llenaron. Pero muchos de éstos se convirtieron en nuevos focos de odio racial. En 1868 los efectos de la «reconstrucción» eran ya tales, que los blancos del Sur estaban firmemente resueltos a suprimir los votos negros, tan pronto pudieran. El voto de los negros no era sino una cómoda plataforma para los sucios manejos del partido republicano.

(41) *Historia Universal*, por WALTER GOETZ, traducido al español, Madrid, Espasa Calpe, 1922. Tomo IX, pág. 193.

De 1868 a 1870 los Estados «reconstruidos» del Sur habían ratificado la XV enmienda de la Constitución, que prohibía a los Estados «negar refugio a un hombre a causa de su raza, de su color o de su anterior servidumbre». Pudieron así entrar en la Unión y dedicarse en seguida a destruir secretamente lo que aceptaban en público. Como legalmente no podían defenderse, lo hicieron como pudieron.

De ahí la formación de las sociedades secretas. De ellas, las más conocidas son el Ku-Klux Klan (K. K. K.) y los Caballeros de la Camelia Blanca. La primera nació en Pulaski (Tennessee), donde unos jóvenes confederados crearon un círculo (Kuklos, en griego) para divertirse: se disfrazaban de fantasmas para asustar a los negros, muy supersticiosos. Se extendió rápidamente a otros Estados, dominando a los negros por el terror. La «Camelia Blanca» (con sede en Nueva Orleans) pretendía mantener la supremacía de los blancos «respetando siempre los legítimos derechos de los negros». Pronto adquirió gran auge el K. K. K., hasta el punto de que la KuKlux-Klant Act. de 1871 autorizó al Gobierno federal a emplear el ejército contra tal asociación y su propio jefe (el «Gran Brujo»), que era el famoso general confederado N. B. Forrest (42), disponiéndose su disolución (43). En 1872 una amnistía devolvió a los sudistas sus derechos políticos. Poco a poco reconquistaron los demócratas todos los Estados del Sur. En 1877 la retirada de las últimas tropas consumó el hundimiento defi-

(42) FORREST (N. Bedford). Nació en Tennessee. Una de las figuras más sobresalientes de la guerra civil. Su fortuna personal, considerable, la dedicó a la causa del Sur. Mantuvo a su costa una compañía de Caballería. Nombrado coronel en enero de 1862. Siempre a caballo, bravo sin temeridad, dotado de maravilloso golpe de vista, supo inspirar a sus soldados una confianza sin límites. Se escapó, al rendirse el fuerte Donelson, con sus jinetes. Acompañó a Bragg en Kentucky. El 25 de marzo de 1863 se apoderó de Brentovoal (Tennessee) y de su guarnición, y en abril hizo prisionero, cerca de Roma (Georgia), a toda la columna del coronel Streght. Ganó diversos combates; el 4 de noviembre de 1864 capturó y destruyó cuatro cañones, dos transportes y 20 bolsas con abastecimientos para Sherman. Al rendirse Lee y Johnson, intentó seguir la lucha, pero no pudo y hubo de capitular. Se le llamó «el águila de la guerra», el «mago de la silla» y «caballo marino», después del famoso golpe de mano en el Tennessee.

(43) El K. K. K. volvió a renacer en 1915 como entidad corporativa y de ayuda mutua, interviniendo de manera especial en las elecciones; distinguiéndose también por su enemiga al catolicismo. En 1925 contaba con más de dos millones de afiliados.

nitivo de los «Carpet baggers» y afirmó el restablecimiento de la dominación blanca.

Fue un error insigne del Congreso el dedicarse a resolver de manera apresurada el problema político, posponiendo el económico, que era el más acuciante.

Con los dueños de las plantaciones arruinados ¿cómo iban a vivir los negros emancipados?, ¿y cómo se iban a cultivar los campos? El método que generalmente se adoptó fue el de la aparcería. Se dividieron las plantaciones en pequeños lotes, uno por familia. El propietario adelantaba al aparcerero casa y aperos, abonos y simientes, a cambio de los dos tercios de la cosecha. Los propietarios tuvieron que tomar numerosos préstamos con hipoteca; los banqueros, para su mejor garantía, imponían al monocultivo, fuese tabaco o algodón, más al Sur arroz y caña de azúcar. Con ello se creó un proletariado rural, en el que los blancos eran tan desgraciados como los negros. Los únicos que se aprovecharon, y bien, de este estado de cosas, fueron los mercaderes y, sobre todo, los banqueros.

Fue ésta su época de fáciles y sucios negocios; un diplomático alemán, Kurt von Schilzer, definió exactamente esta situación en esta corta frase de un informe remitido a su Gobierno: «L'Union ce'est la republique tempereé par la corruption».

Con el triunfo de los unionistas yanquis fenecía el estado aristocrático que hasta entonces fueran Estados Unidos. El *líder* aristocrático, fuertemente convencido de su misión de conducir a la sociedad hacia formas más elevadas de cultura, fue suplantado por el *líder* capitalista, por el capitán de industria, que estaba convencido de que su misión consistía en producir la mayor cantidad posible de bienes materiales y en repartirles entre todo el mundo por igual (44), surgiendo el Estado capitalista que, aun conservando la *forma* republicana y la *mecánica* minoritaria del aristocrático, tenía un *contenido* fuertemente materialista; estado que ha durado hasta la gran crisis económica del año 1929, en que surgió el actual, caracterizado por su *mecánica mayoritaria*, aunque conserve las otras características del estado capitalista anterior.

En esta viciada atmósfera de la inmediata postguerra, la Convención republicana eligió por aclamación Presidente de los Estados

(44) RODRIGO ROYO, U. S. A.: *El paraiso del proletariado*. Madrid, 1959, páginas 183-84 y 275.

Unidos al general Grant, en 1868, en que acabó Johnson su mandato presidencial. Grant tenía una buena historia militar, como hemos visto, pero tan poca experiencia política, que no estaba seguro de ser republicano; pues las pocas veces que hubo de votar lo hizo por los demócratas. Consideró la presidencia no como un cargo, sino como una recompensa. En 1868 los electores votaron, no por un programa, sino por una leyenda, por un héroe nacional. Pronto se manifestó la incompetencia de Grant. Aunque personalmente honesto, los que le rodeaban no gozaban de una pureza a toda prueba. Se vio envuelto en escándalos. Fue reelegido en el año 1872. Durante este su segundo periodo presidencial, continuaron los escándalos. Por otra parte, los abusos de la gente de color quedaban sin castigo. Todo ello produjo fuerte animosidad contra el «grantismo», hasta el punto de que en las elecciones siguientes (1874) la atmósfera era muy poco favorable a los republicanos.

Grant llegó a inaugurar la famosa Exposición de Filadelfia y a dirigir el centenario de la Unión (4 de julio de 1876); pero hubo de renunciar a la reelección, por la que tanto había suspirado. Se retiró a la vida privada e hizo un viaje alrededor del mundo, recibiendo por doquier honores y consideraciones. Regresó a Estados Unidos en 1879, dedicándose a empresas comerciales, que le llevaron a una completa ruina. Apenas se declaró en quiebra se le echaron encima los acreedores y hasta el ministro de la Guerra ordenó, en junio de 1855, el embargo de sus trofeos militares, objetos recibidos como regalos (que fueron muchos) y hasta el uniforme; sin respetar su desgracia, ya que se encontraba en casa retenido por grave enfermedad, de la que murió el 22 de julio de 1885. ¡Sic transit gloria mundi! Pero su entierro constituyó una gran manifestación de duelo y más tarde se le erigió un hermoso sepulcro, en Nueva York, donde yacen sus restos juntamente con los de su esposa. De este modo creyeron los yanquis reparar su conducta anterior.

* * *

La derrota no destruyó el espíritu regionalista en la población del Sur, sino que lo amplió y reforzó. Antes de la guerra se decía ciudadano de Virginia o de Tennessee. La guerra dio una significación más precisa al adjetivo «southern» (del Sur). Se acentuó el espíritu de raza y los negros, entre 1880 y 1900, fueron peor tratados que antes de la guerra. Durante el siglo xx se ha aplacado la vio-

lencia de las pasiones. Pero ha seguido y continúa aún la discriminación racial, sobre todo en escuelas y universidades; todavía en muchos puntos las hay para gentes de uno u otro color, exclusivamente. No ocurre así en las fuerzas armadas, donde el negro se encuentra en las mismas condiciones que el blanco. Hay no sólo suboficiales y oficiales de color, sino hasta algún general. El problema es complejo y sin completa solución, y los cambios radicales de mentalidad necesitan tiempo y paciencia.

Por eso los mejores elementos negros del Sur emigraron al Norte donde, por otra parte, fueron tan desgraciados como en el Sur, dejando un proletariado negro sin dirigentes, lo que agravó el problema.

Otro efecto del patriotismo sudista de la postguerra fue la creación de una industria, la industrialización, como ahora se dice, del país. Para luchar contra el Norte era necesario servirse de las armas del Norte. Al propio tiempo se daba colocación a los «blancos pobres», salvándoles de la miseria. Además de los recursos agrícolas, el Sur poseía abundante riqueza minera, que comenzó a explotarse en serio. Surgieron manufacturas de algodón y tabaco; se creó una industria siderúrgica, que compitió con las tarifas aduaneras y de transporte, hechas por el Norte y para el Norte, por el precio más bajo de la mano de obra y el régimen paternalista de trabajo, supervivencia del de plantación. En nuestros días prosigue la industrialización del Sur, como medio idóneo para resolver el problema de la discriminación, por el aumento del nivel de vida que tal política entraña.

«A este Sur industrial y activo han llamado con frecuencia los historiadores norteamericanos el nuevo Sur. En realidad el nuevo Sur fue concebido y creado para preservar lo esencial del antiguo Sur; de este Sur que durante los treinta últimos años del siglo pasado fue a modo de «un ejército de veteranos fielmente agrupados en torno a sus jefes, y que aún se esfuerza por salvar lo que tanto amó» (45).

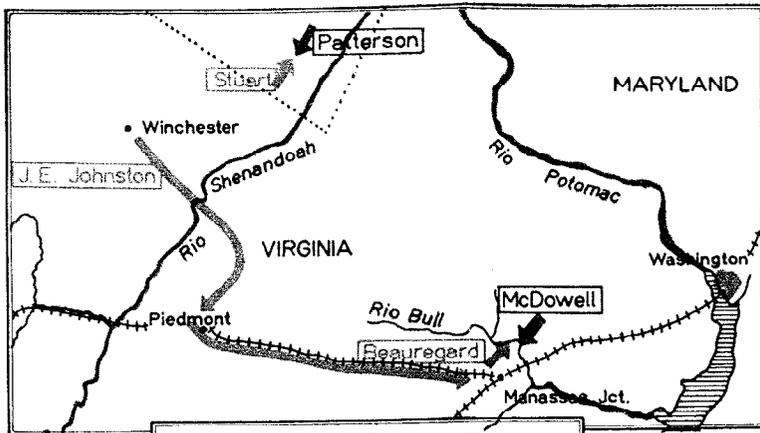
(Las ilustraciones que acompañan a este trabajo han sido tomadas del libro «Great battles of the Civil War», Time Incorporated, New York, 1961).

(45) ANDRÉ MAURÓIS: *Historia de los Estados Unidos de América*, Buenos Aires. Tomo 2.º, pág. 141.

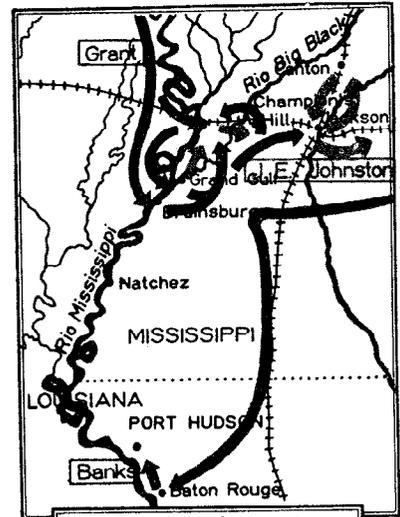
BIBLIOGRAFÍA

Además de las obras citadas, las siguientes:

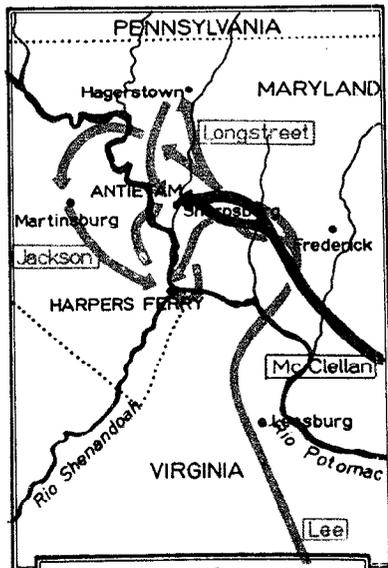
- CÉSAR CANTU: *Historia Universal*, traducción de don Nemesio Fernández Cuesta. F. Seix, editor, Barcelona, tomo VIII.
- J. A. SPENCER: *Historia de los Estados Unidos*, traducción de don Enrique Leopoldo de Verneuil. Tomo III. Barcelona, Montaner y Simón, editores, 1868.
- WILSON (Woodrow); PH. D., LITT. D., L. L. D: *A History of the American people*, in ten volumen (Volúmenes 8.º y 9.º). Harper & Brothers publishers, New York and London.
- FORNEY STEELE (Matthew), Major Second U. S. Cavalry: *American Campaigns* (2 volúmenes). Washington — Byron S. Adams, 1909.
- SWINTON (William): *The twelve decisive battles of de war: a history of the castern and western campaigns in relation to the actions that decided their issue*. New York — Dick & Fitzgerald, publishers.
- FERRER (Melchor): *Historia del Tradicionalismo español*, Editorial Católica, Sevilla. Volumen XIII.
- CARL RUSSELL FISCH: *The American Civil war*. Longmans, Green and C.º. London, New York, Toronto, 1937.
- OTTO EISENSCHILM y RALPH NEWMAN: *The American Iliad* (2 volúmenes). Grosset and Dunlop Inc., Publisher, New York.
- ALLAN NEVIS and HENRY S. COMMAGER: *America, The Stoy of free people*. Little, Brow and C.º, Boston, 1942.
- DOUGLAS SOVTHALL FREEMAN: *Lee's Lieutenants* (2 volúmenes). New York. Charles Scribner's Sons, 1944.



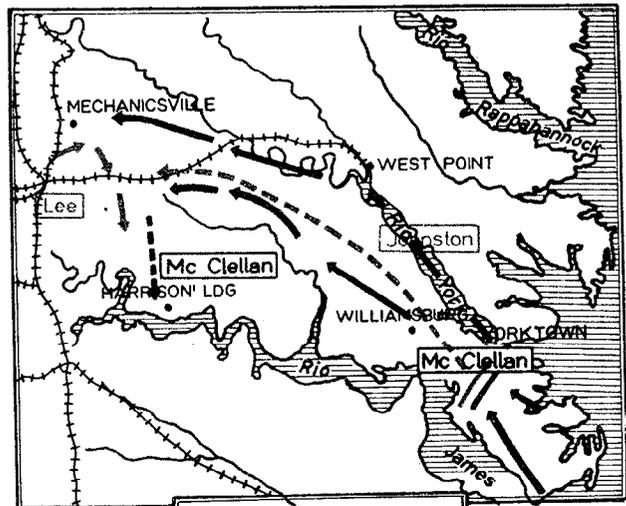
Croquis número 1
PRIMERA BATALLA DE MANASSAS
(21-7-1861)



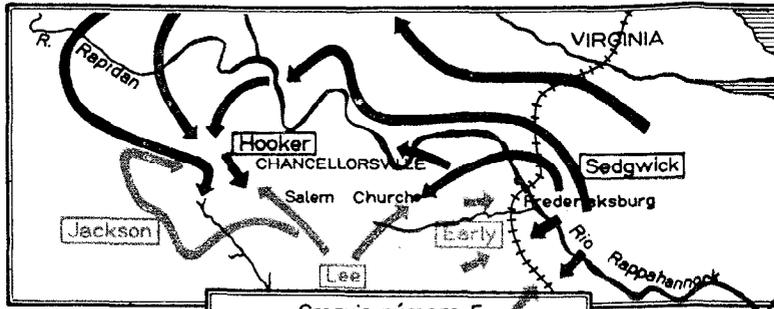
Croquis número 2
CAMPAÑA DE VICKSBURG
(mayo-julio 1863)



Croquis número 3
INVASION DE MARYLAND
Y BATALLA DE ANTIETAM.
(septbre. 1862)



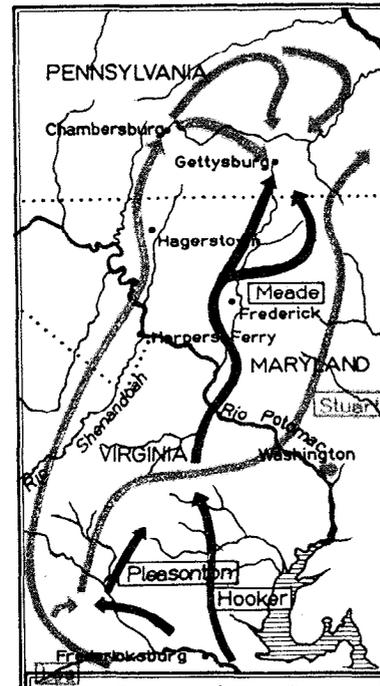
Croquis número 4
CAMPAÑA DE VIRGINIA
(mayo-julio 1862)



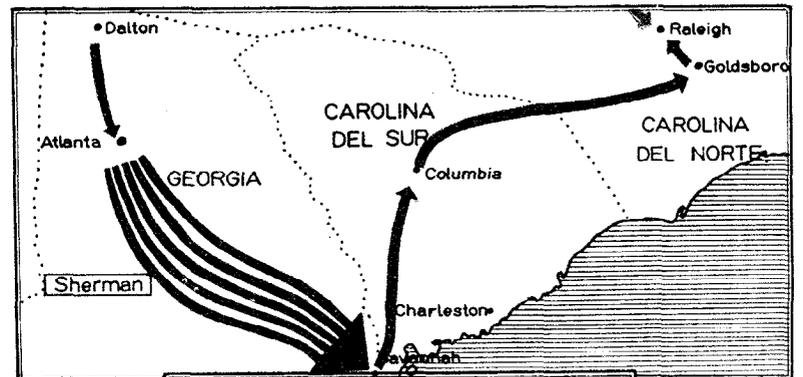
Croquis número 5
BATALLA DE CHANCELLORSVILLE
(1-6 mayo 1863)



Croquis número 7
CAMPAÑA DE WILDERNESS
(mayo-junio 1864)



Croquis número 6
INVASION DE PENSYLVA-
NIA Y BATALLA DE GETTYSBURG
(junio 1863)



Croquis número 8
"RAID" DE SHERMAN (noviembre-diciem-
bre de 1864) y campaña de 1865.

BIBLIOGRAFIA

OCTAVE AUBRY (de la Academia Francesa): *Napoléon*.—Flammarion, París, 1961.—Un lujoso volumen, 22 x 28 cm., encuadernado en tela con vistosa sobrecubierta en color; 372 páginas de texto, profusamente ilustradas con numerosos grabados y 12 láminas a todo color.

No hay quizá personaje histórico del que tanto se haya escrito como de Napoleón. Uno de sus más perseverantes biógrafos, el alemán Kircheisen, apenas pudo iniciar la publicación de un fichero en el que se hallaban consignados más de cien mil títulos. Y otro de los más famosos, Jacques Bainville, opina que una biblioteca napoleónica un tanto completa habría de constar por lo menos de mil volúmenes.

Así lo reconoce también el autor de la obra que reseñamos, que en su prólogo nos advierte:

«Todo parece haberse dicho, todo se nos antoja ya sabido, cuando se trata de Napoleón. Un siglo de historiadores, de filósofos y de poetas se ha ocupado de él, ha querido comprenderlo y explicarlo. Ninguna figura del pasado nos es más próxima y familiar. Se nos presenta a todos como un ejemplo, como un remordimiento; a menudo, como un reproche. Sin embargo, sobre tal hombre nos queda mucho por analizar y por expresar, debido a que cada época lo percibe bajo una nueva luz y busca en él lo que más le aproxima al presente. A través de las edades, la figura de Napoleón se acrecienta así y se completa, nutriéndose de lo que cada generación le aporta de su propia vida, en recompensa de lo que aquélla le ofrece de ejemplar y, en su carrera sobrehumana, de todo lo que en él se descubre de humano.»

«Nuestro designio —sigue diciendo dicho autor— no es volver a describir aquí, con todo detalle, la historia militar, política, diplomática y social del Primer Imperio, sino, ateniéndonos a las principales etapas de la vida de Napoleón, mostrarle como Soldado, Cónsul y Emperador; en la guerra y en el gobierno; en su grandeza y en sus errores; tal como los documentos más auténticos y más recientes nos lo hacen conocer en la actualidad, con la imparcialidad absoluta, la franqueza y la lealtad que la moderna Historia reclama.»

De acuerdo con tal propósito, Aubry divide su exposición en doce extensos capítulos, titulados del siguiente modo :

- I. El primer vuelo del águila.
- II. De las Pirámides a Brumario.
- III. Primer Cónsul.
- IV. El Emperador.
- V. El apogeo del Imperio.
- VI. Napoleón y la sociedad imperial.
- VII. Los errores de Napoleón.
- VIII. El emperador europeo.
- IX. La victoria del frío.
- X. La caída del Imperio.
- XI. La isla de Elba y los Cien Días.
- XII. La muerte del águila.

El principal mérito de la obra reside, no obstante, en el número y calidad de las ilustraciones: más de setecientos grabados, incluyendo viñetas alegóricas, caricaturas y dibujos de la época, retratos pictóricos y escultóricos, representaciones de batallas y grandes ceremonias, mapas, paisajes, fotocopias de documentos, modas, objetos de arte y recuerdos de todo orden; seleccionado todo ello con excelente criterio y exquisito gusto y reproducido con una perfección técnica impecable.

La obra, en su conjunto, constituye así una completísima recopilación iconográfica sobre Napoleón y su época, que renueva con la mayor riqueza de medios de que hoy disponen las Artes Gráficas el intento ya realizado en 1888 por Roger Peyre en su obra *Napoléon 1^{er} et son temps* (editada por *Librairie de Firmin-Didot et Cie*, París). No por ello desmerece, en modo alguno, el texto con que Octavio Aubry —historiador y académico ventajosamente conocido tanto dentro como fuera de Francia— acompaña, comenta y explica tan abundantes y magníficas ilustraciones. Pues, aunque en forma resumida, nos ofrece un estudio acabado, concienzudo, sugestivo y ameno de la vida y obra del gran caudillo corso.

De este modo, tanto por su presentación como por su contenido, la obra que reseñamos merece destacarse entre la copiosa bibliografía napoleónica, y su consulta resulta indispensable para todos cuantos hoy deseen formarse una cabal idea de lo que fue y representó en su tiempo aquella excepcional figura de la historia.—J. P. L.

HERNÁNDEZ SÁNCHEZ-BARBA, Mario: *Historia Universal de América*. Tomos I y II; Madrid, 1963, Ediciones «Guadarrama, S. L.». Tomo I: *América Indígena, el Proceso Primitivo del Poblamiento. Las Altas Culturas Americanas*, 593 páginas; 161 ilustraciones en negro y 8 en color; 12 mapas; índices onomásticos y geográficos. Tomo II: *América Europea* —continuación—, *Los sis-*

temas Coloniales en América. El Desarrollo de las Sociedades Americanas. La Sociedad Colonial Hispánica en el siglo XVIII. La Sociedad Colonial Portuguesa en el Brasil. América Americana: La emancipación de Hispanoamérica. Los Estados Iberoamericanos durante los siglos XIX y XX. Los Estados Unidos en el siglo XIX. Canadá en la «Commonwealth» Británica. Las Tensiones Críticas Americanas en el Siglo XX, 689 páginas; 173 ilustraciones en negro y 8 en color; índices onomásticos y geográficos. Índice general de la obra.

De enorme trascendencia y de meritisimo valor para la Historia de América, resulta esta nueva aportación del profesor Hernández Sánchez-Barba. El amplio panorama que ofrece un estudio general, desde los intrincados tiempos del poblamiento del Nuevo Mundo, hasta el último momento de profundas crisis político-sociales y económicas, que denomina «tensiones críticas americanas», es descrito por tan notable historiador con la maestría de su vasto y profundo conocimiento. Su formación analista, estrechamente ligada al rigor, y profundamente enraizada con los mejores métodos de investigador e historiógrafo, forzosamente habrían de repercutir en semejante producción histórica. Formado en las nuevas técnicas geohistóricas e histórico-sociales, el profesor Hernández Sánchez-Barba redacta una *Historia Universal de América*, que lo consagra como uno de los más firmes historiadores del «universal» ámbito del Hispanoamericanismo.

A sus trabajos de especialidad histórico-social, que conocemos dentro de la obra *Historia Social y Económica de España y América* —Barcelona, 1958; Editorial Teide—, que dirigiera J. Vicens Vives, y los condensados en su anterior trabajo *Las Tensiones Históricas Hispanoamericanas en el siglo XX* —Madrid, 1961; Ediciones Guadarrama, S. L. Colección «Crítica y Ensayo»—, prosigue el de la *Historia Universal de América*.

En el Tomo I, dedicado a la América Indígena y a los grandes problemas que plantea su población y las culturas, el profesor Hernández Sánchez-Barba hace gala de su profundo conocimiento de aquellas «civilizaciones» y nos refleja el ámbito geográfico para localizar el indigenismo, sobre el que ensayará con acierto innegable la ascendente marcha de las diferentes culturas, hasta alcanzar la etapa superior, cortada violentamente por la entrada hispana, portadora de la civilización cristiano-europea. Su condición de historiador económico-social, permitirá al profesor Hernández Sánchez-Barba analizar el armazón constructivo de las formas sociales, de su desenvolvimiento económico, que se acusará de manera segura en las organizaciones jerarquizadas y militares, de que son ejemplo los pueblos del Anahuac y los de la Cordillera Interandina. Estos pueblos, son en el concepto del admirable historiador el «Pre-Imperio Universal Indigenista», roto precisamente por el mismo hombre hispano, que

custodió sus razas y las confundió con el milagro de la mezcla de su sangre. El pueblo hispano, conquistador del «Pre-Imperio Universal Indigenista», guardó sus culturas y conservó las reliquias sobre las que hoy puede seguirse o componer la noticia de absoluto carácter y rigor histórico. En este tomo I, hállase el *Proceso Primitivo de Poblamiento*, a través de las esencias humanas, avistando el problema del germen u origen del poblamiento mediante un completísimo estudio, basado en sus sólidos conocimientos históricos sobre la materia, y en la técnica crítica de exhaustiva fuente bibliográfica, incluida la de recientísimos estudios. Revisa los estudios sobre la antropología indígena de Hrdlicka y explica el aspecto y problemas de las glaciaciones, como base de la inmigración norasiática por el Valle del Anadir y la cuenca del Yukón, en Alaska. Analiza, en fin, cuantas hipótesis se han expuesto sobre el arduo problema de origen de la población indigenista. Así, a través de los factores «glaciario» y «datación», relata el proceso humano de poblamiento en el Nuevo Mundo, para seguidamente desarrollar un interesantísimo estudio del «Hombre Recolector y Cazador» —dueño de técnicas, de lascas y nódulos—, como fundamento de las culturas indígenas, argumentado insistentemente, con un acopio documental, bibliográfico e ilustrativo, con el que atinadamente cierra cada uno de los capítulos de la obra.

En el tomo II, da entrada a las civilizaciones europeas: la castellana o española, cuyas esenciales características fueron la formación de la sociedad mestiza, base de futuras nacionalidades; estudia los objetivos sociales y económicos que se perfilaron en el horizonte de la evolución histórica, para alcanzar las verdaderas raíces del trascendental período de la emancipación. Compara la sociedad castellana y criolla, con los sistemas coloniales portugueses, ingleses, holandeses y franceses, arrancando desde los iniciales momentos jurídico-geográficos de Portugal en América —Tratado de Tordesillas, 1494—; para tratar con firmeza el de las Colonias Inglesas, de conciencia lenta y fría en principio, y después violenta y ambiciosa, de cuya misma «configuración» surgirán los «Home Fleet», precursores de las poderosas Armadas del siglo XVIII. Observa el profesor Hernández Sánchez-Barba, cómo la preocupación económica declarada en el «Acta de Navegación» de 1651, hará surgir los tratados mercantilistas de Temple, Locke, etc., y de sus teorías nacerán las Compañías de Negocios en las Indias, capaces de mover los capitales británicos y al propio pueblo inglés hacia América. Tal fue el origen de Virginia y Maryland.

El largo desenvolvimiento español, a través de las «corrientes demográficas» y las «génesis de las castas», provocarán «actitudes» y «mentalidades sociales», dentro de las tendencias económicas que se plantearon: «depresión», «regionalización» y «contrabando». Así nace la «Sociedad Colonial Hispánica en el siglo XVIII», que el ilustre profesor nos muestra con clara visión.

En el capítulo «América-Americana», rompe valientemente con los

viejos métodos, propios del sentido «regionalista», para llegar a tratar la emancipación americana en sus verdaderos fundamentos históricos, es decir, las estructuras culturales, sociales, políticas, ideológicas y económicas, que obrarán a manera de tamiz por los que se filtrará la determinante tendencia de la emancipación criolla. La etapa de las batallas y de la violencia, sólo será en verdad la manifestación de la evolución de los dominios españoles en América, cuyo espíritu se había formado en el largo proceso de la misma civilización. Muéstrase con ello la profunda evolución de conceptos que está naciendo en la moderna historiografía de América, como atinadamente se observa en el juicio comparativo del Congreso de Historia de América, celebrado en Madrid en 1949, con el últimamente celebrado en Buenos Aires, con motivo del «Sesquicentenario de la Independencia».

Resalta en la admirable obra que se nos acaba de ofrecer, ese «complejo histórico», que constituye los extractos de la emancipación, formado por el «revisionismo» y el «misoneísmo», innatos en la sociedad criolla, y camino conducente al desgaje del Imperio Español Americano.

Por último, en el capítulo dedicado a los «Estados Iberoamericanos durante los siglos xix y xx», hará desfilar los nuevos estados del variado mosaico americano, los que no obstante la peculiaridad de sus caracteres, constituyen un bloque hispanoamericano de recia raigambre histórica. Curioso fenómeno de cómo la «disgregación» de la unidad de los Dominios de España, cristalizó en la «integración» de veinte repúblicas, cuyas crisis habrán forzosamente de entrar en planos de estabilidad política y económica que superados, darán prepotente posición en el concierto mundial de las Naciones. Este análisis y estas deducciones, confirman y reiteran el alto valor que para el mejor conocimiento de la Historia, tienen las obras que, como la *Historia Universal de América*, nos proporciona tan ilustre historiador español.—J. M. Z.

JUAN JOSÉ CALLEJA: *Yagüe*. Prólogo de Fray Justo Pérez de Urbel. Editorial Juventud, Barcelona, 1963; 239 páginas + 8 láminas; 22 cm.; rústica.

El Consejo de Burgos, preocupado por la memoria de sus hijos, decidió que se escribiese una biografía del general Yagüe, que aunque administrativamente soriano, era burgalés de corazón. Al fin y al cabo, el pueblecito de San Leonardo perteneció unas veces a la «Capital de Castilla» y otras a Soria, aunque en la actualidad sea de esta última provincia. Encargado de la tarea don Juan José Calleja, ha realizado un trabajo propiamente periodístico y narrativo, pensando que ello quizá estará más en consonancia con la vehemencia que caracterizó siempre la vida del biografiado. Una sola frase, estampada

en la introducción, resume muy bien el espíritu y el propósito inspirador del libro. «Esta es, lector, lisa y llanamente expuesta, la biografía de un gran español; la historia particular de un bravo general y de un hidalgo de Castilla; la historia de un gran hombre y de un gran soldado, que abarca el relato de sus acciones, la recopilación de su palabra y la reseña de su obra.»

Burgos le reclama como suyo, y no le faltan, sin duda, razones de peso. Porque Yagüe, que vive en muchas partes, que pisa varias guarniciones peninsulares e innumerables campamentos africanos, que durante nuestra guerra de Liberación salta de Ceuta a Sevilla, para llegar al frente de Madrid, y reaparecer por Toledo, por el Aljambra, por el Ebro y por Cataluña, y terminar en las llanuras de La Mancha; Yagüe, digo, parece que nunca se escapa del todo de su ciudad. Cuando menos se espera vuelve a ella.

La primera vez que pisa la capital del Arlanzón es en 1901. Allí comienza su bachillerato, y de allí saldría para ingresar en el Alcázar toledano, seis años después. En 1910 recibiría su despacho de segundo Teniente, y con él volvería a Burgos.

Luego buscaría la gloria y la aventura en Marruecos. En 1919 recibiría su bautismo de sangre, y su nombre se uniría aquí a los más populares de las campañas marroquíes: Xauen, Fondak de Ain Yedida, Beni-Arós.

Pero tanto como en las operaciones de guerra, destacaría por su acción organizadora, su aire renovador de viejos hábitos, sus mejoras en los acuartelamientos de las tropas. («Allá, en el horno incandescente de la cocida tierra alcazareña, donde se dan temperaturas de cuarenta grados, malvivían los soldados en deplorables condiciones, por la insalubridad de sus alojamientos y la falta de medios profilácticos con que poder librarse de los mosquitos y de los agentes generales del paludismo y la disentería. El nuevo jefe se dio cuenta de la gravedad de los informes médicos y emprendió tenaces campañas de sanidad e higiene, y una repoblación de eucaliptus y plantas forestales de crecimiento rápido, con lo cual, sobre ahuyentar las infecciosas plagas, mejoró la infernal climatología. Además construyó pabellones y edificios modernos, reservados a jefes, oficiales, suboficiales y tropa, con todos los servicios regimentales del Grupo, sin descuidar obras complementarias de urbanización y ornato al estilo árabe... En menos de cuatro años, Yagüe hizo del grupo de Regulares de Larache una unidad inigualable.»)

En 1926 contraería matrimonio, y aunque pronto reinaría la paz en Marruecos, el oleaje de las revueltas políticas acabaría llevándole otra vez a las luchas armadas. Estamos así en 1931. Un doloroso suceso —la muerte de su madre— le halla, en octubre de 1934, desterrado voluntariamente en su pueblo natal, desde donde se ofrece voluntario al ministro del Ejército. Pero el General Franco, su asesor directo, sabe calar en su valía aquel ofrecimiento, hasta entregarle el mando de las tropas desembarcadas en Gijón, cuyo papel

sería decisivo en el rescate de Oviedo y en el aplastamiento de la revolución.

Ya en aquella ocasión supo comprender seguramente cómo eran de hondas las raíces que esa revolución había echado en su patria. El enfrentamiento con su superior, el General López Ochoa, le diría lo difícil que resultaba separar con una raya los campos en los que España se debatía. Y esta idea se reforzaría luego, cuando desde Ceuta y el Cuartel General de la II Legión, a cuyo frente estaba, desarrollaría una ingente actividad para la preparación del Alzamiento en todo Marruecos. («Aquellos legionarios llevaban en sus venas el fiero instinto de la guerra, pero con tanta soflama política tenían descuidada su puesta a punto. El nuevo jefe les despertó del letargo.») Desde Dar Riffien rechazó peligros y, también, cantos de sirena de los gobernantes del Frente Popular.

Aunque el autor no lo diga, muchos de los detalles que figuran en su libro, con relación a la preparación del Alzamiento y luego a las operaciones de guerra, deben apoyarse en algunos documentos de primera mano, quizá notas o memorias del propio General. El texto, de esta forma, cobra gran interés para nosotros, mas no le priva de errores concretos, ni de juicios no siempre certeros. La prosa, por otra parte, está a muy inferior altura de lo que narra. Ello no quita para que el escritor, por todos los síntomas, haya realizado su trabajo con sumo amor, resultando así aureoleada una figura de las mejores cualidades castrenses y humanas. («Todas las armas juntas no tenían para Yagüe la suprema virtud ni la dimensión que uno solo de sus soldados, al que consideraba en esencia y potencia el alma y la vida de los encuentros. Del hombre todo lo esperaba con su combatividad, su valor, su audacia, su disciplina, su sangre. Amaba al soldado con una pasión tan llena de humana paternidad, que nada que no fuera su mundo íntimo le interesaba, excepto el encomiar sus fulgurantes hazañas, que, al cantarlas, le hacían sentirse, sin énfasis ni bravatas, capitán del mejor ejército de la tierra. ¿Y las tropas? Fascinadas por la hidalguía y prestancia de su general, rivalizaban en combatir a sus órdenes, sin que pudiera explicar nadie qué es lo que, realmente, las incitaba a servirle, si el señorío y la seguridad que inspiraba su arrogante y desenvuelta figura o la atracción de su enérgico mando, que, ya atacando o defendiendo, recordaba al fulminante trueno; entusiasmo individual y colectivo que era, antes que nada, hijo de la confianza y de la fortaleza que el general Yagüe despertaba en torno suyo con el entero entendimiento y la madura experiencia de su oficio, el innato coraje, la serenidad, el optimismo, la cordura y un melifluo corazón, articulado a una mente diáfana y sin nieblas. Sus hombres dejábanse guiar al combate inflamados de fe, conscientes de que no buscaba el africanista su gloria personal a costa de suicidas carnicerías, sino que procuraba la palma de la victoria con pérdidas mínimas; que en vez de atacar con la ceguera del irracional instinto, entraba en liza con la sabia reflexión del cauto.»)

En el recuerdo de un magnífico ayer coincidimos plenamente con el señor Calleja cuando dice: «Pensamos que mal podrían las nuevas generaciones mejorar la Historia y superarla si, por autosuficiencia o petulante orgullo, desprecian o no rinden el respeto debido al sublime holocausto de aquellos combatientes por una España eternamente venturosa.»

El final, con la cristiana muerte del general Yagüe y su entierro dentro de la más pura emoción popular, apoya ese juicio. Eran muchas las leyendas de las innumerables coronas fúnebres y entre ellas destacaba aquella que decía: «El Ejército, al más bueno de los soldados.» La más monumental procedió de los obreros del poblado «Juan Yagüe», que aportaron cada uno un crisantemo de su jardín.—J. M. M. B.

MANUEL DE LECEA Y CALDERÓN: *La Orden Militar de San Fernando*.—Separata de la revista «Hidalguía». Madrid, 1962; 24 páginas; 21 centímetros, rústica.

El comandante don Manuel de Lecea, al realizar un nuevo estudio de la Orden de San Fernando, ha partido muy acertadamente de las Ordenes militares, y aún de las religiosas, como origen inmediato de las primeras.

La evolución aparece clara a lo largo de los siglos: en el XII los monjes, que hacen vida retirada, salen al mundo y se establecen en las poblaciones, con misión evangelizadora. En España se forman así varias Ordenes o Institutos, religiosos y militares a la vez, que unen su profesión devota al voto de defender la religión de Cristo por las armas. Nuestro país se encuentra —no lo olvidemos— al menos en parte, en manos extranjeras.

Las Ordenes militares españolas —de Santiago, Calatrava, Alcántara y Montesa— son también llamadas de Caballería. Pero caballero es entonces no sólo el jinete, sino todo aquel individuo adornado de cualidades físicas y espirituales de destacada virtud. Según el Rey Sabio, Caballería es una selección de hombres duros, fuertes y escogidos, capaces de sufrir trabajos y peligros, en pro de la comunidad. En esencia, éste es el soldado.

Las Ordenes Militares perdieron con el tiempo su razón de ser. Ya no había en España invasores. Pero si nacieron en una época tan dura como la de la Reconquista, en tiempos no menos azarosos y heroicos aparecerá la Real y Militar Orden de San Fernando, cuando se lucha frente a los Ejércitos franceses. Estamos ya en 1811.

En el Decreto de creación de la Orden se decía textualmente: «Convencidas las Cortes generales y extraordinarias de cuán conducente sea para excitar el noble ardor militar que producen las acciones distinguidas de guerra, establecer en los premios una orden regular con el que se consigan dos saludables fines, a saber: que

sólo el distinguido mérito sea convenientemente premiado, y nunca pueda el favor ocupar el lugar de la justicia; y considerando al mismo tiempo que para conseguirlo es necesario hacer que desaparezca la concesión de grados militares que no sean empleos efectivos...» Estas fueron las razones primeras que sirvieron de cimientos a la nueva institución. La base de la condecoración, la realización de acciones «distinguidas»; pero al detallarse la naturaleza de las mismas se incluirá, taxativamente, en su mayor parte, la necesidad de que sean heroicas.

Por lo demás la Orden admitirá gran variedad de distinciones, siendo los premios unas veces en metálico, otras títulos honoríficos y en ocasiones la rendición de honores. Luego, ya en 1815, se dará un Reglamento, y en él se hablará de «Servicios Militares arriesgados», estableciéndose la cruz laureada para premiar «las acciones distinguidas en grado heroico».

No es posible detallar, paso a paso, las vicisitudes que seguiría la Real y Militar Orden de San Fernando. En ocasiones su prestigio cede, pero luego vuelve aquél aumentado. La política en sus luchas y las guerras civiles afectan al brillo de la institución. Mas a partir de los esfuerzos de O'Donnell, en 1856, la Orden recupera su esplendor primero, al estabilizarse las reglas que la presiden. Basta decir que el Reglamento de 1862 permanece vigente hasta 1920. Lo más interesante de él es la prescripción rigurosa del juicio contradictorio para la concesión de la mayoría de las recompensas, lo que ocasionó que en 1908, por ejemplo, el número de Caballeros laureados fuese sólo de 65. En la primera guerra civil habían sido concedidas más de 4.000 recompensas.

Todo lo demás pertenece a la historia que todos conocemos y todos hemos vivido. Y es así como hoy la vieja creación de las Cortes de Cádiz, aparece revestida de todo el prestigio posible en la vida castrense.

El comandante don Manuel Lecea y Calderón ha glosado en este interesante trabajo el nacimiento, desarrollo y estado presente de la Orden Militar de San Fernando, constituyendo dentro de su brevedad un fundamental texto, de alcance superior a la estricta esfera de la vida de las armas.—J. M. M. B.

OBRAS PUBLICADAS

POR EL

SERVICIO HISTORICO MILITAR

Acción de España en Africa.

Tomo I: *Iberos y bereberes*. Páginas, 296. Precio, 16,55 pesetas.

Tomo II: *Cristianos y musulmanes de Occidente*. Páginas, 295. Precio, 27 pesetas.

Tomo III: *El reparto político de Africa*. Páginas, 162. Precio, 20,35 pesetas.

Ilustrados todos con grabados, fotografías, mapas y planos.

El tomo I fue publicado, en 1935, por la Comisión Histórica de las Campañas de Marruecos, ya suprimida. Toda la obra se vende, únicamente, en el Servicio Geográfico del Ejército, calle Prim, núm. 21.

Acción de España en Perú.

Un tomo, con ilustraciones y 557 páginas, 67 pesetas.

Armamento de los ejércitos de Carlos V en la guerra de Alemania.

Un volumen ilustrado con grabados y fotografías, 56 páginas, 10,05 pesetas.

Boletín de la Biblioteca Central Militar.

Tomos I, II, III, IV, V, VI, VII, VIII, IX, X, XI y XII, para formación de los Catálogos. No están a la venta.

Campañas en los Pirineos, a finales del siglo XVIII (1793-95).

Tomo I: *Antecedentes*. Ilustrado con grabados y fotografías, 341 páginas, 66 pesetas.

Tomo II: *Campaña del Rosellón y la Cerdaña*, ídem, íd., 682 páginas, 100 pesetas.

Tomo III: *La campaña de Cataluña*, ídem, íd., en dos volúmenes, 384 y 380 páginas, 172 pesetas.

Tomo IV: *Campaña en los Pirineos Occidentales y Centrales*, ídem, íd., 752 páginas, 300 pesetas.

Cartografía y Relaciones Históricas de Ultramar.

Tomo I y Carpeta de mapas: *América en general.*

El tomo, de 495 páginas, tamaño folio mayor, 427,60 pesetas. (Agotado.)

Tomo II y Carpeta de mapas: *Estados Unidos y Canadá.*

El tomo, de 598 páginas, en folio mayor, 641,33 pesetas. (Agotado.)

Tomo III y Carpeta de mapas: *Méjico.*

El tomo, de 399 páginas, en folio mayor, 747,45 pesetas.

Tomo IV y Carpeta de mapas: *América Central.*

El tomo, de 286 páginas, en folio mayor, 656,35 pesetas.

Colección histórica documental del Fraile. (Guerra de la Independencia.)

Tomo I: Letras A a la C, 253 páginas, 20 pesetas.

Tomo II: Letras CH a la K, 226 páginas, 20 pesetas.

Tomo III: Letras L a la Q, 215 páginas, 20 pesetas.

Tomo IV: Letras R a la Z, 228 páginas, 20 pesetas.

Cronología episódica de la Segunda Guerra Mundial.

Tomo I: Primer periodo. 310 páginas, 34,50 pesetas.

Tomo II: Segundo y último periodo. 349 páginas, 64 pesetas. Ilustrados los dos con mapas y planos.

Curso de conferencias sobre Historia, Geografía y Filosofía de la guerra, en el Servicio Histórico Militar.

Un volumen. 343 páginas, ilustrado con grabados, fotografías, mapas y planos. No está a la venta.

Cursos de Metodología y Crítica Históricas, para formación técnica del moderno historiador, en el Servicio Histórico Militar.

Tomo I: *Curso Elemental (1947-48)*. 200 páginas.

Tomo II: *Curso Superior (1949)*. 359 páginas.

No están a la venta.

Diccionario Bibliográfico de la Guerra de la Independencia Española (1808-1814).

Tomo I: Letras A a la H, 345 páginas, 20 pesetas.

Tomo II: Letras I a la O, 270 páginas, 20 pesetas.

Tomo III: Letras P a la Z, 341 páginas, 20 pesetas.

Ilustrados los tres con grabados y fotografías, en color y en negro.

Dos expediciones españolas contra Argel (1541-1775).

Un volumen, 151 páginas, con ilustraciones, 18 pesetas.

Europa y Africa entre las dos grandes guerras.

Un tomo, 317 páginas, con mapas y fotografías, 14,85 pesetas.

Sólo se vende en el Servicio Geográfico del Ejército, calle Prim, núm. 21.

Galería militar contemporánea.

Tomo I: *La Real y Militar Orden de San Fernando*. Con fotografía de los condecorados. 387 páginas, 85 pesetas.

Geografía de Marruecos, Protectorado y Posesiones de España en Africa.

Tomo III: *La vida social y política*, 659 páginas, con grabados, fotografías, mapas y planos, 75 pesetas.

Los tomos I y II de esta obra, titulados, respectivamente, *Marruecos en general y Zona de nuestro Protectorado en Marruecos* y *Estudio particular de las regiones naturales de la zona, plazas de soberanía española y vida económica*, fueron publicadas, en 1935 y 1936, por la suprimida Comisión Histórica de las Campañas de Marruecos. El primero se agotó, y el segundo únicamente está a la venta en el citado Servicio Geográfico, al precio de 24,30 pesetas.

Historia de las armas de fuego y su uso en España.

Un tomo ilustrado, con grabados en color y en sepia, 332 páginas, 85 pesetas.

Historia de las Campañas de Marruecos.

Tomo I: (Comprende hasta el año 1900), 608 páginas, con grabados, fotografías, mapas y planos, 59,75 pesetas.

Tomo II: (1900 a 1918), 944 páginas, con ídem, íd., íd., 138 pesetas .

La guerra de minas en España.

Un volumen de 134 páginas, con fotografías y planos, 50 pesetas.

Nomenclátor histórico militar.

Tomo único: Diccionario de voces antiguas de carácter militar, 372 páginas. No está a la venta.

Tratado de Heráldica Militar.

Tomo I: 288 páginas, en papel registro, con grabados y fotografías, algunos en color, encuadernado en imitación pergamino, 225 pesetas.

Tomo II: 390 páginas, ídem, íd., íd., 196 pesetas (120 pesetas para los miembros y organismos del Ejército). (Agotado.)

Tomo III: 374 páginas, ídem, íd., íd., 400 (320 pesetas para los miembros y organismos del Ejército).

NOTA.—Los miembros y organismos del Ejército y los centros civiles gozan, en casi todas estas obras, de una rebaja del 10 al 25 por 100.

SERVICIO HISTORICO MILITAR

BIBLIOTECA CENTRAL MILITAR

Relación de las obras ingresadas en la citada Biblioteca, durante los meses de marzo, abril y mayo de 1963:

- WILLIAM L. MITCHELL: *Los seguros sociales en los Estados Unidos.*
- R. F. WOODWARD: *El negro americano hoy.*
- JOSÉ ALMIRANTE: *Diccionario militar, etimológico, histórico, tecnológico, con vocabularios francés y alemán.*
- MAURICE GARCÓN: *El proceso del General Salan.*
- REVISTA HIDALGUÍA: *Expedientes Archivo General de Segovia (t. IX).*
- PRESIDENCIA DEL GOBIERNO: *Salvamento SV-I. Principios generales para la actuación de los servicios de salvamento.*
- ANTONIO DEL ROSAL: *La organización militar de España.*
- SAM OSBORN: *Premiers Secours.*
- J. OLMEDILLA Y PUIG: *La industria de los gases.*
- VON ARNIM: *Deberes del jefe del batallón.*
- MONTEL: *Fisiología.*
- JOSÉ M.^a MENDIOLA: *Muerte por fusilamiento.*
- JONH TOLAND: *La batalla de los samurais.*
- VARIOS: *Gran Enciclopedia del Mundo. Tomos IX y X.*
- DIRECCIÓN GENERAL DE PROTECCIÓN CIVIL: *Sanidad y defensa biológica SB-I.*
- UNIVERSIDAD DE ZARAGOZA: *Defensa nacional. Tomo III.*
- HENRI BERR: *Al margen de la Historia Universal.*
- P. CORREA DE OLICEIRA: *Revolución y contrarrevolución.*
- R. BRETÓN PERA: *«Aprende a ser soldado».*
- JUAN REY S. J.: *Por qué luchó un millón de muertos.*
- ESTADO MAYOR CENTRAL: *Reglamento para la instrucción y servicio en fuego material antiaéreo de 40/70 mm. Bofors.*
- ESTADO MAYOR CENTRAL: *Orientaciones para el desarrollo de los servicios de intendencia en la división de Infantería.*
- M. LUENGO MUÑOZ: *Génesis de las expediciones militares al Darien en 1785-1786.*
- CORONEL NÚÑEZ y CORONEL MARTINHO: *Tiro de Infantería. Texto, tablas y problemas.*

- J. DÍAZ DE VILLEGAS: *Estudio militar sobre el terreno. La geografía y la guerra.*
- A. VALLECILLO: *Ordenanzas de Ingenieros de 1853 y 1803.*
- C. BANPUS: *Estudio e Historia del Arte Militar* (dos tomos).
- E. DE TAMARIT: *Vocabulario técnico del material de Artillería.* (tres tomos).
- J. MUÑIZ Y TERRONES: *Ordenanzas de S. M.* (cuatro tomos).
- R. FERNÁNDEZ DE LA REGUERA: *Héroes de Cuba.*
- RIRCHIE CALDER: *La herencia del hombre.*
- TOMÁS AGUILERA: *La resurrección de Babel.*
- CH. PEPÍN: *Prácticas de Telemando.*
- M. BALL: *La OTAN.*
- SANCHE DE GRAMONT: *La guerra secreta.*
- ISAIAH FRANK: *El Mercado Común Europeo.*
- C. MARTÍNEZ CAMPOS (Duque de la Torre): *Ensayos y comentarios.*
- FEDOR DOSTOIEWSKI: *Crimen y castigo.*
- EDWARD L. BEACH: *El arma submarina norteamericana.*
- L. MARISCAL: *Geografía militar de España y Portugal.*
- C. XIMENEZ DE SANDOBAL: *Memorias sobre Argelia.*
- LEÓN TOLSTOI: *Memorias.*
- FEDOR DOSTOIEWSKI: *El jugador.*
- SERVICIO GEOGRÁFICO DEL EJÉRCITO: *Album de la XXXII promoción de Infantería.*
- P. LERSCH: *La estructura de la personalidad.*
- VARIOS: *Los grandes trabajos de la Humanidad.*
- ENRIQUE ARQUES: *Los Mogataces.*
- MINISTERIO DE TRABAJO: *Leyes de Indias* (tres tomos).
- IGNACIO BAUER: *Relaciones de Africa* (cinco tomos).
- IGNACIO BAUER: *Consecuencias de la Campaña de 1860* (Marruecos).
- IGNACIO BAUER: *Relaciones y manuscritos sobre Africa y los moriscos* (dos tomos).
- VÍCTOR RUIZ: *Tánger y la colaboración franco-española.*
- MANUEL G. LLANA: *El imperio de Marruecos.*
- F. VILLANUEVA: *La Dictadura militar.*
- F. HERNÁNDEZ MIR: *Del desastre al fracaso.*
- CONDE DE ROMANONES: *El Ejército y la Política.*
- ALFONSO PARDO: *El Conde de Lemos.*
- R. FUERTES ARIAS: *Monografía histórica de la Academia de Intendencia del Ejército* (Ávila 1875-1936).
- HARRY SODERMAN: *40 años de Policía Internacional.*
- G. TOUCHARD-LAFOSSE: *Crónicas del Ojo de Buey. Volumen 2.º*
- MUÑIZ Y TERRONES: *Cartas a Alfonso XIII* (dos tomos).
- XAVIER ZUBIRI: *Sobre la esencia.*
- V. DE CADENAS: *Diccionario Heráldico.*
- F. DÍAZ PLAJA: *La guerra* (1936-1939).
- R. AGUILA DELGADO: *Ingeniería de los plásticos.*

JUAN JOSÉ CALLEJA: *Yagüe (Un corazón al rojo)*.

R. MENÉNDEZ PIDAL: *El Padre Las Casas (su doble personalidad)*.

M. HERNÁNDEZ SÁNCHEZ-BARBA: *Historia Universal de América*
(dos tomos).

DIRECCIÓN GENERAL DE PROTECCIÓN CIVIL: *Evacuación. Dispersión
y albergue EV-1*.

A. DÍAZ CARMONA: *La información y la seguridad del Estado*.

VARIOS: *Gran Enciclopedia del Mundo*. Tomos XI y XII.

El pensamiento militar en el Código de las Siete Partidas, por José M ^a Gárate Córdoba	7
Los animales en la conquista de América, por José Tudela	61
Carta a un soldado del siglo XVI, por Juan Solano Alvarez	75
Síntesis histórica de la fortificación abaluartada, por Juan Manuel Zapatero	85
Un aporte rioplatense en la guerra de la Independencia española, por Bernardo N. Rodríguez Fariña	111
La hazaña del Teniente Ruiz Mendoza, por José Yaque Laurel	133
La guerra de Secesión en los Estados Unidos de América del Norte, por Luis Ruiz Hernández	141
Bibliografía	189